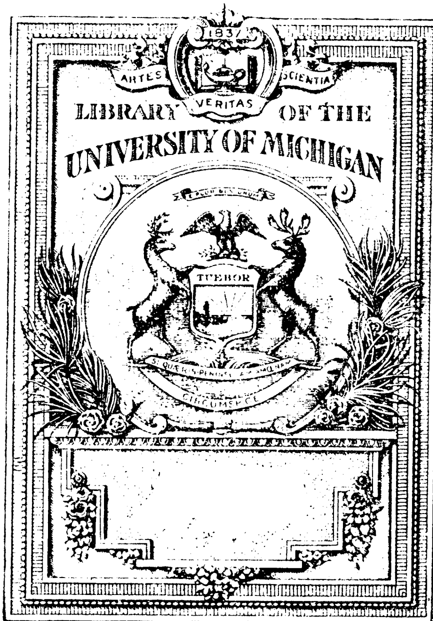


# DE PASO POR LAS BELLAS LETRAS

P. GRACIANO MARTINEZ
AGUSTINO

---

# De paso por las Bellas Letras

(CRÍTICAS Y CRITIQUILLAS)

---

TOMO I

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS



MADRID
EDICIONES HISPANO-AMERICANAS

IMP. DEL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
Calle de Juan Bravo, 3.

# MI SENTIR ACERCA DE LA CRÍTICA

---

## Por vía de Prefacio.

Jamás me las echaré de crítico. Si la crítica se redujese a lo que fué en tiempos pasados, una simple confrontación del estilo de un autor con los viejos dogmas retóricos y gramaticales, entonces la profesión de crítico la podríamos ejercer casi todos. Pero esto no sería crítica. Eso sería sencillamente necear, como neceaban aquella casta de críticos que en España se burlaban de los arrebatos líricos de Espronceda, y en Inglaterra inspiraban a Lord Byron que se dedicara al comercio, y en Alemania aconsejaban a Goethe que se metiera a grabador.

Una crítica por el estilo se halla al alcance de todo quisque, así tenga una estrechez de magín como la del filo de una navaja. Pero hay una distancia inmensa de esa crítica que fué, a lo que debiera ser la crítica hoy, y a lo que será mañana, pues casi puede afirmarse que acaba de salir de mantillas; ya que, en su tiempo, aseguraba Flaubert que, a lo más, a lo más, estaba en su aurora.

Ser crítico como se debe ser, como lo fueron nuestros insignes Menéndez Pelayo, Clarín, Valera, es muy difícil; porque se ha menester talento muy grande y muy cultivado. En tiempo de esas lumbreras yo leía y saboreaba toda obra crítica que caía en mis manos, porque siempre descubría en ella ideas fe-

cundas, sentimientos exquisitos, y muy fina agudeza para poner de manifiesto el valor estético y moral de las obras criticadas. Pero ahora se me indigestan casi todos los artículos de crítica. Y es que hoy todo el mundo se mete a crítico, sin tener ni cuatro ideas en la cabeza. Y estos críticos ideófobos —y los llamo ideófobos porque parecen huir de toda médula intelectual— son una verdadera calamidad de la literatura. Denigran o elogian porque sí, y a menudo del todo *a priori*. Y si denigran o elogian *a posteriori*, esto es, tras la lectura de las obras que critican, aun son menos disculpables. Yo me he puesto alguna vez a leer una novela o un tomo de versos, después de la entusiasta loa de uno de esos críticos del día, y me he llevado la más ingrata desilusión. El ensalzado como genio no llegaba siquiera a mediano novelista o a medianísimo versificador. Y me admiraba de que se atreviese a loar tanta necedad la ignorancia, por más que ya de antiguo sea muy atrevida. ¡Cuánta carencia de rubor literario en aquellos críticos! ¡Qué falta de sindéresis!

En cambio, van a juzgar a un autor de positivo resplandor genial, de maciza valía literaria, y, porque tropiezan aquí y acullá con alguna paradoja inadmisible o con algún error más o menos accidental, adiós...: una descarga cerrada de denigrantes adjetivos, negando hasta el atisbo de talento y de ingenio.

No es que los aludidos críticos se tomen la molestia de leer, de estudiar, de analizar. De ordinario se trata de críticas que se hacen sobre otras críticas. Se combate a un autor por algún desliz particular; pues a generalizar en seguida y a combatirle por todos lados. Afortunadamente estos ataques dejan a los atacados autores lo mismo que estaban. No hacen

daño. Son descargas de «fragata encallada» que decía Ganivet, aludiendo a una señora Candelaria que se hallaba en situación de no poder hacer daño con los ataques de su lengua. Sí, esos ataques críticos son ataques de «fragata encallada», si no en el bajo fangoso de los enredos familiares y morales de doña Candelaria, en el bajo más fangoso aún de la ignorancia atrevida.

Y es que la sección de crítica literaria, en no lejanos días, a cargo de Clarines y Valeras, que tenían amorosa acogida en los mejores periódicos, hoy está a cargo de los editores o de los autores mismos de los libros que se han de criticar. Van, con el dinero por delante, a la administración de un periódico, y se propinan el consiguiente bombo ultraencomiástico que los eleva a la categoría de genios.

Y cuando la obra literaria ha de ser juzgada por los redactores del periódico, la cosa es aún peor. Se impone el agradar a los mentores del periódico en que se escribe. ¿Es el autor de la obra grato a los mentores del periódico? Su obra tendrá mil plácemes y aplausos. ¿No lo es? No le salvan su obra, por muchos méritos que encierre.

Y no digamos nada de lo que ocurre cuando la sección crítica está a cargo de ciertos periodistas bohemios, muy semejantes a los salteadores de caminos de ciertas ciudades alegres y confiadas que no es del caso señalar, los cuales, en plena calle y a plena luz del día, osan atracar a los transeuntes. ¿Saben de un autor que ha publicado un libro de literatura? Pues que dé dinero y tendrá el consiguiente bombo. ¿No afloja la bolsa? Allá van vituperios y sátiras. No hay saber, no hay independencia, no hay honor. Y sin todo esto es imposible la sana crítica. Maeterlinck expresó una gran verdad cuando dijo:

«la crítica científica y literaria se muere en los periódicos franceses»,—y en los ingleses y en los italianos y en los españoles...

Nunca me ha parecido bien esa crítica incisiva de mamíferos roedores que tiende a descorazonar y abatir al escritor y al poeta, pugnando por cerrarles, con portillas de chistes y donaires sangrientos, los caminos de la gloria. Lejos de parecerme bien, la detesto, pensando en el tierno vate inglés, Keats, de quien se asegura que tuvo tan temprana muerte debido a las pungentes sátiras con que algunos críticos le zaherían por sus inspirados versos, lo propio que ya le había sucedido en su tiempo al Tasso. Para tales críticos aún me parece suave el latigazo que les infligió no recuerdo si Sainte-Beuve, llamándolos *la canaille de la litterature.*

Abomino la crítica mordaz, así los que la ejerzan sean espíritus muy superiores, y la abomino mucho más cuando, como suele suceder, le da por cebarse en escritores noveles, semejando a los fieros aguiluchos en la faena de desgarrar a todavía no bien plumados pichones. Muy bien que la sátira tenga garras de aguilucho cruel, pero sea siempre para emplearlas en los vicios, en los hombres jamás. La sátira ha prestado grandes servicios a la cultura del humano linaje, y los seguirá prestando siempre; pero empleándose en vapulear al vicio, no al hombre.

Es claro que a veces el vicio de tal manera está encarnado en una persona, que es inseparable de ella, hiriéndole a ella los mandobles que contra el vicio se descargan. En tales casos ceda su puesto la sátira al humorismo: a ese humorismo suave, sin dejar de ser cáustico, que disfraza maravillosamente su fraseología, y teje coronas que punzan la frente, y, cuando parece que abraza, tortura. El humorismo

casi siempre viene muy bien, porque es como jugosidad de ingenio que se extiende por lo que se escribe, enriqueciéndolo y hermoseándolo. Nunca llega a la sátira que flagela, apasionada y sangrienta. No le gusta dar zarpazos hirientes: se contenta con mirar de reojo los defectos humanos y reirse de ellos con una sonrisa que tiene tanto de pía como de maliciosa. Sancho Panza, la creación humorística por excelencia, siempre aparece envuelto por Cervantes en una oleada de piadoso quijotil cariño.

Pero si abomino la crítica mordaz no es porque me plazca esa crítica bonachona y corta de vista que, con grave perjuicio del artista y del arte, desadvierte máculas y defectos que se deben corregir, con objeto de que, en futuras obras, se sepan evitar y precaver. Bien sé que no es la mejor crítica la que va enumerando en un autor los defectos y bellezas de su obra, formando como una especie de dietario donde se apunten escrupulosamente el «debe» y el «haber»; pero no se podrá negar que algunas veces es convenientísimo. Y yo confieso que más de una vez he seguido esa especie de crítica. Unicamente cuando me hallo ante un libro que me satisface de lleno por la música deliciosa de su estilo y por la robusta médula que encierra, me fijo sólo en su belleza literaria, no queriendo parar mientes en los defectillos de más o menos monta que pueda tener aquí y allá. Pienso y siento entonces con el bello pensar y sentir de Horacio en su *Arte Poética*:

> **Ubi plúrima nitent in cármine, non ego paucis**
> **offendar maculis, quas aut incuria fudit,**
> **aut humana parum cavit natura...**

En toda crítica nunca se debe prescindir de examinar concienzudamente la calidad del fin que se ha propuesto el autor de la obra de arte. No se pue-

de negar que el fin de una obra redunda en bien o en mal de la obra misma. ¿Que el fin es malo, dañino, perverso, antisocial? Condénelo la crítica con toda su energía, pero sin apasionamientos que la impulsen a negar las bellezas que pueda haber en la obra.

La crítica, en general, ha de ser siempre justa, pero inclinándose a benévola. En una obra literaria jamás se debe perseguir sólo los puntos flacos para fijarse sólo en ellos, pasando por alto los puntos fuertes. Esa crítica a medias es injustísima. La crítica debe fijarse en lo malo para censurarlo, pero ha de advertir y ensalzar principalmente lo bueno; porque la crítica, lejos de ser, como se imaginan muchos, el arte de buscar las flaquezas de una obra literaria, es más bien el arte de desentrañar y de glorificar su valía estética. Sépanlo bien esos inocentes candorosos críticos que pululan por la sección bibliográfica de las revistas, siempre a caza de gazapillos retóricos. Y sepan también que el retoricismo es una verdadera escarlatina de gran parte de los escritores noveles que se meten a críticos. Y menos mal si pasan la escarlatina y luego llegan a excelentes críticos, pero hay muchos que se quedan en perpetuo sarampión...

Soy de los que tienen muy alto concepto de la crítica cuando la ejercen quienes saben que para ser crítico se ha menester muy concienzuda preparación literaria y muy grande y macizo caudal de conocimientos. Porque ya se sabe: la crítica da lecciones de literatura, y pretender dar esas lecciones, sin ser hombre muy metido por todo linaje de bellas letras, es algo así como si un niño se pusiera a ejercer de ayo de un consumado filósofo. Pero aun revestida de todos los requisitos, la crítica no debe alardear nun-

ca de aires de superioridad y de suficiencia. Es forzoso desengañarse: mucho más fácil es criticar una obra que idearla y escribirla. La crítica infatuada y vendedora de superioridad es sencillamente irresistible. Y sucede que los críticos más impotentes para crear suelen ser los más zoilescos y petulantes...

Cuando aparecieron mis críticas acerca de Palacio Valdés, y proclamé que era un humorista excelso y un novelista de primer orden que honraba altamente a las letras españolas, algunos periodistas católicos me censuraron acremente, no porque no fuese verdad palmaria lo que yo decía, sino porque los tales periodistas católicos seguían teniendo a Palacio Valdés por un impío redomado de quien había que huir como de una peste. Prescindiré de que a los tales periodistas les podría dar mucho espíritu sanamente católico el novelista insigne que, para mí, es hasta místico y fervorosamente devoto. Pero, ¿qué deseaban aquellos periodistas: que, en vez de crítica literaria, —lo que me propongo hacer, cuando quiero juzgar una obra artística—, excitase la burla y la lástima contra mi humilde pluma, dedicada a sacar viejos registros de intolerancia religiosa?

No hay dos críticas, que yo sepa. No hay más que una crítica, que podrá ser más o menos varia según los puntos de vista estéticos del crítico, pues sabido es que hay máximas estéticas todavía flotantes, que unos admiten y otros rechazan; pero crítica católica, vamos, yo no lo entiendo. La crítica literaria ha de ser eso, crítica literaria, más o menos ajustada a principios eternos que derramen luz esclarecedora sobre la obra que se critica.

Ni el apasionamiento de los partidos políticos ni el de las religiones se deben llevar a la crítica litera-

ria. Una gran novela debe aparecer grande, como lo es, igual a un católico que a un protestante, iguál a un tradicionalista que a un alfonsino. ¡Estábamos aviados con que Pereda y la Pardo Bazán pudieran ser exquisitos, prodigiosos estilistas, para un alfonsino o para un católico, y prosadores amazacotados e inaguantables, para un judío o para un republicano!

No hay más que una crítica literaria, y ésta debe ser imparcial y distinguir con mucho cuidado entre el autor de la obra y la obra misma. El autor puede ser pecadorísimo, pero le ha de juzgar Dios; lo que al crítico incumbe juzgar es la obra, la buena o mala literatura de la obra. ¿Que el autor se ha mostrado sectario, como *mis* periodistas, y ha transparentado su fanatismo rojo en la obra de arte? Pues se anota el defecto y se fustiga, pero no se condena la obra en bloque, si es que tiene positivo mérito literario. Rechazarla, sin restricción, porque tiene algo incompatible con nuestros sentimientos religiosos, sería como rechazar, a carga cerrada, a los clásicos grecolatinos, arrebatándolos de las manos de nuestros estudiantes y diciendo que en ellos no se aprendía nada bueno, ni léxico, ni estilo, ni gusto...

La crítica desde el campo católico peca, a ratos, me parece a mí, de pobreza de espíritu. *A priori* condena a menudo lo nuevo, queriendo ver en ello algo insano, inmoral, anticatólico. Si semejante espíritu de crítica hubiese prevalecido en nuestros mayores, nuestro idioma no hubiese adelantado nada en flexibilidad, en dulcedumbre, en riqueza, en harmonía, y, hoy, quién sabe qué lenguaje estaríamos hablando en nuestra patria. Porque no ya el lenguaje clásico de Fray Luis de León les parecía a sus contemporáneos algo innovador y peligroso, sino que hasta el «román paladino» de Berceo. como nue-

vo entonces, tenía que venir insuflado por alientos de revolución.

Lo nuevo, lo moderno, se les antoja a algunos católicos, por lo menos, sospechoso, ya que no francamente hostil. ¡Como si no pudiera vestirse el espíritu cristiano de todas las formas y modas, por muy peregrinas que fueran! ¿Hay nada más peregrino en arquitectura que el estilo churrigueresco? Y, no obstante, lo informó el espíritu cristiano, y hoy gustamos de verlo encarnado en retablos magníficos de algunos templos. ¡Si el espíritu cristiano hasta pudo vestirse la campanuda y hueca elocución de los Gerundios de Campazas, tan donosamente inmortalizados por la pluma burlona del P. Isla! No combatamos lo moderno por moderno. Puede haber en ello mucho óptimo que diga de perlas con el espíritu cristiano. Y de tener que combatirlo, combátase desde el punto de vista estético, no desde el punto de vista cristiano. Con crítica suspicaz, ruín y maliciosa, morderíamos hoy sin piedad a todo un Cervantes que de nuevo apareciese.

La crítica ha de ser objetiva, esto es, desentrañadora del valor ético y estético de la obra de arte que se critique. Digo esto, porque Anatole France ha querido poner de moda cierta crítica subjetiva, asegurando que «el buen crítico es aquel que nos manifiesta su alma, con el pretexto de estudiar las obras maestras». No debe ser así, ni mucho menos. Al determinarse uno a leer un estudio crítico sobre alguna obra literaria, lo que le importa conocer es la obra literaria misma, y no la psicología de un caballero, muy señor nuestro, a quien, a lo mejor, ya conocemos de sobra.

No niego que las notas subjetivas, desparramadas

aquí y allá, en los estudios críticos de Valera, de Clarín, de Menéndez Pelayo, sean interesantísimas para representarnos la personalidad de tan excelsos escritores; pero todo esto lo podemos aprender mejor en estudios de la misma índole que sobre ellos se escriban: en su labor crítica lo que deseamos ver es la valía estética de las obras y de los hombres que ellos estudian, los juicios sintéticos que sobre ellos emiten y las razones estéticas en que para ello se apoyan. No excluyo, pues, de la crítica los rasgos subjetivos que nos den a conocer el alma de los censuradores; pero juzgo que la crítica ha de ser más objetiva que subjetiva...

¡Benévolos amigos me han escrito más de una vez, tras la lectura de algunas de mis críticas, diciéndome que llegaría a ser gran crítico, si supiese contener mi admiración y reprimir mi entusiasmo. ¡Estaría bueno que las únicas cualidades de crítico que me reconozco, las fuese a enfrenar y tener tan a raya! Ignoro qué substancia iban a tener entonces los frutos de mis lecturas. Esos amigos benévolos no saben que, para ser crítico, no bastan brillante imaginación y exquisito gusto literario, sino que se necesitan una gran facultad de entusiasmo y el don bendito de la admiración —*the blessed gift of admiration*—, por emplear la frase del insigne crítico norteamericano Lyon Phelps, quien, precisamente, por carencia de esas dotes, califica de absurdo el intento de Tolstoi de meterse a crítico de Shakespeare (1).

Dos palabras aún para concluir. A alguien ha de

(1) *Essays on Modern Dramatists*, págs. 1 y 2.

parecer, seguramente, muy durá, mi crítica sobre el naturalismo en la novela. En efecto, será así. Acaso yo escribí aquellas páginas un poco indignado. El hecho de que el naturalismo despreciase a la poesía, o, por lo menos, la considerase cosa pueril, tenía que inspirar durezas a mi pluma ¿Cómo sufrir pacienzudamente que se conceptuase a los poetas como niños grandes, tañedores de fruslera música divertidora? Y Zola, el maestro, conceptuaba así a los poetas, diciendo de ellos con pedantería insufrible: «ils peuvent continuer á nous faire de la musique, pendant que nous travaillerons» (1). ¡Oh, el ingente progreso humano debido a los trabajos científicos de Zola y de sus secuaces!

El naturalismo vino al campo de la literatura sin ideal ninguno. Para él, las facultades psíquicas, como si no existiesen. Su objeto único era recoger con fidelidad lcs fenómenos puramente sensitivos y descender, en las descripciones, hasta los pormenores más insignificantes, consiguiendo que fuesen minuciosas y exactísimas, cosa que ya, a veces, hacían los mismos románticos, pues Víctor Hugo, refiriéndose a su *Ruy Blas*, decía que no había en esa su producción pormenor de vida privada, de mobiliario, de etiqueta, de topografía, que no fuese exactísimo y del todo conforme con la realidad.

El naturalismo podría pasar como teoría literaria, si no admitiese solamente las realidades del orden sensible, y sí, también, las del suprasensible: Dios, el alma, la inmortalidad... Pero estas cosas realísimas no eran realidades para los naturalistas, que no sabían hallar realidades más que en las tabernas y en los burdeles, sus casi únicas academias de arte y sus

(1) *Le Roman expérimental*, pág. 108.

casi únicas fuentes de inspiración, por más que la inspiración también fuese cosa antinaturalista.

¡Antes que el naturalismo, forjador de tipos neurasténicos y agotados por el sistema nervioso, todo lo reales que se quiera, o de caracteres iguales e igualmente influídos, como los excepcionalísimos, si no irrealísimos Rougon-Macquart, mil veces el romanticismo idealista, forjador de seres fantasmagóricos, engendros puros de desenfrenos imaginarios, sin realidad ninguna fuera de la vaporosa región de los sueños! Pero ni una ni otra cosa: el realismo, el realismo sano, aventador de los idealismos románticos sin más fundamento real que el desenfreno de la fantasía exaltada, y amador de los héroes de carne y hueso que se agitan a nuestro alrededor, pero sin holgarse, como el naturalismo, en las hediondeces y en las degeneraciones: un realismo trazador de vidas dignas y de hombres fuertes que lleven en sí el sello perenne de lo humano, y, por consiguiente, de lo que siempre vive, de lo que es eterno; un realismo que dé lo suyo a la imaginación, pero que observe y estudie la realidad, la psicología, el medio ambiente, el espíritu de raza, de suerte que sus creaciones humanas rebosen plasticidad y vida.

Y no se confunda nunca el realismo con la pornografía, como hacen muchos que se meten a críticos, y demuestran, a las primeras de cambio, ser en punto a estética excelentes legos. Muchas de las batallas que se riñen contra el realismo, no van contra él, sino contra el inmoralismo, contra la basura con que se complacen en revocar las páginas de sus libros muchos novelistas. La pintura realista, lo mismo puede tener por tema un paisaje terrestre o marino, que una función religiosa, que una escena de lupanar. Y los aludidos críticos se imaginan que el realis-

mo ha de girar siempre en torno de esto último, de la suciedad maloliente. No, eso es lo pornográfico, no lo realista. El realismo puede, en algún caso, meterse por andurriales cenagosos, pero no a recoger légamo y arrojarlo en la obra de arte. Para dar la impresión fuerte de la realidad, en esos contados casos, los artistas de veras, saben acertar con inspirados toques que digán todo lo que se deba decir, de una manera digna y rápida, como pasando muy a prisa, de suerte que ni siquiera se perciba el vaho, como cuando se pasa por un lugar infecto, toma uno las debidas precauciones para no respirar los hálitos impuros. ¿Qué realismo más fuerte que el del Padre Coloma en *Pequeñeces*? Y, sin embargo, un buen crítico jamás se atreverá a calificar la famosa novela de pornográfica. ¡Se corren y descorren los velos en ella tan a tiempo y con tanta finura!

Y concluyo. No quiero pertenecer al número de los críticos que carecen del valor de pensar por sí propios y que acuden a lugares comunes de los juicios ya formulados por otros críticos —¡y menos mal si supieran fundadamente espigar y escoger!—Cuanto consigno en mis modestas críticas, lo he previamente estudiado y meditado, al leer y releer las respectivas obras. Podré haberme equivocado en muchas apreciaciones, no lo niego, pero nadie tendrá el derecho de contarme entre aquellos, que, al decir de Nietzsche, «piensan con la pluma humedecida en la mano» y que, a mi humilde entender, a nadie puede aplicarse mejor que a ciertos ligeros periodistas.

Y, sobre todo, nadie me podrá echar en cara que no he sido sincero, diciendo, de los autores y de las obras que juzgo, mi leal sentir, y nada más que mi leal sentir. Siento hilaridad incomprimible al trope-

zar en las producciones de muchos escritores de ahora con fervorosos ditirambos a la sinceridad. Sin saberlo muchos de ellos, se proclaman discípulos de Carlyle, y no conocen, ni por el forro, *On the Heroes*, la obra más notable en que el nebuloso humorista inglés se desgañita en elogios de la sinceridad.

De los que son periodistas —y lo son casi todos los aludidos— ya había dicho una porción de lindezas Unamuno en su famosa conferencia del Teatro de la Zarzuela, lindezas que confirmó más tarde en un artículo de *Nuevo Mundo*, aseverando que sus verdades amargas a la prensa periódica habían disgustado a la prensa, pero no a los periodistas que son los que, a sombra de tejado, peor de ella hablan. Esto es, que en la prensa dicen una cosa, y fuera de la prensa otra muy distinta: sinceridad pura. ¿Qué linaje de sinceridad será la de Manuel Bueno, por ejemplo, que, en un periódico de Caracas, se atrevió a poner, cual digan dueñas, a la prensa española, asegurando que está toda ella en manos de los jesuítas? Y si hubiera dicho esto solo, pero dijo mucho más: dijo que en España sería imposible escribir una obra concienzuda y documentada contra el Catolicismo, porque le pelarían a uno las mujeres que son las que mandan en España. ¡Aquí donde pululan los escritorzuelos que, a cada instante, se atreven a atacar a la Religión, de palabra y por escrito! ¡En el país donde más se usa y se abusa de la democracia y de la libertad! ¡Bien merecen aquellos candidotes venezolanos que tales cosas pagan, que tales cosas les digan! ¡Oh la sinceridad!...

---

# LITERATURAS QUE MUEREN [1]

## El naturalismo, o sea la novela experimental.

### I

Nadie ignora el desdén olímpico con que ciertos presuntuosos sabios del día suelen hablar de literatura, diciendo que está condenada a desaparecer en absoluto, en vista del gigantesco desarrollo que va adquiriendo la ciencia; y aun atreviéndose a estampar en sus lucubraciones científicas esos fatídicos augurios, como si tuviesen visos siquiera de pasar a vías de realidad, fuera de la enferma imaginación. Al leer el título que encabeza estas líneas, y no fijándose más que en la materialidad de las palabras, quizás a alguien se le ocurra sospechar que el que suscribe pertenece al redil de esos sabios presuntuosos, especie de jueces de paz expendedores de partidas de defunción. Conste, pues, que no nos cabe, ni nos cabrá jamás honor tan alto, sin duda porque el cerebro no da bastante de sí para recibir en su estrecho ámbito los resplandores sublimes de tanta ciencia. Todo lo contrario: somos de los que abrigan la convicción íntima de que la literatura, partici-

---

(1) **Este breve estudio sobre la novela naturalista apareció en la revista *España y América* al año siguiente de la muerte de Zola.**

pando como participa a la vez de ciencia y de arte, está llamada a ocupar siempre el primer puesto entre todas las manifestaciones del saber humano; y de que los grandes literatos, así pertenezcan a países muertos, como Grecia y como Roma, habrán de destacarse siempre sobre los altares mayores del templo del saber, desde donde recibirán, hasta la consumación de los tiempos, el perfumado incienso de las almas nobles y el culto entusiasta y ferviente del linaje humano. Homero, Dante, Shakespeare, Cervantes, Fr. Luis de León, Goethe... y muchos otros nombres, a cuyo solo eco parece brotar de lo más íntimo y noble de nuestra alma un torrente de amor y de simpatía— ya pueden rodar los siglos arrebatándose en su rápida carrera los pueblos dichosos que los engendraron— siempre permanecerán, porque están esculpidos con letras de luz en la memoria del género humano y porque el fulgor eterno que destellan siempre hará brillar ante nuestros ojos la anhelada cumbre hacia la cual tenderán, por impulso nativo de ansia de gloria, todos los amadores de la belleza.

La literatura, la verdadera literatura, es como el espejo adonde se asoma uno, no para verse re-reflejado a sí mismo, sino para ver reflejada la vida espiritual de todo un pueblo, el estado psíquico de toda una raza, o, por lo menos, de unas cuantas generaciones. En una literatura, sobre todo cuando es grande, sentida y vigorosa, el historiador que sabe percibir, sorprende todos los sentimientos que animaron a una edad, todos los in-

tereses que la movieron, todas las ideas que la impulsaron; y con esas ideas, y esos intereses y esos sentimientos, se reconstruye, por decirlo así, el alma de los pueblos, y como que asiste uno a su pensar y sentir, viéndola progresar y perfeccionarse, aunque siempre manteniéndose idéntica en el fondo, con los mismos rasgos fisonómicos y con las mismas tendencias idiosincrásicas. Desde este punto de vista, sentaba Taine una verdad profunda al asegurar que la historia de la literatura no venía a ser más que "un problema de psicología"; dada una literatura, averiguar qué estado moral la ha producido, qué condiciones de temperamento, de carácter y de medio ambiente la han determinado.

Nuestros clásicos del siglo XVI, los autores de nuestra literatura de oro, estudiados con la debida reflexión, nos dan un conocimiento exacto del estado moral de la Nación española en aquellos gloriosos días de apogeo y de ventura. Sus obras de corte variadísimo, desde el libro de honda y elevada mística, donde como que se contemplan sensibilizados los toques maravillosos de la gracia, hasta la novela picaresca, donde chispean por tan gracioso modo la majeza y socarronería de nuestra gente maleante, todas suministran alguna vislumbre de nuestra alma, algún destello de nuestro espíritu, alguna pincelada de nuestra fisonomía. Hasta la misma forma del estilo, siempre cuidadoso de la plasticidad de la frase, de la brillantez y galanura de la dicción y de la rotundidad sonora del período, contribuye con su correspon-

diente ola de luz a hacer que en la literatura reverbere nuestra alma; pues trasluce el predominio de nuestra fantasía sobre todas las demás facultades, haciéndonos aparecer un tanto soñadores y amantes de idealismos, que no siempre pueden rimar con la naturaleza y encarnar en la realidad; pero que explican el profundo arraigo en nuestro ser de las creencias espiritualistas, y nuestro culto ferviente a la religión y nuestras ansias de vivir en regiones elevadas donde sólo se respire ambiente de misticismo; ansias que se avienen mal, pero que al fin se avienen, con cierta voluptuosidad de los sentidos y de la imaginación que se nota a primera vista en nuestra áurea literatura, y que debe ser rastro y reliquia de la influencia mulsumana que no en vano por espacio de siglos y siglos tuvimos que sufrir. Todas esas vislumbres, todos esos rasgos, todos esos centelleos, el historiador crítico los rastrea en nuestras grandes obras literarias, y los confronta, y los compone y los funde, y de ellos surge radiante, animado y viviente, lo que se ha dado en llamar con expresión bellísima "el alma española", más o menos variada en lo accidental, según las circunstancias y vicisitudes de los tiempos; pero en lo substancial siempre la misma, con sus galanterías caballerescas, con sus heroícas abnegaciones, con sus sublimes generosidades. Cien veces mejor, esto es, cien veces más individuada, precisa y concreta que de todas las crónicas, anales e historias donde se narran nuestros altos hechos de armas, nuestras legendarias empresas y

nuestros inverosímiles triunfos, surge el alma española de unos cuantos libros de caballerías, de unas cuantas novelas realistas o de unas cuantas comedias de capa y espada. En las páginas de estos libros se la siente respirar, se la siente latir, y al ponernos la mano sobre el corazón y ver que lo que palpita allí dentro es lo mismo que lo que palpita allí fuera al través de las líneas de un párrafo viril, o de unos versos sentidos y vibrantes, no puede uno menos de embriagarse de entusiasmo y con toda la efusión de su pecho saludar a aquella alma que es la suya, que es la de sus mayores, la de nuestras pasadas epopeyas, la de nuestros presentes infortunios, la de nuestras futuras esperanzas.

¿Y habían de morir literaturas que de tan peregrina manera retratan el vivir de los pueblos, dándonos a conocer el alma que los vivifica, el espíritu que los informa, los generosos móviles que los impulsan, los inmortales destinos adonde tienden? Ya pueden todos esos sabios positivistas del día, reñidos con todo sentimiento artístico y con toda emoción estética, forjar profecías apocalípticas sobre la próxima desaparición de las literaturas, y entonar himnos entusiásticos al futuro exclusivo reinado de la ciencia: todos los que sientan en su cerebro algo de aquello que quería significar el joven Andrés Chénier, cuando al caminar hacia el patíbulo, llevándose con tristeza la mano a la frente, exclamaba: "J'avais pourtant lá quelque chose", seguirán irradiando esa "quelque chose", ese "quid divinum" del ge-

nio, en dramas, en poesías, en novelas, en todo linaje de producciones literarias, y cuantas almas nobles y generosas sientan arder en lo más profundo de su espíritu la hoguera de amor que mantendrá siempre inextinto el ideal de la eterna belleza leerán, saborearán se incorporarán sus producciones, y al sentirse, bajo su bienhechora influencia, beneficiadas en sus facultades, saneadas en sus sentimientos, mejoradas en todo su ser, aclamarán, henchidas de gratitud, a los excelsos artistas y lloverán flores de bendición sobre su memoria. No; las literaturas grandes, las literaturas sentidas no perecen, porque no pueden morir, porque encarnan las almas de los pueblos respectivos, y las almas son inmortales. Grecia, la divina Grecia —estado y aun pueblo— ha desaparecido hace ya miles de años, y el alma de Grecia, radiante de juventud, alienta todavía y alentará mientras el nombre deificado de Homero no se borre —que no se borrará nunca—, del corazón y la memoria de los hombres. Nosotros creemos firmemente que Carlyle se dejó ofuscar demasiado de su raro pesimismo, cuando se atrevió a exclamar con cierta melancolía: "ni aun para los nobilísimos Shakspeare y Homero será eterna la memoria: vendrá un día, ¡y también para ellos acabará!" Esperemos que ese día no amanezca; amanecería con la consumación de los tiempos, y para entonces ya no habrá ni días ni alboradas, porque todos los soles se habrán extinguido. . . . . . . . . . . .

Dicho se está, pues, que ni por ensoñación he-

mos incurrido jamás en la debilidad de creer en la muerte próxima ni remota de la literatura, ora se la tome como arte vigoroso y sentido, creador de bellezas relativas que nos eleven a la contemplación de la infinita e increada, ora se la considere como ciencia reflejadora de las almas de los pueblos, que nos enseñe a contemplarlas como cifradas en expresión bellísima, en cuadros sugestivos y vivientes, donde no sólo reverbere el espíritu de una nación, sino también el ambiente social en que se ha desarrollado y las creencias morales y religiosas en que ha vivido. Nuestro epígrafe sólo significa que la literatura, lo mismo que todas las cosas humanas, tiene sus alternativas, de apogeo y de grandeza, de enervamiento y de postración, debidas las unas al empuje de ciertos genios que inspirándose en la realidad y en el buen sentido saben trazar libros imperecederos donde se rastrea el ideal de la belleza absoluta, y como que se aspira y embriaga uno con su aroma; debidas las otras a los dislates y aberraciones de ciertos hombres —genios también si se quiere— que por el prurito de aparecer originales, se lanzan por sendas extraviadas, produciendo obras de pésimo gusto, donde apenas si se trasluce otra cosa que desvaríos de imaginaciones enfermas, y fealdades monstruosas y repulsivas. Con las literaturas desequilibradas de los genios contemporáneos es con las que reza el título de los artículos que pensamos escribir. Esas literaturas son las que mueren, las que pasan sin casi dejar huella, por mucha boga que hayan tenido.

en su tiempo y por muy deslumbradores éxitos con que el gusto estragado del público las haya favorecido. A lo más, a lo más, conseguirán que se las registre y apunte con piedra negra en la historia de la literatura, para que los futuros escritores, al lanzarse en pos de la belleza, las conozcan y eviten, ni más ni menos que como se apuntan y anotan en las cartas de marear los peñascos y bajíos, para que los pilotos sepan desviarse de ellos y guiar con rumbo seguro la bogante nave.

No hay más que abrir la historia literaria de cualquier nación para ver confirmada la existencia de literaturas que han muerto, y por consiguiente la posibilidad de que en el decurso de las edades y por desviación del gusto público, vayan apareciendo otras y otras, que tengan también que morir. Negar esta posibilidad equivaldría a dar por hecho que habíamos llegado ya a la meta de la perfección humana, desde donde ya no nos sería dado retroceder ni un solo punto, ni siquiera para "tomar carrera", que es como explicaba Pí y Margall los retrocesos humanos. A la meta de la perfección no llegaremos nunca, puesto que tanto montaría consubstanciarnos con Dios e incorporarnos todos sus infinitos atributos, realizando el imposible metafísico de los ensueños panteístas. Mientras exista perfectibilidad humana, habrá indudablemente ascensiones sublimes, pero también descensos y decadencias. La literatura siempre será perfectible, siempre irá

en persecución del ideal absoluto; pero siempre tndrá que contentarse con rastrear sus divinos resplandores.

Por eso las literaturas todas, sin exceptuar las citadas como modelos, han tenido sus épocas de *decadcntismo* y postración, y la literatura correspondiente a esas épocas ha muerto —y ojalá para nunca revivir— lo mismo en Grecia que en Roma, lo mismo en Italia que en España, lo mismo en Francia que en Inglaterra. ¿Quién, por ejemplo, se acuerda hoy de aquella rimbombante literatura que podría muy bien llamarse florentina, cuando los Médicis se prometían envolver al mundo, en las desusadas claridades que parecía difundir do quiera el Renacimiento? La fiebre del arte clásico había invadido todos los espíritus, y no se soñaba más que con mármoles griegos y con rotundos versos virgilianos. Creo fué Dickens quien dijo que, el que supiese citar oportunamente versos de Shakespeare, era digno de vivir entre princesas. Pues bien, en la aurora del Renacimiento, quien supiese citar frases clásicas, era digno de codearse con Pontífices. León X no se contentaba con sentar a su mesa a poetas y a escritores que, al hablar, trajesen a cuento cláusulas de Cicerón o exámetros de Virgilio: cada vez que de las excavaciones, que a sus expensas se hacían en la Roma cesárea, surgía una estatua antigua, se asomaba a sus ventanas para saludarla al verla pasar a hombros de los excavadores. Reaparecía Lucrecia, y ceñido de laureles, improvisaba sonoros yámbicos a su reaparición; moría Rafael, e

iba por sus propios pies a colocarle una corona sobre la tumba; iba un joven a recitarle un mamotreto de versos, y después de habérselos oído extático de poesía, le llenaba los bolsillos de ducados de oro, diciéndole: "macte nova virtute, puer, sic itur ad astra", que viene a ser en romance: ¡ánimo, hijo, así se escala la cumbre de la gloria! ¿Qué obras literarias inmortales han legado a Italia todos aquellos vates *renacientes* a quienes colmaba de honores y riquezas el munífico Pontífice? Ninguna, absolutamente ninguna. De todos aquellos Vidas, Zarrabinis y Sannazares, forjadores de poemas kilométricos, en la factura de algunos de los cuales invertían años y años de fatigas y sudores, no ha quedado ni rastro de memoria. Por aquellos poemas pedestremente calcados sobre alguna oda horaciana o alguna égloga de Virgilio, no discurría ni una sola ráfaga de sentimiento, ni un solo hábito de vida; y la vida y el sentimiento son el único sello que puede garantizar a las obras de arte el privilegio de hallar ecos de simpatía en la posteridad. Aquella labor de ir rebuscando símiles y tropos en los poetas clásicos, e irlos engarzando unos en otros a guisa de trabajos de taracea, o de esos pavimentos modernistas formados por yuxtaposición de piedrecillas multicolores, sería todo lo costosa y benedictina que se quiera, pero desde luego absolutamente estéril e infecunda. Quizás por un momento lograra arrebatar de entusiasmo a una generación idólatra de la clásica antigüedad, a una generación que creía que los poetas viejos habían

agotado la perfectibilidad de la forma, rebasando las últimas líneas de la exquisitez y el aticismo; pero pasada aquella fiebre de idolatría, el buen sentido no tendría más remedio que triunfar y envolver en común anatema aquellos titánicos esfuerzos en pro de la resurrección pagana, que de nuevo intentaba poblar el mundo con las teogenías de los muertos dioses. ¡Había que ver hasta dónde llegaba el desequilibrio de los poetas de León X, haciendo poemas, por encargo, sobre cualquier profundo misterio de nuestra sacrosanta Religión y pintándonos a la Virgen de Nazaret enfrascada a diario en la lectura de los libros de las Sibilas, y a Nuestro Señor Jesucristo rodeado de ondinas y de nereidas!

Una frase, una palabra cualquiera, con tal que la hubiesen usado los bardos gentílicos, ya era digna de figurar como inestimable piedra preciosa en las coronas poéticas de María. La poda y la lima de los poetas renacientes no se daban punto de reposo, hasta tanto que no se viera con clarividencia el calco, la copia, el remedo vil de cualquier cisne latino. Cuanto más visiblemente apareciesen el plagio y la semejanza, tanto más había por qué ufanarse y engreirse del centón estulto. ¿E iba a quedar algo de una literatura tan de pacotilla que sólo se pagaba de ruidos y de meras formas? Ni pensarlo: las formas sin vida son hojas sin savia, que ruedan y desaparecen arrugadas y marchitas a las primeras rachas del otoño.

En nuestra patria no produjo el Renacimiento una literatura tan servil y pedestre como la de

Italia, y aun la de Francia por aquel entonces. Hubo, sí, sus excesos de idolatría por el arte greco-latino, que se tradujeron en versiones a nuestro idioma de sinnúmero de obras clásicas y un cierto desprecio del lenguaje patrio, precisamente cuando el hablarlo fuera de España "pasaba por gentileza y galanía". El latín estuvo entonces muy de moda, y en él escribían nuestros grandes humanistas la mayor parte de sus libros; pero esto contribuyó a que los verdaderos amantes del idioma nacional pusieran en tortura su imaginación para darle energía y flexibilidad y enriquecerlo con nuevos y hermosos giros tomados de las lenguas orientales, especialmente de la hebraica, que tenía a la sazón en nuestro suelo sabios y profundos cultivadores. Así fué como los Malones de Chaide y los Luises de León iniciaron los triunfos del patrio idioma trazando obras imperecederas, riquísimas en períodos flúidos, harmoniosos y vibrantes —piedra hermosa de sillería con que se levantó el grandioso monumento de nuestra áurea literatura, encargado de perpetuar al través de los siglos nuestra grandeza y nuestro nombre.

Mas si el Renacimiento no produjo entre nosotros literatura muerta, no tardó en producirla un hombre dotado por la naturaleza de peregrinos talentos y que, si los hubiera empleado todos en bien, a juzgar por las inestimables y valiosísimas joyas que en sus momentos lúcidos nos ha labrado, sabe Dios a qué sublimes cimas hubiese llegado a rayar nuestra literatura. Porque sabido es que

Góngora, en varias de sus composiciones poéticas, destelló fulgentísimos resplandores de genio, más y más estimados a medida que el tiempo transcurre, por su robusta inspiración, por su estilo poético y vehemente y por su verbo sonoro y colorista. Pero el espíritu de innovación le indujo a menospreciar las escuelas creadas por Luis de León y por Herrera, los rumbos poéticos de entonces, y abrir otros nuevos, por donde la mente se remontase a mayores alturas y se rozase con las águilas. Y he aquí que se extravió en sus caminos, cayendo en ridiculeces y extravagancias, sacrificando la claridad y precisión en aras de la frase hueca, retumbante y ampulosa; yéndose a buscar símiles e imágenes en lo más intrincado y obcuro de la mitología, y amontonando metáforas sobre metáforas a cual más dislocada e incoherente, de modo que llegara a ser ininteligible y fuese necesario, para darnos a entender alguna de sus poesías, que alguno de sus discípulos entusiastas escribiese sobre ella tomos y tomos de prosa enrevesada. Aquello era el colmo de la insensatez y del delirio; pero como, al decir de Julio Lemaitre, el "snobismo", esto es, la fiebre de la novedad, el apasionamiento por distinción, es epidemia de todas las latitudes y de todos los tiempos, siquiera la gloria del diagnóstico pertenezca a nuestra centuria, no le faltaron a Góngora discípulos y admiradores, que juntamente con el maestro se dedicaron con afán a corromper el idioma, creando una literatura alambicada y carnavalesca que, si un momento pareció señorearlo todo, el libro, la con-

versación familiar, el púlpito y la cátedra, tenía por precisión que desaparecer, no bien el gusto público volviese sobre sí mismo y reflexionase. Y eso que en la sociedad de entonces, no ya solamente en la española, sino también en la inglesa, la francesa y la italiana, respirábase no sé qué ambiente de exaltación desequilibradora del gusto literario. El gongorismo parecía venirle como de perlas al espíritu de los tiempos, pues apareció casi a la vez que en España, en toda la culta Europa, llamándose sus cultivadores "marinistas" en Italia, "pléyades" en Francia y "eufuistas" en Inglaterra.

En esta última nación adquirió tanta boga, sobre todo a partir de la aparición de *Euphues the Anatomy of wit*, en que su autor, el poeta Juan Lily, llevaba hasta el último extremo la fraseología enigmática y campanuda, característica de la escuela, que entre las damas aristocráticas llegó a considerarse como indicio de educación abandonada y plebeya el no saber de memoria todas las rimbombancias de Lily, para descargarlas a troche y moche en los discreteos de salón y hasta en las conversaciones familiares. En aquellos días de desequilibrio intelectual y de alejamiento del buen gusto, el Góngora inglés era tenido como poeta que dejaba muy en pos de sí al mismísimo Shakespeare. Hoy de aquél ya nadie se acuerda, a no ser por algún que otro destello de verdadera poesía perdido en las brumosas tinieblas de sus obras; pues al igual del Lily español, ha tenido también su genio correspondiente y sus momen-

tos de lucidez y de buen sentido: en cambio a Shakespeare no hay inglés que no le tenga incesantemente en los labios. ¿Qué digo inglés? No hay persona literariamente culta en el mundo que de continuo no le ensalce y bendiga. La literatura de Lily fué como un rosal que brilló un instante al nacer, para agotarse en seguida falto de jugo: la del bardo de Avon es como árbol gigantesco perpetuamente en flor, cuyos embriagadores aromas habrán de ser encanto y delicia de los hombres hasta el fin de los siglos.

Creo que con lo dicho basta y sobra para ponerme al abrigo de toda sospecha de hostilidad contra la literatura, y para que no se me cuente entre las filas de ciertos pedantes contemporáneos, que, acaso para que se los tenga en concepto de sabios eminentes, alardean de menospreciar cuanto suena a bellas letras, augurando su próxima total desaparición y soñando con el mundo óptimo de Leibnitz, el día en que todo sentimiento estético sea raído de la tierra. No, y mil veces no: ni en el sentido de ciencia enderezada a perfeccionar nuestro entendimiento y nuestra voluntad, haciendo que se desplieguen ante ellos cada día más amplios y hermosos horizontes, ni en el concepto de arte encaminado a crear belleza y destacarla ante los ojos de nuestro espíritu, haciéndonosla gustar y sentir, está llamada a desaparecer la literatura, por muy grandes que sean los progresos de todo linaje con que la ciencia nos sonría. Desaparecerán, sí, y sin dejar apenas rastro, como desaparecieron la literatura renaciente de Italia,

y la gongorina de España y la eufuista de Inglaterra, ciertas literaturas que aun ayer metían gran ruido en el mundo, y otras que privan mucho hoy, y otras y otras que arrobarán de entusiasmo a los "snobs" de lo por venir; pero la que sorprenda y estereotipe en sus páginas alguna manifestación de la belleza y encarne en sus párrafos o en sus estrofas algún anhelo sublime del espíritu, y haga repercutir en las soledades del alma el continuo gritar del corazón, esa no morirá jamás, mientras exista en el humano ser una sola fibra capaz de conmoverse y vibrar al unísono de los genios luchadores en sorda e incesante guerra contra la realización del ideal.

II

Decíamos no hace mucho en un artículo crítico, examinando *El Intruso*, la última producción literaria de Blasco Ibáñez, que la literatura de Zola había muerto, como suicidada con sus propias pestilentes emanaciones, y afirmábamos al mismo tiempo que el Patriarca de Medán seguía influyendo poderosamente en algunos novelistas, impulsándolos por caminos vedados a la moral y dejándolos extraviados en los rincones y encrucijadas de la pasión y el desenfreno. En estas breves palabras parece encerrarse una contradicción que salta inmediatamente a la vista, y es preciso demostrar que esa contradicción no existe; o que, de existir, no es más que aparente.

¿Ha muerto, efectivamente, el naturalismo li-

terario? ¿Ha terminado aquel "efímero motín naturalista" a que ya el malogrado P. Blanco auguraba muy próximo destronamiento en vista de las "direcciones aun no bien determinadas" que comenzaban a invadir el campo de las letras? ¿Ha declinado ya totalmente aquella "literatura brutal" de la que decía el gran crítico Emilio Faguet que no era más que "una convalecencia de la imaginación" después de los grandes arrebatos y grandes fiebres del romanticismo? Y si ese género de literatura, si ese sistema de novelar ha muerto, ¿en qué sentido sigue aún ejerciendo ese pernicioso influjo de que hablábamos en la crítica de la última novela de Blasco Ibáñez? ¿En qué Babieca corredor cabalga el cadáver de esa literatura que aun continúa en la arena de las letras, consiguiendo laureles y victorias?

Para el que borrajea estas cuartillas es un hecho que no puede ponerse en duda que el naturalismo, como sistema literario, como arte de hacer novelas, y en el sentido que le han dado sus principales corifeos, de "ciencia aplicada a la literatura", ya apenas es cultivado por ingenio ninguno cuyas obras produzcan ruido y fuercen a enristrar la péñola a los distribuidores de patentes de novelistas o literatos.

Quedan, sí, brillantes discípulos de Zola; pero hay que reconocer que los de más valía e ingenio han vuelto al maestro las espaldas, apostatando de sus doctrinas; y que aun aquellos que, como Mirbeau, alardean de mantenérsele más fieles y sumisos, llevando a los libros que dan a luz lo que

hay de más bajo y degradante en la sociedad, ya no abrigan ni mucho menos aquellas ridículas pretensiones de pasar por eminencias científicas estampando en sus lucubraciones literarias, a modo de subtítulo, el rótulo flamante de "novela experimental".

Por supuesto, que estas apostasías no son de hoy, Zola contempló ya a muchos de sus discípulos huir en tropel del nido naturalista, como bandada de pájaros asustados por un trueno: el trueno de la abrumadora influencia de Tolstoï y de algunos literatos escandinavos que, aunque impregnados de maléficos efluvios, hicieron girar por el campo de la literatura brisas de austera virtud, auras de cristiano misticismo. Hubo un momento en que el tema favorito en París de todas las conversaciones, de todas las conferencias, de todos los artículos literarios en periódicos y revistas era aquel misticismo nebuloso que venía a marcar rumbos nuevos al arte, levantándolo del fango en que se enlodaba y estimulándolo a presentar ideales más nobles y generosos que los de tabernas y mancebías con que el naturalismo parecía haberse propuesto satanizar a sus lectores.

Zola rasgábase las vestiduras ante aquel desbordamiento de espiritualismo que, aunque sofisticado, minaba por su base todas sus teorías y todos sus ensueños. Temía que tocase a su fin el reinado de la deshonestidad y de la indecencia donde hasta entonces había imperado como indiscutible autócrata. Por aquellos días escribió y dió a la estampa su novela *París*, formidable in-

vectiva contra aquel no bien definido movimiento literario, que con el nombre de "esprit nouveau" comenzaba a sugestionar a críticos y artistas, forzándolos a abandonar los caminos con tanto éxito recorridos, para precipitarlos por sendas inexploradas y obscuras que no se sabía adónde habrían de conducir.

El ataque fué desesperado y brutal: muchos de los discípulos se llenaron de sonrojo por la defección y volvieron a su campo; algunos se mantuvieron y se mantienen aún bajo la influencia del espíritu nuevo, respirando a pulmón henchido atmósfera tolstoyana. Y alguien, como el intrépido Huysmans, de tanto genio como el maestro, pero de mucho más sentimiento y corazón, no paró hasta dar en el verdadero misticismo, libre de levaduras e impurezas, llevando al arte las rígidas leyes de la estética cristiana y produciendo obras inmortales, donde el ideal sublime y regenerador va a perderse en las regiones de lo sobrenatural, morada y asiento de la belleza suma.

El naturalismo, pues, no sucumbió entonces a la acometida sangrienta de *París*; pero sucumbió más tarde, porque llevaba en sí fermentos de muerte, tósigos deletéreos que lo corroían y asesinaban. El primer fermento de muerte era su presunción de haber introducido la ciencia en el arte, de haber creado una literatura científica, de haber intentado hacer de los novelistas que lo practicasen y siguiesen, otros tantos Claudios Bernard, tan sabios y tan fecundos como el gran fisiólogo francés. Para los secuaces del naturalismo cada en-

gendro pornográfico que llevase el sello de la flamante escuela y mereciese el visto bueno de Zola, valía tanto como las "Lecciones de Patología y de Fisiología experimental" con que aquel eximio Doctor había dado empuje tan supremo a las ciencias médicas, haciéndose acreedor al unánime aplauso de todos los hombres. ¡Lo que progresaría el mundo el día en que anduviesen de mano en mano las obras maestras del naturalismo!

El objeto de este arte de novelar se confundía con el objeto mismo de la ciencia, era la investigación de la verdad; y el método que empleaban para ir en su perseguimiento era también el mismo método científico que, desde Bacón a nuestros días, tanto había hecho progresar a las ciencias, alejando cada vez más el límite de sus horizontes: el método de la experimentación.

Vano era decirles que no había semejante cosa, pues las experiencias no pueden llevarse a cabo más que en gabinetes y laboratorios, y ellos no contaban con más gabinete que su magín: el eterno e imprescindible gabinete de todo escritor artista, lo mismo de los más apasionados prosélitos de Zola, que de los más inspirados hierofantes del romanticismo. Ellos se envanecían con sus cuadernos de observaciones con sus notas tomadas directamente de la realidad. Recogían multitud de hechos, examinaban el entronque especial de unos con otros, la manera cómo se habían sucedido, el medio ambiente en que se habían desarrollado, la pasión dominante que habían tenido por origen; después los condensaban todos en un perso-

naje, haciéndolos repetirse o sucederse de nuevo, más o menos modificados, según parecían exigirlo las circunstancias y sin apartarse de las leyes de la naturaleza, y al fin llegaban al conocimiento científico del hombre, individual y socialmente considerado. La sucesión de aquellos hechos tan parecida al desfile de figuras y figurones con que nos recrean las películas de cinematógrafo, daba siempre por resultado el descubrimiento de alguna ley físico-química, y la novela en que los hechos se narraban podía muy bien considerarse como una "historia natural y social" del hombre, o cuando menos como un profundo y luminoso apéndice a los tratados de Fisiología. ¿Por qué, pues, no bautizar con el nobilísimo nombre de ciencia a una literatura que venía a prestar tan valiosos servicios al progreso y a la civilización? ¿No había ella dado al traste para siempre con todas las literaturas clásicas habidas y por haber, que no estudiaban más que al "hombre abstracto", al "hombre metafísico", poblando los dominios del arte de héroes mitológicos y fantásticos, pesadillas encarnadas de imaginaciones de poeta?

Todas estas pretensiones de convertir en ciencia a la literatura, forzándola a enseñar por medio de la experimentación, no podían menos de atraer sobre el jactancioso sistema la rechifla y el ridículo, cohonestando dictados tan duros como el de "ferocísimo disparate", con que califica Valera semejantes ensueños, en sus graciosísimos "Apuntes sobre el nuevo Arte de escribir nove-

las". Y la rechifla y el ridículo, cuando son justos, ya se sabe, siempre concluyen por matar la obra literaria o no literaria que a ellos se ha hecho acreedora. ¿Qué diablos tiene que ver la labor de la imaginación, adobando y aderezando hechos en las regiones de la fantasía, de modo que formen un mecanismo especial, una máquina cuyas ruedas se muevan siempre en determinado sentido—que no otra cosa son los personajes de las novelas naturalistas—con los experimentos llevados a cabo en un gabinete donde las hipótesis forjadas de antemano se verifican y comprueban?

Concedamos que en el primer período de concepción, digámoslo así, que en el punto de arranque y de partida, haya entre el hombre de ciencia y el hombre de literatura ciertas analogías y semejanzas; que ambos se forjen una hipótesis—equivalente científico del ideal, según Zola—y uno y otro partan a su verificación. Hasta aquí, perfectamente, puede pasar que el experimentador y el novelista se confundan y sean una misma cosa; pero desde este momento en adelante, ¿qué hay ya de común entre ellos? Absolutamente nada: el uno acude a la experiencia y realiza a maravilla su hipótesis convirtiéndola en tesis y descubriendo una ley más o menos fecunda para el progreso de la ciencia; mas el otro,.., el otro tiene que refugiarse en los dominios de la imaginación y combinar, y componer y aderezar, de suerte que cree personajes más o menos vivientes, más o menos parecidos a los que vemos y contemplamos todos los días; pero siempre sin descubrir ley nin-

guna científica ni cosa que se le parezca. Aquellos personajes nunca pasarán de ser engendros de la imaginación. No importa que, colocados en este medio o en el de más allá, obren de esta o de la otra suerte, según le haya parecido al novelista por los hechos observados en la realidad. ¿Quién nos garantiza de que no se hubieran portado de otro modo? Si la idiosincrasia, el carácter de los individuos, sus instintos y sus pasiones, sus cualidades físicas y psíquicas pudieran pesarse en una balanza, como se pesa un fardo de cualquier cosa en una tienda de ultramarinos, quizás pudiera comprobarse que en determinado medio un personaje novelesco obraría siempre de determinada manera. Pero ¿dónde tienen esa balanza mágica los escritores naturalistas?

No, no pueden estos señores blasonar de "hacer" ciencia experimental, al enjaretarnos cuartillas y más cuartillas atiborradas, de hechos observados en la actualidad. Desde el momento en que todos esos hechos, todos esos "documentos" humanos, se les cuelgan a individuos forjados por la imaginación, la novela naturalista tiene que ser tan fingida como la de los más melenudos románticos. Si antes de atribuírselos se hiciese algún experimento con dichos individuos, y se viese que obraban como al novelista se le antoja que obren, a boca llena se podría decir que en cada discípulo de Zola revivía un Claudio Bernard; éste, cuando sospechaba que una enfermedad determinada provenía de alguna lesión orgánica en el encéfalo, verificaba en un animal cualquiera dicha lesión y

comprobaba efectivamente la enfermedad. ¿Han hecho jamás los discípulos de Zola cosa parecida? No hay, pues, para qué confundir el arte con la ciencia. Guyau tiene razón: "La novela no podrá ser nunca un tratado científico." Las brillanteces retóricas, que huelgan en éste y aún le perjudican, son en aquélla atavíos y adornos ensenciales. La ciencia no debe aspirar más que a instruir; la novela debe aspirar a interesar, a divertir y a conmover.

Convengamos, pues, en que la "novela científica", tal cual Zola y sus discípulos la cacareaban, es una ridícula presunción, un ensueño irrealizable, un sustantivo y un adjetivo que se dan de bofetadas rabiando de verse juntos. Si hubiesen escrito a la manera de Julio Verne, explorando imaginariamente supuestos mundos planetarios, o dándonos a conocer fantásticas regiones submarinas en libros enderezados a vulgarizar los progresos científicos, todavía se les podía perdonar la pretensión de querer que sus nombres fuesen registrados en la historia de la ciencia; pero no habiendo hecho más que llevar a las obras de arte cierto tecnicismo rastrero y empequeñecedor, habiéndose dado por muy satisfechos con expulsar, o pretender expulsar, del templo de la literatura palabras tan eufónicas y bien recibidas por el uso como "ideal" y "amor", creyendo poner una pica en Flandes con sustituirlas respectivamente por "hipótesis" e "instinto genésico" (1), no

(1) Zola consideraba como timbre de gloria haber sido el

se les puede conceder de ningún modo patente de sabios, ni mucho menos de inventores y descubridores de leyes físico-químicas llamadas a derramar torrentes de luz en los horizontes de la ciencia.

No es que neguemos la propiedad de esa terminología brutal y grosera: ese instinto de que nos habla Zola, por ejemplo, les viene que ni pintiparado, en vez de amor, a sus personajes. De los brutos no se puede decir que amen, porque el amor brota de lo más noble y hermoso de la voluntad, y los brutos carecen de ella. El amor en los personajes de Zola es instintivo, procede de los glóbulos rojos, de las energías de la sangre: es la impulsión de la fuerza bruta que rompe, con vitales excesos, de las fibras y de los músculos. Pero de que Zola haya acertado en el uso y empleo de ciertos nombres, ¿se puede inferir por ventura que haya introducido en el arte la ciencia?

Quizá se objete que el naturalismo introdujo y aclimató, por decirlo así, en la novela todos los fenómenos fisiológicos y todas las funciones orgánicas. Muy bien; lo concedemos de buen grado, pero ¿qué ventajas ha reportado a la ciencia esa vandálica irrupción por los dominios de la literatura? ¿No se describen a la perfección todos esos fenómenos y todas esas funciones en los libros de texto de cualquier Instituto o Colegio de segunda enseñanza? Holgaba, por tanto, en abso-

---

primer novelista que en vez de "amor" había empleado *instinct génésique* en las obras de literatura. ¡Cuidado que va ganando la ciencia, y sobre todo el arte!

luto, describirlos también en las novelas, a menos que se abrigase la esperanza de que fuesen declaradas obras de texto por alguna orden del Ministerio de Instrucción pública. Lo que se ha hecho con semejantes atropellos, fué envolver la novela en una atmósfera irrespirable y malsana, que forzosamente haría desaparecer la parte estética entre oleadas de fango y de repulsión. En la Fisiología, nada más natural que se estudien y describan minuciosamente todos los *funcionalismos* de la parte inferior humana. Allí nada desdicen; allí no ofenden el pudor ni la decencia. Están en su lugar propio: a los tratados científicos se vá a estudiar y aprender, no a recrearse y a divertirse. Pero llevar a la novela semejantes fenómenos, holgándose en describirlos con nimiedad suma, anatomizando hasta la saciedad los propios tejidos orgánicos donde se verifican y elaboran, como si únicamente se aspirase a producir en la sensibilidad del lector sensaciones enervantes o deprimentes, es una profanación sacrílega del arte, que sólo deben tender a crear superiores estados anímicos, haciendo saborear al espíritu emociones estéticas ennoblecedoras.

No es que el arte haya de estar siempre reñido con toda ciencia, no; el novelista debe aprovecharse de los adelantos científicos de su tiempo para dar más vigor y consistencia a sus cuadros, para profundizar mejor los caracteres, para describir con más exactitud los personajes, en una palabra, para llevar más viviente realidad a sus concepciones. Todo esto es muy lícito, muy plau-

sible, muy recomendable. Lo que no es lícito es convertir la novela en un estudio especialista de la parte animal del hombre, haciendo en ella una horrible vivisección, como si se tratara de descubrir algún centro infeccioso o alguna molécula corrupta. Y esto ni más ni menos parece haber sido la finalidad suprema de Zola y sus acólitos al dedicar páginas por centenares en sus novelas al estudio de enfermedades asquerosas y degradaciones repugnantes. Como á cierta clase de insectos la carne putrefacta, esta manera de novelar podría atraerles, y de hecho les atrajo, cierto género de lectores. Pero los cultos, los decentes, los ilustrados, no tendrían más remedio que abominar de un arte que venía a convertir la emoción estética en una grosera sensación, y a la novela en un vertedero de inmundicias de donde había que apartar instintivamente la vista y el olfato. ¡Donosa ciencia de... alcantarilla la que nos intentaban regalar Zola y sus adoradores, envenenando el oxígeno del ambiente con pestilencias de cárcel y de hospital!

III

Otro de los fermentos morbosos que llevaba en su entraña el naturalismo era la manía de lo feo, la tendencia a contemplar el mundo con no sé qué cataratas en los ojos que le hacen aparecer como una mansión de horrores, en donde todo mal y todo vicio tienen su asiento. Ya Balzac,

a quien Zola se gloriaba sobremanera de contar entre los progenitores del sistema, se empeñaba en no ver ni en los hombres ni en las cosas más que fealdad y degradación. George Sand, que debía conocerle a maravilla, nos asegura en un artículo que escribió acerca de él, titulado "En torno de la mesa", que en sus conversaciones particulares solía siempre tronar contra "la hipocresía de lo hermoso". Para él la raza humana no respiraba más que bajeza, depravación y perfidia: ni un sentimiento noble en los pechos, ni un móvil generoso en las voluntades, ni una mirada levantada en las aspiraciones.

Esta contemplación pesimista del mundo, esta impulsión a no descubrir por doquier más que brutalidades y violencias, Zola hasta trató de legitimarla y convertirla en exigencia del arte, afirmando con mucha prosopopeya: "El arte es grave. ¡El arte es triste!", y llegando a decir que la novela no sería novela de verdad, si su lectura no dejaba envenenados a los lectores. De donde aquella serie interminable de personajes que desfilan por sus obras, todos ellos neuróticos, todos ellos desequilibrados, todos ellos corrompidos, dejando en pos de sí, al través de las inacabables páginas que a retratarlos dedica, un reguero de bestialidad y de perversión que dudo mucho pudiera encontrarse ni en los presidios ni en los burdeles.

A excepción de *Le rêve,* única en que el maestro de Medán parece haberse olvidado de sí mismo, y que, según algunos, es la en que se ha tenido más presente, puesto que la endereza-

ba, aunque inútilmente, a conquistarse un sillón en la Academia, las demás novelas de Zola todas ellas están atestadas de enfermedades asquerosas, de desbordamientos pasionales, de secreciones y de vicios. Algunas veces hasta desempeñan el importante papel de protagonistas estos mismos vicios, simbolizados y como encarnados en un fuerza bruta que todo lo arrolla y avasalla. ¡Increíble parece que la pluma de un escritor público se rebaje hasta el caso de convertir en héroes de novela esos instintos inferiores de la raza humana que sólo tienden a derrocarla de su trono de reina de la creación y colocarla al nivel de las fieras de los bosques! Y es que para Zola, en el hombre sólo existía la bestia, la parte animal, la concupiscencia de la carne, la aberración de los sentidos.

¿El espíritu, la inteligencia, el sentimiento, la virtud, todas las manifestaciones afectivas e intelectuales, todos los grandes arrebatos hijos del genio y de la inspiración?... Fantasías románticas desnudas de realidad, idealismos más o menos risueños, más o menos candorosos; pero idealismos al fin, sin pizca de base en la naturaleza, única fuente Castalia adonde habrían de ir a beber, de él en adelante, todos los que sintieran sed de lo bello, todos los grandes artistas del porvenir. Aquellos héroes de arranques generosos que, movidos de impulsos sobrenaturales, jamás retrocedían ante el cumplimiento del deber, eran seres perfectamente mitológicos que nunca habían existido más que en la fantasía de los escritores

espiritualistas. Ante los progresivos avances de la ciencia experimental el espiritualismo había huído del mundo, dejándolo como bélico botín a la materia. No había, pues, ya para qué favorecer en nosotros movimientos de afección y de simpatía hacia héroes de todo en todo ficticios e imaginarios. La nada no debía ser jamás objeto de nuestras querencias y nuestros amores, y a la nada se reducían todos los caballeros sin tacha que pululaban por ciertas novelas, todos los héroes sublimes, ahidalgados y pundonorosos, verdaderos fuegos artificiales que arrebataban en tonto nuestra admiración y simpatía.

De esta doctrina de Zola hasta se deduce como consecuencia que la admiración y la simpatía, esos dos sentimientos generosos que tanto nos exaltan y ennoblecen, deben ser totalmente expulsados del corazón humano, o mejor dicho, no hay necesidad de expulsarlos, porque no existen: la admiración y la simpatía únicamente pueden engendrarlas en nosotros los héroes simpáticos, y estos señores no se dan en la tierra. Quien se imagine extraña esta deducción y crea que exagero y desfiguro la estética naturalista, para que, a su simple exposición, quede irrefragablemente refutada y puesta de oro y azul, no tiene más que considerar atentamente las consecuencias que se deducen de negar que existan en el mundo personajes simpáticos, o lo que es lo mismo, de afirmar que son una pura invención de los escritores idealistas, cosa que Zola afirma muchísimas veces en sus libros de preceptiva literaria, que vie-

nen a ser algo así como el alegato de su sistema.

Se dirá que Zola no ha hecho esa afirmación a tontas y a locas, y que sólo ha llegado a formularla después de un detenido estudio sociológico, después de haber recorrido las distintas clases sociales y no haber encontrado en ellas más que seres horriblemente degradados, monstruosos y repulsivos; todo lo que se quiera. Pero de que Zola, en el medio social escogido para teatro donde se desarrollase la comedia humana que él había de trasladar a sus novelas, no haya tropezado más que con presidiarios y con mozas de fortuna, con criminales y lascivos, con neurasténicos y con locos, en una palabra, con seres antipáticos, que sólo podían causar sentimientos de desagrado y repulsión, no se sigue, no puede seguirse en recta inducción lógica, la existencia de una ley como la que él quiere inferir, estableciendo la fórmula de que lo simpático no existe en el mundo y de que todo en la vida es sucio, indecente, repulsivo y asqueroso. Lo único que se puede inferir es que a él le ha cabido en lote la suerte o la desgracia de rozarse toda su vida con gente de baja ralea, falta, en absoluto, de educación religiosa y moral, como lo comprueba efectivamente el largo catálogo de sus obras; pero de ningún modo que sólo esa clase de gente exista en el mundo y que sólo de canallas y precitos se componga la sociedad. Hubiera respirado otra atmósfera social, hubiera vivido en otro medio ambiente, sin salir del mismo París, que si ofrece al mundo espectáculos que aborrecer, también le pro-

senta ejemplos bellísimos que imitar, y a buen seguro que no se hubiese atrevido jamás a afirmar que lo hermoso y lo simpático pugnaban con la vida, y que la virtud y la nobleza eran entes de razón completamente destituídos de existencia en la realidad.

El afán desmedido y extremoso de ver tan solamente el lado feo y antipático de la vida, por fuerza tenía que hacer incurrir al sistema en las mismas exageraciones que Zola tanto reprochaba a los románticos. Sabido es que los extremos se tocan, y los románticos, exaltando a sus héroes, a sus paladines y a sus trovadores hasta convertirlos en divinidades buenas o malas, y los naturalistas empequeñeciéndolos y rebajándolos hasta hacer de ellos verdaderos monstruos de abyección y de miseria, unos y otros idealizaban a maravilla, saliéndose de la realidad y empeñándose en vivir alejados de este mundo, donde ni todo es oro de virtud y de heroísmo, ni tampoco escoria de vicio y depravación. Entre idealistas y naturalistas no había más que una diferencia, y es que el idealismo de los unos tendía hacia arriba, deleitándose en batir sus alas por elevadas regiones, y el idealismo de los otros tendía hacia abajo, complaciéndose en arrastrarse por entre lodo e impregnarse en atmósfera de cieno: el "idealismo al revés", con que, a modo de rodilla, les restregaba la cara Guyau cuando los veía trinar contra el idealismo, a las derechas, de los escritores románticos. Unos en esta dirección y otros en aquélla, todos se dirigían a puntos fue-

ra de la realidad, cabalgando en los sueños más o menos peregrinos de su calenturienta imaginación.

Y lo más lindo del caso es que con este idealismo al revés, que en el fondo no es más que un desconsolador, horrible pesimismo, con ceguera completa para todos los encantos de la vida y con ojo avizor para todo sus extravíos y aberraciones, algunos discípulos de Zola, y lo mismo su maestro, querían pasar nada menos que plaza de moralistas, que ponían de manifiesto las hediondas llagas sociales para que de este modo fuese más fácil su cura, o, al menos, fuesen más fácilmente evitables la propagación y el contagio. Lo propio que hace el periodismo a la moda dándonos a conocer diariamente en largas y minuciosas crónicas los crímenes y fechorías de la gentezuela del hampa, poniéndolos de relieve con fotografías y grabados, tanto de los personajes como de los lugares del suceso, y a veces hasta con la reconstrucción de la tragedia en el momento de ser desarrollada; todo, por supuesto, aderezado según el paladar y la fantasía del gacetilla. ¡Donosa manera de moralizar y ejercer el sacerdocio de la prensa, para el cual blasonan de haberse sentido llamados, como Aarón, la turbamulta de escribidores que hormiguean en las redacciones de los rotativos! Pero dejemos las presunciones moralizadoras del periodismo para más propicia coyuntura, y ciñámonos a las de la novela naturalista.

Cierto que los discípulos de Zola invocaban en

favor suyo testimonios como el de Proudhón, quien decía que el vicio y el crimen, cuanto más repugnantes y antipáticos se los retratase, tanto más harían nausear y consiguientemente alejarían de sí. Mas porque Proudhón haya dicho semejante cosa, ¿vamos a tenerla ya por un dogma de fe? Sin duda ninguna que los estercoleros y los muladares hacen alejarse de sus cercanías a los transeuntes, que inconscientemente echan mano al pañuelo apenas perciben las primeras ondas mefíticas. Pero la suciedad del arroyo es muy distinta de la suciedad de la novela: en ésta se han hecho brotar céspedes y flores que la disimulan y disfrazan. Los atractivos retóricos con que revisten y adornan los novelistas sus concepciones hacen que éstas, siquiera sean feísimas, se ostenten con cierto brillo y galanura, y que uno hasta se complazca y se recree en su contemplación.

Además, hay que tener muy en cuenta la abrumadora eficacia del ejemplo, junto con cierta ingénita propensión al mal que todos, en mayor o menor escala, sentimos agitarse de cuando en cuando en el fondo de nuestros instintos y nuestras pasiones. La naturaleza humana es eminentemente sugestionable; cuando la sugestión se verifica, el hombre está dispuesto a imitar y repetir cuanto pasa y acaece a su alrededor. A fuerza de vivir entre inicuos y criminales se concluye por connaturalizarse con la iniquidad y con el crimen. A fuerza de respirar atmósfera viciada, se termina por ser vicioso y corrompido. A fuerza de tratar con caracteres melancólicos y disgustados

de vivir, que concluyen por descerrajarse a sí mismos un tiro de pístola, se torna uno tristón y descontentadizo, llegando a hastiarse de cuanto le rodea, y aun a atentar contra la propia vida. El *Werther* de Goethé nos ofrece en esta materia un ejemplo abrumador y elocuentísimo. Aquel joven que, enfermo de ideal, concibe la idea del suicidio, al arrojar un día al río un ramillete de flores y verlas desaparecer en el fondo de las aguas, y que más tarde realiza aquella idea, convencido de no poder satisfacer la ardiente pasión que le arrebata en amores por Carlota, trastornó muchedumbres de cabezas, arrastrando en pos de sí al suicidio a una porción de desgraciados que, al leer las páginas del Aguila de Wéimar, creían hallarse en las mismas circunstancias psicológicas de su víctima, y dejar de ser hombres de honor si no se levantaban, como Werther, la tapa de los sesos. Sabido es que a raiz de la publicación de esta novela, y por espacio de muchos años después, estuvo muy en boga la manía de quitarse de en medio por la más simple desventura amorosa, enfermedad que la diagnosis de entonces calificaba de "wertherismo".

Es verdaderamente extraño que los novelistas del género de Zola, que tan incontrastable influencia atribuían al medio ambiente, aspirando a hacerle casi responsable único de todos los crímenes y abominaciones sociales, no hayan parado mientes en la perniciosa influencia que había de ejercer el medio deletéreo que ellos creaban. A fijarse en esto, no es posible que hubiesen tenido

las ínfulas de pasar ante la sociedad por moralistas profundos y eminentes. No es que alguna vez la pintura de un vicio o la descripción de una escena repugnante no ponga en guardia de sí mismo al lector, dándole una lección de experiencia que pueda serle sumamente provechosa en las vicisitudes de la vida: en un cuadro viviente donde se pinten y describan otras hermosas y edificantes escenas, puede una escena del vicio venir a ser como el claroscuro de los pintores, que sólo sirve para dar realce a las imágenes y a las figuras.

Pero hacer de lo repugnante y de lo repulsivo el tema único de las novelas, empleando en reflejarlo con exactitud todas las galas y esplendideces del lenguaje, es hacer de la fealdad el asunto único de los cuadros, como si ella sola mereciese verse adornada con tintas y colores; es apartar el arte de su verdadero objetivo, que es y será siempre la interpretación radiante de la belleza, pese a todos los enamorados de lo asqueroso y de lo feo; y es aún más, es trabajar por envilecer la naturaleza humana, produciendo en ella sensaciones depresivas, pugnando por familiarizarla con la corrupción, y por persuadirla de que el vivir no es ni debe ser otra cosa que un desbordamiento de los sentidos, a merced del cual es forzoso dejarse llevar como una rama desprendida del ímpetu de la corriente. ¡Moralidad en el naturalismo a la manera de Zola, cuando no es más que una negación terminante de toda moralidad y un estimulante continuo de la pasión

y el desenfreno! ¡Pretender ser tenidos como sociólogos y moralistas, acreedores á la gratitud de la estirpe humana, escritores que no han hecho otra cosa que difundir aires de pestilencia, deleitándose en envenenar el espíritu público con representaciones vivas de todo lo más aybecto y ruin de la sociedad. ¡Si no cabe moralidad de ningún género en el sistema! Tener por único objeto del arte la pornografía y pretender que ese arte sea moralizador, son cosas antitéticas que sólo cerebros desequilibrados pueden compaginar.

Zola debió haber hecho suyas las brutales afirmaciones de Niectzsche, debió haber comenzado por negar la existencia de la moralidad de igual modo que la de la alquimia, y decir que todo eso de "moral" no eran más que ilusiones que nacían en nosotros de cierto "principio mórbido" que al desequilibrado inventor del super-hombre le hacía evocar el "concepto de un acaloide venenoso, análogo a la estricnina". Así hubiera parecido mucho más lógico el sistema, ya que de sus doctrinas y sus principios se seguía como consecuencia la inmoralidad más espantosa, o, por mejor decir, la negación más absoluta de toda moralidad o inmoralidad. Porque es de saber que los personajes novelescos de los naturalistas son verdaderas máquinas que funcionan necesariamente según los impulsos recibidos del exterior. No es que les nieguen de una manera rotunda la libertad; pero tan alta importancia conceden al atavismo, a la herencia, al medio social y a una porción de agentes fisiológicos que agitan y em-

bravecen nuestros apetitos, que todas las acciones humanas pueden y deben considerarse como la resultante de los motivos de obrar que actúan sobre nuestro ser, determinándole en este o en el otro sentido.

Como se ve, la libertad se evapora a impulsos de un determinismo de lo más burdo y rastrero, ya que en él sólo se da cabida a fuerzas materiales e inferiores, digámoslo así, que obran inmediatamente sobre el organismo individual. El determinismo filosófico es indudablemente un error que anula y destruye el libre albedrío; pero admite siquiera el poder de las ideas grandes y hermosas. y el influjo de los sentimientos generosos y ennoblecedores; el determinismo fisiológico de Zola y sus adláteres no admite influencia espiritual ninguna ni sobre el entendimiento ni sobre la voluntad; para ellos no existen más fuerzas en la naturaleza que las que se tocan y se palpan mediante las sensaciones groseras de los sentidos. En el hombre lo absorbe todo la bestia humana, y ésta no se deja llevar sino de lo que impresiona y conmueve sus fibras, sus músculos, su carne. Y con un concepto tan naturalista del hombre que no deja traslucir ni asomo siquiera de libertad, que elimina toda reacción del espíritu contra los agentes exteriores, ¿cabe admitir moral de ningún género, es decir, conformidad de los actos humanos con las reglas augustas de la razón? ¿No tienen que ser todos indiferentes, por lo mismo que son forzosos y necesarios?

No: ese pesimismo sistemático, esa tendencia

malsana de contemplar el mundo por su lado mezquino y perverso, queriendo hacer de él una vasta morada de corrupción, una inmensa ciénaga donde no se agitan más que seres viciosos y corrompidos, no puede hallar razón de ser que lo justifique ni en los dominios de la estética pura, ni en los ámbitos de la sana moral. A lo sórdido, a lo canallesco, a lo innoble, no se les deben franquear de ningún modo las áureas puertas del arte más que rarísima vez, y eso cuando hayan de pasar en forma de sombras o medias tintas destinadas a procurar que resalten mejor lo bueno, lo levantado y lo hermoso. Constituir a la fealdad en única musa inspiradora de la novela, a más de ser prostitución y avillanamiento del arte, es hacer manifiesta injusticia a la creación, que doquiera se extiende y dilata, rebosante de encantos y hermosura. No todas las mujeres son "Nanas" corrompidas dedicadas a explotar y envenenar a los hombres, o campesinas como la de la "Terre", vendedoras de embriagueces de impureza; ni toda la estirpe de Adán un familia "Rugón" compuesta de perdidos y degenerados, que, al través de las diversas generaciones, van dejando una huella pestilente de asquerosidades y de vicios; ni todo los hogares escandalosos "pot-bouilles" donde, como a revolcaderos de pasiones inmundas, acuden a encenagarse en el deleite las gentes adineradas.

Sí que hay salpicaduras de ese fango en la vida; pero al par de esas salpicaduras y de ese fango, ¡cuánta dignidad y nobleza en ciertos espíritus ge-

nerosos, cuánta belleza y hermosura en ciertos corazones, cuánta sublimidad de abnegación en ciertas almas, cuánto inmarchito césped y cuánta odorante flor, a un lado y otro de nuestro camino!

IV

Ninguno de los mórbidos fermentos que corroían la médula del naturalismo ha atraído sobre este género de literatura sátiras tan acerbas y anatemas tan aplastantes como el pesimismo negro y abrumador de que hablábamos en nuestro precedente artículo. Los escritores idealistas y no idealistas del tiempo de Zola no cesaban de publicar paliques literarios, poniendo cual digan dueñas a los adoradores del ídolo de Medán y llegando hasta colgarles sambenitos, como el de que en pleno cenáculo medanesco se había determinado la publicación de un periódico naturalista, que se bautizaría con el perfumado título de "La Vida asquerosa" y que fuese como banderín de guerra a la sombra del cual se reñirían terribles batallas que, al fin y a la postre, llevarían al naturalismo hasta las cúspides triunfales.

Nuestro insigne Alarcón, justamente indignado al ver que tan mezquina guisa de novelar ya no se contentaba con imperar en Francia e intentaba irrumpir en nuestro suelo, la anatematizó cáusticamente apellidándola "la mano sucia de la literatura"; frase que pareció rígida en extremo a algunos de nuestros críticos, entre ellos Clarín,

que desahogaron sus resquemores en más o menos mesuradas protestas. El autor de *Pepita Jiménez* con esa sal cómica que siempre fluye de su pluma, como de propio manantial, y con esa pasmosa erudición que tan a tiempo le trae a la memoria lo mucho que ha leído y lo mucho que sabe, les aplicaba a los escritores naturalistas, que se empeñaban en no ver más que el lado repugnante de las cosas, un cuento de Andersen, que, a la verdad, les venía como de perlas. El asunto del cuento es un espejo hecho por los diablos, que tiene la virtud—aquí mejor se diría el vicio—de reflejar a Dios y a la creación, pero afeados horriblemente. Los diablos, para molestar a Dios, quisieron forzarle a contemplarse allí; y ya iban escalando las alturas del cielo, cuando Dios hizo que el espejo se les desprendiese de las manos y cayese sobre la tierra, deshaciéndose en chispas impalpables, cada una de las cuales, al entrársele a algún ser humano por los ojos, todo se lo hace ver tétrico y horrible. ¿No tendrán los naturalistas—preguntaba Valera con pícara intención—chispas de dicho espejo en los ojos? M. Renard, un distinguido escritor suizo contra quien Zola en persona enristró y aceró su péñola, decía en substancia que el naturalismo (1) no había hecho más que poblar el mundo de maníacos, alucinados e histéricos, y que, al finalizar la lectura de algunas novelas naturalistas, era cosa de dudar si unos

(1) El emplea la palabra *realismo*; pero se vé claramente que se refiere al naturalismo de Zola y sus secuaces.—*Etudes sur la France contemporaine.*

hombres encerraban a otros en los manicomios para que se creyese que ellos no lo estaban. El insigne literato turco Sawis Pachá, que, avergonzado del anacrónico despotismo que rige los destinos de su patria, se retiró, no hace aún mucho tiempo a París, donde con tanto éxito cultiva las bellas letras, confirma las apreciaciones del escritor suizo con denigrante censura. Habla de Zola, encarnación vigorosa del género naturalista, y dice... "todo en él es demoledor y negativo; leyendo sus libros, se llega a formar la idea de que los hombres son un rebaño de locos y desalmados... ha tenido el gusto de recorrer todos los grados y jerarquías sociales, para sellarlos todos con el estigma de la perversidad. Si lo que en sus obras dice fuese cierto, deberíamos avergonzarnos de ser hombres." Pompeyo Gener, con hacer y todo profesión de fe naturalista y entonar calurosos ditirambos en loor del arte que tomase por numen a la naturaleza, llega a cruzarle el rostro a Zola con la estallante fusta de sus iras, vertiendo sobre él todo un léxico de calificativos deprimentes y comparándole con los cíclopes, que no tenían más que un ojo. Zola, según él, no contemplaba la naturaleza más que con un ojo, que llevaba, no en la frente, como los mitológicos gigantes que forjaban los rayos para Júpiter, sino en el vientre, centro donde se desarrollan los más prosaicos fenómenos de la vida. Por eso no descubría por doquiera más que inmundicias humanas, y por eso todas sus obras están salpicadas de palabras soeces y de blasfemias.

¿Qué más? Hasta el afiligranado Anatole France, empedernido inmoralista de guante blanco, le ha dedicado a Zola unas frases que encierran la condenación más ruda y cruel de sus obras, ya que, después de asegurar que jamás había habido hombre que hubiese levantado tan infecto montón de inmundicias y hecho tan pujante esfuerzo por envilecer a los hombres, concluyó diciendo de él que es uno de esos seres desgraciados de los cuales puede muy bien decirse: más valdría que no hubiesen nacido, "il vaudrait mieux qu'ils ne fussent pas nés". Poco importa que cuando la muerte del "desgraciado" naturalista —acaecida de la manera triste y sucia que todos saben, muy digna, en verdad, de cualquiera de sus personajes novelescos— le haya enviado a la doliente viuda un pésame muy sentido, y que, durante la fúnebre faena de la inhumación, haya pronunciado un discurso calurosamente encomiástico de lo mismo que antes había abominado y maldecido: todos estos pasajeros encomios podrán delatar el espíritu de inconsecuencia del forjador de frases como el "partido negro"; pero no borrar de su *Vie littéraire* las rudísimas expresiones que dejo transcritas y que tienen toda la fuerza execratoria de un anatema.

Interminable sería si quisiera copiar aquí las críticas aceradas, las censuras sangrientas y las sátiras incisivas que, como relampagueante tempestad, se desataron de todas las plumas enamoradas de la belleza y celosas de la dignidad del arte, contra ese naturalismo desvergonzado que,

en vez de beber su inspiración en las aguas cristalinas que manan de todo lo que es grande, de todo lo que es ennoblecedor, de todo lo que es hermoso, ha ido a abrevarse en todo lo que degrada, en todo lo que prostituye, en todo lo que envilece, en la corrupción, en la perversidad y en el cinismo. Con razón dice el sabio P. Sertillanges que el naturalismo, a fuerza de desvivirse por afear la fealdad, —" a enlaidir la laideur"— y por erigir el vicio en ley universal, ha concluído por ser contrario a la naturaleza, puesto que todo lo ha llevado hasta la innoble caricatura y hasta la paradoja desvergonzada, creando una sociedad toda compuesta de bribones, de libertinos y degenerados. Y Weis ha estado afortunadísimo al designar con la frase de hierro de "literatura brutal" a todo ese desencadenamiento de novelas pornográficas e inmundas, donde los horrores y las violencias de todo género han sido llevados hasta el último límite, llegando a hacer de la palabra "realismo", al decir de Emilio Faguet, un sinónimo usual y corriente de literatura infame, grotesca y acanallada. Pero noto que continúo inconscientemente catalogando las censuras acerbas que ha merecido el naturalismo a juicio de los críticos que en él se han ocupado. Vaya, como resumen de todas, la que fulminó el Káiser prohibiendo la entrada en su imperio a las novelas del "naturalísimo" escritor francés, y asegurando que cada una de ellas causaba más daño en Francia que un Sedán desastroso.

Como se ve, el grito de protesta contra el na-

turalismo a la manera de Zola y de sus más conspicuos seguidores, fué unánime. Hubo, sí, un momento en que los críticos callaron, abrumados por aquel torrente de literatura novísima, cuyas abundantes ondas rugidoras amenazaban cubrir todo el campo de las letras y depositar vivaces gérmenes en toda su superficie, prometiendo una primavera literaria que arrebataría de entusiasmo por su frondosidad y lozanía, por sus aromas y por sus flores.

Pero la desilusión no tardó en venir: lo que se pretendía hacer pasar por riego fecundo y vivificante, que hinchiera de plétora juvenil la poesía y la novela, no era más que una invasión de cieno y de lodo, que concluiría, sin duda ninguna, por agotarles sus jugos, no dejándoles ni chispa de savia. Y con el desengaño vino la reacción violenta, vino la disección, vino el análisis minucioso de la literatura naturalista, y no se vió en ella más que un materialismo desvergonzado, una metafísica atea, negadora de Dios y de todo el orden sobrenatural, la apoteosis de la fuerza bruta y el ensalzamiento y la glorificación de los instintos y las concupiscencias: todo un hervidero de principios insanos que en su extensión y desarrollo acabarían indefectiblemente por minar y destruir aquella misma literatura al parecer flamante y deslumbradora, semejante a esos gusanos nacidos del mismo seno de ciertas frutas y que, si en un principio fingen darles prematura sazón y madurez, concluyen al fin y al

cabo por reducirlas a un puñado de cieno nauseabundo.

¿Cómo la crítica sensata no había de embravecerse contra una literatura que venía a negar radicalmente la existencia de todo espíritu, y, por tanto, a tildar de absurda y repugnante toda religión, reduciendo los amplísimos horizontes del ideal a los menguados ámbitos de la materia? ¿Cómo las almas nobles y generosas no habían de sublevarse contra un arte que venía a negar toda la vida psíquica del hombre, eliminando en él todo lo que tiene de grande y de espiritual y tratando de reducirle, si no al hombre-máquina de Lamettrie, sin más movimiento ni vida que los de un mecanismo automático, pero sí al bruto, que no se deja guiar más que por las necesidades fisiológicas y por las impulsiones de los apetitos? ¿Cómo no se había de coger asco a novelistas que se gloriaban de que en los personajes de sus novelas no hubiese ni atisbos siquiera de alma, puesto que lo habían querido así sus autores, siendo, como era su objeto, pintar "brutos humanos"? Una literatura de tan bajo metal, no tenía más remedio que morir por falta de ambiente, por falta de oxígeno. Los que la juzgaron eterna al verla salir victoriosa de los primeros encuentros de armas contra los escritores idealistas, quienes con sus ataques, asaz violentos, contribuyeron no poco al efímero triunfo de lo que combatían y atacaban, la vieron después acabar por sí sola, languideciendo y desmayando como luz de Bengala a la cual se le concluyen los ingredientes hasta ex-

tinguirse del todo, o solo tener alguno que otro cultivador vergonzante, que ya no se atreve a seguir, ni a medias siquiera, las instrucciones estéticas del maestro.

Tenía que suceder así: no se atenta impunemente contra el linaje humano, y quererle de improviso borrar del mapa, sustituyéndole por un rebaño de brutos, desalmados y locos, era un atentado que, con arreglo a justicia, sólo podía ser castigado con la última pena. Los hombres tenían que cansarse de verse pintados mucho más feos de lo que son en verdad en esas novelas naturalistas, verdaderos amasijos de crímenes y atrocidades, donde ni por asomo podía descubrirse un rasgo noble y caballeresco, una aspiración dignificadora y levantada, un sentimiento generoso que emparentase en línea recta con el sublime espiritualismo cristiano. ¡Ay de los novelistas adscritos al gremio que se permitiesen la libertad de admitir en sus creaciones algún personaje, por de carne y hueso que fuera, que pareciese moverse a impulsos de influencias morales y dejase en pos de sí huellas de una educación esmerada y religiosa! Zola estaba allí, revestido de todos los ornamentos de pontifical y de todos los honores y todas las prerrogativas de inquisidor supremo, para lanzarles la excomunión mayor, expulsándolos de la secta, azotados y malheridos.

Dígalo, si no, la Pardo Bazán, que a pesar de haber hecho esfuerzos prodigiosos por importarnos en España la literatura de Zola, escribiendo *naturalistamente* varias de sus novelas y dedicando

a la apología de la importación todo un libro primorosamente escrito, como todo lo que brota de su pluma, *La Cuestión Palpitante,* fué rechazada ignominiosamente de la escuela por el propio gran pontífice que correspondió a los mimos y benevolencias de la insigne literata con la más inmensa de las ingratitudes. Al leer el prólogo de *La Mariposa*, de Oller, y ver los términos en que está redactada la sentencia de excomunión que él, Zola, fulminaba contra la Pardo Bazán, no habrá quien no haga suya para sus adentros aquella vulgar exclamación: ¡así para el diablo a quien le sirve!

Y cuando no los excomulgaba, porque la opinión pública los había consagrado ya como dioses mayores de la novela naturalista, y temía produjesen hilaridad sus excomuniones, lo menos que se atrevía a decirles era que mentían, y que eran infieles y traidores al arte.

Así cuando uno de los Goncourt, Edmundo, para consolarse en la muerte del otro, publicó *Les Frères Zemganno*, novela afortunada que tuvo la suerte de ser vertida a nuestro idioma nada menos que por la eximia pluma colorista de Pardo Bazán, Zola se atrevió a decir de ella —de la novela, no de la traductora insigne— frases que, aunque encomiásticas, dejaban traslucir paladinamente que el autor, por esta vez, había infringido la estética naturalista, dejándose ganar por ciertas debilidades que no pueden hallar consuelo más que con los ficticios ensueños de la imaginación. A su juicio, la susodicha novela de Goncourt

era una prueba más de la necesidad de mentir para consolarse de ciertas derrotas en la lucha por la existencia; cobardías y miserias de los hombres, que los impelen a vivir de convencionalismos y fingimientos. La belleza moral, para Zola, no existía en el mundo, y, por lo tanto, quererla encarnar en los personajes novelescos era mentir a sabiendas, era rendir homenaje al engaño y sacrificar, como cualquier romántico trasnochado, en los altares rotos de la imaginación.

Cierto que él también había tenido la debilidad de mentir algunas veces, volviendo momentáneamente la espalda a su adorado naturalismo y no reflejando con exactitud toda la perversidad y villanía de los hombres; pero había que desengañarse de una vez para siempre: todas esas debilidades y timideces no eran servicios prestados al arte, eran más bien defecciones y cobardías, con las cuales como que se le dejaba en la estacada. Mientras se anduviese con disimulos y paños calientes en la pintura de la realidad, el naturalismo, único arte digno de vivir, no vería colmados sus anhelos ni satisfechas sus ansias de no tener compartidores en la distribución de laureles y de gloria. El arte no podría dar pasos de positivo avance y de sólido progreso hasta que no se dedicara a pintar exclusivamente, y sin disfraces ni tapujos de ningún género, *La Terre*, es decir, el cieno, la zahurda, el muladar en que se agitan y revuelcan desenfrenadas las pasiones, y la *Bête humaine*, esto es, la fiera indómita y y bravía que, lo mismo bajo los ricos encajes y

las costosas pieles, que bajo el lienzo rústico y el harapo mísero, ruge, y brama como océano tempestuoso, siempre ahitándose de placer y siempre sintiendo el acicate de nuevas hambres aterradoras.

Todo lo que venimos diciendo son aberraciones inverosímiles, extravíos monstruosos, desatinos colosales; pero nadie podrá echarnos en cara que bastardeamos los principios de la escuela naturalista, no sentando con la debida fidelidad las enseñanzas estéticas que se deducen de la obra titánica de Zola. Cuanto dejamos dicho es compendio exacto de las doctrinas que el mismo Zola desparramó en libros de crítica y en prólogos que se dignaba poner a los esperpentos literarios de sus discípulos, libros y prólogos que vienen a ser la objetivación —si se permite decirlo así— de toda la estética brutal y salvaje que se refleja en sus casi innúmeras novelas. Además, que basta haber leído una sola, cualquiera de ellas, exceptuando *Le rêve*, para ver que nada hemos exagerado las causales del proceso penal instruído contra la literatura modernista, cuyo juez, la opinión pública, a pesar de lo estragado de su gusto, ha fallado que debía ser condenada a morir entre la irrisión y el desprecio, o, cuando menos, a sufrir cadena perpetua en los estantes de las bibliotecas, sin más compañía que el polvo de las edades y el eterno silencio del olvido. ¡Justo castigo por haber derrochado tanto talento y tantas hermosas energías en querer cerrar al hombre los horizontes de la inmortalidad, forzándole a

creer que no era más que un bruto salvaje, siquiera ocupase el primer puesto en la escala zoológica.

El sentido común no podía transigir de ningún modo con que en vez de continuar llevando a la novela personajes en cuya frente fulgurasen la imagen y semejanza divinas y de cuyo corazón brotasen energías y virtudes que nos estimulasen a ser honrados y caballeros, se crease un protagonismo compuesto de seres de cárceles y manicomios, que con sus crímenes y locuras nos instigasen a enloquecernos y acanallarnos. Y la crítica imparcial y sensata no podía menos de fustigar, como se merecía, la desatinada pretensión de convertir la literatura en descripciones minuciosas de clínica de hospital y en farragosos tratados de criminología.

La literatura, y muy especialmente la novelesca, debe ser como campo abierto y florido adonde todos puedan ir a explayarse, y a respirar brisas oxigenadas que conforten y vigoricen, no como patio cerrado de presidio o de manicomio, cuya atmósfera, saturada de moléculas impuras, atragante, sofoque y envenene. No es para todos los caracteres, ni para todos los estómagos, vivir en una sociedad donde no haya más que imbéciles y alienados, criminales y corrompidos, canallas y ladrones. Y en el mundo creado por Zola y sus discípulos no existen más que esa clase de seres repugnantes, que ni siquiera compasión pueden inspirar, ya que todos, diríase, pretenden hacer puntillo de honra de sus indignidades y de

sus miserias, de sus depravaciones y de sus crímenes. Una literatura así, por mucho boato y ostentación que hiciese de filigranas retóricas y ataujías de estilo, no tenía más remedio que morir, llevándose por único trofeo a la tumba el malévolo rumor de la consabida frase pagana que con íntima satisfacción pronunciarían muchos críticos: ¡que la tierra le sea ligera!

## V

Vamos a explicar ahora cómo, a pesar de que la literatura zolesca ha muerto, y con gran regocijo de los amantes del arte, sigue aún Zola influyendo desastrosamente en algunos novelistas. Leída una novela cualquiera de Zola, *Germinal*, por ejemplo, no cabe dudar que el abanderado del naturalismo —llamémosle alguna vez así, ya que él mismo rechaza los honores de fundador, y se los atribuye a Flaubert, a Balzac y al mismo Taine, creyendo de este modo dar al sistema más aristocrática alcurnia— es un estilista de primer orden que, a fuerza de examen y de observación, ha sabido formarse un lenguaje propio y característico, cuyos giros y cuyas palabras tienen la virtud de producir en los leyentes el mágico efecto de la realidad.

Cierto que ha habido y continúa habiendo críticos que, olvidándose de lo que debe ser principalmente la crítica, esto es, el concienzudo análisis donde se pongan de relieve las bellezas de

fondo y forma que una obra literaria atesore, se empeñan en no hallar en el gran legislador del naturalismo más que monstruosidades y atropellos de la Retórica y aun de la Gramática, y se atreven a emitir juicios sobre Zola inspirados tan sólo en el ropaje meramente externo de su literatura, ni más ni menos que si viviéramos en tiempos de Hermosilla o de Boileau. Esta crítica de tiquismiquis no acertará jamás a comprender las grandezas literarias que en Zola se encierran; pero no por eso dejarán de ser, para cuantos no padezcan miopía intelectual, una realidad palpitante y abrumadora.

Las ciento y pico de páginas que dedica en la citada novela a describir una huelga de obreros están tan vigorosamente trazadas y sentidas, y graban con tanta energía la imagen de la huelga en el alma, que sin darse siquiera cuenta, se siente uno a sí mismo huelguista, ávido de tomar parte en la sedición y el tumulto. Claro que este hermoso privilegio de sugestionar y seducir no es dón peculiar y exclusivo de Zola, ni de ningún escritor naturalista, sino de todo el que, sintiendo intensamente la naturaleza, sabe estereotipar ese sentimiento en parágrafos o en estrofas, sin menoscabarlo en un átomo, antes bien realzándolo y dándole más consistente vigor y colorido. Lo que queremos significar es que el pendonero del naturalismo es uno de los agraciados escritores que, habiendo llegado a conquistarse ese envidiable privilegio, ha sabido usar de él con más profusión y prodigalidad, imprimien-

do en todas sus obras, y con tinta tan indeleble, el sello de la realidad, que cuando uno las lee, pierde la conciencia de que lee, y llega a persuadirse, de que interviene en las imaginarias escenas a que la pluma del autor infunde hálito tan intenso de realidad y de vida.

En *La Débâcle,* si no recordamos mal, pues hace ya años que la hemos leído y no es cuestión de tornarla a leer, se describe una feria o un mercado con tanta viveza y colorido de realidad, que le parece a uno estar vagando por entre compradores y vendedores, y marearse con el ruido de las disputas en las demandas y en las ofertas, y hasta respirar el olor de los variados artículos de primera necesidad que la gente aldeana ha llevado a vender en cestas y canastos. Este mercado de Zola, y el de la villa de junto a "Cumbrales", que de tan magistral manera nos pinta en *El Sabor de la Tierruca* nuestro insuperable novelista montañés, son de lo más intenso y real que hemos saboreado en obras de arte. No tiene más que evocarlos la memoria, para que inmediatamente los reconstituya en toda su fuerza la fantasía, y le parezca a uno ensordecerse con los broncos rumores de la muchedumbre, que ondea aquí y allá como un océano en ebullición. ¡Tan poderosa y enérgica impresión han dejado aquellos capítulos en el alma!

Zola, antes de ponerse a esbozar una novela, procuraba tener la impresión más fuerte posible de aquello que iba a escribir, y después de haber sentido esa impresión se esforzaba en trasladarla

toda íntegra al papel, consiguiendo reflejarla casi siempre con pasmosa intensidad. Con objeto de que la impresión nada desmereciese al ser desleída en metáforas y en imágenes, descendía hasta el lenguaje del arroyo, y no había palabra, por sucia y maloliente que fuera, que no hallara benévola acogida en la pluma del escritor, con tal que sirviese para dar un toque enérgico al cuadro, embraveciendo la sensación que deseaba causar. La jerigonza de lo que podríamos llamar la chulería parisiense antojábasele por extremo sonora y colorista, y aspiraba nada menos que a producir una revolución en la lengua francesa acometiendo las columnas del Diccionario con sus nutridas filas de vocablos callejeros.

Líbrenos Dios de creer que en el lenguaje popular no haya colorido y viveza, música y poesía, y que no haría una obra, meritísima por todos conceptos, el artista que dedicara todo su saber y entender a entresacar esa poesía y esa música, haciendo hablar a los personajes de sus creaciones literarias el idioma de la plebe en lo que tiene de vivo, de malicioso y chispeante. Hoy que todo tiende a democratizarse, la novela, creo yo que debe tender a democratizarse también, a reflejar lo que se ha dado en llamar "el alma de las muchedumbres", y para esto nada mejor que ponerse en contacto con éstas y observar cómo piensan, cómo sienten y cómo hablan. ¿Quién duda que en las impresiones y decires de las multitudes hay a veces sana y vigorosa poesía, capaz de aportar fecundísimos elementos al arte? Lo único

que hace falta es purificar la expresión, fundiéndola en un molde de nobleza que la haga accesible a los oídos más delicados, de suerte que, al llegar al fondo del alma, ni sugiera imaginaciones impuras ni despierte sensaciones groseras.

Y esto último es lo que no ha querido hacer Zola: todo lo contrario. La megalomanía, el delirio de las grandezas no dejaba sosegar ni un instante su vigoroso entendimiento. Como si se sintiese verdaderamente águila nacida para morar en las cumbres, todo su afán era crecer, subir, descollar aunque para llegar a la apoteosis, señuelo constante de toda su vida, hubiera que pasar por todas las impudencias y por todas las deshonras. De ahí que, lejos de intimidarse por escándalo más o menos, pusiera en escandalizar todo su ahinco y toda su pasión. ¿Acobardarse ante el temor de levantar tempestades de apetitos y encender vesubios de deseos? Ni pensarlo. ¡Si era lo que él quería y lo en que él cifraba todas sus aureolas y todos sus triunfos! Con frases varias lo ha repetido una y cien veces en sus obras: "peindre la bête humaine lachée tout entière". Y en verdad que sus éxitos, respecto de este punto, han sido colmados. El que quiera conocer al hombre corrompido, abandonado al pleno impulso de las pasiones, no tiene más que leer unas cuantas páginas de cualquiera de sus pornográficos engendros. Si se leyeran sin preocupación y con cierta nobleza de miras, yo tengo para mí que constituirían la prueba más irrefragable de la existencia de la primera caída humana. ¡De las manos de Dios no es posible que

haya salido tan contrahecho y miserable el hombre! A esta luz las magníficas esplendideces del estilo de Zola vienen a ser como por ensalmo, una confirmación contudente de la espantosa catástrofe paradisíaca. No hay cosa tan perversamente mala que no encierre en sí algún género de bien, dicen los ontólogos, y ese es el único bien de los encantos retóricos de aquel estilo, que fluye casi siempre como un torrente impetuoso de wagnerianas harmonías.

Pero dejemos a un lado consideraciones impertinentes y ciñámonos al asunto de este artículo, a ver en qué consiste la perniciosa influencia de Zola.

Decíamos que su aspiración era hacer sentir a los lectores la misma brutal impresión que se experimentaría enfrente de la realidad. Pues bien, a fin de conseguir esto, llegaba a todo género de osadías en la imagen y en la metáfora. No importaba que estuviesen moldeadas en cieno: tanto mejor, para que al repercutir en el fondo del alma desprendiesen de sí moléculas impuras, cooperando de este modo a que la impresión resultase más fuerte, más primitiva, más salvaje. Precisamente en esto hacía estribar Zola todo el mérito del estilo. Uno de los mayores elogios que él solía prodigar a las obras de sus discípulos, consistía en decir que el medio ambiente en que desarrollaban sus novelas era un ambiente fétido y nauseabundo. Así se atrevió a elogiar una novela escrita por Huysmans en sus malos tiempos, mucho antes de haber escrito *En Route* y sentir iluminado su

espíritu con los esplendores de la gracia. Es una novela verdaderamente satánica en que la heroína, casi antes de llegar al uso de la razón, se entrega, porque sí, a todo género de liviandades; y Zola, al sentir la hediondez que exhalan las páginas de este libro, delira de entusiasmo y prorrumpe en ditirambos asquerosos y malolientes, que parece inverosímil se haya atrevido a escribir.

A Huysmans es posible que le hayan agradado entonces aquellos "singulares" elogios; hoy de seguro los abomina y los maldice. Las ponderaciones de la suciedad de un libro, por muy sinceras que sean, no son motivo ninguno racional para que se ensoberbezca un autor. Cuando el insigne Julio Lemaitre, después de haberse echado al coleto cierto volumen de Zola, le abandona de súbito y exclama: "ça grouille", de seguro que no pretendía elogiar, sino decir simplemente que aquello era un hervidero de gusanos bullendo unos sobre otros, algo así como "la pelota de escarabajo", frase, sin duda, harto cáustica, en que el autor de *La Literatura española en el siglo XIX* sintetizada la crítica que le merecía *Su Unico Hijo*. ¡Y que Zola osara congratularse de tan lindos elogios! Clarín era más delicado mil veces. La frase del P. Blanco le causó la impresión de despiadada mordedura, y movióle a desahogar todo su malhumor en unos furibundos paliques de *Madrid Cómico*, que al fin no sirvieron sino para dar más celebridad al insigne crítico agustiniano.

Pero, en fin, lo cierto es que Zola cifraba el

mérito del novelista en causar impresiones deprimentes; y que él las causaba espantosas, es indiscutible. Y he ahí lo en que procuran imitarle aún algunos de nuestros novelistas. Menos en lo de pretender *darwinizar* la literatura, y reducir las obras de arte a tratados científicos, hay quien hace esfuerzos sobrehumanos por parecérsele en todo, copiando, no ya sólo sus atrevimientos y sus desvergüenzas, en lo que al fondo de los asuntos se refiere, sino hasta el corte mismo de las frases, hasta la misma materialidad del estilo.

Pasó, por fortuna, es verdad, aquella efervescencia de hace tres o cuatro lustros, cuando muchos de los más peregrinos ingenios españoles, deslumbrados por los éxitos inmensos de Zola, corrieron presurosos a alistarse en su escuela, produciendo obras y obras naturalistas, algunas de innegable valor literario. Octavio Picón se cansó ya de derramar el copioso caudal de su talento en libros primorosos por la forma y mefíticos e insanos por el fondo, donde entre holandas y brocados tejidos con el hilo de plata y oro de su elocución acicalada y castiza, envolvía doctrinas irreligiosas y antisociales, llegando hasta abogar por la destrucción de toda creencia en mundos mejores, y por que el triunfo del amor libre sonriese a la familia y a la sociedad. La gran escritora gallega, curada de "insolaciones" y arrepentida de pecados tan sucios como *No lo invento*, ha sabido desentenderse de aquellos entusiasmos por el naturalismo de que hacía un tanto infantil alar-

de en los comienzos de su lucidísima carrera literaria, y hoy no está afiliada propiamente a ninguna escuela; *Misterio*, su último libro, un verdadero derroche de tropología pictórica y bien sonante, es una novela-novelesca, no a la manera de Balzac en sus primeros tiempos, ni mucho menos a la de Eugenio Sué, sino a la le Ernesto Daudet, que parece ser el representante más genuino de ese género histórico-novelesco que en la nación vecina va afortunadamente teniendo cada día más boga. Y Palacio Valdés, que no ha sido naturalista franco —digan lo que quieran ciertos clasificadores—, más que en dos o tres de sus novelas, y por fortuna, las en que menos brilla su gran ingenio, ha evolucionado desde *La Fe* y *La Espuma* hasta *La Aldea perdida*, es decir, hasta la novela-epopeya, o poema novelesco, donde el egregio escritor lavianense, lejos de empequeñecer y degradar su numen, lo sublima y exalta hasta las regiones del puro lirismo.

Pero si todos estos grandes escritores se han distanciado de Zola hasta perderle de vista, no cabe dudar que han venido otros y otros a imitarle en algunas de sus aberraciones y a poner, por consiguiente, de manifiesto que el maléfico influjo de Zola, en uno u otro sentido, persistirá aún por largo tiempo, envenenando con pestíferos hálitos el ambiente de la literatura. Léase cualquiera de las últimas novelas de Blasco Ibáñez, y se notará a primera vista que todas sus aspiraciones y todo su ahinco se enderezan a causar en el alma del lector, con toda su fuerza salvaje, las impresiones

mismas de la realidad. No se arredra ante la copia de ningún cuadro, por crudo y vergonzoso que sea. Si en vez de tinta necesitase emplear cieno del arroyo para la construcción de ciertas cláusulas, el autor de *La Catedral* y de *El Intruso* seguiría adelante, tan imperturbable e intrépido como si tal cosa: ahí está *La Horda* que lo puede decir. En esta última novela y en *El Intruso* hay trozos que parecen arrancados de cualquiera de los asquerosos engendros del Maestro de Medán, no precisamente por la rotundidad y la música del estilo, sino por el uso de vocablos celestinescos y por la sugestión de ideas satánicas, que dejan tamañicos los atrevimientos y osadías de la biblioteca "Demi-monde".

Miento sólo a Blasco Ibáñez, no porque no abunden entre nosotros escribidores de novelas donde la huella de Zola sea intensamente visible, sino porque los conceptúo indignos de que su nombre figure en revistas serias, ya que además de no dar chispas de gran ingenio—Blasco Ibáñez las da brillantes—diríase que, más bien que imitadores de Zola, se proponen ser meros copistas de sus inmoralidades y de sus hediondeces. Precisamente está pugnando por escapárseme de la pluma el nombre de cierto autor, muy ventajosamente conocido como bibliófilo y aun como literato, que últimamente se ha metido a naturalista de lo más arrabiado, publicando un engendro novelesco cuyas páginas son un amasijo de feroces asquerosidades, capaces de sacar los colores al rostro al más bigotudo cabo de artillería. ¡Como

que dudo haya en *La Histérica* de Lemonnier, citada por algunos críticos como dechado de zolesca brutalidad, escenas tan crudas y disolventes, y alardes tan cínicos de liviandad y desvergüenza! ¡Para haberla censurado enérgicamente, en este sentido, algunos de los críticos modernos, de suyo tan poco aprensivos y escrupulosos!...

La tendencia a lo que mancha y el no arredrarse por fotografiar ningún suceso de la vida, por sucio y denigrante que sea, he ahí lo único que queda de Zola, de aquella ruidosa literatura que hizo su aparición en el campo de las letras, tan bravía y batalladora, como la romántica, obteniendo si se quiere tan brillantes triunfos, pero no dejando en pos de sí huella tan honda y refulgente, y sobre todo no legando a la posteridad, como aquélla, una tan nutrida pléyade de nombres gloriosos que serán eternamente ensalzados y queridos.

La otra influencia, la del rebusco de elocución brillante y sonora que supiese y oliese a realidad, lo que significaba Zola por "le souci de la phrase", más bien que de Zola deriva de Flaubert, mágico cincelador de palabras, que a veces se pasaba toda una noche corrigiendo una cuartilla y que no daba por bueno un párrafo hasta que, leyéndoselo a sí mismo, no le sonara a deliciosa música; y mejor aún que del autor de *Madame Bovary*, de Teófilo Gautier, de aquel vate todo fantasía, ardientemente enamorado del dibujo y del color, que soñaba con hacer una trasposición del arte convirtiendo la poesía en pintura a fuerza de arabescos

y primores. El fué el verdadero preceptor de esa retórica modernista que trata de hacer del estilo una filigrana artificiosa cuyos matices y exquisiteces vengan como a sustituir los objetos de que se habla, de suerte que al leer un libro se verifique aquello de Taine, de que reemplaza la vista a la imaginación, sin lo cual el estilo no podrá decirse perfecto y acabado.

Propiamente del naturalismo zolesco no hay más huella en ciertos autores contemporáneos que la osadía de la inmoralidad: el que cualquier novelista de perro chico se atreva a buscar asunto para sus novelas por lupanares y mancebías, describiendo escenas escandalosas y esbozando tipos degenerados, para los cuales ni debía siquiera lucir el sol; el descaro y la impudencia de suministrar pábulo a los apetitos de los hombres, como si necesitaran de alicientes para el mal y no fuese harta nuestra propensión al vicio. No es grano de anís, por desgracia, esa influencia, sino desastrosa calamidad que hará aún por mucho tiempo decaer al arte, si es que, volviendo por su honor escarnecido, no emprenden cuanto antes los críticos una campaña moralizadora. Pero esta influencia ya no proviene del naturalismo como sistema de escribir novelas, aunque los escritores naturalistas le hayan dado arrollador empuje con su cinismo y su perversidad: su origen radica más hondo, arranca de la misma naturaleza humana, inclinada de suyo a seguir el impulso halagador y sugestivo de las pasiones; proviene, sin duda, de esa complacencia secreta y pecaminosa de la car-

ne en saborear, aunque sea imaginariamente, el fruto prohibido, en sentir los estremecimientos de un placer que la fantasía colora y hermosea, derrochando, en presentárnoslo irresistible y arrobador, toda su paleta de tintas mágicas.

Yo no me atreveré a decir como ha dicho D'Azambuja, un escritor francés que medita muy seriamente cuanto escribe, que, de cien lectores de novelas, los noventa y nueve van a buscar en ellas cosa muy distinta de la ambrosía estética que brindan al espíritu en áurea copa las bellezas literarias; pero sí me atrevo a afirmar que los grandes éxitos de las lecturas inmorales, más bien que al ingenio brillante de los respectivos autores y a la valía de los bordados retóricos que nos ofrecen, son debidos a las tendencias ínfimas e insanas que todos en mayor o menor escala sentimos. Hay novelistas católicos que publican admirables novelas, que bordan en las cuartillas acabados primores, que escriben con un estilo impecablemente musical, como escribía Luis Veuillot al decir de Lemaitre; y sin embargo, no se los lee, no se los quiere, no se los estima. ¿Es por ventura porque, desde el punto de vista del arte, no rayen tan alto como los más celebrados escritores impíos? No: es que por sus páginas limpias como la nieve, no discurre esa brisa voluptuosa, atizadora de fuegos carnales; es porque en ellas no se rinde tributo al inmoralismo, que campa hoy por sus respetos en ciencias y en artes, en filosofías y en literaturas.

# La última novela de Blasco Ibáñez.

Si el realismo en el arte debe ser tan fiel que pueda considerarse como "una declaración de testigo, hecha bajo juramento", según la frase de George Eliot, claro está que el escritor realista que falsea la realidad, aderezándola de modo que sirva para sacar adelante preconcebidos planes y determinadas intenciones, viene a ser algo así como un testigo falso, como un verdadero perjuro. Desde este punto de vista la última novela de Blasco Ibáñez es un continuado y monstruoso perjurio desde la cruz a la fecha.

Exceptúo las descripciones, que a veces son magníficas y parecen desplegarse ante la fantasía en forma de luminosos panoramas. En punto a describir, hay que confesar que el autor de *Cañas y barro* suele mostrarse casi siempre consumado maestro. Lástima que abuse tanto de este don, trazando capítulos como el primero, de cincuenta y cuatro páginas, que vienen a ser como una galería interminable de descripciones muy bien hechas, todo lo que se quiera, pero que llegan a abrumar y a causar hastío al lector con tanto desfile de cosas y cosas. Quede, pues, consigna-

do que las descripciones valen, por lo visiblemente que palpita en ellas la realidad; pero en todo lo demás, es decir, en argumento y escenas y personajes, el realismo brilla por su ausencia. En el arte, para que sea verdaderamente realista, no debe aparecer para nada la personalidad del autor. El que lee, quiere contemplar la vida en sí misma, no al través del prisma más o menos coloreado con que gusta de contemplarla el que escribe. Y en *El Intruso*, la persona de Blasco Ibáñez, con sus radicalismos sectarios y sus intransigencias demagógicas, escóndese aquí y allí, en cada situación, en cada personaje y en cada escena. Por supuesto que se le columbra en seguida y fuerza a uno a protestar enérgicamente contra la dañada intención de convertir el arte en tribuna callejera, para desde allí sembrar a granel ideas anárquicas y semillas corruptoras. Para propaganda de este jaez ya tiene el Sr. Blasco Ibáñez a *El Pueblo*, desde donde, amparado por el libertinaje de imprenta que padecemos en España, no hace más que disparar bala roja contra todo lo más augusto de nuestras tradiciones y nuestras creencias. Y si *El Pueblo* le parecía poco para desaguar en él todo el río de impiedades que brota de su cerebro y de su corazón, ahí está el Congreso, donde, como diputado que es, puede a mansalva tronar y relampaguear todos los días en centelleos de abominaciones.

Pero llevar todas estas barrabasadas a la novela... vamos, que no se le puede tolerar. El espíritu sectario no debe imperar en los dominios del arte,

como en el ámbito de un club jacobino o en las trastiendas de una logia. Lo contrario sería una profanación de las leyes estéticas, que no podría menos de anatematizar todo crítico imparcial que examine las cosas desde la serena región de los principios. Y no importa que en eso de llevar el sectarismo a la novela se imite a grandes maestros como Anatole France o Pérez Galdós. No han llegado a ser grandes maestros en el arte de novelar por su fanatismo sectario, sino a pesar de su espíritu de secta. El arte no se puede hacer instrumento propagador de ideas y de opiniones de ningún género, y mucho menos de ideas y opiniones que tiendan a desmoralizar y corromper a la sociedad con cuadros mucho más disolventes aún que los que con cieno del arroyo se encarga de pintarnos la miseria humana todos los días. No es que condenemos la tendencia moralizadora del arte; no es que proscribamos de la novela toda enseñanza y toda predicación: lo que queremos es que esa predicación y esa enseñanza dimanen del fondo real del asunto, no de doctrinas infusas por el autor en el magín de los personajes novelescos, haciéndolos moverse a su antojo como maniquíes, automáticos, forzándolos a pensar y sentir como él piensa y siente. Los pensares y sentires de Blasco Ibáñez, ¿quién ya en España no los conoce? Si siquiera fueran buenos; si tendieran a moralizar a estilo de Dikens, o a moralizar y apostolizar a estilo de Fernán Caballero, no sería yo quien le censurase, y eso que dejo consignado que en la novela la predicación debe surgir siempre

del fondo realista del asunto; pero tendiendo como tienden a degenerar y a corromper, repito que no se los puede tolerar ni sufrir. Al leer *El Intruso*, cualquiera diría que Blasco Ibáñez intentaba traducirnos a Zola, y aun dárnosle corregido y aumentado; tal es el hálito de hospital y de manicomio que, como de corrompida ciénaga, surge de todas y cada una de sus páginas.

Pero dejémonos ya de consideraciones que todo el mundo sabe, y pasemos a examinar el engendro literario del extraviado novelista, no sin llevar a mano algún preservativo contra la acción delatérea de pestíferas emanaciones. El blanco contra el cual se dirige toda la artillería palabrera de grueso calibre que emplea el novelista, es lo que se ha dado en la flor de llamar "clericalismo", encarnándolo en la Compañía de Jesús—*El Intruso*— que de una manera solapada se ha hecho dueño y señor de la sociedad española, fanatizando primero a las mujeres con trasnochadas místicas y concluyendo por fanatizar también a los maridos. Para que sus ataques apasionados y virulentos contra los hijos insignes de San Ignacio produzcan resultado más fecundo, los hace provenir todos del Dr. Aresti, un vizcaíno ilustre, un sabio que después de estudiar en Madrid ha ido a estudiar al extranjero, volviendo a su patria con una balumba de sabiduría en la cabeza y sin un átomo de sentimiento religioso en el corazón.

Este egregio Doctor, que reniega de su patria por el fervor religioso que respira, y que siempre que le parece oportuno alardea de no tener fe

de ningún género en los grandes misterios de ultratumba, y vomita cuantas herejías e impiedades se le ocurren, se casa con una joven de Bilbao, de las de más antiguo abolengo, como que corre por sus venas pura sangre vascongada. Todo esto no tiene nada de particular: lo particularísimo es que la dicha joven es sumamente fervorosa y apenas sabe otro camino que el de la iglesia de los jesuítas. Como todo esto, maldito lo que le agrada al Doctor, y además cree que los fervores religiosos le roban el cariño de su compañera, concluye por divorciarse tranquilamente por sí y ante sí, dejando a su esposa abandonada a sus rezos y a sus presunciones de aristócrata, y retirándose él a practicar la medicina a Gallarta, riquísimo coto minero de su primo carnal el archimillonario Sánchez Morueta. Allí, sin que le intranquilice jamás en lo más mínimo el recuerdo de su desgraciada esposa, llega casi a sentirse feliz, consagrándose por completo al servicio de los obreros, que víctimas, ora de malignas enfermedades, ora de alguna explosión de dinamita, gimen postrados en el lecho del dolor. Los filantrópicos ardores de que se muestra como abrasado, le llegan a hacer ultrasimpático a todos los obreros de aquel coto. A todos los visita en sus inmundos tugurios, con todos conversa afable, de todos escucha lástimas y quejas, y cada día se siente más socialista y más persuadido de que no debe existir más religión que "la ciencia y la justicia social". ¡Oh, si él pudiera llevar sus propias convicciones al corazón de todos los hombres, de suerte que desaparecieran en un instan-

te todos los evangelios y todas las cruces, con lo cual dejarían de ser como por ensalmo todas las injusticias humanas!

De Bilbao ya no se acuerda para nada, como no sea para echar venablos contra la burguesía, que desde los modernos castillos feudales de sus fábricas y altos hornos no hace más que tiranizar al pueblo, explotando el sudor del pobre, que, trocado en oro, corre a acrecer incesantemente los inmensos caudales del rico. Uno de esos burgueses es su primo hermano Sánchez Morueta, un mocetón vizcaíno de facciones muy duras, realzadas si se quiere por una barba enmarañada y espesa, como la de un antiguo eremita, y con unas manazas de oso que casi meten miedo al estrechar a las que se le tienden en afectuoso saludo. Dicho se está que este burguesón no es nada tirano, ni apegado al dinero. Está escandalosamente rico, porque no acomete empresa ninguna, por temeraria que sea, que no le salga bien.El ya tiene fábricas, minas, altos hornos, una crecida flota de barcos mercantes de los mejores que cruzan las aguas cantábricas, y un yate magnífico para el servicio de su persona, que causa envidia a cuantos marinos extranjeros lo contemplan. Además es un liberalote empedernido que ha estudiado en Londres y que se ha connaturalizado con un género de vida completamente alejada de toda práctica religiosa. Como se ve, todo esto tampoco tiene nada de particular: lo particularísimo es también que se ha casado con una aristocrática vizcaína de antigua cepa, jesuítica hasta

las cachas y siempre repartiendo oro a puñados en juntas de cofradías y asociaciones. A Sánchez Morueta le sucede lo propio que a Aresti: los fervores religiosos insensibilizan el alma de su esposa, convirtiéndola en una estatua; pero él no quiere imitar el ejemplo de su primo, porque han tenido una hija, que aunque no sea un prodigio de belleza, lo es, sí, de dulzura y de amabilidad. Y Pepita, que así se llama, es entre él y su esposa como irrompible lazo de unión.

Sin embargo, todo esto no obsta para que el cariño que le falta en casa lo busque afuera en una vendedora de amor, francesa por añadidura y cansada de correr aquí y allá a expensas del oficio. Esta francesita le bebe los sesos a su amante, quien la instala en un hotelito de Madrid, a donde va a visitarla de cuando en cuando, fingiendo negocios urgentes que reclaman su presencia en la Corte. Le da cuanto dinero le pide, a fin de que viva con la opulencia de una aristócrata, en tanto que ella vive amartelada con un franchute que desaparece como por escotillón en cuanto el *pagano* viene a Madrid. De aquel franchute tiene un hijo que Sánchez Morueta cree ser suyo, redoblando desde entonces sus donaciones y sus regalos, llegando hasta comprarla un hotel en Biarritz. El buen vizcaíno se juzga feliz y venturoso con aquellos *fecundos* amores, y así se lo comunica a Aresti, que le oye siempre con atención, aunque dejando escapar, al oirle hablar del hijo con tanto entusiasmo, una sonrisa, un si es no es burlona. Pero no tardan en rodar por su base

todos su sueños de dicha y de ventura. Cuando ya a la vendedora de amor le pareció tener resuelto el problema de la lucha por la existencia, le desengaña con la mayor sangre fría en una escena naturalista y bochornosa, haciéndole saber que el hijo no es suyo, sino del franchute aquel, su verdadero y fino amante, con quien se fuga al siguiente día, dejando al pobre vizcaíno con un palmo de boca abierta y lleno de rabia y desesperación. Aresti, que es su paño de lágrimas, trata de consolarle, pero nada logra. Aquel hombrachón cargado de millones se halla postrado a la vez por la vergüenza, por el furor y por la cobardía.

Para cuando esto sucede, ya la esposa de Sánchez Morueta ha sorprendido los enredos de su esposo, y ha ido a su confesor, el P. Paulí, quien parece reprenderla por no haberse mostrado más tierna y amante con su marido, instigándola a que desde aquel momento procurase deshacerse con él en caricias y ternuras. Ella lo siente en el alma, porque ya hacía años que no vivía más que para Dios; pero hará lo que el confesor la dice, se revistirá de espíritu de sacrificio. Efectivamente, si no por el pronto, a la larga quien logra calmar a Sánchez Morueta y sacarle de aquél estado de abatimiento y de muerte en que yacía, fué su esposa, con sus consolaciones místicas, con sus cariños estudiados. La evolución del archimillonario hacia el jesuitismo es larga y penosa, pero firme y segura. Aresti sentía en el alma que de aquel modo se dejarse fanatizar; ¿pero qué iba a hacer él? No podía ir a visitarle. Le tenían como secuestrado.

Un día se arriesgó, y a pesar de que la señora a ello se oponía, pasó a verle. Sánchez Morueta, que estaba leyendo un libro espiritual, lo escondió en seguida en el bolsillo, como temiendo que Aresti lo viese, y saludó a éste lleno de alegría. La situación, para hablar a su primo con franqueza, no era nada propicia al incrédulo Doctor: estaban presentes D.ª Cristina, su hija y un tal Fermín Urquiola, que aspiraba a la mano de Pepita; pero no importaba, él libraría la batalla contra los tres. Al efecto, trae la cuestión religiosa por los cabellos y empieza a atacar en bloque todos los dogmas de nuestra Santa Religión. Urquiola, que tenía fama de ser un díscipulo aprovechado de Deusto, y que además quería hacer méritos ante Pepita, deshizo sus herejías como pudo, ayudado de doña Cristina. El Doctor, irritado y descompuesto, abrió todas las esclusas de sus odios contra la Religión. Dijo mil horrores, que apenas se podían oir, contra la moral evangélica, contra Dios y contra Jesús. D.ª Cristina se indignó contra su esposo, que toleraba que su hija oyese todas aquellas atrocidades en su propia casa, y la indujo a retirarse con ella. Urquiola se retiró también, no atreviéndose a dejar caer sus bien acreditados puños sobre el herejote, por respeto al archimillonario, y éste y su primo quedaron solos un instante, como asustados uno y otro por la espeluznante escena que acababa de suceder.

Aresti se retiró en seguida. Apenas cambió con su primo dos o tres frases diciéndose adiós. Aquel liberalote de siete suelas había caído como un pez

azorado en las redes del jesuitismo. Del libro aquel que le sorprendió leyendo, al confesonario del Padre Paulí, no había más que un paso. Efectivamente, Sánchez Morueta, no sólo se hace clerical, sino que hasta va a Loyola a tener ejercicios espirituales, entregando su alma a la devoción. Aresti tuvo ocasión de verlo por sus propios ojos, un día que le dió la ventolera de ir a visitar el hogar nativo de San Ignacio. Mas aún: tuvo el valor de acercarse a él, viéndole pasear por la huerta con el libro de los *Ejercicios* en las manos, e interrogarle, con frases que reflejaban a un mismo tiempo cólera, extrañeza y compasión: ¿Tú aquí? ¡Adónde había ido a dar consigo aquel hombre! ¡A preocuparse vivamente con la muerte y a tomar en serio las ridículas consejas de nuestras madres sobre las espantosas realidades de ultratumba! Aquella sí que fué despedida fría. Para el insigne Doctor había concluído el archimillonario. El entroncamiento quedaba roto para siempre. Si algún día se volvían a ver, ya no se contemplarían como primos, sino como seres completamente desconocidos y extraños. — ¿Y vuelven a verse? Sí, Blasco Ibáñez hace una horrible caricatura de la brillante peregrinación en que acudió el año pasado al santuario de Begoña toda la flor y nata del pueblo vizcaíno, y los fuerza a encontrase en medio de la lucha campal trabada entre los católicos y los elementos radicales de Bilbao. Aresti se inundaba de júbilo creyendo aquella menguada subversión callejera un verdadero despertar nacional, y andaba de aquí

para allá entre el tumulto populachero, cuando impensadamente surge ante él un hombre que iba despejando el camino a puñetazos. Era Sánchez Morueta, que actuaba como de satélite del Padre Paulí. El ricachón, que llevaba el puño enarbolado, lo bajó, viendo que aquél sobre quien lo iba a descargar era su primo, en tanto que éste correspondía a la generosidad lanzando al recién convertido un escupitazo a la cara. El P. Paulí arranca al archimillonario, gritándole: "¡A Begoña! ¡A Begoña!" Y la novela concluye entre desvanecimientos de júbilo del "sabio" Doctor. Los radicales triunfan. Las imágenes de la procesión son arrojadas a la ría. Un marinero coge una lancha y boga a todo remo hacia donde va la Virgen cabeceando a merced de las aguas. Alguien cree que va a ponerla en salvo; pero al llegar junto a ella, le da un golpazo con el remo, haciéndola desaparecer, para no flotar más, entre un remolino de espumas. Aresti se derrite de felicidad porque hasta las aguas mostraban "la impiedad de la villa", y se extasía pensando en que las minas agotarán sus preciosos tesoros. Vizcaya entonces se tornará pobre, y la pobreza ahuyentará las aves negras, que sólo donde el oro abunda fabrican su nido, y el linaje humano adorará las únicas dos deidades de la nueva religión: "la Ciencia y la Justicia social..." *¡Tableau!*

El argumento, como se ve, basta con reflejarlo imparcialmente para que quede juzgado por sí sólo. Claro está que Blasco Ibáñez, se despepita, derrochando pirotecnia de imaginación, para que

el desenlace aparezca como la cosa más natural del mundo, y haciendo que los personajes desempeñen su papel de modo que todo se encamine a hacer odiosa y aborrecible la Religión. ¿Pero lo consigue? Ni por asomos. Los personajes son casi todos tan vivientes y de carne y hueso como los de las leyendas mitológicas y las fantasías de Eugenio Sué: verdaderos muñecos de palo que llevan colgando de sus faldellines la misma marca de fábrica. Por casi todas las páginas del libro corre un aire de inverosimilitud que nos persuade en seguida de que todo lo que desfila ante nuestros ojos pertenece a un mundo bastardeado y contrahecho. En el primer capítulo aparece ya una muchacha, llamada la "Charanga", que va a casarse al siguiente día; pero al pobre novio, que ha ido a comprar algunos regalos a Bilbao, le asesinan de vuelta en el camino. La gente acude al lugar del siniestro a contemplar el cadáver. Entre la gente se abre paso la "Charanga", y al avistarle y descubrir las botas de charol que llevaba para ella, rompe a reir y exclama delante de todos: "¡Rediós! ¡Pus ya podía yo anoche esperar mis botas!" ¿Se puede dar algo más inverosímil? Vamos a suponer que la "Charanga" estuviese en amores con el asesino. Aun así ¿no hubiera guardado silencio, siquiera por recato, para que no murmurase la gente? Yo no creo que existan mujeres así en ningún pueblo de la Península, y menos aún en Vizcaya, donde, afortunadamente, aún no ha dado grandes pasos de avance la corrupción de las costumbres.

Pues ¿y aquel cura de Gallarta, amigo de Aresti, que no sueña más que con entierros por la pingüe pitanza que chorrean? ¿Que ve que la iglesia se va quedando más desierta cada día, pues ya no van a oir Misa más que cuatros viejas encanijadas, y a él le importa todo un ardite con tal que haya muchos entierros? ¿Que al acaecer una explosión de dinamita en una fábrica, en vez de pensar y condolerse de las familias que quedan sin padre y sin pan, se pone a recrearse interiormente en los entierros que le esperan, nada más que en los entierros?... No cabe duda, este Cura es hermano consanguíneo de la "Charanga" y ambos a dos hijos de una imaginación en calentura de odios y rencores contra la Iglesia. Yo no sé cómo la pasión de secta llega a ofuscar tanto el talento de un novelista, que le hace persuadirse de que el lector haya de tomar por personajes vivientes a seres imaginarios que maldito el punto de apoyo que tienen en la realidad.

Todo el mundo sabe la vista de lince que tienen los jesuítas para penetrar dentro de lo más recóndito del corazón humano; pues bien, Blasco Ibáñez diríase que se propone hacerlos pasar plaza de tontos, cuando no de cosa harto peor, poniéndolos como los pone casi a merced de Fermín Urquiola. Este señorito es un busca-ruidos de Bilbao, a quien la gente señala poco menos que con el dedo por su vida licenciosa y desarreglada, llena de aventuras tenoriescas. Horrores se dicen de él, y todos fundadísimos. Mas a pesar de todo eso, es el brazo derecho de los jesuítas en festivales

religiosos y procesiones, donde se exhibe ante todo el mundo con alguna medalla o escapulario pendiente al cuello. Es la lumbre de los ojos de la Compañía; como que trabajan cuanto pueden por casarle con la hija única de Sánchez Morueta, la joven burguesa más forrada de oro y piedras preciosas en todo Bilbao. Ahora bien: ¿verdad que este Fermín Urquiola, ídolo de los jesuítas y *bretteur sans vergogne,* como los cadetes de Gascuña, todo en una pieza, es un personaje tan ideal y fantástico como los gigantones de la maza de hierro de los libros de caballerías? ¡Los jesuítas valiéndose, para la realización de sus planes evangelizadores, de un mozuelo libertino y bullidor que no tiene más méritos positivos que haber estudiado en la Universidad de Deusto! ¡Y esto en Bilbao, donde los hijos de San Ignacio, al decir de Aresti, son verdaderos reyes a cuya augusta voluntad nada se opone ni resiste! ¡Si les faltará allí gente bonísima de quien valerse!

El odio del Sr. Blasco a la Compañía debe correr parejas con su ignorancia respeto a la política interior y exterior imperante en los colegios ignacianos. ¿No nos pone de portero y cicerone en Loyola a un hermano infeliz, de orejas enormes y abiertas en forma de abanico, dejando ver por detrás de ellas una piel salpicada de costras y escoriaciones supurantes que atraían en su alrededor una bandada de moscas? Al diablo se le ocurre poner en tela de juicio la pulcritud y finura que distinguen siempre a los jesuítas, que, por su empleo, tienen con frecuencia que rozarse con

gentes. Desengáñese el Sr. Blasco: el hermano de que Aresti habla, le habrá visto al pasar, curándose en el botiquín de la enfermería; pero lo que es prestando sus servicios de portero y de cicerone... Es demasiada rueda de molino, para hacer a los lectores comulgar con ella. *El sic de caeteris*... y así de casi todos los personajes que intervienen en *El Intruso,* vaciados en turquesa a propósito para contrahacerlos y plasmarlos de modo que sirviesen a los intentos sectarios del artífice.

Todo en ellos es artificio y fingimiento. Así que ninguno inspira franca y sincera simpatía. El propio Aresti, en quien Blasco se despepita para hacernos contemplar a un semi-dios, resulta, con toda su ciencia adquirida en libros extranjeros, un librepensador de perro chico que alardea de sabio profundo y que lleva en su cerebro una balumba inmensa de fanatismo y de ignorancia. ¡No se pone el desdichado a predicar el budismo entre obreros y contratistas, consiguiendo que algunos de ellos apostaten de su religión y rindan culto ferviente al pánfilo de Buda! Causa risa y lástima a la vez oirle hablar a cada triquitraque contra el tribunal de la Inquisición, con un desconocimiento completo de lo que ha sido y con un odio irreconciliable al nombre cristiano, que debiera ser raído de la tierra por el solo hecho de ir envuelto su prestigio en la fatídica sombra de aquel tribunal. ¡Cuidado que ya huelen en España todas esas cantilenas anti-inquisitoriales! Pues ni por esas: los progresistas siempre temiendo

ver asomar por todas partes el coco de la Inquisición. ¡Ni Lamettrie temía tanto los días de viernes ni Hobbes a los aparecidos!

Me soplan al oído que Aresti, que el sabio Luis Aresti, es el propio Blasco Ibáñez en persona. Yo no lo creo. Pase que el novelista republicano padezca esa monomanía anti-inquisitorial, con la cual tan a maravilla se hace el ridículo; pero yo no puedo creer que este hombre haya perdido de tal modo el sentimiento de la decencia y de la honradez que llegue a suscribir como suyas aquellas frases nauseabundas en que el *europeizado* doctor se lamenta de que no transiten por las calles bilbaínas unas cuantas docenas de *cocottes* elegantes y hermosas, que se encarguen de educar y civilizar a la juventud femenina de Bilbao, arrancándola de una vez para siempre de las ñoñeces místicas que les enseñan desde los confesonarios y desde los púlpitos. Imposible de todo punto que para Blasco Ibáñez encarne el ideal de la enseñanza femenina en semejantes institutrices. No le tenemos por tan degenerado; no obstante que sus dos últimas novelas, *La Catedral* y la que estamos censurando, ofrecerían a Max Nordau materia más que suficiente para añadir, siquiera fuese por vía de apéndice, un par de abultados capítulos a su substanciosa obra *Dégénérescence*.

¡Y qué espantosos estragos continúa causando Zola en algunos espíritus, no obstante que su literatura ha muerto, y ojalá que para siempre, envenenada por los mismos mefíticos miasmas que

sus hediondas páginas efundían! Porque a nosotros no nos cabe la menor duda que Blasco Ibáñez se deja guiar por la influencia de Zola, como se deja guiar un ciego de su lazarillo. ¡Tan terrible es el fardo zolesco que lleva sobre el alma! ¡Y si reflexionara el Sr. Blasco la poca granjería que saca de semejante influencia! *Cañas y barro* y *La Barraca* serían dos novelas hermosísimas si no cruzara a cada instante por sus páginas, sembrando suciedades e impurezas, el aliento pestífero de Zola. Y *El intruso*, por las mismas crudezas y por la misma tendencia zolesca de llevar al arte tipos falsificados y contrahechos, resulta un novelón anti-artístico, más anti-artístico que *La Catedral*, que tan acerbas críticas ha merecido a tirios y a troyanos. Ríase el Sr. Blasco Ibánez de los que le dicen que ha hecho una verdadera obra maestra, poniéndose de un salto al nivel de los grandes novelistas extranjeros. Esas irracionales alabanzas serán una bocanada de incienso en aras de la amistad, o una manera de llamar la atención sobre ciertos supuestos peligros, tocando a rebato desde el campanario de la prensa; pero nunca el veredicto de una conciencia sincera y honrada, imbuída en el estudio de los principios estéticos y ardiente entusiasta de los progresos del arte. Si el Sr. Blasco quiere escribir obras que vivan y alienten, comience por curarse radicalmente de la influencia maléfica de Zola. Alas que han nacido para volar, no deben arrastrarse por entre bajezas. Para recoger los desperdicios del arroyo, no están los novelistas, están los esportilleros.

# Enrique Menéndez Pelayo

---

***La Golondrina.—Cuentos y Trazos.***

Los amantes de la buena literatura estamos de enhorabuena con la Biblioteca "Patria", que acaba de inaugurar su simpática tarea de regeneración de las letras españolas con *La Golondrina*, novela verdaderamente alada, ya que su lectura hace saborear al espíritu algo así como impresiones dulcísimas de aleteos de ave que se remonta al cielo.

Con un argumento sencillísimo, sin enredos ni complicaciones, el señor Menéndez Pelayo ha sabido enriquecer el tesoro de nuestra literatura con una verdadera joya artística, con una novela deliciosa, henchida de cuadros palpitantes de luz, que dejan en el ánimo la misma gratísima impresión de la realidad por lo verdaderos, por lo naturales, por lo vividos. Si se exceptúan algunos primorosos lienzos de *La Aldea Perdida*, donde el pincel de Palacio Valdés nos ha regalado con bellísimas escenas tomadas del natural, pero magistralmente puestas de relieve, y totalmente impregnadas en "sabor de la tierruca", desde *Peñas Arriba* acá, yo no he leído nada que tan suave gusto dejase en mi paladar y con tan imborrables descripciones recrease mi fantasía. En cuatro rasgos, nada más, el autor ha sabido comunicar vida intensa a un

ramillete de personajes, dignos, a todas luces, de figurar en la galería de ilustres montañeses eternizados en la memoria de todos los españoles por la mágica fuerza creadora de Pereda.

Lario, Sinda, Rosuca, y hasta la misma Ritona, que casi no aparece en escena más que para hacer el clásico chocolate de tres *hervidas*, con que en el caserón de los Rudagüeras se obsequia todas las tardes al señor Cura, forman el cuadro de la servidumbre de D. Pedro, último vástago de aquella linajuda familia, cuya historia se remonta hasta los mismos tiempos de Felipe II. Cada uno de esos criados tiene su idiosincrasia propia, peculiar, inconfundible, sin más notas comunes que la de querer ardientemente a su amo, más bien padre que señor, y la de velar por los intereses del caserón, ni más ni menos que como si fuese por cosa suya, y con toda la lealtad de los mastines de raza. El alma del lector llénase de profunda simpatía por todos ellos, desde el momento en que se les oye hablar su pintoresca charla, salpicada de agudezas y de chistes. ¡Qué sabrosas e inocentes reyertas promueven entre sí, hijas siempre del desvivirse en complacer a porfía al último de los Rudagüras! D. Manuel y D. Robustiano, párroco y médico respectivamente del lugar, son otros dos personajes de esta novelita, que no faltan ninguna tarde a la señorial morada de D. Pedro, el uno a tomar la consabida jícara de chocolate, el otro a beber su imprescindible cerveza, y ambos a tirotearse de lo lindo en diálogos ligeramente intencionados, que suele iniciar siempre al-

guna frase satírica del "señor Avicena", como llama el Cura a su contricante en los períodos recios de la disputa. Por supuesto, que jamás llega la sangre al río, y que, aun cuando alguna vez finja D. Pedro poner paz, no es porque se hayan llegado a agriar los ánimos, ni mucho menos, sino más bien, porque ha llegado la hora de poner fin a aquellas granizadas de discreteos agudos, o inocentemente maleantes, que sólo sirven para que el bueno del Médico y el bueno del Cura desahoguen su mal humor y estrechen y robustezcan más y más cada día su amistad. Nubecillas de verano, que, al desatarse en gruesas gotas, sólo sirven para dar más brillo y esplendor al astro refulgente que reverbera en las alturas.

¿El argumento de *La Golondrina*? Si apenas tiene argumento. *La Golondrina* es una doncella gaditana que con cierta Anita, tía suya, y ligada por antiquísimas relaciones con los Rudagüeras, se va a la Montaña, apenas asoma el verano, a pasar los días estivos, y torna a su tierra apenas se ciñen con los primeros copos de nieve las cimas de los montes. Como mucho más hermosa aún que de cuerpo lo es de alma y de corazón, cautiva con sus bondades a todo el vecindario del rincón montañés en donde anida. Todos hablan de ella con admiración y con cariño, desde el Sr. Cura, a quien tiene asombrado por su religiosidad y esplendidez, hasta Rosuca, que se derrite de amor viéndola tan *parcial* y afectuosa y que no se desdeña en afinarla a ella, enseñándole una porción de labores y menesteres de la vida. Tres veranos ha anidado ya

la Golondrina en el caserón de los Rudagüeras, y lo mismo D. Pedro que su servidumbre se han familiarizado de tal modo con ella, que, durante el invierno, no hacen más que suspirar por los calores del estío. "¡Lo tristes que se pondrían todos en la casa, y fuera de ella, si un verano llegara sin *Golondrina!...*"Esto lo dice D. Pedro en un monólogo, en el cual increpa y apostrofa al viejo caserón por no juzgarle morada digna para hospedar a aquella andaluza que empieza a ser reina inconsciente de su pensamiento y de su corazón. Sí, él la quería con toda el alma, con toda la pasión reconcentrada y silenciosa del doblar de la juventud y pisar los umbrales de la edad madura. ¿Pero ella? ¿Le querría ella a él?

Y el buen señor hojeaba el álbum de sus recuerdos en pos de algo que fuese demostrativo del amor con que soñaba, y hallábalo en una carta que le había dirigido a raíz de su llegada a Cádiz, después de la última temporada veraniega. Leíala y releíala, y cada párrafo convencíale de que aquel amor no tenía vuelta de hoja. Y héteme a D. Pedro suspirando por la llegada del verano que había de arrullar al viejo caserón con gorjeos de golondrina, y planeando la manera de hacer saber a la más encantadora de todas que él la adoraba con una adoración digna de ella, y que si Dios era servido en bendecir sus amores, su corazón realizaría el ensueño más peregrino de felicidad y de ventura. Por fin le comunica la tía de la Golondrina que de un día para otro emprenderán el camino de la Montaña. Al enamorado señor no

le cabe el júbilo en el pecho, y lo vierte a borbotones en sus criados y hasta en el Médico y el señor Cura. ¡Qué afán por decorar las habitaciones que han de servir de gabinete a la doncella andaluza, por desbrozar los senderos del huerto por donde acostumbraba pasear, y tener limpio y lustroso como una seda el *Morito*, lindo caballo en que ella hacía sus excursiones por aquellos contornos, y que nadie había vuelto a montar, desde que ella le había montado la primera vez! Hasta pensaba recibirla con un arco de triunfo que él y Lario estaban haciendo a toda prisa, engalanado con flores y ramos de fragante frescura. Mas he aquí que cuando ya todo estaba dispuesto, y el corazón le bailaba de gozo y alegría al eco sonoro del himno de sus sueños, un telegrama de Anita, hablándole de la suspensión del viaje, le heló la sangre en las venas. La *Golondrina* estaba herida, y herida gravemente de resultas de un vuelco del carruaje en que paseaba con una amigas. D. Pedro se quedó anonadado. Aquella noticia había sido como una hoja de acero que se le clavara en el alma. En lo más oculto y sombrío del caserón comenzó a pasear de una parte para otra, devorando a solas su dolor, sin acertar a decirse a sí mismo ni una frase de consuelo, como si hubiera quedado afásico. En vano buscaba resignación arriba: *el espíritu estaba pronto*, pero...

Aquella tarde fueron a visitarle como de costumbre el Sr. Cura y el Médico, que nada sabían de la terrible desgracia. D. Pedro disimuló cuanto pudo, esforzándose por mostrarse alegre; pero el

uno con su lógica escolástica y el otro con su ojo clínico, en seguida descubrieron la honda llaga que afligía y desgarraba el corazón de su amigo, quien concluyó por ponerlos al corriente de todo. Le consolaron como pudieron; pero ambos se retiraron al fin bastante pesimistas. Y cuando don Pedro, cansado de esperar nuevas noticias, se decidía a emprender la marcha para Cádiz, un ordenanza de la inmediata estación de telégrafos, llegaba en medio de una lluvia torrencial, y cuando ya la noche se echaba encima, con un nuevo telegrama. Sinda temblaba de miedo. D. Pedro leyó para sí el fatídico papel, y "¡muerta!" dijo luego. ¡Mi golondrina, muerta! Sucede una escena dolorosa, que inunda los ojos de lágrimas. Lario y Sinda corren a asistir a su amo, víctima de un vértigo, consiguiendo sentarle en un viejo sillón. Hay un rato de silencio, en que no se oyen más que unos comprimidos sollozos de Rosuca que llora, de Sinda y de Lario, que lloran también. "Todos lloráis —dice D. Pedro con expresión de dolor sublime—. ¡Bien hecho, que se la debe de justicia!... ¡Mi golondrina muerta!...

La impresión que esta novelita deja en el alma es profunda y dolorosa; pero no de las que abaten y deprimen, sino de las que exaltan y ennoblecen. La brisa de cristiana resignación que corre por la última página, diríase que está formada por el batir de unas alas que remontan su vuelo a las alturas. Como que se alegra uno de ver que aquella golondrina vaporosa que no aparece en escena más que por medio de una carta que deja caer de

sus plumas, vaya a colgar su nido mucho más arriba del viejo caserón, con estar tan alto, en las mismas profundidades del cielo.

Nuestro pláceme más sincero al Sr. Menéndez Pelayo, *La Golondrina* era merecedora del premio —como ha dicho la autorizada voz del gran novelista montañés—, y la Biblioteca "Patria", al adjudicársele, no ha hecho más que justicia seca. El argumento ya es conocido: ahora el que quiera saborear su "honradez de pensamiento y buena literatura", que la lea. A buen seguro que en comenzando la primera página no acertará a soltarla de la mano. ¡Está toda ella escrita en un estilo tan clásico, tan conciso, y al mismo tiempo tan substancioso y tan lleno de filigranas retóricas!... Y luego ¡qué cuadros tan vivos y realistas, no con ese realismo nauseabundo y maloliente que trasciende a mercado y a plaza pública, sino con ese otro realismo levantado y noble, que huele a perfume de campo y de hogar, a aroma de regeneración y de vida! Así, así es como yo concibo el realismo en la novela.

* * *

## Cuentos y Trazos.

Profeso singular devoción a las producciones literarias de Enrique Menéndez Pelayo. Hace mil años que le conozco. Lo primero que leí de su pluma fué una poesía en verso libre que publicó en una ya completamente olvidada Revista que los estudiantes asturianos y santanderinos de la Univer-

sidad de Valladolid publicaron en esta ciudad cuando todavía a ninguno de ellos le apuntaba el bozo. Debían ser todos aquéllos estudiantes modelo, porque en vez de declararse en huelga y provocar alborotos, fundaban un periodiquillo que les servía para estimularse al estudio y entretener útil y agradablemente sus ocios estudiantiles. Todo lo contrario de lo que acontece en nuestros días, en que por un quítame allá esas pajas, los estudiantes se declaran en huelga —declaración superflua en absoluto— y arman cada tumulto callejero que hace temblar en sus poltronas a gobernadores y ministros. Pero no nos metamos con los estudiantes de hoy, ya que, como dicen los periódicos que para fines especiales suelen tener subvencionados a los más revoltosillos de entre ellos, son los estudiantes la esperanza más legítima y risueña de la madre patria...

Decía que desde fecha ya remota conozco al autor de *Cuentos y Trazos*, y que desde entonces jamás había dejado de saborear cuantas producciones suyas llegasen a mis manos, así fuese en uno de esos libritos de *surtido* que en las estaciones de ferrocarriles suelen comprar para aliviarse de aburrimientos, y quizá también de adláteres importunos, ciertos viajeros bostezantes. Que hasta por los libros aludidos andan desperdigados algunos cuentos primorosos de D. Enrique Menéndez Pelayo.

Estos con que acaba de formar un elegante volumen la conocida Biblioteca "Patria" son una serie de microscópicas narraciones, miniaturas de

cuentos, en las cuales el autor, con su estilo siempre puro, gentil y donoso, aprendido en las magistrales obras del llorado Pereda, hace unos cuantos dibujos a pluma que entretienen un instante la fantasía, recreándonos con impresiones pasajeras, pero fortalecientes y sanas. En *Cuento de Reyes*, alrededor de un niño y una niña que nos traza en cuatro sencillos rasgos, toca ligerísimamente la cuestión —perdón por el abuso de esta palabra, señores filósofos—, de feminismo... infantil, declarándose abiertamente partidario de la niña, quien, a pesar de tener menos edad, es mucho más madura de juicio que su hermano, un bobalicón que, cree haber descubierto un Mediterráneo al sorprender a su mamá, en la noche de Reyes, dejándole en las botas los regalos consabidos, y que le va con el descubrimiento a su hermanita, y se queda frío de rubor al ver que ella hacía ya tiempo que no creía ni en Melchores ni en Gaspares. En *El Enfermo*, donde quizá sería de desear un tantico más de verosimilitud, se nos cuentan en una página conmovedora las sublimidades rayanas en locuras de que es capaz el amor de un padre que vela junto a la camita del hijo enfermo. Aquella inalterabilidad de humores con que ve entrar en el aposento al infame bandido y le entrega todos sus pequeños ahorros, sólo porque no alborote y turbe el sueño, el sueño que al decir del médico es la vida del enfermito, será cosa inverosímil, pero es muy emocionante y delicada. *La Maestra y el Notario* es una croniquilla, chispeante de *vis cómica*, donde el lector, así sea más serio que

un juez en el momento de sentenciar, se ríe sin poderlo resistir, con esa risa franca y alegre a que nos tenía acostumbrados el saladísimo Taboada. El viejo notario es invitado a cenar por la vieja maestra. Ambos solterones ansían departir de sobremesa acerca de los lances de su juventud. Y apenas concluye de servirles los postres una sobrina de la *anfitriona*, se quedan ambos prehistóricos personajes, roncando el uno en falsete y el otro en bajo profundo, en tanto que la sobrina los contempla muerta de risa un momento y se retira en seguida a un ventanillo, desde donde pela admirablemente la pava con un garrido mozo que la escucha desde afuera. Esto es sencillamente deliciosísimo. Y por estilo de éstos son todos los demás cuentos del volumen: graciosos, placenteros, interesantes. No creo que nadie pierda el tiempo leyéndolos. Además del humorísmo simpático que los impregna, y que tiene desplegados nuestros labios en constante sonrisa —excepción hecha de *El Enfermo*, que es de otro corte y otro sabor— de cuando en cuando se tropieza con observaciones o con frases que hacen meditar, como la exclamación en que prorrumpe aquel chico mimoso, quien se cansa en seguida de cuantos juguetes le traen, y cuando ya no sabe qué juguete pedir, porque ha agotado todo su repertorio, se atreve a decir el muy desvergonzado: "¡yo quiero una cosa que no haya!" Veo en esta expresión un simbolismo que llena de tristeza y de dolor. Me parece el grito de esa generación de pesimistas y neurasténicos que pasean melancólicamente sus caprichos insacia-

bles por los tupidos bosques de páginas de cierta moderna literatura.

* * *

P. S. Andando el tiempo, tuve la suerte de tratar muy de cerca a este insigne hombre que me honró con su íntima amistad, llegando a confiarme la correspondencia de su celebérrimo hermano D. Marcelino, para que hiciera en ella el expurgo que juzgara prudente, antes de entregarla a Bonilla San Martín, que había de utilizarla para la magnífica edición de *Los Heterodoxos Españoles* que estaba haciendo el benemérito librero D. Victoriano Suárez. Y tratar de cerca a tan insigne hombre equivalía a tener que amarle con el más intenso afecto, porque era abundosa, abundosísima, la bondad que Dios había en él acaudalado. Valía mucho como escritor elegante y castizo: lo demuestran cumplidamente *La Golondrina*, *El Idilio de Robleda, Cuentos y Trazos;* valía no menos como poeta: *Poesías* y *Cancionero de la Vida quieta* lo proclaman muy alto; pero valía más, muchísimo más como hombre. Toda la delicadeza y toda la exquisitez espiritual que rebosan algunas de sus poesías —y son casi todas oro molido— desmerecían ante la dulzura y afabilidad de aquel su trato tan fino y tan ponderado, tan donairoso y tan ameno, tan atrayente y tan angelical. No borro este adjetivo: había mucho de ángel en nuestro hombre. Y sobre todo había mucho de santo. Pocos sabrán de una joyita mística que le inspiró su acendrado fervor religioso. Titúlase *Vía-Crucis*

*nuevo*, y es lo que suena su título: un vía-crucis en versos cálidos, ardorosos, bellísimos; un vía-crucis que harían muy bien en sustituir, por el que suelen llevar, todos los devocionarios, enriquecido, como está, por el Sr. Obispo de Santander con cincuenta días de indulgencia, cada vez que se rezare, y con aquel amor vivo de alma verdaderamente enamorada de Jesús. Tal era de cabal caballero católico aquel hombre singularísimo que nos acaba de arrebatar Dios. No dudo de que, como verdadero adorno que era de la tierra, haya pasado a ser verdadero adorno del cielo: un santo, un santo más.

---

## REVISTA LITERARIA

**El Destino**, P. Jerónimo Montes, Agustino.—**La Cueva de Hércules**, P. Esteban Moréu, S. J.—**La Tonta**, por D. R. Solano y Polanco.—**Bagatelas**, poesías de Vital Aza.

Siento de veras que el vestir el mismo glorioso hábito que el autor de *El Destino* viste, no me permita dar libre curso a los justos y merecidos elogios que se agolpan a mi mente y a mi pluma, ya que no faltaría alguien que los juzgara apasionados e hijos del interés que suelen inspirar las glorias corporativas a los miembros de un mismo instituto. He leído la novela de una asentada, aquí humedeciéndoseme los ojos con lágrimas de ternura, allá conmoviéndoseme el alma entre oleadas de patriotismo, más allá vibrando todo mi ser entre arrebatos de vergüenza y de indignación, y en todas partes sintiendo viva y profundamente aquellas páginas sugestivas y calurosas, empapadas de sinceridad, que fuerzan a creer que el P. Montes ha sido espectador de cuantas escenas desgarradoras describe, a juzgar por la vida intensa que les comunica y la viveza de colorido y de expresión con que las traza.

La ingratísima guerra de Cuba, que había de terminar con el arriamiento de nuestra bandera en aquella preciada perla bruñida por sangre es-

pañola; las fatigosas marchas de nuestros soldados al través de la manigua en busca de un enemigo que no aparecía por ninguna parte, pero que los hería y diezmaba desde todas, desde la espesura de los plantíos, desde las ramas de los árboles gigantescos, desde las mismas entrañas de la tierra; los terribles sitios que a veces tenían que sufrir un puñado de héroes de nuestra raza encerrados en fuertes que no lo eran más que de nombre, y más tarde las saguntinas defensas del Caney, de San Juan y de Canosa, contra un enemigo inmensamente superior; aquellos soldados españoles aguantando a pecho descubierto horrorosos días y eternas noches en las trincheras desmanteladas, sin querer ceder ni un palmo de terreno, a pesar de ver a sus jefes inmortales caer despedazados por la artillería enemiga; aquel ir y venir de las Hermanas en el Hospital, desviviéndose por asistir a la muchedumbre de esqueletos heridos que traían incesantemente los camilleros, pero horriblemente angustiosas por no haber ni un caldo substancioso que darles, teniendo que ceñirse a contemplarlos y acariciarlos, inclinadas sobre su cabecera, como ángeles llorosos sobre una tumba; todo esto, y el arrojo y la bravura de los Cerveras, los Villamiles y los Eulates, marchando con pasmosa serenidad y sangre fría a la inmolación inútil, pero evidente, que les imponía un Gobierno menguado; todo esto, repito, está trazado de mano maestra en las vibrantes páginas que acabo de leer; se toca, se palpa, se mira y no puede uno menos de sentir los mismos helantes escalofríos

que si estuviese asistiendo a la tragedia abrumadora. Vale Dios que todas estas tristísimas impresiones se hallan endulzadas con el inefable consuelo de conocer a soldados como Manuelico que, con su medalla de la Pilarica al cuello y el recuerdo de su madre y de su novia, se juzga y es capaz de todos los heroísmos; de contemplar a oficiales como Castro, que parece desposado con su cañón, no apartándose nunca de junto a él y prodigándole hasta sensibles ternuras cada vez que siembra la ruina en el campo contrario; de ver a las bondadosas hijas de Vigo desempeñando el papel de madres y de hermanas con los repatriados moribundos en el momento de desembarcar, haciéndolos resucitar con las copas de vino y de leche que les reparten, y sobre todo con los abrazos y besos en la frente que les prodigan; y finalmente, de asistir a consejos de guerra como el presidido por el coronel Iturralde en una casa de la calle de Alcalá, cuyo ambiente parece estar impregnado a la vez de patriotismo y de locura. Si no, apenas se podría recomendar a nadie la lectura de un libro, algunas de cuyas páginas, rebosantes de realidad, oprimen verdaderamente el ánimo, abaten y descorazonan. ¡Son tantas y tan insufribles las iniquidades que se cometieron con el pobre soldado español por quienes se preciaban y se precian de llevar en sus venas española sangre!...

¡Y que después, y nada menos que en pleno Congreso, se haya intentado calmar la justa exacerbación de la patria culpando de nuestros desastres al Destino!... Bien ha hecho el P. Montes

en simbolizar esta deidad imaginaria en aquel viejecillo desarrapado y harapiento, que, despreciado y perseguido de todos, acaba por derramar, en presencia del teniente Castro, lágrimas amarguísimas por las desventuras españolas, y por morir en la calle agobiado del dolor, y teniendo por único consuelo en su agonía las rechiflas de dos soldadotes americanos, ebrios como una cuba, que acompañan el postrer aliento del infeliz con una sarcástica carcajada. No; no es responsable el Destino de nuestros espantosos desastres coloniales: léase esta hermosa novela del P. Montes, y hasta la saciedad quedará uno convencido de ello.

El ejército está de enhorabuena con este libro, en que tan justo y caluroso homenaje se tributa a su heroísmo y abnegación, y las letras no podrán menos de saludar regocijadas al escritor que de tan briosa manera inaugura una serie de episodios coloniales que no dudo habrán de merecer aplauso sincero de cuantos sientan entusiasmo y veneración por el heroísmo y por la patria.

* * *

La Cueva de Hércules.—Es una preciosa leyenda del siglo VIII, donde la pintoresca pluma del P. Moréu ha sabido amenizar uno de los más tristes episodios de nuestra historia: la invasión musulmana y la caída del Imperio godo español en las márgenes del Guadalete. Con un estilo primorosamente poético, aunque quizá en demasía rico de erudición, el autor despliega ante nues-

tros ojos las lúgubres y fatídicas visiones que asaltan la fantasía del rey D. Rodrigo, al atreverse a penetrar un día en aquella cueva, cuyos misteriosos umbrales jamás había osado atravesar ninguno de sus antecesores.

Lleno de terrores y de inquietudes, el Rey confía a Pelayo los espantosos augurios que se habían apoderado de su alma, asegurándole que la España goda tocaba a su fin, que los indómitos vascones serían la causa de la ruina de ella.

El héroe futuro de Covadonga trata de persuadirle de que por parte de aquellos bravos montañeses no se corría peligro ninguno; que lo único que anhelaban era respirar en paz el aire puro y libre de sus montañas; que la verdadera causa del mal estaba en los traidores que paseaban por Toledo, que tenían asiento a la propia mesa real, y no obstante, andaban en tratos secretos con judíos y con los hijos de Mahoma que imperaban al otro lado de los mares. El Rey empéñase en llevar un crecido ejército contra los vascos, que es deshecho por la bravura de éstos entre las gargantas y desfiladeros de sus montañas; y no bien se retira avergonzado a lamentar su derrota, cuando el intrépido Tarik desembarca en Algeciras, arrolla las escasas huestes de Teodomiro, espera sereno la acometida de los noventa o cien mil godos, que desde su carro de marfil se atreve a capitanear el propio Don Rodrigo, y estampa uno de los borrones más ignominiosos en las páginas de nuestra historia. Todo esto, y la aurora de patria resurrección que comienza a sonreir entre

las fragosidades del Auseva, está pintado con una riqueza de colorido, e impregnado de tanto perfume de tiempo y de lugar, que hacen sumamente grata e interesante la lectura de este librito, no pudiendo menos de recomendarle a la estudiosa juventud, que, a la vez que se recreará deliciosamente hojeando sus páginas, refrescará hechos y recuerdos que no deben borrarse nunca de nuestra memoria.

* * *

¿Recuerdan nuestros lectores *La Golondrina*, aquella novela tan castiza y sabrosa en que el Sr. Menéndez Pelayo (D. Enrique) nos exhibía primorosamente desdoblado un retazo de vida de la Montaña? Pues bien; ahora la Biblioteca "Patria", casi de ayer y ya tan conocida, acaba de publicar otra novelita, ciertamente muy valiosa, original de D. Ramón de Solano y Polanco, donde se nos despliega un cuadro de la vida de Madrid, interesante como él sólo, aunque con menos encanto de realidad que el que nos ofrece de la Montaña, *La Golondrina*.

*La Tonta* es el título de dicha obra literaria; y aun cuando semejante título nada tenga de sugestivo y halagador, y, más bien que en favor, predisponga en contra del artífice, pues *a priori* se inclina uno a pensar que no puede ser buena una novela en que actúe de protagonista un ser privado del uso de sus facultades, lo cierto es que la obrita en cuestión empieza a gustar desde las pri-

meras páginas, y que, a medida que uno se enfrasca en ellas, cada vez se siente más interesado y atraído, no ya solamente por la Tonta, sino también por los tres o cuatro personajes que la sirven y regalan.

León, un pintor alegre, jovial y parlanchín, pero artista de verdad, de esos que saben muy bien lo que es el arte y se enamoran de la belleza doquiera la atisben y vislumbren, ve un día vagar por una calle de Madrid un grupo que le llama soberanamente la atención: una ciega, vieja de mala catadura, asquerosa y repulsiva como las brujas de Mácbeth, y una niña, ya joven, que le sirve de lazarillo, alta, esbelta, magníficamente formada, con un rostro de cutis finísimo, una boca dibujada en carmín, unos cabellos rubios que parecen una maraña de sortijas de oro, y todo esto realzado por un cuello delgado y alabastrino, como los de las vírgenes vaporosas del maestro Rafael. Pero los ojos, ¡ay! los ojos eran inexpresivos, estúpidos, apagados; no había en ellos luz, estaban muertos. La agraciada niña era idiota. No importaba. ¿Dónde hallaría León un modelo, tan *de primo*, como él decía? En ninguna parte. Había que hablar a la ciega para suplicarla que le alquilase la niña a tanto la hora; y aquella inmunda vieja, que llevaba estereotipada en la frente la nota de avara, ¡vaya si se la daría en arriendo, siquiera algunas horas al día! ¿Qué necesidad tenía ella de andarse callejeando continuamente?

Todo esto, si no nos lo dice el Sr. Polanco, por lo menos lo supone; porque cuando nos presen-

ta por primera vez a la Tonta, ya ésta se halla desempeñando a maravilla su papel de modelo, arrellanada en un diván del estudio de León. Es un día en que éste encuentra en la calle y le invita a ir a tomar a su estudio unas magras de jamón y unas copas de Burdeos, a Jesús, un amigo tan de su confianza que no se molesta, maldita la cosa, porque el pintor le llame Chucho, lo mismo que a un perro. Por supuesto que la palabreja sale de sus labios envuelta siempre en una oleada de cariño. Este Jesús es un Galeno injerto en filósofo materialista, que no admite ni la existencia de Dios ni la del alma en el concepto común y corriente y que se ha propuesto perseguir en el ser humano a *eso* que se llama espíritu, hasta que consiga aprisionarlo por medio de sus instrumentos, aislarlo en una redoma y demostrarse a sí mismo que no es más que materia, una suma de átomos con olor, color y sabor, como todos los compuestos atómicos. En suma, un pobre infeliz, a quien, como al ingenioso Hidalgo los libros de caballería, han perturbado el seso todas esas flamantes obras de psicología experimental a lo Hofdin y a lo Wundt, en que se admite como dogma de fe la no existencia del alma y se pretende explicar toda nuestra vida psíquica por no sé qué *reflejismos* de sensaciones y por no sé qué funcionamientos cerebrales: — el eterno materialismo cambiando constantemente de formas, como Proteo, y valiéndose, para mejor seducir, de mucho requilorio científico.

Pues bien, Jesús ve en aquella pobre imbécil,

que no sabe más que pedir caramelos y bombones a León, la gran *anima vilis* para poder llegar, por medio de observaciones y de experiencias a una demostración contundente de que el espíritu no es más que una leyenda forjada por la superstición y la ignorancia. Confía su pensamiento a León, que no sin ciertos temores lo aprueba; y por fin se consigue que la ciega, con un aumento de pensión, lleve a la idiota un par de horas todos los días a casa de Jesús, hasta que éste, averiguando que la ciega no es tal ciega, y si una explotadora infame que ha comprado la niña a unos gitanos por setenta y cuatro duros, la conmina y espanta con llevarla a los tribunales si no se la cede a él para siempre por doscientos.

La ciega supuesta cede por fin, e Isabel, una hermana de Jesús, joven hermosa, creyente y caritativa, que amaba entrañablemente a la imbécil, a quien ya había enseñado a santiguarse y a rezar, vió los cielos abiertos de puro gozo y alegría.

No menos se alegró asimismo León al ver tan bien instalada a Venetta, como él llamaba a su modelo, aunque su verdadero nombre era María-Rosa. Lo triste del caso fué que Jesús, sin adelantar un paso en sus experimentos, que cada día le involucraban más *su problema*, poniéndoselo más obscuro, llegó a perder la salud y estaba a dos dedos de perder en absoluto la razón, Había que alejarle de la pobre idiota, había que arrancarle a sus experiencias y cavilaciones, para lo cual nada como poner entre ambos llanuras y monta-

ñas. Así se lo dijeron a Jesús León e Isabel, costando trabajo persuadirle de que, cuanto antes se tomase semejante medida, sería mejor, mucho mejor. En Tarbes hay una casa de salud donde era posible que María-Rosa se pusiese buena. ¿Por qué no llevarla allí? Efectivamente, un día salieron los cuatro para Francia. A pesar de las resistencias de Jesús, quien decía que tocar en Lourdes era contribuir a fomentar el agio y el histerismo, por fin tocaron, e Isabel y la Tonta, sirviéndoles de Cicerone el propio León, penetraron en la famosa Basílica, bajaron a la gruta y cayeron de rodillas ante la Virgen, que en lo alto de la oquedad resplandeciente parecía un serafín arrobado. Isabel quedó sumida un instante en oración profunda, y la Tonta permanecía inmóvil cogida a Isabel, como asociándose con ella en cuerpo y en espíritu. Acaso meditaba. Jesús, que desde un poco lejos contemplaba atentísimo la escena, diríase que temblaba de miedo: la imagen del milagro quizá cruzaba entonces como un relámpago por entre las brumas de su fantasía...

En Tarbes la pobre niña poníase cada vez peor. Hubo que traerla a Madrid. A su llegada ocurrió un suceso triste, preludio del desenlance de la novela. Isabel hacia tiempo que estaba en relaciones con un oficial de caballería, guapo mozo, escritor de mucho talento. Llamábase Carlos Allende. No tenía más que vientiocho años y ya era autor de una obra científica, de cuyo mérito todos los periódicos se hacían lenguas. Sí que tenía un vicio horrible: el alcohol le mataba. Pero dejaría el

alcohol; así se lo había prometido a ella, que no esperaba más que fuese verdad tanta belleza para realizar la ilusión más hermosa de su vida, el ensueño más puro de su corazón: para desposarse con él ante el altar. Desgraciadamente Carlos no se retrae del alcohol. Su enmienda, en que León cree ya a pie juntillas, resulta un timo mayúsculo: Carlos no bebe en público, pero en cuanto se halla a solas ni el agua de Colonia está segura. Cuando a Isabel le parece ya ver despuntar la alborada de su dicha, su novio cae atacado de espantoso *delirium tremens* que, dicho sea entre paréntesis, está perfectamente descrito, aun cuando no tenga la brillantez y la grandeza del que describe Zola en *L'Assommoir*. La ciencia desespera de salvarle. Isabel, haciendo uno de esos esfuerzos que en la mujer bien pueden llamarse varoniles, va un día a visitarle y se llena de desolación, viendo que no la reconoce y que la rechaza. Otro día va Jesús. A su vuelta, Isabel le pregunta por Carlos, oprimida de ansiedad, y éste le contesta que no hay esperanzas, que es cosa concluída. Ella quiere ir allá, no quiere que muera sin confesión. Pero su hermano la dice que no vaya, que ya está allí el Cura. Insiste ella y se dispone a salir, e insiste también su hermano... ¡Es inútil ya!... ¡Es inútil! Isabel cae entonces de rodillas con un llanto sin lágrimas que la acongoja en extremo. Imposible hacerla tomar nada: se siente fuerte; lo que quiere es orar y llorar. La Tonta se puso a orar con ella, Jesús... no sabía. Entra León: el cuadro le sorprende, y le

dice a Jesús señalándole a la Tonta, en cuyos ojos azules había dos lágrimas: "¡¡Mira!!"

"El *espíritu*", contesta éste acercándose a ella. En este instante Isabel se desploma congestionada. En vano se le propinan revulsivos: en vano la Tonta, que ya no era tonta, la cuida con esmero. Isabel susurra una oración y expira. Cuando León y Jesús se acercaron, ya estaban los labios de Venetta estampando un beso inacabable en los del cadáver de Isabel. "¡¡Dios mío!!" —exclamó entonces el incrédulo Jesús con acento hondo y penetrante. "Durmió... se durmió... yo me desperté" —dijo Venetta señalando como autora de todo a una Virgen que presidía la escena desde un cuadro que se destacaba sobre el lecho. Isabel al morir había dejado, como en testamento, a su hermano la fe, a la tonta la razón, a León también le dejaba algo, pues al fin Venetta le abraza nerviosamente y le dice con efusión que no quiere vivir separada de él.

Como se ve, el argumento de la novelita se mueve y desarrolla todo él en ambiente ultra-romántico, razón por la cual de seguro ha de desagradar a la mayor parte de los críticos, viviendo como vivimos hoy en plena atmósfera realista. Sin embargo, Jesús y León son tipos vivientes muy bien trazados y sostenidos. Cualquiera que conozca un poquillo a fondo la sociedad, no podrá menos de reconocer que, por desgracia, cada día cunden más los incrédulos petulantes como Jesús, aunque, también por desgracia, cada vez se echan más de menos los rumbosos y alegres como

León. La misma Isabel, tan simpática y tolerante, como es siempre tolerante y simpática la verdadera virtud, también es, excepto en su última etapa, cuando la fuerza del amor la impele a morir, un tipo de realidad palpitante, que agrada y seduce. No es que sólo en los tiempos del romanticismo se muriese de amor: también se muere hoy día; pero hay que considerar muy mucho quién se muere y por quién se muere. Un oficial de caballería, que es un borracho perdido, por muy hermoso y galán que sea, no es creíble que pueda enamorar a una joven sensata y virtuosa, hasta el punto de sacarla de sus casillas y arrebatarla de entre los vivos en un desvanecimiento de amor.

¿Y la tonta? ¿Sale airoso del todo el autor en el carácter de la tonta? ¡Es ésta un personaje tan difícil al dibujo *a pluma!* ¡Es tan arduo hacer tontear a un personaje de novela sin deslizarse hacia el ridículo! En fin, teniendo en cuenta lo espinoso del caso, a nosotros no nos parece que el señor Polanco haya sorteado mal las dificultades. Maneja bastante bien el idioma. Describe de modo enérgico y conciso escenas que conmueven; siente y hace sentir. Sería una injusticia no enviarle un aplauso caluroso y sincero. Si, en otras novelas que escriba, no lucha con caracteres tan difíciles como el de Venetta, y se cohibe o se va un poco a la mano en el empleo de ciertos tecnicismos que, por lo menos usados con profusión, como él los usa, se dan de bofetadas con el arte, no dudamos que llegue a arrancar plácemes y parabienes aun a los críticos más rígidos y severos.

* * *

Después de *Todo en broma*, después de *Pamplinas*, *Ni fu ni fa* y no sé si algún otro libro más, con cuyos versos la inagotable vena cómica de Vital Aza ha hecho desternillarse de risa a toda la España que lee, viene a mis manos la segunda edición de *Bagatelas*, poesías lujosamente editadas por la casa de Juan Gili, uno de los muy contados editores beneméritos de las letras españolas. Vital Aza es siempre el mismo: el asunto más insignificante le suministra inspiración más que suficiente para trazarnos un cuadro lleno de alegrías y de colores, que por un instante no puede menos de embelesar y deleitar el corazón, cuyo júbilo inocente rompe por los labios, ora en plácidas sonrisas, ora en estrepitosas carcajadas. En este libro, como en todos los demás, como en sus chispeantes entremeses y sus graciosísimas comedias, el popular vate lenense desborda en chistes y donosidades, que parecen brotar de su pluma tan naturalmente como del seno de la tierra las flores y las aguas. Y lo que avalora sobremanera la poesía festiva del Sr. Aza —yo no quiero incurrir en las incongruencias de los que le llaman *Señor* Vital— lo que hace subir considerablemente los quilates de sus chistes, es que éstos jamás rebasan los límites de la decencia y de la dignidad, razón por la cual pueden ser gustados y saboreados hasta por las personas más timoratas e inocentes.

No suelen ser así la mayor parte de los demás

poetas festivos españoles, que casi nunca se paran en barras cuando se trata de hacer chistes, y que acaso se les antojan más agudos e ingeniosos cuanto sean más subidos de verdor, y más piquen de deshonestidad y de impudencia. A Vital Aza hay que reconocerle esta prenda de inestimable valía: no ha nacido para respirar atmósferas malsanas, y rehuye que trasciendan a ellas sus creaciones. Todo el delicioso arte de este poeta se reduce a manejar con maestría insuperable el doble o triple sentido que tienen a veces las palabras; a usar, sin abusar, de paradojas, antítesis y retruécanos, y a ver, desde su punto de vista cómico, la vida, fijándose siempre con predilección en lo ridículo de las cosas. No es que el "eterno femenino" de Goethe no le sugiera a veces saladas ocurrencias; pero pasa por ellas como gato por ascuas, rapidísimo y sin excitar jamás el fuego que en ellas se esconde, o si se quiere un símil más poético, como las veraniegas golondrinas cuando, sin agitar en lo más mínimo el légamo del fondo, rozan levemente, en sus caprichosos revoloteos, la superficie de los remansos. Así es que las creaciones de Vital Aza revisten y revestirán siempre a los ojos del crítico un mérito singular, que hará que todo el mundo se deleite saboreándolas y sean para los libreros tan jugoso artículo de venta que ni el pan bendito...

Hoy que, entre nosotros por lo menos, la poesía seria ha sido suplantada, casi del todo, por la poesía festiva, pero una poesía festiva hecha de reticencias pecaminosas, de equívocos grotescos,

de chanzas burdas y agudezas de lupanar, explotando así a maravilla el fomes corruptor que todos llevemos oculto en las entrañas, es verdaderamente envidiable la gloria de un poeta que, ateniéndose hasta cierto punto a los gustos corrientes, sabe llevarse al público en pos de sí, a la vez que satirizándole ingeniosamente sus defectos, y por tanto, instruyéndole y educándole, haciéndole rebosar de hilaridad y satisfacción con el desfile inacabable de chistes de pura cepa, todos a cual más agudo, sonreidor y chispeante.

Y he aquí por qué la obra de Vital Aza se le antoja, al que esto escribe, eminentemente benéfica y social, y por lo mismo profundamente estética, si es que el arte en tanto debe decirse estético, en cuanto eleve al hombre y le mejore, produciendo en él estados superiores anímicos, haciendo que cada día sienta con más hondura e intensidad la belleza de las cosas, y cada vez se deje guiar más a merced de ese sentimiento ennoblecedor, generoso y elevado. Sí, el arte, además de tener por objeto propio y peculiar la interpretación y creación de la belleza, debe tener también, aunque sea como por añadidura, algo de ciencia médica de las almas. Por eso cuando el autor de *Bagatelas* nos asegura de sí mismo en la linda autobiografía *Ego sum*, que viene a servir como de prólogo:

¡Hoy soy todo un Licenciado,
y juro que no he matado
un solo enfermo siquiera!,

queriendo decirnos con esto que ni por mientes se le ha pasado jamás el practicar la medicina, nosotros creemos que no dice la verdad; pues además de la cura aquella tan feliz que con un poco de bromuro hizo un día al doblar la esquina de la calle de Atocha, y que le dió tema para una de las bagatelas más salerosas y ocurrentes, la que lleva por rótulo *Ingratitudes*, no cabe dudar que, con sus magníficos específicos de gracias y de chistes ha curado, por lo menos pasajeramente, miles y miles de espíritus hipocondríacos y misantrópicos desvaneciendo sus auras de júbilo y de placer sus negras y tenebrosas melancolías,

No habrá ejercido Vital Aza de Galeno de los cuerpos; pero lo que es de Galeno de los espíritus.... ¡Como que creo no haya nadie que se atreva a regatearle el título de especialista en enfermedades del alma! Que lo diga, si no, aquel joven poeta, llorón y amigo suyo, que aparece en una de las interesantes bagatelas románticamente enamorado de una tal Inés. El pobre no acierta a hacerla sabedora de que sus desvíos le matan, no obstante las misivas almibaradas que incesantemente la envía, unas veces por la luna, otras por el céfiro o por el ave, etc., etc., y no cura sus espirituales dolencias amorosas hasta que Vital le pone el dedo en la llaga, persuadiéndole de que no vuelva a confiar más sus esquelas a mensajeros por el estilo, sino sencillamente al correo, "y, si acaso, al aguador." ¡Lo bueno que se pondría el hombre cuando determinó hacer uso de la receta prescrita, y vió en seguida que Inés corres-

pondía grata a sus amores! Como que

¡Ya pueden cantar albricias!
¡Ya satisfechos están!
Y según ciertas noticias
muy pronto se casarán!

No, enfermos no habrá matado a ninguno el autor de *Bagatelas*; pero que no nos niegue haber curado a muchísimos. La tristeza es una enfermedad, tan enfermedad como cualquiera otra; y puedo asegurar por mi palabra de honor que, excepto contra la de no tener dinero, que ésta, —¿quién no lo sabe demasiado?— no se cura con risas, contra todas las demás tristezas no hay Doctor Ayer como Vital Aza. Conste que hablo por experiencia. ¿Quién de estudiante, sobre todo en vísperas de exámenes, no ha tenido sus ratos de murria, o, hablando líricamente, sus horas de mortal melancolía?

Pues bien, "eran los días del ardiente Julio"; yo no los olvidaré en la vida, porque han dejado estela de luz en mi memoria. Varios jóvenes que teníamos que rendir estrecha cuenta, a quienes sabían pedirla, del contenido de un par de infolios que a principios de curso se nos habían entregado, nos desvivíamos por atesorar en la mente ideas y latines con que solventar la deuda que, de un día a otro, se nos iba a exigir, y cuya liquidación nos traía inquietos y sobresaltados con las fatídicas tres *eses*, eterna pesadilla de todo estudiante.

Uno de los compañeros examinandos recibió por aquel entonces *Todo en broma*, cedió a la cu-

riosidad de hojearlo, y le pareció un antídoto que ni de perlas contra todo género de venenosas inquietudes. Aquel día lo bajó consigo al bosquecillo del Escorial, sitio por donde solíamos pasear durante la única hora de esparcimiento que dedicábamos a descansar de nuestras tareas estudiantiles. Este día no hubo paseo: nos sentamos todos en el césped, a la sombra de copudos chopos, y orilla de un canalito de piedra por donde, raudo, descendía un hilo de agua murmurante. El propietario del libro sacó éste de debajo del brazo y se puso a leer en sus páginas con entonación y más serio que un estatúder, pues nunca soltaba el trapo, como él decía, hasta que no reventaban de risa los demás. ¿Sentir inquietud por los exámenes durante la audición de aquellos versos tan llenos de donaire y regocijo? Ni por asomos. Algunas veces había que suspender la lectura, porque temíamos hiciese daño a un compañero, cuya vida guarde Dios muchos años, el cual no sabe reirse de otro modo que a mandíbula batiente. ¡Tan intensas y sonoras eran las carcajadas con que nos ensordecía!

Desde entonces, siempre que veo un grupo de colegiales sentados en corrillo, alguno de ellos leyendo un libro y los demás riéndose estrepitosamente, siempre digo respecto del autor de *Bagatelas* lo que dicen que dijo no sé cual Rey de los Felipes, respecto del Quijote al divisar desde una azotea a un hombre que se moría de risa con un libro en la mano: "Allí están leyendo a Vital Aza."

# FRANCISCO ACEBAL

---

***Dolorosa.—Huella de Almas.***

La verdad: no tenía el gusto de conocer al ilustre Director de *La Lectura* más que por las brillantes crónicas bautizadas "De Norte a Sur" que nos regala todos los meses en la susodicha revista literaria, que con indiscutible acierto dirige. Muchas veces había saboreado aquellos párrafos elegantes y discretos, cuya prosa, engalanada con lujos exquisitos, fluye como corriente pura y cristalina que reflejase en sus ondas los hechos más culminantes de los pueblos y de los hombres; pero de sus novelas no conocía más que el título de algunas y lo que de ellas habían dicho revisteros y periodistas en críticas encomiásticas dedicadas, no tanto a desentrañar la valía estética de las obras, como a infundir ánimo y alientos a los artífices —generosa labor, merecedora de común aplauso y que reporta más provecho mil veces a la literatura que esa otra crítica descontentadiza, de dómine de palmeta, que no se complace más que en morder, tan pronta siempre para sacar a relucir deformidades y defectos, como reacia para reconocer bellezas y perfecciones.

Digo mal: sabía que, a juicio de uno de nuestros más grandes maestros en el arte de hacer

novelas, el Sr. Acebal era "una pluma de mucho valer." Así se lo había oído decir precisamente a propósito de un libro cuya dedicatoria me enseñaba y que trascendía aún —no la dedicatoria, sino el libro— a ese grato olorcillo de tinta húmeda que efunde el papel impreso recién salido de la imprenta. Llamábase el libro en cuestión *Dolorosa*, y el eximio maestro que emitía el juicio D. Armando Palacio Valdés. Calcúlese por todo esto la ansiedad con que me habré puesto a leer dicha novela, no bien su editor, D. Victoriano Suárez, verdadero Mecenas de los buenos escritores, tuvo a bien enviárnosla para que la juzgásemos en nuestra Revista.

Si no fuese porque la resobada frase de "haberla leído de un tirón", con que suele encomiarse el interés que despierta un libro, está ya gastada de puro uso, yo la consignaría aquí, en testimonio fiel de la verdad. A medida que me introducía por la espesura de aquellas páginas, que a veces se me antojaban frondoso jardín cuajado de flores y aireado por céfiros y brisas, cada vez iba gustando más de aquel ruido sonoro de fraseología nueva y radiante que levantaba la íntima, callada lectura en los misteriosos senos del espíritu. El Sr. Acebal hace uso de un léxico de lo más hermoso, variado y escogido. Parece un mago a cuyo conjuro acuden en seguida, para que entre ellas escoja, esas mil y mil palabras intensas de colorido y de expresión que en el diccionario de la rica lengua castellana duermen el sueño de los justos.

No es que sea rebuscador de palabras o que le

guste dar sabor prehistórico a lo que escribe, salpicándolo de arcaísmos. Todo lo contrario: la prosa del Sr. Acebal es eminentemente modernista, sólo que con un mérito que sobremanera la avalora: el de que jamás —me concreto a esta novela— desnaturaliza la frase, ni tortura el vocablo, ni disloca la metáfora; vicio de que suelen adolecer en demasía casi todos los adoradores del retoricismo de Gautier, que, más bien que discípulos del gran vate colorista, parecen bohemios rezagados de la gran tribu verlainiana. Lo que hay es que el autor de *Dolorosa* es un lapidario de frases que sabe pulirlas con exquisito gusto, haciéndolas reverberar con deslumbradoras facetas. No negaré que forje de cuando en cuando algún vocablo nuevo, pero siempre derivándolo de otro antiguo, de suerte que encaje a maravilla en el genio de nuestro idioma; y todo para enriquecer más su forma estílica, dándole pasmosa flexibilidad y haciéndola ajustarse al sentimiento y a la idea mejor aún que al cuerpo humano las prendas del vestido.

Tiene párrafos que aun por la estructura parecen estrofas, y capítulos enteros que producen en el alma el mismo efecto estético de una poesía: tal es el ritmo con que a veces se suceden incisos y cláusulas. Yo no diré que el estilo de Acebal sea la "belleza pura", como del de Flaubert se ha atrevido a decir Tolstoi; pero sí me atrevo a insinuar que es un estilo de los que tientan a creer en el progreso del arte de la palabra, no obstante saberse uno de memoria las ingeniosidades y agudezas del autor de *Pepita Jiménez* al combatir se-

mejante progreso, cuando aquel revuelo polémico levantado en la prensa periódica con motivo de la aparición de unas novelitas uruguayas (1). Hoy que todo progresa, yo no sé por qué hemos de negar el progreso del decir y creer que ese progreso haya de ser en bien de la literatura. Pero fuera divagaciones y vayamos al grano, esto es, a la novela. ¿Raya a la altura del estilo? En otras quizá haya rayado ya que alguien le llama "gran novelista"; pero en la que estamos juzgando es forzoso responder que no. La acción novelesca que en su principio y en su medio se desarrolla por sus pasos contados, se precipita a lo último en un desenlace brumoso y sangriento que casi deja al lector sin saber a qué atenerse sobre la tragedia repentina, aun muy inesperada, y que sólo puede conjeturarse por algunas frases de la Condesita de Casa-Nieve en el antepenúltimo capítulo.

Se trata de un protagonista que es un genio en el arte de Praxiteles y de Fidias y a quien sonríe la felicidad por todas partes. Sus padres, un vizcaíno noblote, guapetón y robusto, que despide de sus carrillos, a pesar de los años, frescura de montaña, y una valenciana pulcra y sonriente, que siempre está soñando con pájaros y flores, adoran en él como en un altar.

Ya de niño era el sol de ventura que irradiaba alegrías en su derredor, embriagando de dicha a los amantes esposos. Había de oirle berrear su

---

(1) Las tituladas *Academias* de D. Carlos Reyles.

padre, que casi siempre estaba sepultado en el fondo de la ferretería, adonde acudían a cargarse de artefactos labradorescos todos los carromatos de Loyozuela y de Miraflores, y aquel hombre de hierro se estremecía de júbilo, parándose de repente en sus faenas a oir enajenado aquellos berridos que a él le sonaban más melodiosos que zortcicos éuskaros o endechas idílicas. Su madre arrobábase de gozo en la contemplación de su hermosura cada vez que le veía, y le estaba viendo siempre; porque no permitía que se desprendiese, como quien dice, de sus faldas. ¿Consentirle bajar a aquel tenducho lóbrego donde no se destacaban a un lado y a otro sobre mostradores y anaqueles más que lingotes y flejes, azadones y palas, tachuelas y clavos, hierro y más hierro, comenzando por el apellido Inchaurrandieta, del dueño, que equivale por sí solo a toda una ferretería? Ni por asomo. Su "princípe bello", como la garrida huertana llamaba al vástago de su amor, estaba llamado para más altas cosas. Resplandecía demasiado su hermosura para que fuera mancillada con ese orín y esa pátina de que recubre los metales inferiores la acción del tiempo. ¡Los sonrientes delirios en que se desvanecía de gozo su imaginación soñadora fantanseando grandezas para su príncipe!

Cuando el niño fué creciendo en estatura y en años, acostumbróle su madre a ir a pasar los ratos de ocio a la casa de los Láinez, unos ropablanqueros vecinos que tenían unos escaparates tan vistosos por la limpieza y blancura de los encajes y de las blondas, que parecían una exposición de

caprichosa lencería de nieve, tejida por hadas. Allí no había peligro de que se manchase: la limpieza no mancha. Pero no eran las blondas y los encajes lo que impulsaba hacia casa de los Láinez a nuestro ya crecidito muchacho; sino Celita, una hija de los ropablanqueros, linda como una flor, y que valia un mundo por lo aseada y por lo hacendosa. A la madre de nuestro protagonista, que seguía aún pensando en la princesa soñada, no le gustaban gran cosa aquellas relaciones, pero ellas continuaron. Un día cayó sobre Madrid una nevada que, aunque no debió ser tan mayúscula como la del pasado diciembre, brindó a la gente ociosa, que aquí abunda, propicia ocasión para lucir sus habilidades escultóricas. Jorge, que tal era el nombre del princípe bello, se fué con los hermanos de Celita a esculpir estatuas de nieve a la Moncloa. En el camino tropezaron con el estudio de Paternina, escultor de mucha nota en la corte de las Españas. Tenía éste un hijo, amigo de nuestros rapaces, a quien Jorge pasó a invitar para que fuese con ellos a hacer *santos*: y una vez dentro, quedó deslumbrado ante aquellos *santos de verdad*, ante aquellos grupos de bustos y estatuas de mármol blanquísimo, puestos en diversas actitudes, todas ellas artísticas y airosas.

La aurora de la vocación de nuestro joven para el arte de Miguel Angel acababa de despuntar como una aurora, tomando en seguida la intensidad de un sol. Desde aquel día Paternina contó como su mejor discípulo al hijo de los Inchaurrandieta, que hizo progresos tan rápidos que bien pronto

llegó a saber tanto como su maestro, asegurándole entonces éste que en España había aprendido cuanto podía aprender, y aconsejándole fuese a perfeccionarse a Italia o a Francia, donde podría observar acabadas e imperecederas esculturas que abriesen horizontes inmensos ante su fantasía. Efectivamente; Jorge se marcha a Florencia, a Milán, a París, a cuantas poblaciones extranjeras se le antoja visitar, y vuelve consumado maestro a la Corte de Madrid donde la *highlife* le abruma con demanda de retratos y de bustos. Hasta el Rey llega a encargarle un día no recuerdo qué trabajo escultórico de su mayestática persona, que diría Salmerón.

Pero ¡ay! que lejos de la patria no todo había sido cultivar sus aficiones y su numen, y, al volver al hogar en que se había mecido su cuna, traía consigo fascinamientos mundanos, que le rimaban en el alma cantares halagadores, poniéndole a merced de concupiscencias y de apetitos. Sus padres le regalaron un manífico hotel al fin de la Castellana, cerca ya del Canalillo, hasta donde se extendían sus jardines. Frente al hotel se alzaban los talleres de su estudio, y por aquellos talleres comenzaron a desfilar modelos-hembras, que concluían por pescar en sus redes amatorias al privilegiado artista. Hoy, era toda una condesa; luego, una aprendiz de teatro, o cosa por el estilo.

Los Inchaurrandieta supieron que su hijo andaba en malos pasos, y querían alejarle de ellos, para lo cual decidieron trasladarse de la ferretería a la Castellana a vivir con él. La amorosa valenciana

consiguió de los Láinez llevarse consigo a Celita a pasar con ellos la temporada de verano. Quería despertar y avivar en el alma de Jorge el fuego de sus amores de niño, de aquellos mismos amores que ella había contrariado allá en la era feliz de sus sueños, cuando su imaginación levantina no se cansaba de mariposear por suntuosos alcázares. Los amores aquellos aún no se habían extinguido y revivirían. La presencia de Celita en el hotel sería como el soplo salutífero que ahuyentase la ceniza de las ocultas pavesas, haciéndolas arder de nuevo con brilladora llama. Ya no soñaba con princesas ni siquiera lejanas, como la de Rostand. La princesa era la hija de los Láinez, aquella doncellita pulcra e ideal como los vaporosos encajes rosados que vendían sus padres en la tienda.

¡Pobre madre, que ni siquiera éste tan realizable ensueño se le realiza! A Jorge, al decir de la Condesita de Casa-Nieve, le servía entonces de *modelo* una tal Ignacia, con quien tenía relaciones un chulo de armas tomar, que ya la había amenazado con pegarle una puñalada, un día que supo que su madre trataba de dedicarla a bailarina de no sé qué salón. Como un basilisco se había puesto aquel hombre al descubrir pretensiones semejantes. Desde que había averiguado que estaba de modelo con un *marmolista,* como el decía, ¿quién sabe lo que iba a suceder?

Cuadro final: Celita, asomada a la ventana de su cuarto, contempla ansiosa los cielos estrellados, deseando conocer por su nombre a cada una de las estrellas. De cuando en cuando piensa en

Jorge, que hace ya tres días que falta de casa. No se siente más ruido que el murmurio de las hojas en el jardín, que semeja una risotada de la noche. Luego oye el gemido de una puerta; en seguida le parece oir su nombre. Escucha atentamente, y a sus vehementes ansias auditivas no responden más que ladridos lejanos de perros. Digo mal: responde también la voz del jardinero que, desde el portón del taller de Jorge, le dice al viejo Inchaurrandieta: —"¡Señor, aquí, el señorito!"— La valenciana y Celita se precipitan hacia la puerta del taller; el pobre padre les cierra el paso, diciéndoles con gran dolor que allí no se entra. La madre cae desmayada al ver que las manos de su marido están manchadas de sangre, y Celita penetra en el taller a descifrar el misterio. Los agudos ladridos de los perros siguen resonando lúgubres en la obscuridad...

Es éste un desenlace que no llena, porque casi todo queda en el aire, flotando entre brumas de misterio. A punto fijo, ni se da el lector cuenta de lo que allí ha pasado. La mano alevosa lo mismo puede ser la de un asesino que la de un suicida. Las reticencias de la Condesa en sus habladurías con doña Jacoba, no aclaran del todo la vaguedad que esfuma el último cuadro. La novela no acaba: el lector quiere saber algo más de Celita y de los mismos padres del escultor. Aquello de que nunca segundas partes fueron buenas, ha tenido siempre sus honrosas excepciones: en el mismo *Quijote,* por ejemplo. El Sr. Acebal podría añadir otra excepción con una segunda parte de

*Dolorosa*, y en ella justificar el título, que yo creo no aparece bastante justificado; aunque esta observación no la hago desde el punto de vista estético, sino desde el punto de vista moral, por aquello de *sancta sancte sunt tractanda.*

No es que se transparente en el novelista ninguna insana intención. ¡Líbreme Dios de sospechar tal cosa! Es que lo infructuoso de los rezos de la valenciana no puede menos de destilar en el corazón bueno y creyente más o menos gotas de amargura. Por lo que a esto respecta, la lectura de *Dolorosa* me ha causado la misma impresión que la de *El pájaro en la nieve*, una de las "aguas fuertes" más hermosas y más inspiradas del celebrado autor de *La Aldea Perdida.* Lee uno aquellas páginas paladeando íntimamente la dulzura que por ellas discurre; se asocia deleitosamente a todos los sueños embriagadores del protagonista; hasta le acompaña a casa del hermano, venido de luengas tierras con muchos miles, y le oye arrancar del piano armonías grandiosas..., para verle después aterido y yerto en la nieve, vagándole aún por los labios la última plegaria a la Virgen... *Mutatis mutandis*, el cuadro de la soñadora valenciana ante el espectáculo de la sangre de su hijo, cayendo delirante, primero de rodillas y en seguida derribada por tierra, imaginándose la infeliz estar orando por su "príncipe bello" ante la imagen de la Dolorosa que se destacaba en el fondo de la ferretería.

Lo dicho: que agrada y regocija y deleita el estilo rumoroso y pintoresco que matiza y exorna

aquellas páginas; pero que no satisface la novela, cuyos personajes, un tanto desdibujados e indefinidos parecen no haber salido del todo de ese estado cuasi aeriforme en que los forja y crea la fantasía. El Sr. Acebal no es de los que cometen pecados literarios emborronando pliegos y más pliegos para la pintura, íntima de un personaje: su temperamento artístico pugna irresistiblemente con la difusión. Hermoso don es éste, al cual se debe casi toda a la impresión mágica que a cada instante seduce y sorprende en sus concepciones; pero hay que tener en cuenta que la pluma no siempre es un pincel, y que cuando no sean suficientes cuatro rasgos para trazarnos de *cuerpo entero* un espíritu —y valga lo paradójico de la antítesis— no hay más remedio que *hacer* un poco de psicología que nos sirva como de hilo de Ariadna para llegar hasta lo más recóndito de un personaje.

Bien hechos, bien caracterizados, que se asemejen al natural, no hay en *Dolorosa* más que tres tipos. D. Indalecio, el padre del protagonista, que es un legítimo vizcaíno, a cuya faz frescachona y sonrosada se asoma vigorosa toda el alma éuskara; Paternina, el escultor italiano, que en cuanto se echa al coleto medio fresco de ginebra, desata sus labios en una charla gratísima que parece un gorjeo, y la Casa-Nieve, una aristócrata remilgada y coqueta que, no obstante ser esposa de un representante de la nación, desciende hasta ser *modelo* de Jorge, con quien, mientras su marido dormita en las Cortes, pasa ella el tiempo en amo-

rosa legislatura. Esta Condesita, que, a veces, como cuando retoza descalza por la orilla del Canalillo, parece una maja arrancada de los cuadros de Goya, es de lo *mejor* que tiene la novela. En cuantas escenas sale a relucir, palpita y alienta la realidad. ¡Lástima que en una de ellas, la que se desenvuelve en el estudio del maestro de Jorge, se deje llevar un tantico el autor de la moda naturalista! El, de tan pulcro decir en general, ¡qué bien podía haber insinuado todo aquello, sin necesidad de haberlo descrito!

En resumen: *Dolorosa* no es todavía la obra que haya de acreditar de gran maestro en el arte de hacer novelas al director de *La Lectura;* pero denuncia un árbol henchido de savia que puede dar jugosos y sazonados frutos si, como es de suponer, el vendaval de inmoralismo reinante no azota y marchita sus ramas cuajadas de flor.

* * *

En cuanto salió a luz la anterior critiquilla, recibí de su autor, con expresivas dedicatorias *Dolorosa* y *Huella de Almas*, y voy a decir dos palabras de esta novelita, que como novela, me gusta más, mucho más que su hermana más joven.

Leyendo la prosa ricamente poética de este contemporáneo, brillante sin retoricismo, dulce sin empalagos y con tersuras de cristal y frescor y melodía de chorro de fuente, tan pintoresca y lapidaria como la de la Pardo Bazán, aunque no tan simétrica y periódica, y, quizá por eso mismo más

insinuante y sugestiva, no se echa de menos ni al flaubertiano más exquisito.

Tiene para mí un encanto que le hace sumamente apreciable: gusta de poetizar las vidas humildes. Mejor dicho: no las poetiza, sino que saca sencillamente a relucir la poesía ínsita en el fondo de los hogares obscuros, derramándola por su prosa, narrándonos existencias que son poemas ignorados, en que no suele parar mientes la multitud, atraída sólo por lo deslumbrador, por lo llamativo, por lo grande. Las vidas en cuya pintura se complace Acebal son como flores nacidas en lo más sombroso de pobre huerto; pero que no por eso dejan de ser tan suaves y aromosas, como las nacidas y regadas a diario en aristocráticos jardines.

Los dos personajes principales de *Huella de Almas* Sergio Soto y Faela, digan lo que quieran algunos críticos, son personas de verdad, dos creaciones vivientes, siquiera una y otra estén un poco esfumadas en calina romántica ¿Por ventura no hay romanticismo en la vida?...

Clarita, con quien al fin se casa Sotín después de la muerte de Faela, de la *otra*, es un ángel escapado de un cuadro de Murillo. Representémosla, si no, en vida de Faela, cuando ésta y Soto conversaban, amantes, en tanto Clarita, de quien los enamorados no se recataban, se tendía entre los dos amorosa, oyendo aquellos coloquios que aún no comprendía, pero que ya adivinaba. ¡Las veces que, jugando con su cabello, se encontraban entre sus crenchas las manos de los amantes! ¡Qué án-

gel más humano! Verdad que humanos todos los seres de Acebal lo son. ¿No os ha sucedido leyendo alguna novela en que el autor se esfuerza por inspirar simpatía hacia un hombre o una mujer, que a él se le antojan extraordinarios, el quedaros vosotros tan frescos? Es porque los personajes predilectos del novelista tienen muy poco de humanos. Lo humano es lo que nos hace sentir, reir, llorar, como los personajes sienten, ríen y lloran. Y Clarita y Faela hacen sentir de verdad. ¡Qué interés se toma uno por ellas!

Algunos echan de menos en las novelas de Acebal una acción fuerte y complicada que excite el interés del lector y le llene la mente de inquietudes, hasta que sobrevenga el desenlace. Es decir, que echan de menos una brillante historia. ¡Cómo si sólo las historias brillantes fuesen dramáticas, y no nos interesase en una novela, más que la narración de los sucesos, la submersión en lo profundo de las almas, para asistir allí al origen de los sentimientos! Acebal es más poeta que narrador. Al decir que canta lo humilde, está muy lejos de mí el hacerle figurar entre esos poetas de lo bajo, de lo inferior, que gustan de revolcarse entre voluptuosidades malolientes como las sabandijas infectas que se engendran en la suciedad. Este encanallamiento del arte no reza para nada con Acebal. Lo que hace este simpático escritor es levantar lo bajo, ennoblecer lo humilde, aristocratizar lo pobre, esclarecer lo obscuro.

* * *

# REVISTA LITERARIA

**La Hija del Director de Circo**, por la Baronesa Fernanda de Brackel Herder-Friburgo.—**Memorias de un estudiante**, por Aurora Lista. Sevilla. Imprenta de la Divina Pastora.

¡Bellísima novela *La Hija del Director de Circo!* Leyéndola, como que se ensancha el espíritu para dar cabida en sus senos a todo el ambiente de suavidades y dulzuras que de sus páginas parece levantarse como de risueñas campiñas en abril. Hoy, sobre todo, que el mercantilismo literario ha puesto a la literatura por los suelos, editando libros y más libros, casi todos ellos escritos con fango que salpica y enloda, ¡qué dulce es encontrarse con una obra como ésta, donde el valor artístico corre parejas con el acendrado espiritualismo cristiano que la perfuma y vivifica!

No se trata de una de tantas obrillas de propaganda religiosa, por lo general escritas de cualquier manera, con que la candidez de ciertos libreros se imagina poner incontrastable dique al torrente negro de las malas lecturas; sino de una obra sólidamente artística y cuya concepción y desarrollo revelan desde los primeros capítulos una imaginación brillante, de vigoroso aliento creador, y un entendimiento privilegiado, enriquecido con selectos y copiosos estudios. La Baronesa Fernanda es de su tierra, de la tierra de los

grandes artistas y de los grandes pensadores; de donde procede casi todo el vino nuevo que desde principios del pasado siglo se viene importando, lo mismo en ciencia que en literatura. Con lo cual no queremos decir que deje de ser mujer cuando escribe: en todas y cada una de sus páginas resplandece con inequívocas vislumbres la *maternidad*, esto es, la cualidad femenina de la escritora. Bien en los matices delicados del sentimiento, o en la agudeza y finura de ciertas expresiones, o en la observación minuciosa de pormenores y detalles, por doquiera salta a los ojos ese peculiarísimo encanto que diluyen en sus inspiradas obras las almas femeninas. Lo que queremos decir es que la Baronesa Fernanda piensa alto y siente hondo, no despintándose de su raza, de la raza de artistas germánicos, que con sus concepciones, buenas o malas desde el punto de vista moral, pero casi siempre apreciables desde el estético, saben pulsar, como si fuesen cuerdas de lira, todas las fibras del humano ser.

La sola urdimbre del asunto tan bien tejida y tan bien desdoblada, no obstante lo complicado y difícil de algunas situaciones, fuerza a clasificar este libro entre las grandes novelas y presupone un talento vigoroso que se deleita en interceptarse con montañas el camino para tener el gusto de salvarlas con ligereza y gallardía. Léasele de cabo a cabo, véase la maestría con que se desenvuelve la historia de aquella mujer desde el momento en que su santa madre cierra los ojos al mundo en un gran hotel de Ginebra, dejándola

a las órdenes del padre, que es Director de circo; acompáñesela al colegio de Bélgica, donde sólo la aristocracia adinerada enviaba a educarse a sus hijas, y donde nuestra colegiala, con la nobleza de sus sentimientos, supo captarse las simpatías de compañeras y superioras; asístase al vivísimo drama amoroso que tiene por escenario su corazón y cuya primera enternecedora escena remóntase a los tristes días de duelo por su madre, cuando, al despedirse en el hotel un niño y una niña, él escribía por toda dedicatoria en un devocionario "hasta la vista", dándoselo a ella como recuerdo, y ella, no sabiendo cómo corresponder a la fineza, arrancaba del cuello el corazón de perlas y diamantes —regalo del Zar— rompiendo de un tirón la áurea cadena de que pendía; mídase la grandeza de su inmolación cuando el amor filial la impele a salvar la honra y las riquezas de su padre, obligándola a tomar parte en los espectáculos del circo, sabiendo que semejante resolución habrá de ser para su amante como una puñalada traidora; admíresela cuando, huérfana ya, y Curt, el niño del devocionario, desposado con otra, rechaza el casamiento con el barón Danow, riquísimo mecklemburgués, para ir a guarecerse en el puerto del claustro, cansada de luchar con los aquilones de la vida; contémplesela, en fin, exhalar su último suspiro en el ósculo del Señor, después de una existencia fecundísima en bien para los pobres y los desamparados, y no creo que se tengan por exageradas y desmedidas mis fervorosas alabanzas.

La hija del Director de circo se las merece todas y muchas más. Quizá los naturalistas rezagados, que tienden con todas sus fuerzas a empequeñecer la realidad, encuentren a nuestra protagonista un tanto aureolada la frente con nimbo romántico, por lo superior y extraordinaria que se muestra en su incesante batallar contra el destino. Pero ¿es que no alientan en este valle de lágrimas almas verdaderamente superiores? ¿Es que no existe nada de extraordinario en la vida? Aunque así fuese, que por fortuna no lo es, ya que hay muchas realidades que superan a las ficciones, aun debíamos bendecir la pluma cuya virtud creadora se esfuerza en familiarizarnos con hermosos seres. La tierra necesita de ángeles que crucen sus ámbitos, purificando, con el batir de sus alas, la atmósfera de impureza que por todas partes se respira.

También en Curt quizá alguien vea más de ángel que de hombre, no obstante que a veces sus cóleras le ciegan, viniendo a ser su ceguedad la causa eficiente del propio y del ajeno martirio. Aquellas cóleras, si no las legitima, las disculpa por lo menos la fuerza de su amor a Nora, que así se llama nuestra heroína; y de todos modos resulta un personaje muy bien dibujado, que ni se borra ni se confunde. Es tan de carne y hueso como su madre, la rígida Condesa, que, a pesar de su fervoroso catolicismo, cree infringir los austeros principios del deber si consintiese en que su hijo, de tan genuina cepa aristocrática, osara tomar por esposa suya a la hija de un hombre que

se gana el pan con ejercicios hípicos: —restos de la vieja leyenda de castas que la igualitaria doctrina evangélica aún no ha acabado de borrar

La madre Sibila, Superiora del Colegio de Bélgica, y el Capellán de la Condesa, son también dos figuras sobresalientes que rebosan realidad por todo su ser. Su papel es el de ángeles de la guarda de nuestra heroína, cuyas bellísimas prendas han sabido apreciar mejor que nadie, llegando a leer en su corazón como en un libro. Y en verdad que lo desempeñan como si efectivamente hubiesen descendido del Cielo con tan bienhechora comisión. ¡Con qué prudencia y sabiduría dirigen y regulan la pasión encendida que la inflama, interviniendo a tiempo en el drama amoroso, la monja con algún mensaje divino en forma de epístola, el sacerdote con alguna entrevista salvadora! Hastiado uno de ver, en el reparto de papeles de las novelas, el inmundo e impropísimo que se suele asignar a la gente eclesiástica, tropezar en una de ellas con un sacerdote y una monja que saben realizar su genuina célica labor, resulta tan extraordinario y consolante como tropezar con un tesoro. ¡De tal modo acostumbra menudear el arte contemporáneo la difamación y la caricatura!

No quiero concluir estas líneas sin decir algo de Lanfoldo: es el tipo más viviente de la novela, un Yago hecho y derecho, tan criminal y repulsivo como el que en el drama de Shakespeare hace vibrar al terrible y desventurado africano la daga conyugicida. Las artimañas de que se vale para cortar en flor el idilio amoroso que hubiera labra-

do la felicidad de dos almas, rezuman esa perfidia y ese satanismo que sólo puede inspirar la pasión loca cuando se siente desdeñada. Es un personaje que vive y alienta, aunque con aliento de reptil, sobre todo desde que se convence de que sus afanes y ardides para extinguir en el pecho de Nora la hoguerra de amor a Curt, sólo sirven para vivificarla y embravecerla. Yo no le pongo más que un pero: el de ser judío. Y me explicaré, para que nadie se escandalice. Tipos de la baja ralea de Landolfo abundan, desgraciadamente, lo mismo en la raza semítica que en la jafética. Ahora bien, el novelista católico no debe dar margen a que de sus obras pueda decirse que vaga por ellas la más ténue sombra de fanatismo. A buen seguro que la Baronesa Fernanda no aparece fanática, ni remotamente siquiera, a los ojos de quien sepa leerla sin prejuicios sectarios; pero hay que tener en cuenta que en estos días de encarnizadas luchas religiosas es poquísimo lo que por individuos de uno y otro bando se lee y aun se escribe sin ruines apasionamientos. Ahí está Pérez Galdós, que nos da de semejantes ruindades un ejemplo elocuentísimo, sobre todo con su *Gloria*. Esta novela honda y robusta sería una obra maestra, si no pusiese grima el horrible fanatismo *al revés* en que está empapada. Digo fanatismo al revés, no porque lo haya a las derechas, sino porque en la obra del novelista canario lo que se procura denigrar y envilecer es lo católico, y aun lo español, para que resplandezca y descuelle lo hebreo: el peor de los fanatismos, sin duda, aunque sin duda también el más en boga.

Queda explicado mi sentimiento de que Landolfo sea judío, y basta de episodio.

¿Satisfará a todos los lectores el desenlace de *La hija del Director de Circo?* A la herida paloma, ¿no le hubiera venido, mejor que el nido del convento, el nido del hogar? El pobre corazón humano grita que sí. Después de habérsele hecho tan simpáticos y tan queridos aquellos dos amantes durante la larga y penosa odisea de su respectivo calvario, nada más natural que desearles ardientemente al fin un feliz y glorioso Tabor. En la mente ensombrecida de Curt se debió haber hecho a tiempo la luz, y su torturado corazón debió latir feliz junto a su amada. La autora lo ha entendido de otro modo. No por eso se la censure. En Nora se contempla la acción divina de muy visible manera, desde que su madre moribunda se la recomienda al Capellán. Además, que la obra no por eso deja de estar profundamente sentida; y si no llega a satisfacer, tampoco se puede decir que deje un solo instante de agradar. ¡Lástima que no se haya escrito originariamente en nuestro idioma! Contaríamos con una novelista más, de robusto nervio y verdadero empuje.

* * *

En el alma siento que la primera vez que mi pecadora pluma haya de borrajear unas cuantas líneas, acerca de la popular escritora española Aurora Lista, tengan que versar precisamente sobre el libro cuyo título reza en el epígrafe. Varias

son las novelas que he leído de esta simpática escritora, y en casi todas ellas he descubierto un espíritu femenino eminentemente artista que deleita y aun encanta por la sencillez y naturalidad de un decir suave, plácido y sonoro como el murmullo de la brisa cuando juguetea entre las frondas.

De su ingenio novelador me habían hecho formar ventajoso concepto sus personajes, casi siempre bien trazados y sostenidos con la consistencia de los que un día y otro nos rozan al pasar, y sus argumentos, reveladores de viveza de imaginación, aunque no siempre desarrollados con el desembarazo y la soltura que las obras de arte requieren, sin duda por el afán, a mi entender, desmedido, de ostentarse su autora más que artista, apóstol o "pescadora de almas" que diría Raquel, otra novelista que en sus encantadoras producciones peca de lo mismo, bien que con pecados mucho más veniales. En suma, que todo cuanto yo había leído de Aurora Lista lo había encontrado bueno y hermoso, muy merecedor de alabanza y aplauso, y que, a juzgar cualquiera de las aludidas lecturas, mi crítica quizá se hubiera reducido a un desfile de sinceros elogios en tanto que ésta me temo no haya de ser más que un pespunteo de advertimientos y reparos que ni a la novelista, ni mucho menos a mí, nos ha de gustar maldita la cosa. ¿Qué le hemos de hacer? *La fuerza del sino.*

No se vaya a sospechar por todo lo que dicho queda que *Memorias de un Estudiante* sea un libro rematadamente malo. Todo lo contrario, el libro

es bonísimo. Para manual de los franciscanos terciarios —y conste que no hay pizca de sentido irónico— resulta una joya que no tiene precio. Yo lo antepondría a todos los manuales de la Orden habidos y por haber. Aquella serie de semblanzas místicas, arrancadas de las crónicas del Serafín de Asís y presentadas con lindo ropaje literario, exhalan a veces un perfume de idilio que las hace en extremo atractivas y embelesadoras. En el *San Francisco* de la Pardo Bazán, que traen a la memoria irresistiblemente, hubieran engranado a maravilla, a poco relieve que les hubiera dado la genial escritora con su colorista pincel creador. Por lo menos no estarían allí tan fuera de su lugar como en una novela cuya acción harto interrumpida tendría que ser por mil y mil episodios, ya que se trata de una autobiografía estudiantil, sin necesidad de paralizarla casi por completo con aquella galería inacabable de santos y santas, que le fuerzan a uno a imaginarse estar leyendo al P. Croisset.

Sí que la acción, aunque tierna y sugestiva, era de suyo pobre y había que ingeniarse de algún modo para escribir capítulos y más capítulos; no obstante, yo creo firmemente que restando los que se dedican a la leyenda áurea franciscana, o, por lo menos, entrando con la poda en ellos y reduciéndolos a uno, subiría en varios quilates el valor estético de la obra. ¡Y cuidado, que algunos de aquellos capítulos son hermosos de verdad! Diríase que Aurora Lista los tenía escritos para algún otro objeto y los encajó allí porque sí, como

hizo el más grande de nuestros vates románticos con su grandiosa poesía a las nubes, que huelga perfectísimamente en *Las Píldoras de Salomón*.— Y no dirá la popular y simpática escritora que la hago ir en mala compañía.

Créame que *su estudiante*, con ser sujeto de tan bella índole, no se portó del todo bien cuando fué con sus compañeros de seminario a hacer los santos Ejercicios en Monte Caverna: en vez de ponerse a extractar crónicas como un destajista, mejor le hubiera sido pasarse todo el tiempo en oración. ¡Cuánto hubiera ganado la novela! Porque hasta allí todo se desarrolla bastante bien. Se trata de un hijo de una honrada familia obrera a quien los padres, ahorrando de aquí y de allá, han logrado matricular en el Instituto, soñando con verle un día licenciado o doctor. Mas, apenas, ha comenzado a estudiar, tiene que dejar los libros, porque a su padre le lleva un brazo una máquina y muere en seguida, dejando en pos de sí un hogar desolado y una viuda con dos hijos. Las damas de las Conferencias acuden a socorrer a la pobre madre y le colocan a Margarita —así se llama la hija— de sirvienta con unos señores; y a él, a nuestro protagonista, de estudiante en el Seminario. Pero bien vengas mal, si vienes solo: la viuda infeliz, consumida de sufrimientos, sigue a su esposo a la tumba. Las susodichas damas aparecen de nuevo y ponen a nuestro protagonista en un asilo de niños, desde el cual prosigue sus estudios eclesiásticos; pero en el asilo le ataca la anemia y, por consejo del Rector, se traslada a

casa de una buena mujer a vivir en república con otros seminaristas pobres. También de aquí le arroja la enfermedad, o, por mejor decir, el hambre; pues hasta de aceite se andaba escasísimo en el tugurio de la *señá* Angustias. Y entonces entra de portero en una casa en que le dejaban tiempo suficiente para clases y estudios.

La pintura de lo que acontece en esta casa y en otras dos con ella emparentadas, es lo que da interés dramático al libro. Nuestro joven las bautiza muy acertadamente de "gloria, purgatorio e infierno". La segunda de estas mansiones la forman un matrimonio, cuyos cónyuges arman todos los días las grandes peloteras por haberse dado mutuamente gato por liebre soñándose el uno al otro con los tesoros de Creso, y una hija que Dios les ha dado, para colmo de apreturas, muy relamida y muy jactanciosa, a quien no hay joven que la diga buenos ojos tienes, por lo que tanto ella como su madre, se muerden los labios de desesperación. En el infierno hay más paz, al parecer, pero de esa paz postiza que brinda el mundo. Sus dueños, él, por un lado, y la señora, por otro, se andan incesantemente a la flor del berro, sin acordarse para nada de la educación de sus dos hijos, que salen el mayor de la piel del diablo y el menor devotito y humilde como un Gonzaga, gracias a los consejos e instrucciones que le da a hurtadillas nuestro estudiante. Y en el cielo habita un matrimonio ejemplar, porque D.ª Catalina ha sabido ser la mujer fuerte del Evangelio, logrando, a fuerza de bondades y de silencios heroicos, con-

quistarse de lleno a su marido. Tienen un hijo, Enrique, que es una malva, y una hija, Asunción, que es como una azucena fragante de pura y hermosa, a quien, al contrario de su prima la del purgatorio, por todas partes le salen pretendientes, sin pensar en ellos, porque sólo piensa en Dios.

Cuando nuestro estudiante es ya teólogo y se halla en vísperas de ordenarse de presbítero, consigue trasladarse al *cielo* —el servía, no recuerdo bien si en el purgatorio o en el infierno— donde le asalta una enfermedad que le pone al borde del sepulcro. Su hermana Margarita, con quien por aquellos días había roto su amante, vino a asistirle, sustituyendo a D.ª Catalina y Asunción, que tenían sus glorias en hacer de Hermanas de la Caridad. El, que ya iba muy mejorado, se propuso asaltar el corazón de su hermana y restituírselo a Dios. Peliagudo fué el asalto; pero al fin, con la ayuda de los cariñosos abrazos y besos de Asunción, la fortaleza fué tomada. Y la novela termina con un banquete de despedida en el "cielo"; un banquete en el que Asunción, que va a ingresar en el claustro, sienta a su lado a la pecadora convertida. ¡Conclusión hermosa, que inefablemente enajena! Es lo mejor que tiene el libro. Hay también otras escenas cuya fuerza conmovedora llega hasta lo íntimo del alma, pero como ésta ninguna. ¡Se presentan tan mujeres D.ª Catalina y Asunción favoreciendo con sus abrumadoras bondades la acción de la gracia divina en el compungido espíritu de la hermana de nuestro estu-

diante!... Quizá alguien las encuentre demasiado románticas o idealistas, pero yo le garantizo que, para bien del desamparo y de la miseria, de ese idealismo hay muchas cristalizaciones en la sociedad.

No quiero poner punto a esta crítica sin decir, a guisa de descargo, que en *Memorias de un Estudiante* debe haber mucho que aplaudir y que alabar; pero que se me habrá pasado desadvertido, sin duda por el cúmulo de erratas, muchas de ellas garrafales, que afean grandemente la edición, y lo que es peor aún, que hacen sospechar que el estilo de Aurora Lista no sea todo lo limpio y correcto que uno se había imaginado.

---

# EUGENIO VEUILLOT

Premuras de espacio y de tiempo nos impidieron rendir en el número anterior nuestro tributo de homenaje y de veneración a la memoria del director de *L'Univers*, Eugenio Veuillot, cuya muerte lloran con lágrimas sinceras todos los buenos católicos de Francia. Lo haremos hoy, ya que sería injusticia manifiesta no dedicar un elogio, siquiera sea pálido, a ese varón insigne a quien Bossuet hubiera sin duda incluído en la lista de sus "grandes muertos", honrándole con una de sus maravillosas oraciones fúnebres. La prensa católica debe consagrarse con todo su ahinco a la defensa de los intereses de la verdad, hoy combatida desde todas partes por los fervientes partidarios del error y de la mentira; pero no debe echar en olvido el nombre de aquellos bravos paladines que, con la brillantez y bravura de su pluma, la han hecho cundir entre las "honradas masas", infundiendo bríos, energías y alientos a los espíritus desmayados. En sus páginas debe abrirse como una galería de retratos ilustres que nos recuerden a los aguerridos luchadores, a quienes nada arredró en descender a la caldeada arena del combate diario, a batirse por la fe, por la religión, por la fraternidad universal,

por todos los sublimes ideales que simboliza y representa la Cruz. Y entre esos luchadores aguerridos, y en muy elevado puesto, todos sabemos que figura y debe figurar este esclarecido Veuillot, a quien no ha perjudicado más que una cosa—una cosa que le honra altamente—para que su popularidad en Francia hubiese salvado todas las fronteras y su nombre fuese repetido entre bendiciones y aplausos por todos los católicos del mundo: la de ser hermano del gran Luis, y sentir secreta complacencia en verse como anonadado ante la majestad de su gloria.

Desde cierto día, para ambos hermanos muy memorable y glorioso, en que, a raiz de haberse operado en el espíritu de uno y otro un cambio radical de creencias, recibieron públicamente en una iglesia el consagrado Pan de los ángeles, la vida de los Veuillot fué un contínuo batallar por los fueros de la fe. Multitud de periódicos, tanto de provincias como de París, tuvieron a honra y orgullo dar cabida en sus columnas a las producciones de aquellos dos jóvenes de veintitantos años que tan valerosamente salían a defender a la Esposa de Jesucristo de cuantas despiadadas e injuriosas asechanzas la veían ser víctima inocente. Y cuando en 1844 se fundó *L'Univers*, y comenzaron a aparecer un día y otro día artículos admirables, tanto por el fondo, henchido de enjundia, como por la forma, rebosante de virilidad, en que unas veces se hacía la vibrante apología de un dogma, otras se desenmascaraba y se ponía a pública vergüenza a algún católico fingido, y otras,

en fin, se trituraban y reducían a polvo las pérfidas calumnias de algún enemigo de la Iglesia, no había que preguntar de quién eran aquellos artículos que se aquistaban la atención de la muchedumbre y levantaban tempestades de comentarios en todo París: eran de los hermanos Veuillot, que habían llegado a constituirse en inspiradores únicos de *L'Univers*.

Casi no había en dicho periódico un párrafo o una gacetilla que no les perteneciese. *L'Univers* era el alma de aquellos hombres generosos y rectos, exteriorizada en pensamientos y en ideas. Los artículos en que el entusiasmo por la causa defendida flameaba en cláusulas ardientes, impregnadas a veces de una ironía que penetraba como acerada hoja hasta el corazón del adversario, y siempre salpicadas de paradojas y de antítesis, que daban a aquel estilo un carácter eminentemente batallador y polemista, ya era sabido, eran todos debidos a la férrea pluma que en las lides periodísticas esgrimía siempre Luis como un martillo triturador; a aquella misma pluma que, cuando trazaba novelas o discurría por las serenas regiones del arte, dejaba de ser de hierro para convertirse en oro, y bordar aquella prosa enérgica y viril, pero suave a la vez y harmoniosa y castiza, que calificó Julio Lemaitre en *Les Contemporains* de "impécablement musical". Y aquellos otros, en cambio, más fríos, más reposados, más serenos, en que el entusiasmo febril, inspirador de rigideces y destemplanzas, se contrarrestaba por la razón calculadora, enemiga de embates y de vio-

lencias, que sabe dar siempre con las frases más oportunas para no irritar ni enfierecer, eran los de Eugenio, quien, diríase tenía una balanza mágica para pesar las palabras, de suerte que nunca fuesen más allá de donde iban su seguro pensamiento y su profundo buen sentido.

En su precioso libro *Les Libres Penseurs* dice Luis que la página raspada, rehecha y recopiada es la buena, y que la trazada de un tirón, sin puntos, ni comas, ni ortografía, es la excelente. Aplicado a nuestro caso, éste que pudiéramos llamar principio de grafología, un tanto subjetivo y caprichoso, bien podemos asegurar que lo que había de bueno en *L'Univers* era de Eugenio, bien que lo excelente fuese de su hermano. Y no obstante, la obra periodística de Eugenio, por espacio de muchos lustros, pasó casi completamente desadvertida del público. Su atención estaba fija en las gallardas valentías de Luis, cuyo espíritu combatiente y retador, que hacía recordar sus irreflexivos tiempos de duelista, guerreaba sin cuartel contra cuantos se le ponían delante ondeando una bandera que no fuese la de la cruz.

¿Lamentarse el hermano joven y sentir secreto disgusto de que el mayor se llevase, juntamente con la suya, la parte de gloria que a él le correspondía, en aquel incesante batallar de que el gran periódico de París reportó tantos laureles y victorias? Ni sospecharlo siquiera. La mayor satisfacción de Eugenio consistía precisamente en cooperar de algún modo a la apoteosis de Luis, y en oir que de todas partes surgían voces entusiás-

ticas y efusivas formando como un concierto de glorificación en derredor de su hermano. Rasgo hermoso, característico de aquel hombre que se complacía en vivir ignorado y obscuro a fuer de humilde y de modesto.

Hasta el año 1883, en que por fallecimiento de su hermano quedó al frente del célebre periódico, el nombre de Eugenio no comenzó a ocupar el puesto que por derecho le pertenecía entre los que más sonaban entonces como dignos de vítores y alabanzas. Es una lástima que sus numerosos artículos de entonces, o por lo menos los mejores de entre ellos, no se hayan coleccionado como los de Luis. La colección de *L'Univers* no todos la tienen, ni aunque la tuviesen, sería cosa fácil y hacedera acometer su lectura abrumadora, para poder apreciar en toda su valía aquellas ruidosas pendencias periodísticas de que ambos hermanos eran invictos campeones.

Yo de mí sé decir que, a no ser por los seis gruesos tomos de misceláneas en que se recopiló una parte de la labor periodística de Luis, sin duda lo que había en ella de más refulgente y valioso, jamás hubiese conocido a tan estrenuo atleta de la fe más que por sus grandes e inmortales libros, *Jesucristo*, *El Perfume de Roma*, *Los Olores de París*, etc., etc. Lo que, volviendo a hacer aplicación de su principio grafológico, llamaríamos lo bueno, pero no excelente, esto es, aquel maravilloso improvisar de todos los días, teniendo para cada uno de ellos una idea nueva— lo que en el periodista ideal requería Girardín— escri-

biendo, ora de política o de religión, ora de arte o de literatura, y siempre con un punto de vista certero, siendo, según las circunstancias, tan buen polemista como nuestro Balmes, tan buen político como nuestro Donoso, y mejor filósofo que Taine y aún mejor crítico que Sainte-Beuve.

Eugenio publicó, sí, varios libros, y algunos de ellos compuestos de colecciones de artículos, pero de artículos casi todos posteriores a la muerte de de su hermano. Su obra anterior yace casi toda en el olvido. Verdad que no ha menester de ella para que su nombre sea glorioso. Deja, aun así, obras varias históricas, críticas, literarias, algunas de grandes méritos, sobre todo la vida de su hermano, de la cual había publicado ya tres tomos y en los cuales estudiaba, al par que aquella vida tan insignemente famosa, todas las luchas religiosas y sociales que han puesto a su patria poco menos, como quien dice, que a las puertas de la apostasía. Y deja lo que vale tanto como todas sus obras, con ser éstas arsenal de fecundas ideas y río copioso de nobles sentimientos: deja el ejemplo hermoso de acatamiento absoluto a las doctrinas emanadas del Vicario de Cristo, y la sumisión íntegra y radical a las inspiraciones de la Santa Sede. Virtud es ésta de oro purísimo, cuyos subidos quilates no muchos sabrán justipreciar debidamente en estos tiempos que alcanzamos de infrangibles contumacias y desesperadas rebeldías.

Notorias eran las luchas a brazo partido que la prensa católica de Francia venía riñendo contra la República, levantando rivalidades terribles

entre los prosélitos de uno y otro bando. La voz cantante en aquel desconcierto despertador de odios y malquereres la llevaba *L'Univers,* cuya redacción era como la tienda de campaña donde el estado mayor de aquella guerra planeaba los furiosos ataques y contraataques que se habían de dirigir contra el enemigo. Pues bien, un día aquel periódico apareció ante el público enarbolando la bandera de la sumisión a los poderes constituídos, no sólo acatando a la República, sino también reconociéndola y prometiéndole fidelidad. Y no fué sólo aquel día, muchos días consecutivos, todos los que a ese día sucedieron, prosiguió *L'Univers,* tremolando la bandera tricolor que una vez se había decidido a empuñar, sin cesar por eso de trabajar con ardorosa vehemencia por que en ella se grabase el símbolo de la Cruz. Accionistas hubo del periódico que, alarmados por el cambio repentino de táctica, que ellos se imaginaron de ideas, se apresuraron a retirar sus acciones de aquella empresa periodística. Las bajas de los suscriptores, algunas de ellas acompañadas de insultos, lloviznaban en la administración. La pérdidas pecuniarias hicieron columbrar en no remota lejanía la desaparición del aguerrido periódico... Eugenio no se arredró en seguir adelante. Un paso hacia atrás hubiese sido una cobardía, más aún: hubiese sido una traición.

¿Qué trasformación misteriosa se había operado en el espíritu de aquel hombre? ¿Es que, como se decía de público, había vuelto las espaldas a sus venerandas creencias? ¿Es que, como muchos

pensaban, a la dirección de *L'Univers* había asomado su jeta la apostasía?... No: es que había hablado Roma, mandando acatar y reconocer, y Eugenio había inclinado la frente, porque jamás había sabido sutilizar ni argüir contra los mandatos pontificios. ¡Hermoso ejemplo, repito, del que si todos los católicos de Francia hubiesen sido imitadores, no tendrían hoy que llorar con lágrimas estériles el horrible desmoronamiento religioso y social a que están asistiendo!

Triste habrá exhalado Eugenio Veuillot su último suspiro: la aflictiva situación de su patria no se prestaba ni se presta gran cosa a levantar en los pechos hidalgos y generosos emociones de júbilo y de alegría; pero lo que es de su labor, de la honrada labor de su larga vida, bien puede haber descendido a la tumba regocijado y satisfecho. Aún no la había concluído, es verdad: la muerte traidora le sorprendió con la pluma aún en la mano; pero lo mucho que ya había trabajado ¡cuán meritorio todo y cuán digno! Aquella pluma nunca había tenido otra musa inspiradora que el santo amor de la verdad.

Este hombre sí que tenía elevado concepto del periodismo; él sí que lo consideraba como un sacerdocio, y como un sacerdocio lo ejercía, al revés de esos menguados escribidores que no hacen más que cacarear los excelsos destinos a que está llamada la prensa, cuando en realidad no tienden más que a empequeñecerla y bastardearla, convirtiéndola en un vil mercado, donde, para destinar-

los a los usos que le agraden, se ofrecen al mejor postor los nobles partos de la inteligencia.

Sí, el periodismo es un sacerdocio, y las mesas de las redacciones son altares; pero, por lo general, en esos altares no ofician más que sacerdotes degradados, que no dejan pasar un solo día sin consumar algún espantoso sacrilegio. ¡Ah, si todos los que escriben a diario para el público ejerciesen su misión honrosa con la escrupulosidad de este Veuillot! Entonces no habría por qué elevar a clase de profecía aquellos desconsoladores barruntos de Sainte-Foi: "Un poco de tiempo más, y la palabra humana ya no tendrá sentido, y la noble profesión de escritor será confundida con el infame oficio de titiritero o de saltimbamqui..." Pero dejémonos de melancólicas digresiones y de fúnebres augurios.

Decíamos que Eugenio Veuillot bien ha podido cerrar satisfecho los ojos a esta vida. Desde su conversión, cuando aún casi era un niño, prometió consagrar al servicio de Dios, que es la verdad, todas sus energías y todos sus alientos, y a las mil maravillas supo cumplir su promesa. Yo simbolizaría su trabajo intelectual, por libros y periódicos, en una estela de luz matutina, de esa luz que nunca tiende a ofuscar, sino a esclarecer, y que, si no relampaguea jamás con rayos deslumbradores, tampoco se empaña nunca con la más ligera nube.

Su escribir no es el lujo casi suntuoso de su hermano, entre cuyas filigranas retóricas se deslizaba casi siempre la acometividad agresiva; es

la natural elocuencia decentemente aliñada, llevando siempre por norte llegar, sin herir, al fondo de los espíritus, y allí deshacerse en convicciones redentoras. Las alas de su inteligencia no tuvieron el vuelo de águila de las del genio de Luis; pero siempre las batió en pos de él, siguiéndole desde muy cerca y no perdiéndole nunca de vista, aun cuando se cerniese en las más elevadas alturas.

Las obras literarias de uno y otro no se pueden confundir como se confunden las de los hermanos Goncourt. Sin embargo, han vivido en una comunión mucho más íntima, de ideas y de sentimientos, y si su mancomunada labor no es quizá tan quintesenciada y exquisita, de seguro que habrá de ser más perdurable, y por supuesto es incomparablemente más social, más valiosa y más fecunda. Exclamen otros, derritiéndose en admiraciones fervientes: ¡oh, los Goncourt! Yo, sin denostarlos como León Bloy, llamándolos "dos cambalacheros unidos por una membrana", antes bien, reconociendo toda su valía, exclamaré siempre maravillado: ¡oh, los Veuillot! Ambos a dos pertenecían a la raza de los entendimientos próceres. Si hubiera de ser un hecho la explosión de genio que, según ciertos soñadores, ha de suscitar muy pronto en la tierra un vigoroso florecimiento de la raza de Adán yo no dudaría en colocar a estos dos hermanos entre los más excelentes precursores de esos imposibles venturosos tiempos, que serían como un retorno a la naturaleza incólume del pensil paradisíaco. Latía algo superhumano en ellos.

## REVISTA LITERARIA

Angel Guerra: **Cariños.**—Dos poetas jóvenes: Laudemaro y Reyes Huertas.—Un poeta bable.

Leo con gusto, y muchas veces con provecho, las pequeñas elegantes críticas en que la amable pluma de Angel Guerra suele acusar recibo de los libros que los autores le envían. Y aunque no siempre me halle conforme con sus apreciaciones estéticas, nunca dejo de reconocer en el autor de ellas competencia suficiente para tratar toda clase de asuntos literarios. Le conceptuó un buen crítico y un gran escritor, capaz de llegar a ser "primero entre los primeros" como alguien le ha llamado ya, movido indudablemente por impulsivos entusiasmos.

Es suave y benévolo con obras y autores, cualidad indispensable que debe adornar a todo individuo que, sintiéndose con las fuerzas necesarias para tamaña empresa, se arriesgue a servir de mentor a ingenios que con titubeante paso se deciden a seguir la atractiva, pero difícil carrera de la literatura. Repugna la crítica despiadada, antaño tan en boga, que no se proponía otro objeto que cerrar a cal y canto las puertas de la nombradía a quienquiera que con alientos de escritor público se sintiese. De herir, cuando hay que

herir, podrá causar su escalpelo rozaduras leves; nunca profundas heridas que chorreen sangre. Le gusta señalar los derroteros que a su juicio se deben seguir; pero sin cruzar a nadie el rostro con el denigrante látigo del ridículo. Los libros que merecen ser ridiculizados, no son acreedores a la publicidad. El silencio absoluto acerca de ellos es el mejor correctivo de los entontecidos autores.

Angel Guerra sólo habla de libros que, a su ver, encierran alguna valía estética, o por lo menos reflejan de algún modo vigorosidad de espíritu, riqueza de fantasía, sutileza de ingenio, alguna de las prendas intelectuales irradiadas de lo alto en la inteligencia humana para que sean a modo de sello divino que proclame nuestra elevada alcurnia y nuestro prócer origen. Cuando esto sucede, enristra la péñola, y aunque no escriba más que una cuartilla, es lo suficiente para darnos a conocer todo el alcance de la obra.

Al través de la retórica que lo envuelve —porque no le satisfacen esas critiquillas *à fleur de peau* que tanto privan en nuestros tiempos—, penetra en el espíritu del fondo, psicologiza un momento, haciendo exquisitas observaciones, a veces sobre cosas que para la generalidad de los lectores suelen pasar de todo en todo desadvertidas, y ya está hecha la crítica en unos cuantos párrafos dulces, musicales, sonoros, que dejan en el alma una impresión suave y halagadora como la de una melodía italiana.

Hay quien no gusta de su estilo, por parecerle que lo salpica, de intento, de neologismos incon-

gruentes y de palabras arcaicas. Quizá sea así. Pero esas mismas osadías léxicas que alguien censura, a otros agradan. Nuestro crítico posee un gran espíritu de selección, y cuando emplea alguna palabra nueva o exhuma alguna antigua, encajan tan bien allí donde él las coloca, que parecen como llovidas del cielo.

No hacen confuso el pensamiento; se deslizan sobre él como las aguas transparentes sobre la madre de un río.

Es escritor modernista, pero no de los que hacen alarde de pisotear las provechosas enseñanzas legadas por los clásicos, ni siquiera de los que se contentan con bordar párrafos multifloros que les aquisten un puesto distinguido entre los discípulos de Gautier. Se afana por escribir a la perfección; pero no escribe por escribir: siempre intenta decir algo. Y cuando no lo dice, lo sugiere.

—¿Qué adónde voy con esta honrosa presentación al público de un artista de la pluma a quien no conozco más que por fotografía y por las breves y substanciosas críticas en que alientan aún cálidas las impresiones que las lecturas causaron en su ánimo? Pues sencillamente a decir que conocía al crítico; pero no al novelista, que así ya le puedo llamar, aun cuando en este género de literatura no conozca yo más producciones suyas que la presente novela, *Cariños*, con que la Biblioteca Patria viene a rememorarnos las risueñas esperanzas de regeneración literaria que concebimos allá, cuando la aparición de *La Golondrina*.

No es que se trate de una novela del brioso em-

puje de las de Blasco Ibáñez, que tanto talento malgasta y derrocha en darnos traducido lo que ya conocemos sobradamente en el original, que diría —y aquí con muy justa razón— el Conde de Toreno. La novelita de Angel Guerra no es de grandes alientos, no resuelve, ni resolver intenta, ningún problema intrincado de la vida. Se desarrolla toda ella en un ambiente humilde, de aldea, donde, por lo común, jamás se ofrecen magnas cuestiones que dilucidar. Tiene, sí, su argumento y envuelve el argumento su correspondiente cuestión, que fácilmente se conjetura por los octosílabos de Alberto Lista, si no recuerdo mal, que lleva por lema:

Dichoso quien nunca ha visto
más río que el de su patria.

Combátese en ella la emigración a las Américas, que tantos hijos roba anualmente a las madres españolas, dejando desiertos y desamparados hogares y terruños. Antonio es un joven lugareño, que mientras correteó, libre y suelto como un gamo, por las llanuras y vericuetos de su pintoresca aldea, no conoció más penas que la de ver un día chorreando sangre por la sien a Meli, su inseparable Virginia de la infancia, por haberse descolgado con demasiada rapidez de una higuera adonde ambos se habían subido a regalarse con las remaduras brevas que destilaban mieles. Pues bien, a este joven mimado por la vida, le da sin ton ni son la ventolera de embarcarse para el

Nuevo Mundo, en busca de fortuna. Ni el amor de la familia, ni el de Meli, que ya había estallado en su corazón con toda esa fuerza del amor primerizo, contenerle pudieron. Ya se casaría al regreso, cuando de sus bolsillos repletos rebosase el oro...

Y se fué alegre, mientras lloraban los suyos. Y las grandezas humanas le deslumbraron, y los placeres le corrompieron, y todos sus santos amores echó en olvido. Cayó enfermo de tisis, y por prescripción facultativa tuvo que volver. Meli aún le esperaba, pero él ni se acordaba ya de Meli. En cuanto sanara, vendería los pequeños tirajos de tierra que en herencia le cupiesen y perdería de vista para siempre a aquella gente zafia cuyos blandos cariños le causaban hasta asco. ¡Lo herida que se sintió su hermana, que le había recibido en la casa paterna y le abrumaba a caricias y ternuras, al escucharle de sus propios labios semejante proposición! Sin embargo, estaba enfermo, muy enfermo, y no había que contradecirle: no se fuera a poner peor.

Lentamente los cariños de su hermana, de sus sobrinitos, de la gente toda del lugar, que por él se interesaba como un reino por su príncipe, fueron operando un cambio maravilloso en el corazón de aquel hombre, enfermo, mucho más que del cuerpo, del espíritu. El amor a Meli resurgía. Hay amores que tienen su invierno y desaparecen, y luego retornan como las flores en primavera.

Meli permanecía constante en el suyo. Así se lo había manifestado una tarde en que él regresa-

ba de un pequeño alto adonde solía subir con lentitud en pos de alivio a su respiración fatigosa. Cierto que a los amantes enojos de la niña había él sabido contestar con muy sinceros desagravios.

Desde aquella hora deliciosa tornó el pobre a soñar; mas ya no en apartarse para siempre de los suyos y buscar cariños fingidos en América. Sus cariños estaban allí, en Meli, en su hermana Pino, en aquella gente sencilla que tanto por él se desvelaba. ¡Qué feliz iba a ser en cuanto la enfermedad le permitiese unir su corazón con el de Meli!.. Sueños de tísico, cuanto más cercanos de la muerte, más sonrientes y brilladores.

La entrevista con su amada en la celosía aquella, tupida de madreselvas, había sido el preludio de la agonía. Tras los esputos de sangre vino la fiebre, esa fiebre tenaz que consume. Y entre los rezos y sollozos de su hermana, el infeliz expiró soñando con Meli y creyendo respirar a pulmón henchido perfumes de madreselva.

Historia triste, pero historia. ¿Quién no recuerda alguna parecida? Yo la pondría en manos de toda esa juventud que, en busca del vellocino de oro, se lanza a los mares ufana. No condeno sistemáticamente la emigración, ni creo que Angel Guerra la condene: regiones hay de España que deben favores sin cuento a los emigrados. Pero como preservativo contra la desnaturalización y la pérdida de ley a los suyos, *Cariños* no tiene precio. Si se leyera en las aldeas y en las cortijadas, creo que había de producir mucho más efecto contra esa fiebre de expatriación que de modo tan alar-

mante está despoblando a España, que el mismo precioso libro de Federico Rahola, *Sangre Nueva*, que con tanta energía nos pinta los terribles calvarios por donde allá, en la Argentina y el Brasil, tienen que trepar con la cruz a cuestas los pobres emigrantes españoles. Es de amenísima lectura. Algunos capítulos podrían pasar muy bien por poemitas en prosa. Palpita en ellos un lirísmo encantador y están escritos con un cincelamiento de frase muy propio del estilo poético. Entre otros, el titulado *Amigos de la casa* ¡qué poesía campestre más rica de encanto y de inspiración!

Hace algún tiempo que vengo notando esta evolución hacia el estilo poético en el modo de escribir novelas. Así es *Dolorosa* de Acebal y así también *La Aldea Perdida*, de Palacio Valdés. Creo que el arte irá ganando en la evolución.

¿De los personajes? Todos ellos muy exactos, verdaderos tipos de lugar: ingenuos, leales, cariñosos. Los conocí en mi infancia y en mi juventud. Ahora ya apenas existen; quedan muy pocos, y con esos pocos ¡qué gusto me da conversar! Y ¡cuánto lamento con ellos la desaparición de la aldea!

Prosiga el distinguido escritor escribiendo novelas tan puras y tan sanas como *Cariños* que puede aconsejarse a niños y a mujeres, a viejos y a mozos, y no dude alcanzar entre los novelistas contemporáneos un puesto de honor como el que ya se ha conquistado entre los críticos.

* * *

## Dos poetas jóvenes.

Tiempo hace que conozco a Laudemaro por la serie de poesías que su fecunda vena ha hecho desfilar por las columnas de *El Carbayón*. Aunque nadie me había dicho quién era la persona que se escondía bajo aquel seudónimo, yo inmediatamente la supuse joven, simpática, talentuda y, si no muy leída, muy aficionada a leer. En un joven no se podía pedir más: juventud, talento, aplicación, miel sobre hojuelas.

Un amigo mío que tuvo la buena suerte de descubrir y de presentar al público a nuestro poeta, contestaba un día a preguntas mías, confirmándome en mis honrosas suposiciones. Las hermosas cualidades que yo había vislumbrado al través de aquellas poesías frescas, rítmicas e inspiradas, eran adornos positivos de aquel ruiseñor que desde provinciana umbría, nos arrullaba casi a diario los oídos con agradables músicas amorosas. No llegué a conocerle personalmente, no llegué a tratarle; pero sé que los que le conocen y tratan, le tienen por un ser superior.

—¿Ve usted ese joven —me decían hace poco paseando por el andén de una de las estaciones de Oviedo— que no ofrece ninguna particularidad, con ese traje negro de ex-seminarista reciente, y esa boina puesta al azar en la cabeza, como quien no tiene que lucir en el tocado ningún aliño? Ese es Laudemaro.

Y mi interlocutor me decía todo esto casi al

oído, con esa voz respetuosa y callada con que se suele murmurar cuando nos hallamos en presencia de una celebridad insigne.

La opinión pública ovetense se había fijado con ojos benévolos en aquel joven, y yo me alegré sinceramente de que tan respetuosa murmurase de él la opinión pública.

—Acaba de publicar un libro —proseguía mi interlocutor— no de poesía, sino de prosa. ¿Lo ha leído usted? Se intitula *Las Memorias de un Enfermo*.

Yo no había leído el libro; pero conocía ya la prosa de Laudemaro. Cuando posteriormente lo leí, lo primero que noté fué que el susodicho título no le convenía más que en parte. *Las Memorias de un Enfermo* es una de las narraciones novelescas que forman el pequeño y elegante volumen; y ni siquiera es la mejor, pese a las preferencias injustas con que el autor la ha distinguido. *Orto*, que es la que la sigue, y aun *El Suicidio del Doctor Richer,* se me antojan mucho mejores. Ni en éstas ni en las demás que componen el volumen, se trata de resolver cuadraturas del círculo. Sus asuntos son sumamente sencillos, sin dejar por eso de ser interesantes: narraciones bonitas, sin más pretensiones que la de querer distraernos un rato, dejando en nuestro espíritu una impresión más o menos profunda, más o menos somera.

Quizás en la del absorbente título haya intentado el autor *hacer*, como ahora dice, su poquito de psicología; quizá haya querido hacer un estudio del amor avanzando hacia la pasión cie-

ga y abrasadora, en un alma enamorada y enferma. Pero la verdad es que esa supuesta psicología se resuelve y condensa toda en un delirio febril continuado, que llega a ser hasta monótomo, sin duda precisamente por la falta misma de psicología, es decir, por la falta de incoherencias verdaderas, que son el alma de los delirios. Un hilo de luz tenue, pero perfectamente visible, une y relaciona entre sí todas aquellas efusiones lírico-eróticas. Así que, más bien que delirio, es una obsesión desesperada, que hace de una vida enfermiza y enteca un incesante y dilatado pensamiento amoroso. Mas no quiero hablar del fondo de estos cuentos que acabo de saborear: me basta con decir de ellos que se dejan leer con interés y con agrado, y que el títulado *Orto* añade a estas preciadas dotes la de conmover y ablandar por el sentido realismo que rebosan sus dos personajes principales.

De lo que quiero yo hablar hoy es de la prosa excesivamente poética de Laudemaro, para que procure, cuando escriba prosa de aquí en adelante, no cometer tantos excesos de poesía.

¿Si condeno la evolución hacia el estilo poético, iniciada y llevada a cabo en Francia por Flaubert y cultivada con tanto fruto entre nosotros por la Pardo Bazán, Acebal, Angel Guerra etc.? Muy lejos de mí intención semejante. Más bien que condenarla, la bendigo. Para ser leídos —ha dicho creo que González Serrano en su discurso de recepción de la Academia Española— hay que ser amenos, y la amenidad en las obras literarias, mu-

cho más que al fondo de ellas, se debe a la forma hermosa con que se ostentan revestidas. ¿Quién no conoce libros óptimos y a la vez de lectura insoportable? Pues bien, la forma hermosa del estilo proviene, no sólo de la sonoridad de las palabras, sino también, y principalmente, de la acertada disposición de las mismas, de modo que, sucediéndose unas a otras dentro de los períodos y de las cláusulas en grata correspondencia, formen, no rimas cadenciosas y uniformes, como las de los versos; pero sí una especie de música harmoniosa, que es lo que llaman ritmo los preceptistas.

¿Que así es inevitable que haya párrafos de los cuales puedan entresacarse algunos versos y aun estrofas completas? No importa, con tal que los versos no sean todos iguales y su tenaz y persistente cadencia nos fuerce a advertir que, en vez de un capítulo en prosa, estamos leyendo un monótomo romance o una indigesta oda sin rima.

Al estudiar Retórica y Poética hemos visto cómo los preceptistas, analizando a veces la rica y nutrida prosa de nuestros grandes clásicos, entresacaban de ella versos y aun completas estancias, haciéndonos gustar la suave y delicada harmonía que en incisos y cláusulas se encerraba. Con párrafos varios de Víctor Hugo, de Flaubert, de Zola, hizo Guyau estancias y aun composiciones enteras primorosas. La prosa con que se pueden tejer esas guirnaldas poéticas, cuando no se trasparenta en ellas el rebusco, la marcada intención de poetizar, es, sin duda, una prosa musical y excelente, que, al ser leída, aun en absoluto silencio, desgra-

na en los senos del alma manojos de notas halagadoras. Pero, ya lo he dicho, además de no traslucirse el rebusco, los versos entresacables no deben ser todos de una misma extensión silábica, sino, antes al contrario, deben de ser de metros múltiples, para que el fatigoso sonsonete de la uniformidad no nos obligue a darnos cuenta de que estamos leyendo pura poesía.

Ahora bien, ¿se cumplen estas dos condiciones en la suelta y movida prosa de Laudemaro? Antes de hacer reparo ninguno, debo confesar que es una prosa que, en general, me gusta y que no encuentro en ella vestigio ninguno de que su autor, al escribirla, haya andado a caza de cadencias y de ritmos. Sin embargo, esos ritmos y cadencias existen; y esto, que sería un gran bien y un gran adorno, como lo es en nuestros escritores del siglo de oro, deja de serlo frecuentemente en el estilo de Laudemaro, por la falta de riqueza y variedad en esos mismos ritmos y cadencias. La mayoría de los párrafos son reducibles a versos; pero a versos, casi siempre, de una misma medida, monótonos, pesados, uniformes. Por desastroso oído que tenga, sensiblemente, forzosamente, se da cuenta uno de que está leyendo versos. Diríase que la pluma del joven escritor padece de monomanía: la monomanía del octosílabo. Abramos al azar las *Memorias de un Enfermo*, y nos persuadiremos de que es un hecho semejante enfermedad. Es la página 41. Leo:

Mis dolores son inmensos:
mis amarguras muy hondas:
rugen en mi corazón,
y se agitan y se mezclan,
destrozándolo con saña;
y cae entre esos dolores
la ilusión de que me amas,
y se aquietan y se acallan...

No añado ni quito una coma, y, según se ve, ni las respectivas asonancias se echan de menos. Cualquiera se convence de que no está leyendo un romance al leer semejante prosa. Suele tropezarse en ella con algunos versos de once sílabas; pero el de ocho torna a aparecer inmediatamente y fluye como un raudal, invadiéndola toda.

Me fijo en estos pormenores, que alguien tendrá por insignificancias, porque creo firmemente que Laudemaro vale mucho y puede llegar a ser gloria indiscutible de nuestras letras. Dios le ha enriquecido con excelentes dotes: gran talento, rica fantasía, sensible corazón. Si las sabe explotar debidamente; si hace un estudio profundo de nuestro idioma y llega a formarse su léxico especial que, sin desdeñar lo que haya de bueno en el tecnicismo modernista, esté todo él impregnado del perfume clásico, yo espero que este joven inspirado llegue a ser un día ornamento de nuestra literatura. Hoy por hoy lo que se necesita es que se le estimule y aliente; y yo no quisiera que sirviesen para otro objeto cuantas observaciones le acabo de hacer. Digo mal: necesita además otra

cosa, y es precaverse un tanto contra el periodismo, a cuyo servicio vive consagrado. El periodismo hasta el presente ha sido muy criminal: el gran asesino de ingenios.

* * *

P. S. Años después tuve el gusto de conocer a Laudemaro, y hoy me honro altamente con su amistad. Mis augurios acerca de lo que había de ser este joven de tan peregrinos talentos, se han realizado ya casi totalmente. Ya es "ornamento de muestra literatura", fecundo y exquisito escritor, admirable poeta, que sabe cincelar los versos, como maestro consumado, si bien no los estima como merecen, pues ya debían andar recogidos en lindos tomos; y está en vías de entrar, triunfante de lleno, en el teatro para el cual compuso ya hermosas piezas que le honran y le enaltecen como dramaturgo, y acaba de dar remate a una en maravillosos versos, que se titula *La Presa de las Aguilas*, y con la cual no pueden compararse en grandeza poética ni en inspiración patriótica ninguna de las obras dramáticas de nuestros contemporáneos. ¡Y que para conseguir que alguna compañía se la represente haya de tener que andar un positivo calvario! ¡A qué altura de inteligencia descuella nuestra gente de teatro!... ¡Paso a Constantino Cabal!

* * *

Y vamos al otro joven, casi un niño, que también necesita estímulos y alientos, y que también

incurre en pecadillos veniales literarios, hijos de la irreflexión y de la inexperiencia. Cosa naturalísima en un chico de diecisiete años que, sin más luces que las de su talento, ni más norte que su inspiración, se lanza, como alondra mañanera, a las altas regiones de la poesía, para desde allí enviar a la tierra sus cantos melodiosos, llenos de vida y juventud.

Este muchacho acaba de dar a luz un tomito de poesías, cuyo modesto título, *Ratos de Ocio*, (1) predispone ya a la crítica en su favor, incitándola a ser benévola. La humilde actitud en la manera de presentársenos, no puede menos de inspirar cariñosa simpatía hacia el autor; sobre todo a los que vemos que los contados libros de versos que ahora se editan, aparecen bautizados con rimbombantes títulos que sean como conjuros de la atención pública, cual si en sus páginas hubiésemos de rastrear las refulgentes huellas de númenes geniales, cuando lo que se rastrea en realidad suele ser sólo una osadía injustificada en subvertir y pisotear las más elementales leyes estéticas, so color de crear arte nuevo que haya de regenerar a la estirpe de Adán, bañándola en raudales de poesía. *Ratos de Ocio* es un título nada fastuoso ni llamativo, y es un libro de versos sencillos, musicales y jugosos, en los cuales palpita un estro juvenil que esperanza y alegra, haciendo pensar al lector en venideras glorias literarias.

---

(1) Antonio Reyes Huertas: *Ratos de Ocio.* Badajoz, tipografía Uceda Hermanos, 1905.

Cierto: se nota a la legua que el poeta es un principiante que se deja influir a merced de las últimas lecturas, y que éstas han sido todavía muy escasas para haberse llegado a orientar en rumbos fijos con criterio independiente y con el espíritu de selección retórica necesario para formarse un estilo poético personal y característico. En poesías como *La Siembra*, *La Rogativa*, *Luz Nocturna*, la influencia de Galán, el grande y malogrado ruiseñor de las mesetas de Castilla, es excesivamente visible para que no nos parezcan imitaciones y remedos, que siempre tienen que palidecer por mucho que se acerquen al ejemplar. *Mi Huerta* y *El Señoritu* valdrían un mundo, si *Las Sementeras* y *El Cristu Benditu* no nos hubiesen ya regalado a todos inefablemente con las peregrinas bellezas de fondo y forma que las esmaltan y hermosean.

Pero así y todo no se puede dejar de reconocer que en estas y en otras composiciones, como *Recuerdos* y *Mi mejor Poema*, la musa de Reyes Huertas, que así se apellida el joven autor, entona y gorjea con voz sostenida y sonora, brindándonos suaves y deliciosas harmonías, que a veces llegan hasta herirnos en las fibras más delicadas de nuestro ser, haciéndonos sentir hondamente, aunque no sea con la intensidad y la fuerza de las esculturales estancias de *El Ama*.

Porque Reyes Huertas es un muchacho que vale, como palpablemente lo demuestra con este libro —primicias de su ingenio— donde se nos manifiesta como poeta fácil, flúido, substancioso, que puede enriquecer y refrescar nuestra literatura, se-

dienta de verdadera poesía, voy a permitirme hacerle varias súplicas, que le ruego por su bien no eche en olvido.

Sea la primera que en cuestión de poesía ame, sobre todas las cosas, el ser sincero. Detesto con toda mi alma la insinceridad de los vates bucólicos y pesimistas. La verdad es la belleza, y donde aquélla se eche de menos, forzosamente habrá ésta de faltar. ¿Quién va a creer a Reyes la falsedad que se le escurre en estos versos que él hace suyos en su poesía *El Anciano?*

Mas hoy que no aspiro a nada
y ya me cansa la vida
y está mi frente arrugada, etc.

¿Cómo le va a cansar a usted la vida, si ahora comienza a vivir? ¡Ni el cisne negro de Recanati! No, Sr. Reyes, no: el vivir no le cansa a usted, porque, desde el mágico azul que forma el horizonte de su espíritu juvenil, le sonríen a usted esperanzas halagüeñas que, aunque desde lejos, le embelesan y fascinan con su gesto acariciador. ¡Descubre la imaginación tan atrayentes lejanías, cuando se es joven y poeta!

La segunda es que se penetre bien del genio de nuestro idioma, para no cometer jamás incorrecciones gramaticales, y que tenga mucho cuidado con las asonancias, que afean algunos de sus versos, a veces dentro de una misma redondilla. Hoy, el lenguaje poético requiere en el vate a la vez un orfebre y un podador. No es que se haya de aparecer

acicalado y pulido a expensas de la naturalidad; sino que la naturalidad resalte y brille a fuerza de pulimento. Naturalidad muy difícil, pero que es la que se necesita para ser hoy gran poeta, y aun gran literato. Estamos ya muy lejos de aquellos tiempos, inocentemente románticos, en que se creía que el análisis, la meditación y el estudio, estaban reñidos con la poesía.

Y por fin, que procure substraerse a toda clase de yugos, así estén ellos claveteados de diamantes. Para beber el agua embriagante de la inspiración, todo poeta debe tener su vaso, siquiera sea pequeño, como el de Musset: *mon vèrre est il petit, mais je bois dans mon vèrre.*

Y dispénseme el joven vate mis reparos y mis súplicas, en atención a que me los inspira el concepto elevado que de sus evidentes dotes poéticas me han hecho formar sus *Ratos de Ocio,* un ramillete de flores casi silvestres e incultas, pero que desprenden de su cáliz perfumes inequívocos de sana poesía.

* * *

En veladas y reuniones Avilesinas a que tuve el honor de asistir, había oído declamar magistralmente por labios femeninos la poesía *Llarimines*, una de las más tiernas y sentidas que han brotado de la lira de Marcos de Torniello. No conocía más composiciones de este vate; pero esa sóla bastó para que no me pareciesen injustas las ponderaciones que de él se hacían a mi alrededor. Está inspirada *Llarimines* en uno de esos terribles frangentes que suelen ocurrir con las barcas pescadoras en el inquieto Cantábrico, y que llenan de luto y desolación a unos cuantos humildes hogares. De las lindas musicales estrofas rebosa un sentimiento de penetrante ternura que embarga y conmueve. Y declamadas con el arte mágico con que las declamaba aquella niña, llegaban hasta herir las fibras más hondas del corazón, y a los ojos —¿por qué no decirlo?— acudían furtivas las lágrimas.

Desde aquella fecha no dudé en considerar como legítimo descendiente de Acebal y de Cuesta al ruiseñor obscuro que desde la *carbayera* de su modestia y humildad sabía lanzar al aire cantos tan dulces y conmovedores, y en verdad que no me equivocaba: el precioso libro *Tambor y Gaita*, (1) que para honra del vate acaba de publicar la Excma. Diputación provincial de Oviedo, que yo quisiera fuese más celosa en favorecer el desenvolvimiento de las letras de Asturias,

(1) José Benigno García (Marcos del Torniello): *Tambor y Gaita,* poesías en dialecto asturiano.—Oviedo, Escuela tipográfica del Hospicio provincial.

es una consagración completa del honroso juicio, quizá prematuro, que yo entonces me había formado.

Para mi gusto no hay en todo el libro poesía ninguna que supere a *Llarimines*: a la vez que la de más acabada factura, es ésta la más tierna, la más emocionante, la más delicada; y en sus versos flúidos y sonoros es donde por modo más visible se nota la huella de lumbre de la inspiración. Las hay sí, de más empuje y de más vuelo, que demuestran muy claro que Marco del Torniello tiene conocimiento profundo del bable, y estro suficiente para sostenerse, sin temor a estrellarse, en las alturas de la oda y del arrebato lírico; pero no son de tan limpia y apropiada elocución como *Llarimines*. A veces una palabra harto impoética, o un símil de conversación ultrafamiliar hielan de súbito todo el entusiasmo del lector.

Ya sé yo que en la poesía bable encajan perfectamente muchas expresiones que traducidas literalmente al castellano serían una atrocidad. Pero esas expresiones, que vienen de perlas en la poesía festiva y picaresca, a la cual se adapta tan admirablemente el bable, no deben irrumpir nunca por la poesía seria y delicada. En el *Argadiello de la Vida*, que es una creación robusta, donde se lamenta la invasión de usos y costumbres modernistas y la desaparición gradual de la manera de ser, típica y genuina, de los moradores de aquellas montañas, hay dos o tres expresiones de ese género que hacen palidecer los múltiples y hermosos encantos de que está salpicado todo el poema. Lo

propio sucede con *El Delidiu de un Payotu*, poesía rítmica aérea, vaporosa, que sería preciosísima perla con sólo quitarle la penúltima estancia. Así todas se parecerían a la primera, que es también la última y que semeja un haz de notas dulcísimas arrancadas al piano.

Desque vi, Maruxina graciosa,
tu cara fermosa, que ye un clavelín,
na tu vera, ramina de palma,
reblíncame el alma como un paxarín.

Y no se diga que las aludidas expresiones, que en castellano no pasan de ningún modo, por ser moneda de muy baja ley, tengan en bable una gracia singular. Repito que esas gracias hay que dejarlas para cuando lo requiera el asunto. No legitima ese defecto el que haya incurrido en él también el príncipe de los poetas bables —permítaseme adjetivar así— Teodoro Cuesta, aquel primoroso vate

...qu'en nuestra fala
verteu les pelriquines a goxades
nel castañeu, nel monte, na quintana.

Las manchas son manchas hasta en el sol.

Algo debe de contribuir a que se cometan esos pecadillos literarios la escasa abundancia léxica del dialecto astur; pero de todo modos, Marcos del Torniello, cuando los quiere evitar, de hecho los evita. Ahí está *Tengo sede*, y sobre todo *La Muyer Avilesina*, composición magnífica, en la cual hay octavas reales tan primorosas y perfectas que,

estoy seguro, no dudaría en suscribirlas el mismísimo Cantor de Granada. Soy de los que creen que el bable, aunque pobre de giros y de palabras, pues como dijo exactamente un crítico, permanece en un estacionamiento casi absoluto, cuenta, sin embargo, con vocabulario suficiente para que sue conocedores, sintiéndose poetas, como Marcos del Torniello ha tenido que sentirse, hubiesen producido una poesía regional que, aunque no pudiese compararse con la gallega, ni mucho menos con la catalana, hubiese encerrado, no obstante, un verdadero tesoro de literatura.

La excesiva modestia de nuestros vates les ha hecho contentarse con reflejar en sus encantos el vivir campesino y las sencillas y cristianas costumbres de la aldea: para lo cual no han tenido por conveniente ennoblecer el idioma de sus moradores, complaciéndose en hablárnoslo con la misma llaneza con que ellos los hablan y haciendo alarde del mismo espíritu, un tanto malicioso y burlón. Así que no han reflejado más que latidos aislados del alma asturiana, que no está formada solamente por la ingenuidad y agudeza campesinas; sino que entran en ella como elementos constitutivos el sentimiento de satisfacción legítima de haber engendrado en su seno la nacionalidad española, la robustez de su fe, tan inconmovible como las rocas de sus montañas, la vaga idealidad en que se mece su espíritu inquieto, soñador de grandezas y amante de aventuras, y hasta el tinte monócromo de sus paisajes, que reviste de melancólica belleza sus hondonadas y sus colinas.

¿Vendrá, antes que desaparezca el ternísimo bable, hoy confinado ya a repuestos caseríos y a escondidos poblachos, el bardo dichoso que, rompiendo los moldes usados hasta ahora, acometa la empresa de encarnar toda íntegra el alma astur en un libro de poesía profunda que haga vibrar de entusiasmo y de júbilo a los corazones asturianos? La humildad ingénita de los poetas bables, que parece irse transmitiendo de unos a otros, como ejecutoria característica de nobleza, fuerza irresistiblemente a dudar; y el rápido desaparecer del dialecto ante la invasión creciente del castellano, su hijo, que va haciéndose señor feudal de toda aquella comarca a medida que el comercio y la industria florecen en ella, convierten la duda en abrumadora persuasión. Acebal y Cuesta apenas han dejado herederos en su numen lozano y juvenil y de su adoración casi idolátrica por la precisa *fala* de nuestros mayores. Cavedas y Jovellanos que aspiren a hacerla revivir, inoculándole nueva sangre, ya no se encuentran ni por asomos. ¡A quién le viene hoy a las mientes el pensamiento de fundar una academia que limpie y fije el bable, como soñó un día el gran Jovino!

Y, sin embargo, contamos con un poeta que lo es de verdad, que parece entroncado consanguíneamente con los eximios autores de *La Danza* y *La Fonte de Fascura*, que podrían aún regalarnos el oído y el corazón con ráfagas de poesía en que latiese con vigoroso latir nuestra alma soñadora. Ese poeta es Marcos de Torniello. Tiene para ello un inconveniente que le perjudica muchísimo, y

que es a la vez lo que presta a sus versos singular encanto: el recato humilde de su musa, asaz amante del retiro y de la soledad; pero tiene ingenio e inspiración, y tañe una lira admirablemente acordada, de la cual se escapan, a la pulsación más leve, ritmos alados y harmoniosos. "pelriquines a goxades", como él dijo de Cuesta.

Dilatemos, pues, nuestras esperanzas; y hágalas Marcos del Torniello cristalizar en realidad hermosa.

---

# GABRIEL Y GALÁN

## I

"Les enthousiastes sont des elus qui s'asseoient à la droite du genie", los entusiastas son elegidos que se sientan a la diestra de los genios: yo no sé si en el fondo encerrarán una verdad estas hermosas palabras de Cátulo Méndez en el disparatado elogio que hace de Víctor Hugo; pero si la encierran, bien podemos asegurar que España entera está sentada a la diestra del malogrado José María Gabriel y Galán. Explosión de tan férvido entusiasmo como la que, en loor del inspiradísimo cantor de *El Ama,* viene repercutiendo desde un extremo al otro de la Península en revistas y en periódicos, en ciudades y en aldeas, en templos y en hogares, yo no creo que se registre en la historia de ningún vate español, así lleve tan glorioso apellido como Campoamor o Zorrilla. Cierto que los rotativos de Madrid, condecoradores de noblezas literarias y dispensadores de patentes de inmortalidad, parecen haberse conjurado para no abrir sus columnas a esa corriente de opinión glorificadora, cuyo hondo y persistente murmullo lleva hasta los últimos rincones de la patria el nombre esclarecido de Galán; pero ¿qué significa esa conjura de sectario silencio ante la melodiosa trompetería, como de órgano desatado, con que la prensa amante de la buena literatura

festeja un día y otro al llorado ruiseñor que en pleno invierno de la lírica española apareció como por encanto en las mesetas castellanas, hinchiéndolas de arrobadores trinos y gorjeos? ¿Qué importa que los llamados "ecos de la opinión" se cierren a la banda, empeñándose en no dar fe del nuevo astro colgado por Dios en el cielo de nuestra poesía, cuando la opinión verdadera no cesa un instante de aclamar al vate insigne que hizo estremecerse de júbilo al alma española, arrullándola con las mismas inefables músicas con que la arrullara en tiempos mejores el arpa divina de Fr. Luis de León? Los éxitos de Gabriel y Galán no por eso dejan de ser menos celebrados y menos notorios: su muerte, demasiado temprana, no por eso deja de ser menos llorada y menos sentida, y su nombre, nimbado de gloria, no por eso deja de ser menos llevado en triunfo aquí y allá, aquende y allende los mares, doquiera se hable el español y alienten pechos hidalgos que sepan sentir y palpiten corazones generosos que sepan amar.

El triunfo de Galán es evidente, con todas las evidencias que puede tener un sol esplendoroso en la mitad del día. Y aun más que triunfo es una verdadera apoteosis, una verdadera glorificación. Diríase que el templo de las letras estaba irradiando con sus mejores antorchas y luciendo sus más vistosas colgaduras y más ricas galas para recibir dignamente en sus amplios recintos y en uno de sus más encumbrados altares al nuevo gran santo—pontífice y doctor, como quien dice—canoni-

zado por la crítica imparcial y sabia ante la aclamación insistente del pueblo y de las musas.

En estos tiempos de imperante prosaísmo, en que los nobles ideales del arte parecen haber desaparecido al empuje arrollador de las hipótesis de la ciencia, es un consuelo, es una alegría honda e inefable asistir a esta manifestación general de fervorosa simpatía y de delirante entusiasmo por un hombre que no ha hecho más que cruzar por entre nosotros, como un pájaro fugitivo que derramara, a un lado y otro, en su volar precipitado, raudales y oleadas de embriagadora poesía. No soy yo de los que creen o han creído, ni por soñación siquiera, en la muerte, en el aniquilamiento total y absoluto de ese arte divino cuya primordial y última finalidad consiste en remontar las almas a Dios por medio de una gradería mágica de ascensiones; que esto y no otra cosa vienen a ser los arrebatos amorosos causados por la contemplación de la belleza; pero también es verdad que estaba muy lejos de soñar con una tan súbita e inesperada glorificación de la poesía, en la cual hubiesen de tomar parte todos los ecos genuinos y sinceros de la opinión nacional, toda el alma castellana, toda el alma española.

Después de los mil y mil fatídicos augurios, sobre la desaparición de la lírica, hechos en nombre de la ciencia por unos cuantos seudo-sabios, y no solamente en España, sino también en Francia y en Inglaterra y en la misma Alemania; después del efectivo estado de penuria y de descrédito a que había venido la poesía en casi todas

la naciones cultas, excepto Italia, donde yo creo con Verdaguer, el gran Homero español, que el genio poético jamás habrá de extinguirse, ¿quién podía imaginarse ni remotamente que surgiría entre nosotros un poeta de cuerpo entero, aclamado y vitoreado por la crítica de todos los matices, que, desde las páginas de las revistas y las columnas de los periódicos, no cesa de entonarle un himno de triunfo, un encomiástico epinicio tan caluroso y entusiasta como los que a sus héroes invictos entonaban los griegos?

Pero el hondo consuelo y la inefable alegría de que hablaba, no proceden solamente de la impensada aparición del poeta, del venero riquísimo de poesía con que nos ha regalado, del fragante ramo de inmarchitas flores que nos ha tejido: se originan también de otro fenómeno inesperado, que, o mucho me equivoco, o es síntoma evidente de que nuestro pueblo sigue siendo español, esto es, adorador fervoroso de todo lo que aureola y embellece el espíritu, y, por tanto, de que no tiene nada de imposible una resurrección gloriosa de nuestro arte y de nuestra poesía, y aun de nuestras grandezas y de nuestras glorias. Me refiero a la actitud de ferviente admiración y rebosante ensusiasmo en que se ha colocado nuestro pueblo respecto de Galán.

Hay que ser sinceros—como dicen ahora muchos grafómanos parodiando a Carlyle, quizá sin haberle leído— hay que ser sinceros: esas admiraciones y esos entusiasmos por un poeta, en la alturas, digo mal, en la bajezas de prosaísmo a

que hemos llegado, no los esperaba nadie, y son un síntoma revelador de vida, de virilidad, de juventud, que, cuantos sentimos españolismo, debemos señalar con piedra blanca.

Lo propio que en los individuos acontece en los pueblos, no se da en ellos una manifestación exterior espontánea y sincera, que no corresponda a un estado de alma, a un impulso o a una tendencia del espíritu. Y esa efusión intensa con que se aplaude y ovaciona a Galán significa claramente que el pueblo español aun vibra como una arpa eólica cuando surge alguien que sabe introducírsele alma adentro, llegando hasta pulsar varonilmente sus más recónditas fibras.

No, no está muerta, ni moribunda, ni enferma siquiera el alma española, como cacarea a diario cierto pedantismo modernista, muy amigo de responsear sobre imaginarios cadáveres y de entonar elegías zumbonas a ideales desaparecidos, fundándose sólo en la decadencia o languidez innegable de nuestras letras.

Cierto de toda certidumbre que se registra un pequeño descenso en nuestra literatura, sobre todo en nuestra dramática y en nuestra lírica; cierto que se echa muy de menos a Ayalas y Tamayos, Zorrillas y Campoamores; pero, aun literariamente considerados, no estamos tan por los suelos que hayamos ineludiblemente de desaparecer a la vuelta de un exiguo número de años en que ya en España no se hablará el español, como ha osado escribir alguien, sino el catalán o el inglés, o el lenguaje de Zarathustra. Sobre todo, esos

fatídicos augurios, con ribetes de fallos curialescos, no se pueden apoyar de ninguna manera en lo que se ha dado en la flor de llamar apatía crónica del pueblo español para todo lo que suene a poesía y arte: el espíritu de nuestra raza está ávido, intensamente ávido de sentirse mecido por ráfagas de verdadera inspiración, que abran ancho curso a su inagotable raudal de sentimiento. Lo que hay es que, como el simbólico peñasco del desierto, espera la varilla mágica que lo toque, y esa varilla no la poseen, sin duda , los pequeños Schopenhauer que desde hace algún tiempo pululan por nuestra patria, cantando en elegías, dolientes a medias, nuestra decadencia y nuestra postración. Proporciónesele sana y vigorosa literatura, suminístresele honda y sentida poesía, aliméntesele con médula de ideal, tóquesele, en una palabra, con la varilla mágica con que le tocó el bardo que acaba de morir, y nuestro gran espíritu vibrará de entusiasmo, conmoviéndose inefablemente en todo su ser y viendo irradiar en sus brumosas lejanías sublimes vividoras esperanzas.

No, no está muerta, repito, ni moribunda, ni aun casi enferma el alma española; no estamos irremisiblemente caídos en un letargo profundo y centenario, del cual ya no nos hemos de levantar; no estamos inevitablemente sumergidos en un nirvana eterno, arrullados y entontecidos con nuestra gran literatura mística del siglo de oro, que, después de todo, es una literatura riquísima, con la cual no puede competir la de nación ninguna de la tierra. En vez de lamentaciones jeremíacas que

a nada conducen, como no sea a descicatrizar heridas y ahondar y embravecer pesares, vengan cantos robustos, henchidos de frescura y virilidad, vengan obras literarias en cuyas páginas fecundas rueden oleadas de plétora, y nuestro gran pueblo a buen seguro que no se mantendrá indolente, apático y dormido, sino antes bien desbordará en vítores y aclamaciones, aplaudiendo gallardías y magnificando triunfos. Ahí está Galán, si no en persona, porque la muerte nos le ha arrebatado en lo más febril de su producción poética, en alma y vida, porque las ha sabido reflejar en sus obras, donde alientan y alentarán por tiempo indefinido con bríos de juventud perenne.

El ferviente homenaje de admiración que por todas partes se le está consagrando prueba que el pueblo español sabe sacudir su indolencia y apatía, para deshacerse en manifestaciones de afecto y de gratitud hacia quien afectos y gratitudes merezca. Las veladas que se organizan en su loor, y en las cuales no se arredran de tomar parte muy activa eminentes literatos, prez y honra nacionales; las solemnes exequias que por el eterno descanso de su alma se celebran aquí y allá, según telegramas de la prensa católica; la reproducción constante de sus hermosas poesías en revistas de matices distintos; la multitud de necrologías sentidas y afectuosas que le dedican los periódicos; hasta la serie de críticas en que tratan de desentrañar y dar a conocer su estética labor diversas publicaciones, todo impele a juzgar que no nos hemos vuelto tan insensibles, como se predica, a

los sublimes encantos de la belleza encarnada en las obras del arte, todo fuerza a creer que están muy lejos de agotarse aquellas grandes fuentes del pensar y del sentir que en áureos días nos hicieron descollar en todo género de espirituales manifestaciones. Estamos, sí, decaídos y pobres de pensadores y de sabios, de artistas y de poetas; aunque no tanto, ni mucho menos, como propalan a diario nuestros plañideros modernistas; pero no hay que culpar al público español de esa pobreza y de ese decaimiento. La mayor parte de la culpa les cabe precisamente a la pléyade de sedicientes *intelectuales* que se han empeñado en regalarnos los oídos con estridores importados, que podrán ser músicas muy sonoras en otros países y responder a ideales nuevos y a ascendentes estados anímicos, pero que, hoy por hoy, no son aclimatables en nuestra patria; porque pugnan con nuestro carácter y con nuestra honradez, con nuestra historia y con nuestra literatura, con nuestro castizo sentir y con nuestro cristiano pensar.

Por eso pasó sin dejar huella ninguna luminosa el naturalismo descarado, a la francesa, que hace unos veinte años volvía loca de exaltación y de júbilo a la juventud literaria de entonces; por eso no ha cuajado entre nosotros la literatura místico-búdica y revolucionaria de Tolstoi, a despecho de los muchos adoradores del gran "santo laico"; por eso está a punto de pasar, sin dejar tampoco rastro de luz, sin dejarnos entrever una nueva estrella en los cielos del arte, el *de-*

*cadentismo* verlainiano, que aun cuenta con varios seguidores llevados a remolque por el nicaragüense Rubén Darío; y por eso pasará también, sin acarrear quizá más beneficios a nuestra ciencia y a nuestro arte que los que causan en las llanuras de Castilla las tempestades veraniegas, esa literatura presuntuosa, ¡superhumana!, que tanto desvanece los sentidos a nuestros noveles regeneradores sociales, todo porque en ella se predica un evangelio conturbador, una religión al revés que no tiene más objeto que romper las barreras de la moral, dejando expedita la vía al desbordamiento de las pasiones. En cambio surge un hombre de donde menos uno se imagina, que, ignorante de todas esas novedades y esos modernismos, descuelga una de las arpas que, hasta tanto que pasase la borrasca, habían colgado nuestros poetas de los llorosos sauces, por conjuro de Núñez de Arce, la hace vibrar, gemir, cantar y sus vibraciones, y sus gemidos y sus cantares resuenan en el espacio acordados y harmoniosos, y nos sorprenden, y nos arrebatan y nos fuerzan a proclamar al lugareño obscuro, cantor excelso e inspiradísimo vate. ¿Qué misteriosos resortes ha tocado para provocar en el espíritu público ese movimiento de admiración tan desusado? ¿De qué hechizadoras magias se ha valido para conquistarse el aplauso de nuestra inteligencia y el afecto de nuestro corazón? ¿En qué castalias fuentes ha bebido a raudales, que con tan frescas y plácidas harmonías nos ha enajenado?

No busquéis en sus rimas psicologías comple-

jas de pasiones humanas, como las que se esfuerzan por descubrir en el lirismo huero de algunos contemporáneos los hiper-críticos en boga; no pretendáis percibir en sus estrofas ni el más leve eco de interiores torturas, causadas por dudas y remordimientos retóricos o positivos, fingidos o reales; no intentéis hallar en sus versos ni rastro siquiera de ese profundo descontento del mundo y de la vida que hacía proclamar a Leopardi "l'infinita vanitá del tutto": nuestro vate no ha cantado más que ideales viejos, los viejos ideales de nuestros padres y de nuestros abuelos; el trabajo, el amor y la fe, el sudor, llanto copioso que de las frentes rústicas cae hilo a hilo sobre la madre tierra y que ella sabe agradecer cuajándose a su debido tiempo de flores y de frutos; los afectos íntimos y puros que, como lazos fabricados por ángeles, estrechan y juntan entre sí a las almas para que mutuamente se consuelen en sus dolores y se arroben en sus alegrías; y las creencias santas de nuestra religión, que por tan poderosa manera contribuyen a suavizarnos las asperezas del vivir, descorriéndonos velos misteriosos y haciéndonos entrever, no lejanos, edenes y paraísos de inenarrables venturas.

Tú, feliz compañía
de la fe, del amor y del trabajo,
las tres que el alma mía
virtudes altas a la vida trajo...

He ahí los ideales santos de Galán. Jamás buscó inspiración en otros, ni creo que hubieran po-

dido prestársela. Cantándolos y amándolos vivió toda su vida, una vida corta, como suele siempre serlo, al decir del poeta gentil, la de aquél a quien los dioses aman, pero fecunda en todo género de cristianas virtudes; y cantándolos y amándolos retornó su alma al cielo, ya que en sus finales delirios, présagos de su próxima ascensión, murmuraba, ora una estancia de las inmortales coplas de Jorge Manrique, ora una de las estrofas suyas, de las que más impregnadas estaban de Dios.

Era la alondra que se remontaba a lo azul, sirviéndole de derrotero los rayos del sol, y enviándonos, como ósculos de despedida, al través de los espacios, endechas amorosas, trozos de aquella su poesía fresca y espontánea como el brote de las yemas de los árboles o el germinar de los granos de trigo, dulce y melodiosa como el cántico de las aves en primavera, y cargada de sentires como la gamarza de perfumes. Pero de su poesía hablaremos en otro artículo.

## II

Es lástima que Clarín se haya muerto antes de la dichosa aparición de Galán en el campo de nuestras letras. El, que tan desconsolado estaba, o fingía estar, por el agotamiento de poesía lírica entre nosotros, porque ya no teníamos poetas, o porque los que teníamos eran viejos y se iban, como se fueron efectivamente, no hubiera podi-

do menos de sentir inefable alegría, si es que sus pesares eran sinceros, al leer las primeras concepciones del cantor de *El Ama* y rastrear en ellas resplandores inequívocos de genial inspiración. Quizá, y aun sin quizá, en las primeras críticas que acerca de él escribiese, brillase por su ausencia la justicia y fuesen, más bien que críticas, paliques insubstanciales y dicharachos de plazuela—criticonismo puro, que diría el herejote de Pompeyo Gener. Pues sabido es lo mucho que se dejaba llevar el autor de *Solos* de la manía satírica, sobre todo cuando se trataba de poetas jóvenes que comenzaban a sobresalir, manía que ha perjudicado muchísimo a su nombradía literaria y que, aun hoy, es causa de que literatos insignes le escatimen y regateen sus innegables talentos y su penetración sutilísima.

Sí; Clarín hubiera comenzado por poner en solfa a Galán: primero, porque a ello le impelería la causticidad de sus instintos; segundo, porque no creía, como Cervantes, que fuese bajeza dejar volar la pluma "por la región satírica"; y tercero, porque a ello se prestaban las incorrecciones, tanto retóricas como gramaticales, en que el vate salmantino no escrupulizaba gran cosa, atento sólo a la música interior con que el manantial de su estro fluía. Pero no hubiera dejado de sorprender los chispazos geniales que aquí y allá parecen surgir de sus estrofas como surgen las pavesas del martilleado hierro candente, ni de percibir el eco o el rumor intenso y profundo con que repercute en el espíritu la lectura de sus versos, eco o ru-

mor que denuncian evidentemente el soplo inspirador que pasa.

Y al fin hubiera concluído por reconocerle excelso poeta y por persuadirse de que no se había divorciado de nosotros el numen de la poesía. Excelso poeta, sí, murmuren lo que quieran ciertos críticos, presuntos voceros de Apolo, que tratan de monopolizar la fama para dispensarla a su capricho y a su beneplácito.

Desde que el sabio P. Cámara, dejándose sugestionar de uno de los generosos arranques que solía tener su alma de artista, hizo ante todos los españoles la presentación "oficial" del ignorado vate, brindándonos en pequeño ramillete las primicias de su inspiración; desde que tan ilustre Prelado conjuró la atención pública sobre su humilde diocesano, descubriendo en él dotes poéticas de inestimable valía y augurándole nada menos que "profeta de consolaciones", en aquellos instantes de espantosos desconsuelos, en que acabábamos de perder para siempre los últimos pedazos de nuestro gran imperio ultramarino, no se pudo menos de reconocerle poeta excelso, poeta grande, arrebatado y robusto, que venía a conmover intensamente el alma española, arrancándola al aplanamiento moral, que la tenía como anonadada. Ya al saborear el afiligranado y substancioso "A quien leyere", en que el insigne Obispo parece volcar todo su tierno corazón, como si fuera un ánfora de agua cristalina, barrunta uno que párrafos tan efusivos, y aplausos y alabanzas tan entrañables y cariñosos sólo pueden estar inspira-

dos por la realidad, esto es, por una poesía sana, sentida y honda, emanada directamente de la Religión y de la naturaleza, como la de nuestros grandes líricos del siglo de oro; pero al penetrar por las estancias de *El Ama,* los barruntos se truecan en seguida en convencimientos indestructibles y en arraigadas persuasiones, y, a medida que uno va leyendo, se le va estremeciendo el alma, herida infaliblemente por toques regalados y dulcísimos, y sintiéndose impulsada por fuerza incontrastable a aplaudir y a engrandecer, a ensalzar y a bendecir.

Verdad que se trata de un "pequeño poema", de corte originalísimo, al menos por la forma, muy distinto de los de Campoamor, y cuajado, como los campos de rocío, de bellezas literarias. En la primera parte, que gotea y mana toda ella mieles de idilio, flota un ambiente perfumado y puro que embriaga de frescura cuando se respira; el lector siéntese de improviso abismado en ensueños de placidez soñadora, imaginándose ver surgir en lontananza la alquería del poeta, donde un ideal de mujer fuerte lo hinche todo, con sus prendas y sus virtudes, de bienestar y de ventura; y en la segunda comienza a brotar desde los primeros versos una tristeza resignada, pero desbordante que penetra en seguida al través del espíritu y roza el corazón y concluye por anegar el alma, que vierte por dentro y por fuera lágrimas copiosas, lágrimas sentidas, no de las que hunden y hacen mirar hacia abajo, sino de las que elevan y abren los ojos a las alturas.

Sin las risas sarcásticas de Heine, encubridoras de horroríficas penas; sin los desfallecimientos sublimes, por lo abrumadores, de Leopardi; sin los ayes ternísimos, pero harto humanos, de Bécquer, Galán profundiza y escarba en el espíritu, llega hasta lo más intimo del ser, hiere allí las fibras del sentimiento y nos conmueve de dolor, haciéndonos valorar la intensidad de sus pesares y sentir sus mismas tribulaciones y derramar su mismo llanto. Pocos serán, quizá ninguno, los que no sientan ablandárseles el pecho y humedecérseles los ojos cuando, al través de aquellos versos, caldeados con calor vital, que le llevan a uno de sacudida en sacudida y de emoción en emoción, contemplen el hogar donde antes todo era júbilo, desierto ahora y vacío, porque ya no mora en él la que antes lo llenaba; porque Dios fué servido en visitar aquella casa y llevarse consigo a la Gloria a la que era el alma de ella. Sobre todo cuando noten que la tristeza del amo desamparado se trasfunde reciamente a la servidumbre numerosa de la alquería y observen que ya no cantan los mozos como cantaban al roturar las tierras, y que hasta el hosco pastor, cuando el dueño le visita en la majada, baja los ojos, sin querer hablar, y por fin le dice despidiéndole:

... "ánimo, amo,
haiga mucho valor y haiga pacencia".
Y le tiembla la voz cuando lo dice,
y se enjuga una lágrima sincera
que en la manga de la áspera zamarra
temblando se le queda...,

la emoción, que gradualmente ha ido condensándose como misteriosa nube en los senos del espíritu, no puede menos de desatarse, al llegar al realismo penetrante de estos versos, en lágrimas sinceras de simpatía hacia toda aquella gente aldana, que, asociada tan de corazón al duelo de su amo, se esfuerza en aparecer serena, creyendo que sus fingimientos habrán de ser como bálsamo que le cure las heridas que, todos saben muy bien, le sangran de continuo dentro del alma. Aquel "haiga valor y haiga pacencia", dicho por quien lo dice, por el pastorzuelo que abrumado de dolor ha tenido que arrinconar en la negra techumbre de su cabaña

> la dulce gaita aquella
> que cargaba el sentido de dulzuras
> y los aires llenaba de cadencias,

es de un efecto enternecedor, capaz de hacer sentir a las mismas rocas. Los que tildan la frase de prosaica no saben que en las prosas del pueblo se encierran a veces inexhaustos veneros de poesía. Además que no consiste la poesía en las sonoridades fascinadoras que halagan un momento al oído y luego se disipan y desvanecen; sino en algo que nos haga oir aquella "no perecedera música" de que hablaba a Salinas Fray Luis de León, y perdure en el espíritu, resonando en él por mucho tiempo como cadencia divina. Y en ese algo es indudable que fluyen impregnados los versos de *El Ama*. La harmonía íntima que en

ellos alienta no es de las que desaparecen, sino de las que perduran.

Me he detenido en esta composición, porque la conceptúo la obra maestra de Galán, y además, porque refleja los ideales que su alma perseguía y de que se sentía enamorada. Es un poema impregnado de fe y de religión, y que rezuma amor intenso y profundo a la naturaleza, aquel amor intenso y profundo que había de expresar en ulteriores cantos, muy distinto por cierto de esa idolátrica adoración panteística a que trasciende el lirismo vacuo de muchos novelistas y poetas. Para éstos la naturaleza es Dios, en cuya infinitud habrán de inmergirse nuestras almas, después de un ciclo, más o menos largo, de metempsícosis y transformaciones; para Galán no es más que un templo, en cuya construcción ha desplegado el Creador todas las grandezas de su liberalidad, de su poder y de su sabiduría, para que, en sus majestuosos ámbitos, dignamente se le adore y se le magnifique:

Y aunque canto postrado de rodillas
delante de sus grandes maravillas,
que son del mundo hechizo,
yo sólo adoro en ella
la mano soberana que la hizo.

Sí, adoraba en ella a Dios; por eso le descubre por todas partes y por eso todas sus poesías son como pebetes deliciosos que hacen ascender hacia las alturas un continuo humear de incienso, tan puro y oloroso como el que sube de los alta-

res, engalanados con flores, en las fiestas religiosas. Hay que leer el *Poema del Gañán*, en cuyos versos, vigorosos y sentidos, el alma de nuestro poeta como que se nos escancia toda a sí misma, en la de aquel campesino rústico, que parece deshacerse en un himno de gratitud ante la naturaleza y ante Dios, —aquel

...... himno aldeano,
salmo de agradecida criatura,
que a Dios concibe en la celeste altura
dándonos pan con su amorosa mano!

Se ha dicho, y no me explico por qué, como no sea por echar de menos, en él, esos sentimientos panteístas de que hablaba antes, que nuestro poeta no sentía la naturaleza directamente, no contemplaba por sus propios ojos esos encantos y maravillas con que Dios ha bordado la creación, sino que la sentía y contemplaba al través de nuestros grandes líricos de la áurea centuria.

Pase que haya aprendido en ellos, y sobre todo en el divino Fray Luis de León, que venía a ser para Galán como los *exemplaria graeca,* tan rerecomendados por Horacio, a sentirla y a contemplarla, no como fuerza ciega y autónoma que se viste y adorna automáticamente según el curso de las estaciones, sino como manifestación sublime del poderío de Dios, cuyas glorias cantan incesantemente con inefables himnos la tierra y el cielo; pero de ningún modo que las impresiones que de ella recibía no fuesen personales y directas y que hubiese necesitado de espejuelos para

disfrutar contemplando la hierba triguera que hollaba con sus pies, las enrubiadas mieses que le rodeaban, las inmensas llanuras que le circuían, y de trompetilla acústica para percibir el rumor de las fuentes a cuyos cristales acercaba sus labios, y el trino de las aves, en el encinar, y las tonadas de los mozos en el ejido.

Precisamente en esto de sentir directa y hondamente la naturaleza creo yo que se lleva la palma entre todos los poetas castellanos. Y me fundo para ello en la fuerza e intensidad con que a los lectores nos la hace sentir. A veces sugestiona de tal modo, que se imagina uno estar disfrutando la placidez embelesadora de aquellas

...... soledades,
serenas melancolías,
profundas tranquilidades,
perennes monotonías
y castizas realidades

de que habla con efusión y ternura sin límites en sus preciosas quintillas de *Castellana*.

Me río yo de la impresión que producen en el alma las tan ponderadas églogas de Garcilaso y de Meléndez Valdés, al leer algunas de las *campesinas de Galán*, donde se nos brinda quintesenciada, en múrrina copa, toda la poesía labriega de los campos castellanos. El caramillo será todo lo dulce que se quiera, pero es caramillo al fin, y Galán no le toca: prefiere mil veces la lira, la lira grave y robusta, que abre su seno para recoger los ruidos varios, flotantes en la naturaleza y

devolverlos en música acordada, sincera y sugestiva, que vigoriza y realza la impresión de la realidad. Lo digo con franqueza ruda, aunque muchos lo hayan de juzgar aberración y desatino: el bellísimo y arrobador *Idilio* de Núñez de Arce, que tan reciamente hace sentir la indiscutible belleza de las tierras llanas, no llega a causar con tanta viveza, en el espíritu, la sugestión de lo real.

Serán sus versos más rotundos y melodiosos; pero no suenan con tan marcado timbre a trajín de campos, ni efunden en el alma un olor tan fuerte a tierras trigueras y mieses en sazón. El mismo maestro Fr. Luis, que sintió como nadie la naturaleza y avaloró como otro ninguno

la música callada,
la soledad sonora,

de que habla San Juan de la Cruz, no nos da de ella una impresión tan enérgica y sostenida como la que nos da el discípulo Galán. Fr. Luis remóntase en seguida al cielo y arróbase en contemplaciones misteriosas y en éxtasis y deliquios, adonde apenas si le puede seguir la imaginación: es un poeta místico cuyo numen trasládase inmediatamente con vuelo de águila a inaccesibles alturas donde el

......alma navega
por un mar de dulzura y finalmente
en él ansí se anega,
que ningún accidente
extraño o peregrino oye o siente.

Y Galán, sin dejar de ser profundamente religioso, no llega a místico, no pierde nunca de vista la tierra, y por eso sus cantos están más henchidos de sus emanaciones, más saturados de su substancia y saben menos a idealidades sutiles que a impresiones de realidad.

Si algún fundamento tiene, y a mi ver le tiene muy grande, lo de apellidar poeta regional al cantor de *El Cristu benditu*, cabalmente consiste en haber cantado como nadie los campos de Castilla, en habernos descubierto, en su monotonía y uniformidad, harmonías y bellezas en que ni siquiera se había soñado, haciéndonos sentirlas con intensidad embriagadora. Los que inquieren su regionalismo en las pocas poesías escritas en el dialecto que se habla en ciertos pueblos de Salamanca y Extremadura, y entre las cuales descuella, como rosal entre flores, el idilio antes mencionado, yo creo que se equivocan de medio a medio. Indudablemente que todas ellas son hermosas, y sobre todo *El Cristu benditu*, en cuyos versos corre parejas con el acendrado espiritualismo cristiano que los informa y vivifica, un realismo inocente, sí, pero fuerte al mismo tiempo y robusto, que dibuja y perfila de mano maestra al niño de pecho perneando retozón y feliz en el regazo de su madre; pero el regionalismo hay que buscarlo en algo más hondo, duradero y estable que el verbo escueto, que la palabra como palabra, esto es, como voz sin sentido y como vocablo sin idea. Yo, que soy asturiano, aunque no sepa atar correctamente cuatro palabras seguidas

en bable, si lo supiera a la perfección y me sintiera inspirado como Galán y cantara lo mismo que él ha cantado la vida castellana en toda su verdad hermosa, que él diría, con sus júbilos expansivos, y sus tristezas resignadas, y sus sencillas creencias, y sus rústicas labores; y diera por fondo a mis poéticos cuadros llanuras esteparias cubiertas de rastrojo, besanas de hondos y recién labrados surcos y mieses doradas ondulando como océanos a las caricias del aire, y eras pajizas donde atezada y cantadora juventud trilla, bielda y apila el trigo, no creo que por eso sería poeta regional en el sentido en que lo son Maragall y Verdaguer en Cataluña, Valentín Lamas en Galicia, y en Asturias Teodoro Cuesta. Para ser poeta regional sería necesario que cantase la rica y exuberante naturaleza asturiana con su variedad inmensa de paisajes encantadores, formados por repuestos y apacibles valles y por ingentes encrespadas sierras, con sus pomaradas y sus castañedos, con sus llosas y con sus vegas, con sus mares y con sus ríos; y todo esto sirviendo como de marco grandioso al lienzo sencillo de la vida de un pueblo sobrio y trabajador, honrado y creyente, y un tanto orgulloso y envanecido de su historia, entre cuyos hechos registra las varias restauraciones de la española nacionalidad.

De este modo sí sería poeta regional, y lo sería aun cuando mis cantos fuesen en castellano, idioma común de todos los españoles y no en el dulcísimo dialecto astur, que desgraciadamente

va desapareciendo por negligencia y por incuria de los moradores de aquellas montañas.

Con esta divagación sólo quiero decir que para calificar a un poeta de regional no hay que fijarse primera y principalmente en el lenguaje, en la vestidura externa del pensamiento, sino en el pensamiento mismo, en el alma que informe la poesía y en el colorido local con que esa alma se nos presente, y en el ambiente vivífico en que flote. Por eso digo que Galán no es poeta regional salmantino ni extremeño, sino poeta regional castellano. Cantó en castellano castizo y sonoro, y cantó castellanos asuntos y castellanas realidades. El castellanismo de su inspiración transciende, como fuerte olor de tomillo y hierba triguera, de todos sus cantos, aun de los escritos en el dialecto lugareño de los pueblos en que moraba. Aquello de las

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
tonás de mi tierra
continuas y dulcis
que paicin zumbíos de abeja,
ruíos de regato,
airi de alamea,
sonsoneti del trillo en las miesis,
rezumbal de mosconis que buelan
ú cantal dormilón de chicharra
que atonteci de gusto en la siesta...

es tan castellano neto como los pasajes más inspirados de *El poema del Gañán* y *Las sementeras*, que difunden en el espíritu la placidez de-

leitosa de la inmensa llanura labrada, templo donde ora el rudo campesino con plegarias de sudores, de fatigas y de trabajos.

III

En haber acertado a sorprender el alma castellana en sus sentidos más hondos, y haberla sabido reflejar en sus versos con todas sus heredadas virtudes de sencillez y de entereza, de lealtad y de hidalguía, en eso consiste el regionalismo de Galán. Yo no hallo ni rastro de razón para llamarle poeta regional en otro sentido; pero en éste lo es indudablemente en grado asombroso.

No recuerdo dónde dice Menéndez Pelayo, "el pasmo santanderino", como le llama Pereda, que los poetas de nuestros días no son más que una mitad de sí mismos, porque colaboran solos en su gigante obra, sin que el alma popular aporte a ella sus quietudes y sus embravecimientos, sus alegrías y sus júbilos, sus latidos y sus pulsaciones. A esto creo que se reduce el pensamiento en substancia. Pues bien, según esta doctrina, que es dogma estético, Galán no era la mitad de sí mismo, sino el poeta todo entero en la plenitud de su persona. En su poesía ha colaborado, por modo inefable, el alma popular de Castilla. Se la siente al través de sus versos, que llora y que ríe, que goza y que sufre, que vibra y que canta. En el alma de Galán transfundíanse las de los rudos campesinos que andaban a su alrededor, y

hasta el alma misma de las cosas, la del paisaje, la del terruño, la del arado y de la reja, que todas estas cosas tienen alma, las almas paralíticas de que hablaba Clarín, que oían y sentían, pero que no podían hablar. A Galán sí que le hablaban: él por lo menos las entendía. En sus ruídos misteriosos y vagos percibía todos sus íntimos secretos. Por eso nos los hace percibir también a nosotros, causándonos la misma impresión que si la naturaleza de las cosas nos hablase.

Cuando Galán, según me han asegurado, reunía a veces la gente del pueblo enfrente de su casa, y desde una ventana o corredor les declamaba alguna de sus hermosas poesías, tengo para mí que no hacía más que cotejar con la realidad; ver, por los efectos que producía en sus oyentes, si había reflejado con exactitud sus hondos sentires y sus cristianos pensares, y si la naturaleza, que les hablaba en sus versos, era la misma que los empapaba de efluvios en la besana.

También se ha dicho que el regionalismo de Galán empequeñecía un tanto su poesía intensa y vigorosa, por no poder considerársela como nacional; ya que su numen inspirador volaba siempre por el ámbito de determinada región, sin darle nunca por romper y allanar sus fronteras.

Si este modo de ver las cosas fuese justo y atinado, no se podría llamar grandes poetas a los grandes poetas catalanes, cuya lírica y cuya dramaturgia son hoy celebradas doquiera por lo preñadas que están de energía, de sentimiento y de frescura de inspiración; y sobre todo no nos po-

dríamos envanecer de ellos como de verdaderas glorias nacionales, enaltecedoras de la honra de España a juicio de todos los entendidos en letras dentro y fuera de la Península. Pero además de ser éste muy raquítico y menguado modo de justipreciar el mérito de las obras poéticas, milita en favor de Galán una razón, que se me antoja fortísima, para que, aun considerándole con esa estrechez de criterio, se le pueda llamar poeta nacional en toda la extensión de la frase. Y esa razón no es otra que la de haber cantado lo que reúne más títulos para ser considerado como típico y representativo de toda la nacionalidad española, lo que unifica y aduna nuestra diversidad de caracteres y nuestras variedades etnográficas; y eso es indudablemente Castilla, el corazón castellano, que sin ser el corazón catalán, ni el gallego, ni el andaluz, presenta visibles analogías y semejanzas con cada uno de ellos, latiendo al unísono de todos.

¿Ha encarnado Galán en su poesía el alma castellana, haciéndola radiar en sus versos robusta, potente, fogosa y llena de vida? ¿Nos ha emocionado infinitamente con el disfrute de esa belleza íntima, recóndita, que, si no al ras del suelo, palpita fecunda en la entraña de esa tierra, teatro de legendarias hazañas y de epopeyas inverosímiles? Pues es poeta nacional a quien todas nuestras patrias pequeñas deben mirar con interés profundo, y en cuyo loor no debe regatearse el incienso por cuantos de españoles osemos presumir. ¿Pulsó el alma castellana? Pulsó el alma

española. Y en verdad que la encordó y templó maravillosamente, arrancándole idílicas sonatas y canciones peregrinas. Todo lo que vibra en ellas es pura y netamente español, desde el espíritu ampliamente cristiano que las informa y alienta, hasta la manera de concebir la dicha del hogar, que no es posible de ningún modo donde no lo impregne y perfume todo el amor, un amor ora pacífico y sosegado, ora ardiente e impetuoso, pero siempre casto, pudoroso y honesto como la perfecta casada del gineceo salmantino.

Sin el amor apenas concibe Galán la vida del hombre sobre la tierra; o si la concibe, es como la de aquel ocaso que nos describe en *Una Puesta de Sol*, ocaso tristón, mustio, en que el astro del día desaparece sin acompañamiento de gualdadas nubes ni de luminosos cambiantes, y sin que le envíen siquiera su acostumbrada despedida ni las aves con sus gorjeos, ni los céfiros con su rumor. Poesía tan intensamente española, por fuerza tenía que ser también intensamente cristiana. A haberla saboreado Clarín, yo no dudo que hubiese dado patente, al autor de ella, de "poeta de la tradición", de la España vieja, de la España que se iba, y que él lamentaba tanto no tuviese un cantor de nervio y de galanura que recogiese sus legados y sus suspiros. Y poeta de la tradición española significa lo mismo que poeta de la tradición cristiana.

Ni un soplido de aliento malsano cruza por las frescas estrofas de este vate. Ha de cantar el dolor de la vida —que la vida tiene a veces sus ab-

sintios y amarguras—, y en vez de henchirse de desesperación y prorrumpir en arrebatos blasfemos, a estilo de pesimistas satánicos, concluye siempre por bendecir y cantar a Dios, buscando consuelo en ardiente plegaria de fe viva. Sí que, cuando sus padeceres le piden una canción de dolores, y efectivamente la canta honda, sentida. y como goteando sangre de su atribulado corazón, se le escapan al principio lamentos humanísimos y quejas desgarradoras; pero se apresura en seguida a decir a Dios, como arrepentido de sus desahogos, que todo aquello

¡Esto que tengo de arcilla
fué quien lo dijo, Señor!

Y hace constar que dobla ante sus adorables designios la frente y que quiere vivir para agradarle, protestando que no cerrará sus ojos a la imagen de sus desventuras, ni cubrirá sus pies en los ásperos caminos, ni arrojará de sus hombros enojado la cruz que se los quebranta. Sospéchase que haya sido esta poesía, que se intitula *Canción*, la última que ha estremecido el arpa harmoniosísima del malogrado vate: en verdad que es grave, espiritual y melodiosa como ninguna, y que no tendría rival para ser apellidada el canto del cisne, si fuese cierto que los cisnes cantan melífluamente al morir, según la leyenda griega. ¡Qué mejor música que la de estas sentidas décimas para acompañarle en su ascensión a la otra vida "por la breve noche de hoy!"

Tiene otras poesías de más altos vuelos, sin duda, como *El Arrullo del Atlántico*, *Soles Viejos* o el *Canto al Trabajo*, premiado con la flor natural y el primer premio del "Centro Catalá" de Buenos Aires; pero en éstas, sobre todo en las dos últimas, ya no se muestra tan sencillo y natural enfrente de la naturaleza y enfrente del corazón, recogiendo todos los latidos de éste y todas las palpitaciones de aquélla para cernerlos en las cuerdas de su lira, acordados en harmonías arrobadoras. Hay en ellos más pensamiento, más idea, más labor intelectual, más complicación, en una palabra, pero también menos placidez, menos naturalidad, menos frescura. No es que pequen de artificio y no se trasluzcan en sus estrofas huellas hondísimas de inspiración —Galán cantaba siempre inspirado—, sino que trasciente menos a fragancias campesinas, y a perfumes agrestes, y no saben tanto a tonadas de aves y a rumor de céfiros. Las endechas del ruiseñor lanzadas al viento desde una jaula, nunca deleitan y hechizan tanto como las que canta o llora desde la rama de un arbusto en intrincada alameda. Y el poeta en esas canciones antójaseme un si es no es enjaulado, enjaulado por el pensador. Transparéntase un tanto la lucha por dar relieve en la rima al pensamiento.

Ya sé yo, porque las repetidas lecturas de Fray Luis de León me lo han evidenciado hasta la saciedad, que la elevación del pensamiento es muy susceptible de fundirse con el oro de la poesía, sin menoscabo ninguno de la espontaneidad y

plasticidad del verso y de la frase; y Galán lo consigue a maravilla en algunas de las estrofas del *Canto al Trabajo*, que no dudo suscribiría como suyas el divino cantor de la *Noche serena*. Pero insisto en afirmar que cuando no se preocupa por la sentencia honda, por la epifonema preñada de filosofía, por el verso forjado a la lumbre intelectual, es cuando más arrebatador se ostenta su numen, ensanchándole el espíritu, para que en él, como en placa sensibilísima, reciba las impresiones directas de la naturaleza, y nos las devuelva en seguida íntegras, vivas, saturadas de personalidad, henchidas de alma y de corazón.

¿Si juzgo al malogrado cantor, por quien vestirán mucho tiempo de luto las letras castellanas, incapaz de escalar y entrar a banderas desplegadas en las altas regiones de la poesía genial, creadora de pensamientos sublimes y aun de sistemas filosóficos y de intrincadas metafísicas? No se asusten ni se escandalicen los entusiastas incondicionales de Galán, ni me borren, por Dios, de la fila de sus más fervientes admiradores. Yo reconozco en el cantor insigne, que tan profunda y luminosa huella de gloria ha dejado en pos de sí, dotes inapreciables de altísimo poeta. A haber vivido más tiempo; a haber morado siquiera unos cuantos años más entre nosotros; a haber continuado tañendo, aunque sólo fuese por un par de lustros, aquella su lira mágica que se llevó consigo al cielo, yo no dudo que Galán hubiera llegado a familiarizar su fresca, genial inspiración con las filosofías y teologías más elevadas,

y a regalarnos copiosa rumia intelectual en sus poéticas lucubraciones. Bien sabido es que, cuando se murió, entraba en la plenitud del desarrollo de sus facultades, que se enriquecían a toda prisa con copioso y variado caudal de conocimientos. Robustecíase su inspiración, granaban en ideas sus estrofas, y sus azulados risueños horizontes, que en un principio sólo cobijaban a Castilla, dilatábanse amplios y extensos, queriendo servir de pabellón al mundo.

En *El Arrullo del Atlántico*, el océano habla a España y América en un lenguaje elevadísimo, pletórico de magistrales enseñanzas, y en el *Canto al Trabajo* hay apóstrofes y conjuros y puntos de vista que denuncian el atrevido volar con que el numen de nuestro poeta se iba remontando. No puedo resistir al impulso de copiar la estancia última del primero, que encierra todo un programa magnífico de regeneración social:

Y con los brazos en la brega dura,
en Dios la fe, y el corazón en todo,
gozad el oro en su virtud más pura,
poned la mente entre el honor y el lodo,
sentid el arte en su divina altura,
buscad la gloria donde eterna sea,
trocad la ciencia en savia substanciosa,
cambiad amor del que deleita y crea......
¡Vivid la vida en su verdad hermosa!

¿Que, al encumbrarse con vuelo de águila, no fluía tan fresco y espontáneo el límpido cristal de sus versos rumorosos? Ya hubiera fluído: ya

hubiera acertado a consubstanciar, como si fueran una misma cosa, la sencillez y la sublimidad, la elevación y la frescura. Ya hubiera dado con la clave misteriosa de Fr. Luis de León, el poeta más elevado y sublime de nuestra lírica, y al mismo tiempo, el más sencillo, el más suave y harmonioso. Para eso le había adoptado por modelo.

Además, que todo esto no obsta en nada a que su poesía regional sea grande, elevada e inspiradísima, porque un poeta, para ser artista superior, no necesita ser apóstol de ideas ni reflejar las fuerzas civilizadoras en momentos históricos determinados, aunque así lo haya dicho Víctor Hugo: los Orfeos no son posibles más que en civilizaciones incipientes y primitivas. Se han desarrollado mucho la ciencia, la moral y la filosofía para que puedan ser condensadas en unos cuantos versos, cuyos autores sean conceptuados por todo el mundo como ilustradores del género humano. Estamos ya muy lejos de Homero, de Hesíodo y de Valmiki.

Al poeta hoy no le es necesario, para serlo de veras, más que pintar, rimar, cantar, henchir el espacio de músicas sonoras; y si a esto se agrega el hacernos descubrir y disfrutar nuevos modos de percibir la belleza, nuevas visiones de lo ideal, como ha hecho el ruiseñor de Frades de la Sierra, brindándonos fuentes de poesía refrigerante donde no pocos, poquísimos, soñaban que hubiese más que prosa monótoma y baldía, entonces ya sé es poeta grande, poeta de genio, de los que impropia, pero expresivamente, hemos convenido todos en

llamar "creadores". Quien se atreva a regatearle tan glorioso dictado, o no ha leído *El Ama*, o no ha llegado a penetrar en la hondura de aquella poesía sublimemente sentida, ni a rastrearla siquiera, con traslucirla tan clara como la trasluce la música de aquellos versos, que en vez de notas parece estar compuesta con latidos de corazón.

Dos palabras para concluir: se ha afirmado que Galán venía a ser como un anillo más en la áurea cadena de los poetas salmantinos, porque su poesía encajaba de lleno en los viejos moldes de aquella escuela. La influencia de Fr. Luis de León es innegable. A veces el gran maestro es imitado de un modo visible en giros y aun en palabras, pero esto no es suficiente para justificar del todo la susodicha afirmación. Los grandes poetas siempre han tenido alguien que los imitase en uno u otro sentido, sin que esto significase que se aferraban a su escuela. Góngora imitó algunas veces a Virgilio; el mismo Fr. Luis de León, al Petrarca y a Horacio; Campoamor, a Víctor Hugo. ¿Vamos por eso a decir que estos imitadores pertenecían a la escuela de los respectivos modelos? ¿No fundaron más bien cada uno de ellos su escuela respectiva, y por cierto bien definida y deslindada de todas las demás?

No diré yo que también nuestro poeta haya fundado la suya, y eso que hemos leído ya varias composiciones de autores que le imitan evidentemente; pero sí que se ha creado un género de poesía suyo propio, personalísimo, que no se confunde con ninguno de los conocidos hasta ahora, y que se

distingue y caracteriza por una percepción fuerte y vigorosa de la madre naturaleza, por una maravillosa fuerza de pintura "retratista" —permítaseme adjetivar este sustantivo— sólo comparable a la que despliega en sus vivientes cuadros el autor de "Las Meninas" y "Las Hilanderas"; y por una pureza, frescura y pujanza de estilo que pone maravillosamente de relieve los infinitos recursos del habla castellana.

Si son esos los viejos moldes de la escuela salmantina, concédase al menos que Galán los ha como fundido y renovado para ajustarlos a las exigencias modernistas de los tiempos. No ha adulterado en nada su oro purísimo, pero lo ha acomodado a las ideas ambientes —lo de la consigna del poeta italiano: "o renovarse, o morir."

---

## REVISTA LITERARIA

**La ilustre casa de Ramires,** de Eça de Queiroz, traducida por Pedro González Blanco.—**El Buen Sentido,** por D. Alfonso Pérez de Nieva.—**Engracia,** por R. Pamplona Escudero.—**Dios me valga** y **En la costa,** por Teodoro Baró.

No creo en la inutilidad de las traducciones, como creía Shelley, quien juzgaba sueño imposible trasfundir de un idioma extraño la substancia poética de un autor, ya que consideraba dicha empresa tan factible cosa como descubrir el principio formal del matiz y del aroma de las flores, fundiéndolas a este efecto en un crisol, que para el caso sería lo mismo que volatizarlas. Es, sí, difícil, dificilísimo, que uno que traduce se asimile de tal modo los estados de conciencia de un autor, que nos los trasiegue de la misma acabada manera que se trasiega un vino generoso, de suerte que lo único que aparezca distinto sean las vasijas, esto es, los respectivos idiomas. El ideal de los traductores debe ser ése; y por llegar a realizarlo no deben perdonarse esfuerzo ni sacrificio; pero aunque a tanto no lleguen, no por eso se han de proclamar sus traducciones inútiles.

Los que no podemos llegar a conocer el espíritu de un gran poeta o de un gran novelista por sus propios originales, es indudable que podremos rastrearlo en las traducciones, lo cual siempre será un gran bien y una cosa utilísima. Y esto

no lo negará el insigne humorista D. Miguel Unamuno, que en una frase escrita con cierta saña en uno de sus paradójicos artículos, intitulado, si mal no recuerdo, *Ramplonería*, viene a coincidir con el vate inglés en lo relativo a la dicha imposibilidad. "Se traducen ideas —escribe— pero no pasiones ni inquietudes: no se traducen tonos." Convengamos en que no es lo ordinario, porque son poquísimos los buenos traductores; pero conste que esas pasiones, esos tonos deben traducirse, porque en una buena traducción debe palpitar el espíritu del autor que se traduce, y en el espíritu va incluído todo eso de las inquietudes y de los tonos.

Divago de este modo porque acabo de leer una traducción del eminente novelista portugués Eça de Queiroz, hecha por Pedro González-Blanco, que me ha gustado sobremanera y que me ha servido para mucho, pues he principiado a conocer —pásmense mis lectores, yo sólo de nombre le conocía— al gran novelista, gloria consagrada del vecino reino, y me ha infundido irresistible afán de conocerle mejor, impulsándome a leer sus obras, las cuales me están proporcionando no poco esparcimiento, y, aunque haya alguna inmodestia en decirlo, creo que también no pequeña utilidad. Es un novelista fuerte, algunas veces crudo, zolesco e irreligioso, como en *A Reliquia*, pero siempre novelista egregio. El joven traductor ha tenido indudable acierto en escoger entre las producciones del gran novelista. *La ilustre Casa de Ramires* es una de las novelas en que las grandes dotes literarias de Eça de Queiroz se muestran con

más empuje y vigor y con más señalado brillo de realeza. La novela es un estudio de profundo psicólogo: se hace en ella como una semblanza psíquica de una de esas casas aristocráticas de más remoto abolengo que la misma Monarquía portuguesa, y que, desde la altura inconmensurable del antiguo señorío, adonde la ha elevado una generación no interrumpida de invictos conquistadores y guerreros, ha ido decayendo, decayendo, hasta quedarse con poco más, fuera del vetusto caserón, que la sorbebia heredada y el brillo del inmaculado nombre, que al fin llega también a prostituir el último vástago de la raza, ante una simple acta de diputado.

Y en ese Gonzalo, en ese último vástago, heredero de todas las glorias de la Casa de Ramires, dulce y bondadoso, soberbio y a la vez humilde, que ora no se desdeña de ceder su montura a un mendigo inválido que encuentra en la calle y le va acompañando a guisa de espolique, ora lleva los entusiasmos por sus pergaminos hasta la exaltación y se juzga mucho más glorioso que la dinastía reinante; generoso hasta la esplendidez, comunicativo a veces hasta la charlatanería, porque cuando no tiene a quien decir sus sentimientos se los participa a sus mismos criados; y, a pesar de lo comunicativo, desconfiado y melancólico, soñando siempre orgullos y grandezas, encastillado en su torre de mil años, y al mismo tiempo dejándose ladear, flaco y mísero, hacia el utilitarismo de la realidad, y buscando, finalmente, en Africa los soñados tesoros que restituyan

a su nombre su antiguo brillo; en ese último vástago de la Casa de Ramires, repito, Eça de Queiroz nos fuerza a rastrear el espíritu de un pueblo gigante, descubriéndonos entre él y Gonzalo palpables correspondencias y afinidades evidentísimas. El aristócrata de pura sangre, tan venido a menos de su poderío, es un símbolo admirable de Portugal. Hay en la novela otras bellezas muy apreciables, como son los retratos del trovador Videira, que parece un juglar redivivo; del gobernador Cavalleiro, modelo de caciques lujuriosos, cínicos y taimados; del glotonazo Titó, que nunca sale al escenario más que a propósito de banquetes; de Graciña, la hermana del protagonista, que sería angelical, como afirmaba de ella su hermano, si no tuviese su correspondiente lote de mundana flaqueza, etc., etc.; pero del modo como juzga el gran novelista portugués y de sus demás dotes artísticas, ya hablaremos cuando le dediquemos un estudio crítico, que entonces será ocasión oportuna y no ésta, en que no debí haber hablado más que de la traducción que tengo delante.

Es Pedro González-Blanco uno de los pocos jóvenes que me parece podrían triunfar en las lides de la literatura. Tiene talento e imaginación brillantes, y junta a tan estimables dotes una laboriosidad pasmosa e inverosímil, si se tiene en cuenta que aún no ha doblado del todo el cabo florido de los veinticinco años. Aunque no todos buenos, ha leído muchos libros, enriqueciéndose con una cultura copiosa y variada, pero con los mismos altibajos de bondad que las obras que ha

leído; y manifiesta entusiasmo apasionado por todo lo que sea arte y poesía, y se nota en él una fiera enemiga contra todo lo que huela a frivolidad, y cierto afán de ahondar en el alma de las cosas; por más que a menudo se equivoque en sus apreciaciones, creyéndose muy zambullido en sinuosas profundidades, cuando no ha hecho más que rizar la superficie. Después de esta presentación al público del traductor de *La ilustre Casa de Ramires* claro está que huelga decir el primor y elegancia con que esta hermosa novela está vertida a nuestro idioma. Pues bien; la imparcialidad obliga a decir que podría estar cien veces mejor. Este González-Blanco pertenece a esa pléyade de escritores modernistas que no tienen escrúpulo ninguno en atropellar los santos fueros del *Diccionario* de la Academia, inventando una porción de neologismos, que maldita la falta que nos hacen, y resucitando otra de vocablos muertos, entre los cuales por cada uno que sea merecedor de resurgir a la vida, hay una veintena a los cuales es literariamente herético interrumpirles el sueño del sepulcro. No soy yo de los que niegan sistemáticamente el uso de palabras arcaicas o neológicas, siempre que concurran a hacer más flexible y tornátil el estilo y aparenten conservar o tener cierto aire de familia con las demás de nuestro idioma; antes bien, me agradan esas osadías léxicas, y más de una vez quizá les haya pagado tributo, ya que algunos de mis amados lectores me han motejado muchas de modernista. Pero de esto a entrar a saco por la baja latinidad e incrustar un

libro de "culta latiniparla", o —lo que es peor quizá y, por lo menos, tan malo— empedrarlo de esos americanismos con que muchos escritores hispanos de allende el Océano, diríase se habían propuesto desfigurar la hermosa habla de sus mayores, convirtiéndola en una *verba* —como ellos dicen— pedantesca y bárbara, hay una distancia tan grande como del cielo a la tierra, un verdadero insondable abismo. No se crea por esto que nuestro joven traductor lleva su escribir a semejantes extremos; no es de los descarriados de primera fila, pero los sigue, y no muy a la zaga. Y yo no quisiera de ningún modo que los siguiese, porque no quisiera que se esterilizase para las letras españolas un joven que tiene cualidades literarias para brillar mucho. El, que sabe perfectamente en qué consiste el escribir bien y cuáles son las bellezas y primores que avaloran una obra de literatura, ¿por qué ha de flaquear, cuando escribe, y rendir parias a ese disparatado modernismo ambiente que lucha y relucha en vano por sobreponerse al buen sentido? Floree y colore y pula cuanto quiera, aun con detrimento de la naturalidad, como su ídolo Flaubert; pero, ¡por los manes de Cervantes!, ídolo de todos, que depure y acendre su decir de todos esos oropeles modernistas, que tendrán mucho de similor, pero que no pasarán nunca de metal mezquino.

* * *

He aquí una novelita muy recomendable y que no hace traición a su título de *El Buen Sentido*, debida al fecundo ingenio del distinguido escritor D. Alfonso Pérez de Nieva. El solo nombre de autor tan celebrado por sus cuentos y narraciones constituye ya una recomendación eficacísima. En múltiples partos literarios se ha dado a conocer ventajosamente como literato fácil y chispeante, dotado de rica imaginación, que sabe revestir siempre de vivo interés cuantas acciones inventa o concibe. Se paga muy poco de filigranas retóricas que exterioricen sus pensamientos en caprichosos mosaicos, un instante embebecedores del sentido. La suya no es labor de orfebre; pero que pinte, que describa, que narre, lo hace de ordinario con una gracia y una naturalidad que sustituyen con visible ventaja a toda clase de tropos y de figuras. Quizá no falten criterios de hierro colado de esos que prefieren romperse mil veces a doblarse una sola a ciertas exigencias y aun conveniencias sociales— que condenen en el estilo de este distinguido narrador, y aun en el que se desarrolla el hermoso y salvador argumento de esta novela, ciertas metáforas y ciertos símiles que se antojen ora demasiado picarescos, ora de masiado naturalistas.

Concretándome ahora a *El Buen Sentido*, convengo en que acaso haya una o dos frases que pudieran dar pretexto *colorado* —fijarse en el adjetivo— a los susodichos antojos. Sin embargo, están traídas tan a propósito y expresan tan pintorescamente lo que quieren significar, que, a la verdad, yo no encuentro motivo alguno para que nadie se extrañe

y escandalice. Hay que renunciar a escribir obras artísticas, si es que a todo trance se haya de guardar consideración a monjiles escrúpulos de espíritus apocados. Con el criterio cerril de cierto crítico provinciano, que no hace mucho tiempo emprendió una activa campaña para demostrarnos nada menos que *La Aldea Perdida* es una novela inmoral y corruptora, ni las mejores producciones del mismísimo Pereda quedan a salvo. ¡Cuidado que es realista aquel grito que se le escapa a Muergo, al trasladar a cuestas, para que no se moje, a la bizarra callealtera, señuelo constante de sus ansias amorosas! ¿Y vamos por eso a renegar de *Sotileza*, entre las obras de su género y de su tiempo, la joya de más valía de las letras patrias? Ni pensarlo; los que escrupulicen, que no la lean.

Y basta ya de digresión y de escarceo. Novela tan hermosa como *El Buen Sentido* no ha menester de apologías ni de alegatos. En su ambiente sano y limpio no se respira una molécula impura: tanto, que la crítica *superhumana* seguramente que la habrá de tildar de harto ñoña y sacristanesca. Aquella protagonista, joven, simpática, hermosa, que tan honradamente se dedica a ganar el pan para su anciana madre, y, que truene, llueva o nieve, ni un solo día se queda en casa a descansar de sus enojosas tareas de institutriz a domicilio, indudablemente ha de parecerles irreal y fantástica, y cuando no, digna, más bien que de admiración y de elogio, de ásperos reproches y despiadadas censuras. Por lo que de ella dejo dicho, claro

que no; pues insensato sería aquel a quien no pareciese hermoso que una hija se inmolase por su madre, pero sí por lo que voy a decir.

Es el caso que en uno de los varios hoteles adonde va todos los días a desempeñar funciones pedagógicas, la casa de una generala viuda, dignísima por todos conceptos de la alta posición en que se encuentra, hay un estudiante, joven de diecisiete años, hijo de dicha señora, que llega a enamorarse perdidamente de la simpática institutriz. Esta, que también tiene en su pecho su corazón, acepta el amor que le ofrece el joven y le corresponde con todo el suyo puro y honesto, pero ardiente a la vez y apasionado. El joven ya no se cura como antes de los estudios. Los profesores se quejan, la madre comienza a sospechar el lance amoroso, y una noche, al irle a dar a su hijo el beso de costumbre, para retirarse a descansar, le encuentra dormido en su cuarto de estudio, la luz encendida, y sobre la mesa, en vez del libro abierto, el retrato de su encantadora maestrita, admirablemente conforme con el original y con una muy expresiva dedicatoria.

A pesar del honroso juicio que de la institutriz de su hijo había formado la generala, había motivos aparentes para temer cualquier cosa de aquellos amores. Era necesario combatirlos y aniquilarlos, a ser posible. Si sólo hubiesen existido esos obstáculos injustos, creados por la sociedad, por el convencionalismo social —diferencias de sangre, de clase, de posición— la generala no se hubiese arredrado en que su hijo hubiera unido su suerte

con la de aquella joven, que le parecía, y lo era en verdad, sumamente virtuosa. En esto es forzoso hacer justicia a la distinguida viuda, que conocía y apreciaba muy bien el santo igualitarismo de la Cruz. Pero había un obstáculo que no se podía vencer: el de la diferencia de años. Luisa, que a tan dulce nombre respondía la institutriz, llevaba lo menos nueve años al estudiante. Cuando ella envejeciese, él estaría en la plenitud de la edad. ¿Qué haría entonces su hijo? La generala conocía a fondo los ímpetus de las pasiones de su hijo, y le amaba demasiado para consentir que un día se viese en situación en que corriese graves peligros su alma. Había, sí, que oponerse a que se efectuase aquella unión. Así lo aconsejaba el buen sentido.

¡Qué escena más dramática la que ocurrió en la primera entrevista de Luisa y su señora! Y qué peso más grande el que ésta se echó de encima, al persuadirse de que entre ambos jóvenes nada había ocurrido oliente a deshonra. ¡Cuánta alegría la suya al descubrir en el alma de la amante de su hijo aquel fondo tan grande de buen sentido que la forzaba a reconocer la justicia de sus advertencias y reparos, y a prometerle una ruptura franca de relaciones, procurando no volver a verse con él jamás ni a escribirle, ni aún a leer las cartas que él la escribiera! ¡Qué sacrificio tan heroico el de aquella alma y con qué valiente resignación sufrido!

Cuando aquella tarde regresó a su pobre y honrado hogar, donde, como de costumbre, la espera-

ba suspirando la madre, llevaba el corazón partido de dolor, que se le reflejaba en la cara con toda su intensidad. Leal y franca con la que le había dado el ser, contó a su madre con todos sus pormenores cuanto ocurría y el enorme sacrificio a que se acababa de comprometer.

Hubo escenas tan dramáticas como la anterior, en que dominó también el mismo buen sentido. Hubo martirios íntimos al devolver las cartas cerradas al dueño de su corazón. Y la enfermedad contraída de resultas de tanto sufrir, puso a nuestra joven al borde del sepulcro. Pero todo al fin se arregló como ordenaba el buen sentido. Y ese buen sentido es contra el que se desatarán en improperios los críticos osados, partidarios empedernidos del amor libre, para quienes la virtud es una vacuidad, y la vida un período brevísimo de tiempo en que todos nos debemos dejar sugestionar y adormir por el placer, aspirando el voluptuoso incienso que sin cesar se está quemando sobre el altar de las pasiones... Pero a buen seguro que lo habrán de bendecir cuantos, simpatizando con la sensata y juiciosa protagonista, y llegando a cobrarle el amor verdadero a que se hace acreedora, la vean regentando una escuela obtenida por oposición, tras la deshecha marejada amorosa en que, como frágil y maltrecha navecilla, irremediablemente parecía que había de naufragar.

* * *

Al par que la linda colección de novelas de cuyo valor literario hemos procurado informar a nuestro lectores, la Biblioteca "Patria" está haciendo su colección de cuentos, también premiados, inspirados, como aquéllas, en asuntos moralizadores e interesantes. Algunos de ellos rebasan el límite de cuentos y entran en los términos de la novela, no ya sólo por el considerable número de páginas, sino por el complejo desarrollo de la narración, no falta de los episodios y digresiones correspondientes, que en harmónico maridaje van enlazándose al conjunto.

De este género es *Engracia* (1), preciosa novelita en que el Sr. Pamplona Escudero, siguiendo las huellas de Wiseman, de Clarcke, de Gay y de Sienkiewikz, despliega ante nuestros ojos un pequeño lienzo de historia romana, rico de descripciones, en las cuales como que se palpa y se toca el salvaje colorido de la época. Después del magnífico derroche descriptivo que nos asombra y casi nos aturde en la *Faviola* del sapientísimo Cardenal y en el *Quo Vadis* del eximio novelista polaco, claro es que no arguye extraordinario mérito la labor del Sr. Pamplona Escudero haciendo desfilar ante nuestra vista aquella mezcolanza de refinamientos y de barbarie en las costumbres, que era el rasgo más característico del mundo romano cuando ya había comenzado a sentir las íntimas sacudidas sordas de desmorona-

(1) *Engracia,* por R. Pamplona Escudero, obra premiada. Biblioteca "Patria".

miento y destrucción. Sin embargo, son muy de apreciar los esfuerzos hechos por este escritor para darnos a conocer el teatro donde se desenvuelve la acción de la novela, que era la famosa Cesaraugusta, cuyo gobierno ambicionaban los pretores romanos, y a donde sólo era dado llegar tras grandes servicios al Imperio.

El Sr. Pamplona Escudero ha hecho investigaciones exquisitas sobre la urbanización y topografía antiguas de la gran ciudad cesárea, y ha manifestado que podía dar a su *Engracia* proporciones e interés mucho mayores que la hubieran hecho una novela sugestiva y grandiosa. Es lástima que se haya concretado sólo a darnos una monografía más o menos novelesca del martirio de la Santa. Pero es lo que parece que ha intentado hacer, y a mi juicio lo ha indudablemente conseguido.

La lectura de *Engracia* es de sumo agrado y entretenimiento. En algunas escenas, como la que ocurre en el fondo del calabozo, cuando el pérfido Daciano se *digna* hacer una visita a la insigne mártir, ya moribunda, con objeto de persuadirla a sacrificar a los dioses, el alma se siente como anonadada por emoción sublime; bien que esa emoción no es debida a efectos literarios y sí solamente a lo sublime de la verdad histórica. El Sr. Pamplona Escudero debe de pagarse muy poco de efectos literarios. Digo esto porque es un tanto descuidado en el escribir. Los zahoríes de la crítica hermosillesca podrían tomar pie, para satirizarle, de varias infracciones de la Gramá-

tica; y esto debe evitarlo a todo trance cualquier literato que se precie de serlo.

En el mismo volumen que esta novelita van también otras pequeñas narraciones, entre las cuales, por la enjudia de su fondo y el esmero de su forma, descuella *La Mortaja*. Se trata de una escena que, los que estamos en el secreto de las conciencias, sabemos se desarrolla de cuando en cuando en el seno de ciertas familias: el despertar de un alma a la fe, al sentir que se le arranca un pedazo de su corazón; la vuelta de un padre a las creencias religiosas, al ver que una hija, tan inocente como adorada, se lo suplica y se lo ruega, cercana ya al morir, enviándole ya el adiós supremo en un mirada de infinita ternura. No se puede leer sin sentirse uno conmovido. ¡Leyérase en todos los hogares, pero especialísimamente en los presididos por padres de familia en cuyo espíritu irreligioso campea la incredulidad! Creo que había de hacer mucho bien.

* * *

A Teodoro Baró, ¿quién no le conoce por sus estudios históricos y literarios y por su sana labor periodística en el juicioso *Diario de Barcelona?* Quien no le conozca que lea *Dios me Valga*, y a buen seguro que de aquí en adelante le considerará entre los autores de verdadera estima; no ya sólo porque escribe correctamente y sabe prestar a su estilo los adornos retóricos oportunos, sino porque se ve en él al escritor sano, pru-

dente y substancioso, que no se paga de estudios y pensamientos superficiales, sino que va siempre a la médula, a la substancia, tratando de suministrar a cuantos le lean nutritivo alimento espiritual. *Dios me Valga* es un cuento entretenido y ameno, que nos pone en relación con un matrimonio sumamente simpático, y es a la vez una hermosa lección de moral que, bien entendida, sería receta segura contra la blasfemia aun para el carretero más mal hablado.

* * *

Antes de ahora, y con elogio, por supuesto, he hablado de D. Teodoro Baró, autor de la novelita *En la costa*, que hace poco tiempo ha dado a luz la Biblioteca "Patria". Con elogio hay que hablar siempre de quien pone su conciencia honrada en la pluma, y sea en las columnas del periódico, o en la obra de historia, o en el libro de literatura, escribe siempre el lenguaje de la verdad, que hace se respete a un escritor porque le ennoblece y dignifica. Las producciones periodísticas de este hombre no suelen adolecer de defecto alguno: procura inspirarse siempre en la opinión sana del país, que es la suya propia, y así sus artículos son siempre dictámenes de la recta razón, que podrá acalorarse alguna vez, pero que nunca yerra y se extravía. De sus producciones literarias ya no puede decirse lo mismo, esto es, que no adolezcan de ningún defecto. En general son mejores de lo que debían ser: no en cuanto a

la hermosura del estilo y a la pintura de los caracteres, y a lo bien trabado de las acciones, que en estas materias no se peca jamás por exceso de mejoría, sino en cuanto a la tendencia moralizadora, que, si debe aparecer siempre visible, nunca debe llegar a convertir la novela en una catequesis o en un predicatorio. Una novela donde a cada trique se sermonee sobre los horrores de este vicio o sobre las excelencias de aquella virtud, se cae en seguida de las manos del lector, que exclama desengañado: para escuchar homilías me voy a la iglesia. No reza esto, claro está, con la preciosa novelita de Baró, pues se lee toda ella con muy vivo interés, y en las aproximaciones del desenlace hasta con intensa emoción. Quien yo quisiera que tomara nota de estas observaciones es la Biblioteca "Patria", si es que ha de hacer algo, como intenta, por la regeneración de la literatura de fantasía. Creo yo a puño cerrado que esa literatura no ha de regenerarse con novelas de las cuales pueda decirse que son exclusivamente para beatas. Repito que nada de esto va con la novela que acabo de saborear, donde, con un argumento sencillo, —la vida de un lugar más o menos villa, pero al fin lugar de pesca— se nos trazan unos cuantos capítulos movidos como las olas del vecino mar, y algunos de ellos dramáticos y conmovedores. Hay en esta novela personajes como Papatucha, "Rayos y Truenos", el bravo pescador Nicolás y aun la misma Ernedina, su novia, aun cuando un tantico recargada de angelical y de mística, que merecerían figurar y bullir en una

novela de doblados alientos que *En la costa.* Son retratos de verdad que requieren un marco mucho mayor. Y luego aquel desenlace tan natural y tan hermoso en que vemos por fin al amor triunfando del mezquino interés, después de los múltiples obstáculos que interpone la fatalidad y que hacen esa victoria punto menos que imposible, da un valioso realce a la novela, dejando al lector completamente satisfecho. ¡Viene tan bien aquel poético idilio de la fiesta nupcial tras las trágicas lobregueces que envolvían en fatídicos augurios el porvenir de los protagonistas! Pocas veces suelen dejar el ánimo del todo complacido los desenlaces de las novelas: casi siempre ocurre algo que desagrada y que se rectificaría de mil amores si fuese posible. En el desenlace de *En la costa* no es así: todo marcha a gusto del lector, quien diríase que se asocia en espíritu a la felicidad que a los esposos sonríe.

---

# EL MEJOR "QUIJOTE"

Si no estuviésemos convencidos, hace ya mucho tiempo, de que el librero D. Victoriano Suárez era uno de los editores españoles a quienes más obligadas se deben reconocer siempre, tanto las letras como la historia patrias, bastaría a persuadirnos de semejante verdad, sin dejar asomo ninguno de duda, la soberbia edición que ahora está haciendo de la novela príncipe de nuestra literatura y de todas las literaturas del mundo, y de la cual tenemos ya a la vista el primer tomo, que es un volumen verdaderamente primoroso y magnífico (1). Claramente se ve, por las varias y finas tintas de la portada, por los tipos de letra cuya limpieza y claridad demuestran ser esta la vez primera que pasan por manos de los cajistas, y por la calidad superior del papel, rarísimamente empleada en publicaciones españolas, que al "bizarro" editor, como muy acertadamente le ha calificado un bibliófilo, no le han dolido prendas de ningún género, al acometer una empresa cuya realización ha de costarle con seguridad muchos miles de pesetas y aun de duros. Nuestros lectores saben ya muy bien el lujo y esmero con que don

(1) *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha,* compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra.—Primera edición crítica, con variantes, notas, y el diccionario de todas las palabras usadas en la inmortal novela, por D. Clemente Cortejón, Director y Catedrático de Historia de la Literatura en el Instituto general y técnico de Barcelona.—Victoriano Suárez, editor: calle de Preciados, 48, Madrid, 1905.

Victoriano Suárez publica todos sus libros, que en general suelen encerrar estudios serios y profundos de nuestra literatura o de nuestra historia: en las diversas notas bibliográficas que de esas libros ha publicado *España y América*, siempre hemos llamado la atención sobre el sello de distinción y de elegancia que este simpático librero imprime a cuanto edita.

Pues bien; toda la esplendidez de D. Victoriano Suárez en los libros editados hasta ahora, no tiene comparación con el derroche, con el verdadero derroche de lujo y brillantez que está empleando actualmente en esta edición del "Ingenioso Hidalgo", que creo habrá de ser la más monumental de las hasta el presente conocidas. Y hago esta aseveración no fundándome solamente en lo que pudiera llamarse magnificencias corticales o exterioridades suntuosas del libro, sino fijándome más bien en la riqueza de notas y de comentarios de propia cosecha con que le viene ilustrando el insigne director y catedrático de literatura en el Instituto general y técnico de Barcelona D. Clemente Cortejón, que es sin disputa el cervantófilo más sabio e ilustre de los tiempos actuales.

Asombra y aturde la pasmosa erudición cervantina de que este señor hace gala en la introducción, de cerca de doscientas páginas, que ha puesto al frente del libro: páginas briosas, en que, a la par que se siente la llama de un amor inmenso, rayano en adoración, hacia el Manco inmortal, se sorprende un espíritu investigador, firme y concienzudo, y una opulencia y variedad de cono-

cimientos que hacen pensar en que la crítica resultante de las profundas lucubraciones del señor Cortejón haya de ser una obra acabada y definitiva como la llevada a cabo por el Sr. Menéndez Pidal sobre el poema del "Mío Cid". Después de haber leído el profundo y substancioso estudio de este joven admirable sobre esta viejísima joya de nuestra literatura, "ahora que se encierre herméticamente en una vitrina el manuscrito inmortal para que nadie lo toque ni profane, y sólo pueda ser contemplado por los curiosos amantes de nuestras cosas", dicen que dijo Menéndez Pelayo.

Pues bien, después de la fecunda labor del señor Cortejón, bien podrá decirse que casi holgarán ya cuantas investigaciones críticas se hayan hecho o se hayan de hacer sobre la inmortal novela, y los materiales que hayan servido como de guía al sabio cervantófilo para llevar a feliz término su gigante labor, satisfechos de haber dado de sí toda la luz y substancia posibles, bien podrán descansar para siempre en el silencio de las bibliotecas, bien que expuestos a la pública curiosidad, al través de vidriados estantes.

Algo prematuro es anticipar juicios redondos sobre una obra futura, de la cual no conocemos más que una parte, siquiera sea valiosísima; pero es tanta la sabiduría que el crítico comentarista ha desplegado en la "Introducción", es tan hondo el examen que hace del léxico cervantino en la profusión de notas insertas en todas y cada una de las páginas de la inmortal novela, y es tan filosófico y ameno el breve espécimen que nos da —con

sólo los modismos y locuciones del verbo "echar" —del diccionario que nos promete al fin de la edición, de todas las palabras usadas por Cervantes en su famosa obra maestra, que no puede uno menos de sospechar que este profundo estudio haya de ser para sus congéneres y similares algo así como lo que fué la caballeresca creación del ínclito Manco para todos los libros de caballería. No en vano el señor Cortejón ha entretenido todas las horas de esparcimiento de su existencia en regalarse con el "Quijote", que llama "rico joyel del habla castellana, hermosa y gentil producción de lo más florido del ingenio del hombre"; no en vano ha dedicado la mayor parte de sus horas de meditación y de estudio a examinar cuanto del "Ingenioso Hidalgo" han escrito autores españoles y extranjeros, a hojear cuantas ediciones se han hecho del afamado libro en casi todos los idiomas conocidos, desde el catalán hasta el turco y desde el griego hasta el finlandés. La obra humana, si ha de encerrar gérmenes de vida próspera, ineludiblemente habrá de estar fecundada por el trabajo. Y la paciente y ardua labor que supone la obra del Sr. Cortejón, sería más que suficiente para honrar la acción mancomunada de un gremio de *intelectuales*, cuanto más el esfuerzo personal de un solo hombre. Bien agradecida le puede quedar la Academia Española. Gracias a la labor heroica de ese varón insigne, a quien auguramos el puesto que se ha ganado con entera justicia en los escaños de los inmortales, como dicen los franceses, podremos lisonjearnos

de haber restituído—creo que en el grado más alto posible—a la grandiosa novela el texto propio cervantino, la forma neta y genuina en que de la inspirada pluma del Rey de los ingenios se desprendió la invaluable perla de nuestra literatura.

Verdad que le habían precedido muchos críticos comentadores y eruditos en la aspiración de reintegrar su primitiva pureza al libro de Cervantes; pero los esfuerzos, en extremo laudables, de todos esos críticos, eruditos y comentadores, lejos de facilitar el empeño del Sr. Cortejón, lo dificultaban más y más, haciéndolo casi imposible. Por cada vez que con una ráfaga de luz le esclareciesen la pista que había de seguir, ¿quién duda que se la envolverían muchas veces en tupidas sombras, haciéndole aquí retroceder, allí cambiar de ruta y siempre andar temeroso y perplejo por aquel laberinto de investigación en cuyos recodos y sinuosidades ya tan esclarecidos exploradores como Hartzembusch se habían perdido y extraviado?

Hay que reconocer, porque así lo ordena la justicia, que gran parte de los materiales para el grandioso monumento cervántico que está levantando el Sr. Cortejón, habían sido ya extraídos de sus respectivas canteras por los críticos e historiadores de la novela por antonomasia, tanto extranjeros como españoles; pero esos materiales no estaban labrados ni allegados siquiera en un solo acervo, sino dispersos aquí y allá, y en forma fragmentaria, por las múltiples ediciones que

del libro sublime se habían hecho. La obra, pues, de este ilustre cervantista tuvo que ser, primero de acarreo, digámoslo así, y después de comparación y de estudio, para determinar el valor relativo de las investigaciones críticas y elegir las que le pareciesen más sabias y prudentes y menos expuestas a que de ellas se dedujesen absurdos, o se originasen dificultades y objeciones; escoger, en suma, los sillares que le pareciesen de mármol legítimo y desechar los que fuesen de piedra, apuntándolos, eso sí, en las sabias notas que van al pie de cada página del texto.

Con una modestia que le honra mucho, pues la modestia si cae bien siempre en todo hombre, cae siempre mejor en los talentudos y los sabios, el Sr. Corteión no presenta su trabajo "como el ideal de perfección a que todos aspiran"; sabe que la fijación del texto de una obra, cuando el autor ha ya desaparecido de entre los vivos y no ha dejado corregida de su puño y letra ninguna de las impresiones, es tarea, más que ímproba, imposible, porque no podrá llevar nunca el sello de lo genuino y de lo auténtico. Pero bien puede asegurarse que cuantas investigaciones ulteriores se hagan, sobre ser de muy poca monta, habrán de estar basadas en las infinitas notas que lleva "El Quijote" del Sr. Cortejón, que han de ser otras tantas huellas de luz que alumbrarán el camino de la crítica futura; por más que el Sr. Cortejón no intente con ellas enderezar a descubrimiento ninguno, y sí sólo "facilitar, como él dice, la inteligencia del texto, para que hasta los menos

versados en la lectura del Don Quijote, puedan hacerlo sin tropiezo alguno".

Y aquí se nos ocurre la siguiente pregunta: ¿Es que para entender la historia del "Quijote" se necesita de algún comentario explicativo, o de algún manual exegético, en contra del parecer del propio Sansón Carrasco, que asegura ser "tan clara que no hay cosa que dificultar en ella?" ¿Es que hay en el "Quijote" algún profundo sentido oculto, algún simbolismo político o religioso, cuya comprensión no pueda ser patrimonio más que de inteligencias próceres, iniciadas en misterios históricos y en filosofías esotéricas? Algunos escritores modernistas, de esos que cuando escriben sobre libros pretenden hacer crítica superhumana, afirman terminantemente que sí; y alguno de ellos, el famoso Rector de la Universidad salmantina, Sr. Unamuno, ha escrito ya, además de una explicación y comentario de la vida de Don Quijote y de Sancho, un ingenioso artículo sobre la interpretación del "Quijote", que vió la luz en *La España Moderna*.

No me detendré a hacer reparos contra ninguna de las dos producciones de este notable humorista, ya que una y otra se me antojan, más bien que exégesis y comentarios del "Quijote" de Cervantes, una especie de propedéutica para conocer a fondo el "Quijote" de... Unamuno; pero sí afirmaré que no es nuevo ya esto de querer atribuir simbólico y misterioso sentido a la obra maestra del rey de nuestros ingenios. Fueron muchos los que en Don Alfonso de Quijano, el bueno, preten-

dieron ver como en enigma a personajes insignes de aquella edad, lo mismo santos que emperadores. El paralelo entre el Ingenioso Hidalgo y el santo fundador de la Compañía de Jesús lo había buscado Bowle antes que Unamuno. Y conocida es de todos la chispeante y aguda refutación de ese pretenso esoterismo del "Quijote" que hizo ya el ático autor de *Pepita Jiménez*, discutiendo con un "tal" Benjumea, que diría Azorín.

No se encaminan las notas del Sr. Cortejón a descubrir esos sentidos ocultos que sólo existen en las fantasías que los sueñan, ni a desenmascarar esos pretensos personajes enigmáticos, que no son más que concreciones imaginarias forjadas por el capricho; sino sola y exclusivamente a que se aprecie y comprenda mejor la fábula sencilla y natural que tejen las inmortales páginas en la cual alienta vigoroso y robusto nuestro grande espíritu, si no libre de vicios y defectos, embellecido con los rasgos idiosincrásicos más hermosos de la raza y adornado con todas sus típicas tradicionales virtudes; y a que se saboree mejor, apurando, por decirlo así, en el paladar del alma, aquel casticismo incomparable que corre por todos los capítulos de la gran novela, como un río en cuyo cristal fluyese disuelta toda la gracia española.

Porque no me refiero solamente a lo castizo del estilo, que Cervantes parece haber llevado al más alto grado posible de lo ideal, sino también a lo castizo de cuantos personajes salen a relucir en aquel poema divino, cuya creación al decir de

Quintana, presidieron las Gracias y las Musas, convirtiéndolo luego en la más regalada de sus mansiones. A maravilla resalta pura y resplandeciente la encarnación del alma española en los simpáticos héroes de la novela que son sin duda los héroes más populares del mundo; pero si algo les faltase, ¡cómo se apresurarían a prestárselo duques y jayanes, pastores y venteros, cuadrilleros y bachilleres, galeotes y vizcaínos, barberos y sacerdotes, caballeros de los Espejos y de la Blanca Luna, toda, en fin, aquella turba de seres realísimos, a quienes el gran Velázquez de la literatura ha dado vivir y respirar eternos en el sublime cuadro!

No son los tiempos actuales los más abonados para que el público español se dedique a la lectura del gran libro y admire los generosos sentimientos de nobleza, de justicia, de heroísmo, de abnegación, que eran entonces patrimonio del alma nacional, y trate de restaurarlos en todo su esplendor y pureza. Esta regresión a nuestros primitivos sentimientos sería la vuelta a la conciencia nacional de nuestro valor, y nos reportaría de seguro más pingües resultados que esa decantada europeización por la que suspiran incesantemente nuestros *pequeños intelectuales*. Pero, lo que dirá esa juventud española, enferma de alma y empobrecida de espíritu, a fuerza de entregarse de lleno a esas novelas afrodisíacas y descomedidas que nos vienen de allende el Pirineo: esa literatura que se nos recomienda no se entiende; "es demasiado castiza."

# Armando Palacio Valdés y "Tristán o el Pesimismo".

---

Muchas veces en mis humildes críticas literarias he hecho mención honorífica del cantor insigne de *José* y de *La Aldea Perdida.* Aquí y allá le he dedicado párrafos varios, casi siempre encomiando las bellezas y primores que saboreo en sus obras, y rara, rarísima vez, insinuando los defectos de que no suelen estar exentas, como obras al fin humanas, que es imposible lleguen a la perfección. Mas nunca le había consagrado, no ya un estudio serio y profundo, que esto superaría indudablemente mis alcances literarios; pero ni siquiera un artículo a vuela pluma que diese una idea más o menos comprensiva de toda la gran labor estética del maestro. Y la verdad, yo estaba deseando escribir ese artículo y dar rienda suelta al entusiasmo sincero que desde la lectura de *José* había comenzado a sentir por el autor de *Tristán o el Pesimismo*; entusiasmo que no disminuyó cuando la aparición de *La Espuma*, aquella vehemente sátira, asaz naturalista, contra el vivir aristocrático, que tanto desagradó en Madrid y que tanto celebraron en Londres, donde, antes de que fuese conocida del público español, hablaban ya de ella con fervorosa simpatía críticos tan conocidos del público londinense como Edmundo Gosse, a quien el autor

enviaba desde Madrid las galeradas de pruebas, a medida que la novela se iba publicando.

¿Disminuir mi entusiasmo por Palacio Valdés con *La Espuma*? Ni siquiera con *La Fe*. Lo que hice entonces fué comprimirlo, lamentando los pasos de avance que, rodeado de nieblas, a mi parecer, daba Palacio Valdés en un terreno tan inseguro y peligroso, como es el de querer, a fuerza de vigilias y meditaciones, conquistar un don infuso que, como la aurora en los cielos, no puede nacer en las almas, sino a impulsos de la bondad de Dios. Confieso que tropecé en esta novela con páginas y con personajes verdaderamente repulsivos, como aquel cura botarate que se torna incrédulo sin más acá ni más allá, por no saber en punto a religión ni dónde tenía la mano derecha; confieso que me puse en guardia respecto de los móviles que pudiera tener el autor al complacerse en tratar como ya había tratado en *Marta y María*, y aun en *La Hermana de San Sulpicio*, temas tan delicados y expuestos a inexactitudes y aun a errores, como los religiosos y místicos, cuando no los ha precedido una amplia disciplina teológica; pero confieso también que estuve muy lejos de considerarle "sectario impenitente rabioso y pérfido", según osó llamarle un crítico insigne que solía ejercer su misión con madurez y serenidad, pero que entonces se dejó llevar demasiado por apasionamientos impresionistas.

Lo que sí me pareció fué que el sentimiento religioso de que está impregnado *José*, y que me había hecho tan grata su lectura, estaba su-

friendo en el alma del novelista una profunda crisis que le entenebrecía y eclipsaba. ¿Llegaría el eclipse a convertirse en cerrada noche por cuyo cielo, en vez de fulgurar estrellas y planetas, sólo negreasen fatídicos nubarrones de incredulidad? Esos temores y esas dudas me inquietaron por algún tiempo, y me inquietaban, no ya solamente porque se trataba de un novelista egregio de quien los críticos de afuera, más que los de casa, se hacían lenguas, colmándole de alabanzas y prometiendo a su nombre vida imperecedera en la mundial literatura, sino también por un sentimiento que a muchos parecerá estrecho y menguado, pero que todos reconocerán naturalísimo: porque se trataba de un compoblano ilustre y yo no quería que esa gloria de mi pueblo apareciese afeada por la irreligión y la impiedad.

En esta situación de espíritu llegó a mis manos *La Alegría del Capitán Ribot*, y si digo que acometí su lectura con verdadera avidez, ni sombra de exageración hallará nadie en mis palabras. Mis antedichos temores y dudas se desvanecieron, como el humo en la atmósfera, en aquel ambiente de nobleza, de generosidad y de simpatía en que los principales personajes de la novela se desenvuelven. "Los sectarios—me decía yo para mis adentros—no dejan pasar ocasión ninguna sin hacer alarde de su sectarismo; y aquí, en estas dulces y sabrosas páginas, no abundará el sentimiento religioso; pero tampoco habrá mojigato zahareño, por lince que sea, que pueda, con justicia, hacer escrúpulo de nada."

Y decía mal; porque ¡vaya si hay en la novela esta, sentimiento religioso! Los personajes predilectos del autor, el Capitán Ribot, Cristina y el confiadísimo Martí, son tres tipos acabados de nobleza, de fidelidad y de hidalguía que obran por generosos impulsos de conciencia y tienen temor de Dios; y donde hay todo esto, hay indudablemente fe y moralidad; y donde existan fe y moralidad, nadie se atreverá a echar de menos el sentimiento religioso. Y luego ¡qué novela más hermosa desde el punto de vista del arte! Pocas se podrán citar de más acabada factura. *Pepita Jiménez* la superará en aquel estilo magistralmente castizo y jugoso que Valera supo darse buena mano en arrancar de los grandes místicos españoles; pero en punto a internarse en las entrañas del espíritu, siguiendo las huellas de una pasión amorosa hasta sorprenderla en sus más íntimos secretos y ver cómo de ella se derivan todos los nobles impulsos de un alma, dudo mucho que la supere. Admirable es el análisis que Valera hace de Luis de Vargas, aquel sobrino del Deán, que a lo mejor de su carrera eclesiástica, cuando apenas piensa en otra cosa que en ser un santo, siente que las persistentes miradas de una viudita prenden en su corazón un fuego suave que se desarrolla casi invisible y como por grados, hasta trocarse en llameante incendio; pero no es menos de admirar la honda penetración y el paso firme y seguro con que Palacio Valdés se introduce en el alma del Capitán Ribot, sondeándola con el mismo acierto con que éste sondeaba el

mar, y haciendo de su espíritu amante una disección, por decirlo así, tan acabada como las que suelen hacerse del cuerpo humano sobre una mesa de anatomía.

Esta sola novela es más que razón suficiente para que su autor sea contado en primera línea entre nuestros novelistas psicólogos. No es que le afiliemos a esta escuela: Palacio Valdés es principalmente realista, con aquel realismo que, según dice él en un libro de crítica escrito en colaboración con Clarín (1), sólo pinta la realidad digna de ser pintada; bien que esto no obste para que algunas veces se salga de los límites de su escuela y sea psicólogo, simbolista y hasta romántico. Aunque él no nos lo haya dicho, si es que nos lo ha dicho yo lo ignoro, piensa, como Daudet, que lo de empadronarse en ésta o en la otra escuela es muy secundario, y que lo primero y principal es producir obras bellas en que alienten perennes la vida y la hermosura. Y esto ¡vaya si lo sabe hacer a maravilla el autor de *La Aldea Perdida*! Quienquiera que haya entretenido sus ocios con esta novela, verá que no hago más que exteriorizar un sentimiento común a cuantos hayan regalado su espíritu con aquellas vibrantes páginas, por las cuales discurre constantemente un aliento épico que las perfuma y las idealiza.

Para los lectores que desconozcan las costumbres de las aldeas asturianas, y, sobre todo, las

(1) *La Literatura en 1881*.

de los pintorescos valles lavianenses, gran parte de las bellezas del inspirado libro serán como si no fuesen, porque pasarán para ellos desadvertidas. Críticos conozco yo muy entusiastas de Palacio Valdés que, al hablar de *La Aldea Perdida*, lo hacen con relativa frialdad e indiferencia, relegándola a un lugar muy secundario en el catálogo de sus obras. Ya decía con mucha exactitud Clarín, escribiendo sobre Pereda, que la mayor parte de las bellezas, de que esmalta sus obras el gran novelista montañés, sólo las podíamos apreciar en todos sus quilates los hijos de las Asturias. Con esta obra de Palacio Valdés sucede lo propio: sobre muchos de sus primores pasará el lector indiferente y frío; pero aun así, son tantos y tantos los que la embellecen y avaloran, que forzosamente le habrá de arrancar su lectura aplausos sinceros y fervorosas alabanzas.

Se trata de un cuadro de costumbres semi-primitivas, como lo son generalmente las costumbres de todas las aldeas, trazado con pinceladas magistralmente realistas, a lo Velázquez, que hacen como salirse del lienzo a los diversos personajes, moviéndose y agitándose pletóricos de vida. Es una obra en la cual Palacio Valdés se ha excedido a sí mismo. Su pincel ha sabido arrancar a la paleta colores más recios y vigorosos que nunca; y por el fuego sagrado que caldea el estilo, se nota perfectamente que el artista escribía bajo la divina influencia del numen inspirador. En ninguna de sus novelas llega Palacio Valdés a enfervorizarse tanto como en ésta, con los seres for-

jados por su fantasía. A veces los saluda y apostrofa con un cariño y entusiasmo, cual si se sintiese trasladado a la época de su niñez y los mirase pasar a su vera. Y es que en esta producción el insigne autor de *Tristán* no crea tipos humanos como en otras, sino que más bien, al poderoso influjo de su péñola, conjura y resucita. Sí, esta es la palabra, *resucita*, devuelve la vida a los viejos y mozos que ha conocido de niño y de quienes ha guardado siempre un recuerdo santo en la memoria. No se resigna con la desaparición de aquellas gentes que conservaban la frescura típica de una raza, y las evoca en la soledad de sus vigilias y al mágico conjuro de su acento las va haciendo reaparecer lo mismo que fueron, con los mismos rasgos fisonómicos, con la misma robustez de músculos y con las mismas costumbres y creencias.

Además de todo esto, que vale mucho, para los críticos que no queremos que el arte ande divorciado de la Moral, tiene esta producción de Palacio Valdés un singular encanto, que nos la hace más simpática y atractiva, y es el profundo sentimiento religioso que impregna todas su páginas. Baste decir que toda la acción novelesca se desarrolla tocando a dos poéticos santuarios de la Virgen, en cuyos alrededores la juventud de uno y otro sexo baila y retoza en las romerías, mezclando los vítores a la Patrona con los bélicos *ixuxús*, que, cual toques agudos de cornetín, brotan de cuando en cuando de la danza. Y conste que del sentimiento religioso de esta novela, que

algunas veces llega a conmover (como cuando vemos a las mozas entrar en el santuario a poner a los pies de la Virgen las flores con que las obsequian sus galanes), no participan solamente los aldeanos y aldeanas que en la acción intervienen: el mismo autor se siente inundado de él, y de su pluma brota pidiendo bendiciones una plegaria ferviente que halaga los oídos y el alma como un trozo de poesía.

Acaso no falte quien tilde de sensiblería extemporánea esta nimiedad en que me fijo: no me importa. Me fijo en ella precisamente porque Palacio Valdés ha sido siempre acusado de irreligioso y aun de impío y de sectario, acusaciones a las cuales daba un tinte de justificación *Marta y María*, y más aún que *Marta y María*, *La Fe*. Y yo tengo empeño en que esas acusaciones se desvanezcan, o por lo menos no se extiendan y gegeneralicen hasta llegar a aplicárselas incluso respecto de *La Aldea Perdida*, que así lo ha hecho cierto crítico gijonés, llamémosle así, que piensa sin duda que para juzgar una obra artística basta con tener incrustadas en el magín cuatro ideas políticas de los tiempos de Maricastaña. Abrase en buen hora una campaña crítica para perseguir a sangre y fuego aquellas novelas en que Palacio Valdés, con la intención de corregir extravagancias místicas y demasías superticiosas, se haya corrido de modo indiscreto hasta aparecer a los ojos de muchos como un profanador del santuario; pónganse en el índice inquisitorial que a su capricho se complacen en formar ciertos censores

más rígidos que Catón, no solamente las dos novelas tan traídas y llevadas, sino también *La Hermana de San Sulpicio*, sin que le valgan las magistrales páginas descriptivas del cielo y de la tierra andaluzas; ya que al lado de esas páginas hermosísimas —como que no las tiene mejores ningún escritor sevillano—hay otras que semejan rechiflas semivolterianas de la vida de sacrificio que viven las vírgenes en los conventos; pero ¡por los clavos de Cristo! que no se incluyan en el terrible anatema producciones tan gallardas y primorosas en todo, como *José* y las tres últimas obras del eximio maestro.

Y digo *en todo*, porque en éstas no existe ya ni atisbo siquiera de aquella que llamaba Clarín "poética inclinación del alma del autor... a la contemplación a su modo religiosa", que, según dicho crítico, despuntaba en *Maximina* y aparecía ya franca en *La Fe*, y que—esto ya no a juicio de Clarín—hizo cometer al esclarecido novelista yerros y desvaríos lamentables. Ya hemos hecho constar que las informa un espíritu férvidamente critiano, y que, de haber en alguna de ellas contemplación religiosa, ya la tal contemplación no lo es *a su modo* sino al modo sano que enseñaron en sus obras ascéticas y místicas los grandes contemplativos de los siglos de oro de la Iglesia. Yo no dudaría en recomendar novelas tan preciosas aun a los espíritus más meticulosos, y que, como suele decirse, se ahogan en un vaso de agua; y eso que en recomendar lecturas de novelas no me pesa de haber pecado siempre de sobrio y moderado.

Además del ambiente puro y salutífero que en ellos se respira, es tan de admirar la sabia distribución de todas sus partes, que reflexionando sobre cualquiera de esas producciones, una vez leídas, nos parece estar contemplando en los espacios de la imaginación como una magnífica fábrica de espiritual arquitectura.

En esto de concebir un argumento y madurarlo bien sometiéndolo a lenta incubación cerebral, y desarrollándolo después con número, peso y medida, no alargando demasiado los episodios, ni hinchando a fuerza de aire los personajes, ni desmadejando el diálogo en fruslerías e insulseces, creo que no tiene Palacio Valdés competidor entre todos nuestros novelistas. Es, en la novela, lo que Ayala y Tamayo en el teatro; que no serían los más grandes dramaturgos, pero sí seguramente los más perfectos. Antes de ponerse a escribir, Palacio Valdés medita y medita el asunto, se da cuenta a sí mismo de todo el interés artístico que pueda ofrecer, de toda la belleza que pueda encarnar; y después de haber abarcado con una mirada sintética toda la concepción de la obra, es cuando toma la pluma y la deja correr sobre el papel, no con la mira de que borde y cincele, pero sí con la preocupación de que pinte fielmente dando forma plástica aun a los pormenores más insignificantes de la construcción ideal que él tiene ya levantada en su cerebro. Se inquieta muy poco por la forma. Sólo parece sentir vivas inquietudes por el fondo. Procura penetrarse bien de la psicología de todos sus personajes novelescos, en lo

que tiene mucha semejanza con Stendhal; bien que el orgullo, la presunción y el ateísmo de este autor francés alejen la semejanza en todo otro sentido.

Alguien ha dicho que el descuido del estilo en nuestro eminente novelador es muy estudiado; que esa manera de escribir tan natural y sencilla, rayana a veces con la llaneza, obedece al propósito concebido de antemano de ser traducido en el extranjero. Yo tengo para mí que este juicio, que al fin y al cabo no es más que una inculpación de vanidad, es uno de aquellos paralogismos, que dicen los filósofos *post hoc, ergo propter hoc.* Se ha visto que nuestro gran novelista era traducido a los idiomas extranjeros con preferencia a todos nuestros autores, y se ha dicho: descuida la forma, llegando hasta pecar de extremada sencillez, únicamente para que le traduzcan. Acaso a la encantadora sencillez de su estilo deba el excelso novelista el privilegio de ser el autor español más traducido y celebrado; hay indudablemente maneras de escribir español que sólo un hijo de España puede entender debidamente. Por lo menos del estilo de Valera lo afirma terminantemente Edmundo Gosse, uno de los pocos críticos ingleses que parecen estar al corriente de nuestra literatura. Pero de que a su sencillez estílica sean debidas las traducciones, no se sigue que tal sea el objeto de Palacio Valdés cuando escribe.

No creo en esa vanidad infantil. Esa sencillez será estudiada; pero porque le impelen de consuno a ese estudio su propia complexión artística y

sus convicciones estéticas, entre las cuales debe de entrar como dogma principal lo que podríamos formular del modo siguiente: en obras de arte, la naturalidad es la verdadera poesía. No se crea, sin embargo, que por ser sencillo el estilo de nuestro autor propenda siempre, como ha dicho la Pardo Bazán, "al desaliño, la monotonía, la indigencia." Lo que hay es que Palacio Valdés ha perseguido siempre con empeño la para él dogmática naturalidad, y ésta no suele pagarse de filigranas y pompas retóricas.

A Palacio Valdés le gustan las caras limpias cuando son hermosas, no recargadas de afeites y colorines; lo cual es cosa muy distinta de la monotonía y la indigencia. Por lo demás no se me oculta que nuestro gran autor dormite *aliquando*, como Homero, y llegue hasta incurrir en verdaderas faltas de construcción y de sintaxis. Respecto de *Marta y María* y de *Maximina*, ya se lo había hecho observar Clarín; respecto de algunas otras novelas, pudiera hacérselo observar cualquier cazarripios valbuenesco; pero siempre tendría que confesar que esas menudencias gramaticales, si no excusarlas—porque la Gramática no debe excusarse nunca—, bien valía la pena de darlas al olvido, en atención a la naturalidad, a la fluidez y a la donosura de un decir tan castizo que escenas tan peregrinas nos va trazando.

Gusto—¿quién no gusta?—del estilo mágico, retorcido y quintesenciado de Flaubert; pero gusto también, y en alto grado, del estilo de nuestro novelista que viene a ser en retórica el verdadero an-

típoda del atildado escultor de *Madame Bovary*. Me placen uno y otro autor porque ambos responden perfectamente a su temperamento artístico, porque ambos a dos son sinceros; pues para que un autor sea sincero basta con que deje obrar a su naturaleza artística.

## II

Antes de hablar de la última obra de Palacio Valdés, que está suscitando gran revuelo de encontradas opiniones entre revisteros y críticos, permítaseme divagar un rato sobre los motivos probables de la tardanza del esclarecido novelista en dar a la estampa un nuevo libro; porque no hay para qué disimular que todos sus admiradores la extrañábamos en gran manera, y, sobre extrañarla, la sentíamos. No faltó quien creyera que el gran novelista había roto definitivamente su pluma, retirándose para siempre del camino de la gloria, donde tantos laureles había conquistado. Un escritor argentino, que había celebrado con él una *interview*, salía diciéndonos que Palacio Valdés era un "amargado de la vida", y nos hacía barruntar que los imaginados amargores procedían de la crítica peninsular, que siempre se había mostrado con el insigne novelador un tanto injusta y desdeñosa.

Por supuesto, yo protesté en mis adentros contra las suposiciones del literato argentino: no creía que hubiese fundamento sólido para que Pa-

lacio Valdés se suicidase literariamente, amargado del vivir. Los desdenes de la crítica española podrían ser ciertos, poniéndola en parangón con los ardorosos entusiasmos de la crítica extranjera; pero, sin esa previa comparanza, los desdenes no existían ni por asomos. Yo no tomé nunca al pie de la letra la pintoresca imagen de no recuerdo qué escritor que simbolizaba la fama literaria del gran novelista en una doncella de ojos azules y cabellera rubia, que se complacía en vivir siempre en países extraños, de donde era natural, y que sólo de primavera en primavera venía como de turista a España, a darse unas vueltas por el Retiro y coger un puñado de flores, que iba a ofrecer al preclaro novelista dándole al mismo tiempo un beso y un adiós.

No, no hay que tomar al pie de la letra esta hermosa imagen, en cuya presentación ignoro si habré estado del todo fiel: Palacio Valdés goza en España verdadero renombre de gran novelador, y me consta que no está quejoso—ni tiene por qué estarlo—de sus éxitos de librería. No es ninguna quimera vender sus novelas, como de las de otros novelistas han asegurado algunos libreros. Creo que, aun dentro de España, sea uno de los autores que tienen mejor mercado. Yo tengo para mí que la tardanza de Palacio Valdés ha obedecido exclusivamente al propósito de no aminorar en lo más mínimo su gran fama literaria, en buenas lides adquirida. El hombre se encariña, como es natural, con el ambiente que se respira en la cumbre adonde le ha remontado su propio valer,

y tiene miedo a que cualquier resbalón literario le haga descender de las alturas.

La osada crítica actual ha intentado derrocar los altares donde se quemaba incienso en loor de ciertos ídolos, y se gloría y envanece de haber descubierto que los tales ídolos no pasaban de dioses de barro. Ningún fundamento había para que nuestro novelista abrigase semejantes temores; pero las intenciones pérfidas e iconoclastas de la susodicha crítica quizá le preocupaban. Y antes de exponerse a barras y piquetas con una obra de arte, había que meditarla reposadamente y persuadirse a sí mismo de que obtendría con ella un triunfo seguro. Además, que ya decía Edmundo Goncourt que no era posible escribir un tomo de novela verdadera sino cada tres años; y aunque esta doctrina, con ser de todo un maestro, no pudiera tomarse *ad pedem titterae* pues el mismo Palacio Valdés en sus mocedades literarias salía a novela por año, no obstante era muy para meditada y aun seguida, sobre todo después de la serie de fracasos anuales de Galdós, fracasos a ojos vistas, pese a la crítica en boga que con este autor, quizá por consideraciones sectarias, no ha querido ser iconómaca.

Galdós, Galdós que, a pesar de llegar a una edad en que las facultades naturalmente declinan, se empeña en contar los años de su vejez por el número de sus engendros, como las corrompidas damas romanas solían contarlos por el número de sus maridos, es quien contuvo a Palacio Valdés

en ese largo lamentable silencio, inspirándole inquietudes y sugiriéndole dudas y haciéndole temer que su numen creador, sin esperanzas de resurgir, se hubiese ya hundido en el ocaso. Conste que no estoy revelando confidencias íntimas, sino exponiendo sencillamente racionales conjeturas y justificadas suposiciones. ¿Quién duda que las caídas del novelista canario desde las alturas adonde le habían sublimado algunos de sus *Episodios Nacionales* de la primera hornada, y *Doña Perfecta* y *Gloria*, que, a pesar de ser rematadamente sectarias e impías, no hay más remedio que confesarlas grandes novelas; quién duda, repito, que el despeñamiento de Galdós, desde las mismas nubes, era para hacerse tentar muy mucho la ropa y temer que, al pretender ser águila, no se pasase de Ícaro?

Mas, por fortuna, *Tristán o el Pesimismo,* lejos de ser un fracaso, se me antoja uno de los más felices éxitos de su autor. La imaginación del insigne novelista asturiano, en vez de languidecer con la edad, como que se vigoriza y robustece, haciendo alarde de juveniles bríos, e irradiando resplandores verdaderamente geniales. ¡Extraño contraste con D. Benito! Mientras éste, con Casandras y Duendes de la camarilla rueda como despeñado de la cumbre, de donde le expulsan, por novelista *comprado*, los dioses, Palacio Valdés, manteniéndose firme en ella, hace un esfuerzo maravilloso y como que quiere tocar en el mismo cielo. Hay que reconocerle primado indiscutible de la novela española. El segundo puesto ya se

lo concedían, tiempo hace, la mayor parte de los críticos: ahora, con la obra gigante que acaba de producir, ha escalado triunfador el primero. Tenía que suceder así: mientras D. Benito dormía sobre sus laureles con sueño entumecedor, y, confiando demasiado en las privilegiadas dotes con que la Providencia le ha adornado, desdeñaba el estudio, la reflexión y la cultura, creyendo que la enorme potencialidad de su cerebro no tenía más que mirar dentro de sí para escoger entre los innumerables prototipos imaginarios de su mundo interior, e insuflándoles la existencia, ir aumentando más y más su ya crecida progenie humana, Palacio Valdés prosiguió estudiando autores y rumiando libros, todos aquellos libros en que le parecía sentir el paso de un genio, ora por pensamientos de que surgían ráfagas de ideas, ora por sentimientos que chorreaban sangre del corazón. Y así es como llegó a enriquecerse con una cultura maciza y variada, muy superior a la de la generalidad de los novelistas españoles, y así como casi siempre ha llevado a sus novelas, además de la consiguiente belleza artística, un cúmulo de doctrinas ahondadoras que se agarran al espíritu del lector y no pueden menos de inquietarle vivamente, sumiéndole en vigilias y meditaciones.

En Palacio Valdés, el gran novelista corre parejas con el concienzudo filósofo que intenta echar su escandallo en los grandes misterios de la vida. Dista *toto cœlo* de esos amables escribidores, que habiendo recogido en el tráfago del vivir cuatro observaciones, generalmente epidérmicas, se

ponen a escribir resmas de cuartillas, vacías de ideas y de sentires, aunque llenas de ritmos y de imágenes bullidoras, con lo cual y un poco de psicología cursi, ya se imaginan haber prestado inmensos servicios al arte, juzgándose, por de contado, acreedores a la inmortalidad. A esa música exterior de la forma, nuestro novelista apenas atiende: sus facultades parecen concentrarse todas en el oído espiritual del alma, para atender únicamente a la música interior del fondo. Los pensamientos grandes y los sentimientos profundos ejercen sobre su espíritu una sugestión facisnadora; le atraen y le absorben con mucha mayor fuerza que atraían y hechizaban las sirenas legendarias a los nautas antiguos. Y como éstos solían naufragar cuando, quedándose extasiados, al embelesante arrullo de las peregrinas canciones que surgían del fondo de los mares, llegaban hasta perder la conciencia de que se hallaban sobre las olas; así los pequeños naufragios de Palacio Valdés en algunas novelas han procedido de haberse dejado embebecer demasiado por el encanto sirénico de los temas doctrinarios que escogía para asunto, y que, como el mar, tienen también sus sirtes engañadoras y sus peligrosos bajíos.

En *Tristán* es donde nuestro novelista ha navegado con brújula más segura y con rumbo más cierto. ¡Y cuidado que debe de haber oído durante la travesía —prosigamos con la metáfora— canciones hechizantes y halagadoras, incitándole a dejarse embebecer para que diese de súbito en algún traidor escollo inesperado! Porque *Tristán*,

además de una gran novela, es un libro de intelectualismo candente. Sí, Tristán a la vez que un personaje de carne y hueso, es un símbolo, una representación de gran parte de la juventud literaria, no ya sólo de España, sino de toda la vetusta y enferma Europa, y es además una encarnación vigorosísima de todo el pesimismo teórico y práctico de Schopenhauer y de Leopardi, pero principalmente del desventurado Federico Nietzsche.

Con este gran genio desequilibrado y rebelde que maldijo tantas cosas que debía bendecir, y exaltó en cambio tantas otras que debía abominar, nos muestra el protagonista de la última novela de Palacio Valdés un parentesco muy próximo, y no ya sólo por afinidad de espíritu, sino también por comunidad de sangre y hasta de humores. A ambos a dos los adornó el cielo espléndidamente de dotes intelectuales; ambos a dos llegaron a gozar reputación de hombres sabios y esclarecidos, el uno con sus lucubraciones filosóficas y estéticas, empapadas de inmoralismo devastador, el otro con sus poesías y comedias aplaudidas en salones y teatros. Hasta en la complexión física debe de haber tenido Tristán mucho de parecido con Nietzsche; pues, si no achacoso y enfermizo, como solía andar siempre el gran *excéntrico* alemán, adorador de la fuerza bruta, no debía ser nada vigoroso y robusto, a pesar de lo buen mozo, a juzgar por las maliciosas preguntas que le dirigía su amigo Núñez, el cínico pintor, tratando de averiguar si su esposa de algún bofetón le había de-

rribado ya por el suelo: eran esas burlescas preguntas muy significativas de debilidad.

Pero en lo que más se parecen estas dos encarnaciones del pesimismo, obra la una de la naturaleza, y obra la otra del genial talento de nuestro gran novelista, es en aquel hastío profundo e injustificado que encuentran en cuanto los rodea, en aquel disgusto irresistible que los fuerza hasta a enojarse con su propia sombra. Al través de la niebla gris que se levanta continuamente en su imaginación, contemplan el mundo y el cielo, y el cielo y el mundo se les ostentan sombríos y poblados de monstruos. Son neurasténicos inaguantables, que a lo mejor se irritan sin saber por qué y lanzan venablos contra sus mejores amigos, como hizo Tristán en aquel despiadado artículo satirizando al gran poeta Rojas, imitando sin duda a Nietzsche cuando, de la noche a la mañana, echó de ver que su amigo Wágner, a quien hasta entonces había venerado como portentoso genio, no era otra cosa que un bárbaro primitivo. Habían de tratar con ángeles, y hasta los ángeles habían de inspirar inquietudes y recelos a esos seres desgraciadísimos, predestinados a una infelicidad irremisible.

Un ángel era Clara, la esposa de nuestro malhadado Tristán; un ángel inocente, amabilísimo y hermoso, capaz de labrar la dicha de cualquier hombre que no fuese un hipocondríaco empedernido, y hasta de Clara, que le adora, llega a concebir la horrible sospecha de que le trata de envenar, lo que la obliga a partir de su lado y dejarle

solo, abandonado a sus lacerantes y monstruosos delirios. Para que las cosas llegasen a tan espantoso extremo, Palacio Valdés no ha tenido que forzar la nota pesimista, haciendo de Tristán una caricatura: sólo ha necesitado dejar obrar al pesimismo, dejar que las tendencias sombrías de aquel enfermo crónico se desarrollasen como una semilla venenosa, confiada al seno de la madre tierra, llegando a su plenitud e impulsándole de pendiente en pendiente y de precipicio en precipicio, hasta abismarle en aquella abrumadora desolación en que debió de quedarse sumido, al ver que hasta el perro, tras lastimosos aullidos, le abandonaba.

La novela de Tristán es una biografía que palpita y que late. Alguien, por lo menos en parte, se verá historiado en ella. Que no se avergüence ni desespere. Que no se avergüence: ya he dicho que Tristán no es una caricatura. A pesar de su inconsecuencia con la amistad, y de presentársenos con las manos tintas en sangre homicida, y de no haber hecho feliz a un ángel tan digno de serlo, como su esposa, a Tristán ni se le abomina ni se le maldice; antes bien, se le mira con una compasión y una lástima entrañables, que tienen mucho de respeto y casi, casi de simpatía.

Y que no desespere: el gran novelista enseña el camino de una fuente cuyas aguas salutíferas no sólo curan la fiebre pesimista, sino que tornan en suave y santa calma hasta la misma desesperación. Elena y Reinoso, que comparten con Tristán y con Clara el protagonismo de la novela, am-

bos estuvieron desesperados y a punto de ser suicidas; pero ambos acertaron a redimirse y ambos supieron ser más fuertes que su dolor. Aquella caída de Reinoso ante el Crucifijo que se destacaba doliente en el testero de la cámara conyugal, cuando ya tiene escrita la carta de rúbrica al juez y no le falta más que un momento para dispararse el revólver, que ya está dispuesto sobre la mesa; aquel súbito cambiar de resolución orando un instante con profunda humildad y humedecidos con llanto de arrepentimiento y de angustia suprema los ojos; y aquel rasgar la epístola al juez, sustituyéndola con otra de despedida a su infiel esposa, donde, sin atisbos de reproche, la hace propietaria de cuantiosa fortuna, son de un efecto dramático que sorprende inefablemente y desata por el alma del lector una oleada de emoción embriagadora que llega a las mejillas disuelta en dulcísimas lágrimas.

Sobrará quien censure esa repentina mutación en el espíritu de Reinoso y la intitule una cobardía. Pero no hay semejante cosa: ¡puede tanto un símbolo de la Cruz! Recuérdese a aquella Ana Karenina de Tolstoi que, al santiguarse casi inconscientemente, para arrojarse sobre los raíles de un ferrocarril, cuando pase la locomotora, cambia también súbitamente de resolución y siente que ama más que nunca la vida. Yo lamento que, gran parte de los lectores de Palacio Valdés, ayunos en absoluto de las dulcedumbres celestiales con que obra en los espíritus la gracia divina, y enamorados impenitentes de los desenlaces trá-

gicos en las pendencias amorosas, no puedan apreciar en todo su valor la finalidad cristiana de este libro, y antes al contrario, se imaginen que el capítulo de que venimos hablando, y el último en que se verifica la reconciliación de Reinoso y Elena, echan abajo todo el mérito artístico de la obra. La novela, en sí juzgada, según los sanos principios de la crítica, que están muy lejos de identificarse con los prejuicios irreligiosos y sectarios, no por eso dejará de ser una obra excelente, la mejor de cuantas se han publicado en estos últimos años; porque a la vez que es la más nutrida de enjundia filosófica, es también la más henchida de sentimientos generosos y la más genial y más humana. ¡Profundamente humana! Laten en ella tendencias nobilísimas de moralizar las costumbres y de sanear las ideas.

Falta hacía que se escribiese un libro cuyo trascendentalismo recio y sano fuese como un dique contra esa corriente de ideas depresivas y enervadoras que diríase tienen por objeto envolver en tinieblas el alma para que el mundo se dilate antes sus ojos, lóbrego y sombrío, y se le represente la vida como una maldición. Gimen muchas almas en esas tinieblas; esa viciosa predisposición del espíritu a contemplar el vivir al través de un prisma ensombrecedor, conocida entre la gente de letras con el nombre de "mal del siglo", ha cundido más de lo que se cree en la moderna sociedad, impeliendo a llorar a muchos seres que debían reir. Aplicad los oídos del alma a casi toda la literatura de imaginación que, desde Zola acá,

y aun desde antes de Zola, se viene produciendo. ¿No oís que del fondo de esa literatura surge un alarido inmenso de dolor que nos sacude el corazón con sacudimientos de tristeza?... ¡Es el grito mancomunado de los incontables esclavos del dolor que por las obras de arte desfilan, o más bien, se arrastran, dejando aquí y allá, marcada con sangre, la huella de su rodar por los resbaladeros de la vida!

Hacía falta, repito, un libro como *Tristán*, que viniese a ser médico y medicina de ese malestar inconsciente y hondo que, en mayor o menor escala, aqueja a gran parte de la sociedad contemporánea. No es que la fábula de esta novela sea un cielo de venturas y de alegrías por cuyo azul sereno no cruce ninguna nube; esto sería ponerse en contradicción palmaria con la realidad, a la cual ha rendido siempre Palacio Valdés fervoroso culto. De *Tristán* también surge un grito terrible de dolor que, para el infortunado protagonista, no halla en ninguna parte resignación, ya que el autor nos le deja sumido en una soledad mucho más espantosa que la de Consuelo en la gran comedia de Ayala; pero otros lamentos de dolor tan cruel como el del protagonista hallan al fin alivio sedante y hasta se transforman en efusiones de santa dulzura: imagínese si no la conmovedora escena desarrollada en el pueblecito de Anzuola, cuando la nueva pecadora arrepentida vuelve a aquel esposo generosísimo que, hacía ya mucho tiempo, la había perdonado, porque, según él decía, "¿cómo es posible vivir con un odio en el co-

razón?" El autor ha hecho muy bien en no explicar las dulzuras que allí ambos esposos habrán gustado: hay cosas que ni se pueden ni se deben explicar; porque es de mucho más efecto artístico dejar que a cada uno se las pinte y colore la propia fantasía.

Sí; esta admirable novela es también un libro de dolor. No se aparta de la famosa fórmula zolesca, "el arte es triste", más que en el último capítulo; pero al fin se aparta, y la siniestra fórmula queda contradicha, y entrevemos que el arte puede ser alegre, más aún, que debe ser alegre, porque no hay dolor inherente a la vida que no pueda ser endulzado cuando se sabe mirar al cielo.

—¿De la factura de la novela? Hay que confesarlo: no llega en lo artística a *La Alegría del Capitán Ribot.* El estilo está por debajo del de *La Aldea Perdida*, y es, como siempre, descuidado. En su primera mitad la acción novelesca se desenvuelve muy lánguida, y el entusiasmo no nos seduce. En las últimas doscientas páginas es donde brota el interés dramático que, a medida que avanza el desenlace, va adquiriendó nuevo brío. Entonces aun el léxico mejora por grados, hasta ser en el último capítulo de impecable castizo porte y de caldeada y casi lírica dicción. Los personajes son todos retratos que alientan, seres que bullen y se codean a nuestro alrededor. Unicamente Tristán aparece harto recargado de sombra: tenía que ser así, para que su pesimismo no fuese contagio y sí medicina. Los diálogos, que son de lo más brillante y humorístico que ha escrito

Palacio Valdés, abundan en frases gráficas e ingeniosas. Y por todos los capítulos fluye una ironía finísima, que a veces degenera, porque debe degenerar, en chispeante sátira, como cuando toca de perfil ciertas costumbres sociales, o nos hace un "barrido de adentro para fuera" en el Ateneo, o le da al buen paisano Barragán por meterse a espiritista. En resumen: novelas de estructura más perfecta las tiene el insigne autor de *Tristán*, pero de tanta trascendencia sanamente educadora, no tiene ninguna. No ha adelantado en *savoir faire*, pero ha adelantado muchísimo en saber sentir y pensar y en saber comunicar al lector sus pensares y sus sentires, trasfundiendo sus propios estados anímicos, que es la aspiración suprema del artista.

Además está perfectamente realizado en esta novela aquel ideal sublime de la estética tolstoyana: que el arte debe estar iluminado por un rayo de luz que no sea de este mundo. Y he aquí el principal encanto de esta novela, y por qué yo le deseo con toda mi alma a su autor lo que llamó Pablo Bourget *l'ivresse du dixième mille*, la embriaguez del décimo millar. Y no una sola, sino muchas embriagueces.

---

# El Solitario de Polanco

...Y me pareció que toda la *Montaña* se había entenebrecido de súbito, y que el cielo se había nublado, y que el mar se había sumido en calma abrumadora, y que en las nemorosas soledades de las cumbres habían quedado sin voz, hojas y brisas; y que una larga, interminable procesión enlutada, con cuyo gentío había trabado amistad íntima en días pretéritos, seguía llorosa tras un ataúd, que llevaban en hombros cuatro robustos marineros, de faz atezada y doliente; doliente, e inclinada hacia la tierra que pisan, como las de las plañideras estatuas que suelen guardar en hierática actitud el reposo de los sepulcros. Allí iban D. Celso, don Sabas, el tío Cancio y el tío Tremontorio, D. Gonzalo, D. Pedro de la Mortera, y Sotileza, y Pedro Sánchez, y Muergo, y el *Pae* Apolinar, y Agueda y D.ª Ramona, la Esfinge, y la angelical y hermosísima Luz, y hasta la mismísima Montálvez: un numeroso cortejo fúnebre, compuesto de aldeanos y de marineros, de hijosdalgo y de sacerdotes, de jándalos y de indianos, de raqueros y hasta de algunas damas del gran mundo; y por los rostros abatidos y por las frentes angustiadas, y por las mejillas llorosas comprendí que en el ferétro yacía el cadáver de un ser para todos adorado, a

quien iban a hacer las más solemnes exequias de la liturgia sagrada, despidiéndole para la eternidad sin límites de felicidad y de gloria, que con sus grandes virtudes, en vida, se había conquistado...

Sí; allí iban los restos mortales de Pereda, de uno de esos hombres nacidos para ser delicias de los hombres, y que, no sólo no debían morir, pero ni siquiera envejecer; uno de esos hombres cuya desaparición de entre los vivos nos coge siempre de sorpresa y constituye una desgracia universal, de la cual sólo podemos consolarnos con la persuasión irrefragable de que aquella alma generosa ha roto las ligaduras que la encadenaban a la tierra para volar e introducirse en mansiones divinas a gozar de regaladas venturas inenarrables y perennes. Pero no; ni siquiera con esto nos consolamos: habemos menester de que su espiritu, sin perjuicio de que vuele a inmergirse en Dios, se biloque en cierto modo, y permanezca a nuestro lado, y conviva con nosotros, sintiéndole palpitar y llegando como a percibir el susurro de su aliento. Y Pereda se ha ido; pero se ha quedado con nosotros. Siempre que deseemos conversar con él, no tendremos más que echar mano de uno cualquiera de sus libros y, abriéndole al azar, saborear unas cuantas páginas: Pereda aparecerá en seguida evocado ante nosotros por aquélla pureza estílica de su decir insuperable, que ha nimbado al excelso novelista con la aureola del primer escritor castizo de nuestros tiempos, y por aquella gracia placentera y efusiva que, disuelta

en las invaluables obras del maestro, penetra y se esparce por el alma del que leyere, levantando espirituales alegrías interiores, que a cada instante asoman a los labios en carcajadas y sonrisas.

Son estos, a mi juicio, los dos más gruesos diamantes que más resaltan en las imperecederas joyas literarias con que el ingenio de Pereda ha enriquecido el tesoro de nuestra literatura y las cualidades que más le asemejan a aquel gran Manco del siglo de oro, padre de una reina, la reina de todas las novelas del mundo, que siempre llenará a España de orgullo legítimo.

Porque Pereda no quiso beber en las fuentes y charquillos de la literatura contemporánea, donde con el hilo más o menos grueso de agua cristalina fluyen, de cuando en cuando, maloliente limo y cenagosa greda: se remontó a beber en los manantiales puros y castizos, formados por la jugosa savia de los grandes ingenios del siglo áureo; bebió y se bañó en aquellas ondas, y así es como supo desatar por sus libros esos raudales de gracias y donaires que embriagan al espíritu, sin hartarle nunca, con su frescura y limpidez. No desdeñó las riquezas y galanuras que trae consigo aparejadas el natural progreso del idioma, ni echó en saco roto la pulidez de la frase y la orfebrería del estilo moderno tan del gusto de los *consumidores*; sino que supo fundirlas con la nítida pureza y con la augusta majestad del decir clásico, creándose un estilo propio y personal, inconfundible con el de ningún otro escritor de nuestros días, y que es resumen y compendio de

todos los primores y gallardías que nuestra literatura antigua y moderna atesora. Para ser castizo escritor de los de pura y genuina cepa no ha hecho lo que hacen muchos imitadores del clasicismo: ir embutiendo en sus escritos frases e idiotismos sacados como con pinzas, de aquí y de allá, en las viejas obras inmortales que nos legaran nuestros mayores.

Por este sistema se podrá conseguir a lo sumo una labor de taracea que fije un momento nuestros sentidos, por lo caprichoso de los mosaicos retóricos, que más bien que ingenio sólo suponen paciencia benedictina. Pereda absorbió primero la quinta esencia de los grandes estilistas que dieron a la hispana literatura inmortal renombre, hizo suya la riqueza léxica encerrada en nuestros libros picarescos—que hoy casi nadie lee—discirniendo perfectamente el oro de la escoria; estudió después las curvaturas y retorneamientos del escribir pictórico de nuestra edad, echando a un lado pedanterías exóticas y colorismos decadentes, y asimilándose sólo su fuerza plástica y sus tonalidades músicas; y cuando soltó las compuertas al caudal acumulado, el decir del gran escritor montañés, fluyó como un torrente abundoso y diáfano, reflejándonos en su cristal las concepciones peregrinas del maestro, deleitando nuestros oídos con desusadas harmonías, y deslumbrando nuestra fantasía con encantadores panoramas.

Refulge además en el léxico de Pereda otra cualidad que acrece grandemente su precio, como

acrecen el de las alhajas las piedras preciosas: y es la de haber introducido en el arte el lenguaje popular, pasándolo antes, por su tamiz depurador y presentándonoslo limpio, sonoro y pintoresco, realizando una verdadera conquista para la literatura. Zola trató de hacer en Francia lo propio, llegando a conseguirlo en sus últimas novelas; pero lo hizo de modo que tuvo muy poco que agradecerle el lenguaje artístico: no supo o no quiso escoger entre las frases callejeras, en que suelen abundar tantos vocablos malsonantes; las recogió todas y las estampó sin quitarles nada de su crudeza, queriendo que una página causase la misma impresión fuerte de la realidad, con lo cual habrá ganado en viveza su literatura; pero en esa viveza del descoco y la procacidad de la calle, que fuerzan a apartar los ojos para no presenciar algún espectáculo nauseabundo. La delicadeza de nuestro excelso novelista no le permitió rebajar y deprimir el lenguaje literario; y sin rebajarlo ni deprimirlo acertó a impresionarnos con tanta fuerza, que no parece que se le está leyendo, sino presenciando las escenas que nos pinta y las acciones que nos narra. En esto de la limpieza de escribir y de la pulcritud en presentarnos ante la imaginación las realidades de la vida, lleva Pereda inmensa ventaja a todos nuestros novelistas picarescos, de quienes hay que confesar que más de cuatro veces se ponen casi al nivel del mismísimo Zola.

Bien es verdad que algunas de las palabras que emplean, y que hoy ya ni en calidad de copia

transcribirse pueden, no debían de causar entonces el mismo escándalo que hoy causan; de lo contrario, no tropezaríamos tan a menudo con ellas en Quevedo y aun en Cervantes. El escribir de Pereda es siempre limpio y honesto, aun cuando trate aquellos asuntos que más se prestan a expresiones y frases naturalistas, como cuando nos cuenta las múltiples picardías de los bribonzuelos desharrapados que en las ciudades costeñas hormiguean y bullen por la playa, o cuando nos traza algunos capítulos de *La Montálvez,* en que con el afán de satirizar los modos y costumbres de cierta clase social, sortea bastante acertadamente ciertos escollos que el gran Palacio Valdés no acertó muy bien a sortear en *La Espuma.* En apuros de esa índole prefiere traslucir a narrar, y saltar de orilla a orilla el pantano, a introducirse por su fondo agitando el cieno. Así es como de la forma estílica de Pereda puede decirse que es siempre limpia y hermosa, y que sin estar recargada de lujos y opulencias retóricos, ofrece tan vistosa perspectiva como un mármol níveo por un sublime Benlliure cincelado.

Me he fijado un tanto en la manera de escribir de nuestro grande hombre, porque el admirable estilista es lo que *prima facie* más sobresale en Pereda. Después del escritor viene el costumbrista y retratista portentoso, que rayando a igual altura que Mesonero Romanos y Larra y por encima de Trueba y de Fernán Caballero, nos ha legado todo un Museo del Prado, en cuyas galerías se destacan incontables cuadros magníficos, donde en

felicísimas pinceladas ha interpretado el pincel de Pereda mil alegres asuntos aldeanos, que traen forzosamente a la memoria las regocijadas telas de Teniers. Como el gran artista flamenco, Pereda tenía honda predilección por la gente de aldea y de lugar, y con naturalidad encantadora reflejaba en sus lienzos la vida del terruño, hasta en sus más insignificantes pormenores, a que él sabía infundir siempre interés de drama. No hay más que cerrar los ojos a lo que se tiene delante, y concentrando la fuerza considerativa en la imaginación, ir recordando algunos de los títulos de *Escenas montañesas*, como *Al amor de los tizones, La Robla, Ir por lana..., El Raquero,* o *Los Chicos de la calle;* para ver desfilar por el gran escenario montañés muchedumbre de tipos originalísimos que nos son perfectamente familiares, y a quienes profesamos sincera simpatía, desde los amables pilluelos Cafetera o Rajuca y su innominado compiche, que se cuelan un día en el teatro y en el momento de más sensación se avistan el uno al otro de extremo a extremo de la cazuela, entablando a grito pelado un diálogo que es lo que hay que oir, porque hace desternillarse de risa, hasta el erudito Cencio o el sabio tío Merlín, que llevan siempre la voz cantante en corrillos y reuniones, sobre todo cuando hay que ventilar alguna duda acerca de cualquier asunto, sea éste cosa de ayuntamientos o simplemente de... Geografía.

El pueblo santanderino, puntilloso y suspicaz, taimado y receloso, pero noblote y trabajador, y en el seno de la confianza hasta excesivamente

cariñoso y efusivo, aparece en las *Escenas Montañesas* retratado de cuerpo entero, con todos sus pequeños vicios y con todas sus grandes virtudes. Pereda ha llegado a sorprender hasta las palpitaciones más íntimas y secretas del vivir de sus conterráneos, y con una fidelidad pasmosa de retratista de genio las ha estereotipado en sus telas finísimas. Así que no se necesita ir a la Montaña para reconocer y amar a los montañeses: la veracidad exquisita del estudio pictórico de Pereda nos da de ellos una idea mil veces más exacta que la que pudiera uno formarse conviviendo entre ellos y anotando escrupulosamente experiencias y observaciones. Gracias a Pereda, sus paisanos son conocidos y apreciados en todo el mundo. ¿Quién, que se tenga por amante del arte y de la literatura, no ha leído una vez y otra esas escenas, por las cuales desfila, mucho más rebosante de vida que en una película cinematográfica, todo el pueblo santanderino, con sus resabios y pequeñeces, pero también con sus grandezas y sus virtudes? ¡Y pensar que hubo montañeses que llegaron a sospechar que las inmortales *Escenas* los desacreditarían ante el público de fuera de Santander, poniéndolos en ridículo! Y que fué preciso que Pereda pusiese al frente del tomo segundo de esas perlas invaluables de nuestra literatura un "prólogo, advertencia, preludio... o lo que ustedes quieran" defendiéndose de ataques y sincerando sus intenciones! Temían que la chancera y juguetona ironía con que el maestro incomparable esfumaba su estilo les acarrease la burla de los lectores, cuando

aquella tan bien esfumada ironía, además de uno de los grandes méritos de Pereda, era una de las cosas que contribuían a hacerlos más simpáticos? ¡Siempre el recelo y la suspicacia por delante! ¡Montañeses, montañeses!...

Vengamos al novelista. Pocas veces la crítica —y no la cominera, sino la sabia y erudita— se habrá mostrado tan reacia en conceder a un autor los honores de novelista como con el insigne solitario de Polanco. Ya había publicado unas cuantas novelas superiores, entre ellas *D. Gonzalo González de la Gonzalera* y el *Sabor de la tierruca,* y ni por esas. La crítica todavía no daba el brazo a torcer. Le colmaba, sí, de elogios, y le ponía, como escritor y como artista, sobre los cuernos de la luna; pero siempre concluía por descolgarse con la pamplina final de que, en el libro que entonces juzgaba, faltaba algo para novela. Casi venía a suponerse que no podía escribirse una novela tal con un asunto provinciano, y sobre todo santanderino; se hablaba mucho, y con entusiasmo, de lo que en *La Cuestión palpitante* llamó con frase muy bella la Pardo Bazán el huerto de Pereda, "bien regado, bien cultivado, oreado por aromáticas y salubres auras compestres"; pero en resumen se le venía a decir que, si quería se le reconociese novelador, tenía que ensanchar las lindes de su huerto. Y Pereda las ensanchó, las ensanchó hasta Madrid, y compuso una novela magistral, ante cuya majestuosa grandeza cayó como de hinojos la crítica, arrepentida de sus an-

tiguas esquiveces. A *Pedro Sánchez,* que es ese el nombre de la novela, se la saludó con una salva de generales aplausos, y desde entonces ya a nadie le fué lícito dudar de que el gran escritor montañés se había puesto de un salto entre los novelistas españoles de primera fila: *Pedro Sánchez* era una consagración de novelador excelso, aun a juicio de los más descontentadizos y recalcitrantes.

Y en verdad que el libro lo merecía. ¡Con qué maravillosa precisión se reconstruye en él toda aquella época de enconadas luchas políticas, civiles, religiosas y literarias, cuando el progresismo trataba de arrollar, por caduco y viejo, todo lo existente, aspirando a modelar a su capricho una sociedad cuyos miembros estuviesen siempre mecidos en ensueños de libertades imposibles! ¡Cómo desfila por aquellas páginas el Madrid de entonces con sus "hombres de pro" con sus demagogos, con sus periodistas, con sus literatos, con su populacho imbécil y hasta con sus mujeres desvergonzadas! ¡Cuán llenos de vida se nos pintan allí aquellos pequeños cenáculos de conspiradores que se reunían sigilosamente en un tugurio al interior, que les prestaba, benévola, una posadera más o menos libertina; cenáculos en que se pronunciaban soflamas con que diríase querían arrebatar *cœlo fulmen, sceptrumque tyrannis,* de donde salían los libelos furibundos que flagelaban sin piedad, y las hojas incendiarias que ponían en ebullición la sangre del populacho haciéndole correr frenético a las barricadas! Los hombres, los partidos, las ideas y las pasiones de aquellos días

revueltos, todo bulle y se agita en aquel libro, como en el fondo de un cuadro maravilloso donde con trazos geniales se hubiesen puesto en acción los remolinos de la vida. Aquello es la resurrección de una edad, llevada a cabo con un milagro de ingenio que chispea por todos los capítulos, manteniendo constantemente en los labios del lector una espontánea sonrisa plácidamente irónica.

No se crea, sin embargo, que yo siga el parecer de la Pardo Bazán y tenga a esta novela como la obra *non plus ultra* del gran novelador de la Montaña. Vale muchísimo, es una verdadera joya de nuestra literatura; pero ni en ella campea en todo su esplendor la inmensa vis cómica de Pereda, que es una de sus más sobresalientes dotes, ni tropezamos en ella con páginas tan robustas, tan inspiradas, tan líricas como las que nos recrean y embelesan el espíritu, arrebatándole del todo, en sus novelas regionales. Las mejores obras de Pereda son las escritas con más alma, con más amor; las de allí, las de la Montaña: *La Puchera*, *Peñas Arriba,* y sobre todo *Sotileza,* que marca la culminación del genio de Pereda en los sublimes horizontes del arte. *Peñas Arriba,* que es el verdadero canto del cisne —porque, además de ser su última obra magistral, el último tercio de ella ha sido desarrollado en horas, para el maestro, de dolores trágicos,— es una oda gigantesca entonada a las cumbres, que son el lazo de amor entre la Montaña y el cielo. En ninguna de sus producciones derrochó el bardo montañés tanta poesía en la pintura del paisaje. No recuerdo qué escritor

o pensador ha dicho que todo paisaje es un estado de alma. ¡Qué bien se sienten esos estados anímicos al engolfarse uno en las incomparables descripciones de nuestro novelista! Siempre le había tenido por el primer pintor de marinas de nuestra literatura; en sus paisajes campestres siempre me había parecido saborear la quinta esencia del bucolismo virgiliano; en *De tal palo, tal astilla,* había tropezado con la descripción de una hoz —o de unas *foces,* como dicen en mi tierra— que me había llenado de asombro; en suma, siempre había tenido a Pereda por un paisajista notable, que acertaba a mojar el pincel en tintas de una fuerza de color que parecían herir la retina con la representación viva y riente de la realidad; pero desde la épica ascensión peñas arriba y la caza de los osos que nos describe en esta conmovedora novela, a la cual da un matiz de gravedad, que no solían tener las demás producciones del maestro, el melancólico ambiente en que su última parte se desarrolla, ya apenas creo que puedan venir en pos de él artistas que en el arte difícil de dar la sensación del paisaje le superen, ni acaso le igualen.

Como tampoco creo que le pueda superar nadie en la viveza, soltura y naturalidad del diálogo, arte en el cual raya a la altura de nuestros mejores dramaturgos, que son los que más primorosamente le han manejado. El diálogo es la sirte terrible, donde, si no a varar, llega por lo menos a rozar el arenoso fondo la inspiración de los más eminentes novelistas. Y por esos peligros es por donde la musa de Pereda cruza más próspera y

boyante, deshaciendo al pasar manojos de flores cuyos pétalos frescos y odoríferos son los que forman la estela. Léanse los diálogos incomparables de *La Puchera* y de *Sotileza*, llenos de gracejo, de naturalidad y de energía, y se verá que nada exagero; antes al contrario, me quedo muy corto en la alabanza. Y el secreto de esa maestría está, a mi humilde entender, en que, en sus personajes, en los noblotes, en los generosos, en los dignos, se trasfundía él con cuerpo y alma, y así cada interlocutor era un Pereda dúctil y acomodaticio, que se atemperaba admirablemente al carácter, posición y cultura que las circunstancias requerían. Cuando por la indignidad de los personajes no podía encarnar en ellos, porque ni los sentía ni los amaba, como sucede con algunos de *La Montálvez*, los diálogos no valen la mitad de lo que suelen valer: soy muy atildados, muy elegantes, muy retóricos, todo lo que se quiera, pero no saben a fruto madurado en el árbol, sino sazonado de artificio.

En cambio, cuando son dignos de ser amados, como en *Sotileza*, además de hacerlos hablar con lenguaje tan ingenuo y sabroso, ¡qué bien los siente a ellos, y qué bien los vive, y qué bien los traza! Muergo, el Padre Apolinar, Cleto, Bitadura, las de Mocejón, y descollando entre todos, como entre arbustos la encina, la gallardísima Callealtera, son robustas creaciones que se salen de las páginas del libro a vivir la vida inquieta de la realidad, como de los cuadros de los grandes pintores parecen escaparse sus concepciones inmorta-

les. Y pensar que sin *Pedro Sánchez* quizá todavía le seguirían regateando el título de gran novelista al excelso cantor montañés! ¡Como si en todas sus novelas, aun las menos hermosas —porque hermosas todas lo son—, no se rastreara perfectamente un alma de artista, dotada de una gran visión poética del mundo, y un innato conocimiento del corazón del hombre, y una sensibilidad exquisita de cuanto le rodea, y un don divino de dramatizar sus impresiones y sentimientos en un decir casticismo y harmonioso, que son los adornos indispensables de todo excelso novelador! Yo de mí puedo decir, imitando una frase de *Clarín,* que, respecto de las novelas del Solitario de Polanco, he sentido por todas sus partes el paso del César.

Y con esta confesión pongo punto final a este artículo, desvaído de color, que empezó en forma de necrología de la cual nunca se debió haber extralimitado, y, sobre todo, para concluir con tonos de crítica que de ningún modo puede ser sesuda y meditada. Para esto se necesita escribir fría y reposadamente, cosa imposible cuando el insigne maestro acaba de ser llevado a la tumba. Aquieta, sí, pero no acalla nuestro dolor la persuasión íntima de que su alma justa ha tendido las alas para ir a gozar de Dios en el cielo. Lo dijo muy bien Menéndez Pelayo: "Escribir fríamente al otro día de su muerte, me parecería una impiedad."

---

# DESDE ALEMANIA CON VISTAS A ESPAÑA

## El profesor Schneegans

Desde que no recuerdo cuál de los Dumas —probablemente el descubridor del Mediterráneo— (1) dijo un día, con soberano desprecio, que el Africa comenzaba en los Pirineos, los españoles, por lo general confiados en demasía, nos hemos vuelto un tanto suspicaces respecto de los extranjeros, creyendo que todos hacen suya la denigrante frase del novelista, para arrojárnosla a la cara como un reproche, siempre que les venga en talante. Yo nunca he creído que los extranjeros nos desdeñasen, a lo menos por sistema. Y así es la verdad. Cuando hacen una excursión por España, y, luego que vuelven a su país, escriben en un libro o en una revista una serie de páginas impresionistas sobre las notas apuntadas en su cartera, suelen equivocarse en muchas apreciaciones, emitien-

(1) Ya sabrán mis lectores que Dumas, padre, el cantor de las pasiones triunfantes y de las virtudes vencidas, es quien, por confesión propia, *descubrió* el Mediterráneo... mirando al través de unos gemelos desde una colina francesa adonde había ido de expedición con varios amigos. Estos se rieron a mandíbula batiente del ¡Eureka! de Dumas, y desde entonces data la frase burlesca de descubrir Mediterráneos.

do ligeros juicios sobre casos y cosas que requieren meditación y estudio; pero positivo desdén hacia nosotros, yo he sido tan afortunado que no lo he encontrado nunca en semejantes narraciones de viajes. Antes bien me ha llamado siempre la atención el entusiasmo casi apasionado de que se poseen, como si efectivamente llegasen a comprender los nobles rasgos de nuestro carácter y a rastrear los sublimes idealismos de nuestra leyenda.

¿Qué importa que digan cuatro pamplinas sobre las corridas de toros y dediquen un pequeño recuerdo al coco de la Inquisición, y después de haber gozado en grande, viendo bailar sevillanas por toda la pintoresca tierra de María Santísima, lleguen a sospechar que los españoles rendimos demasiado culto a las castañuelas? En el fondo de la narración siempre se notará una profunda simpatía hacia España, que se ostenta a los ojos de su espíritu engalanada con todos los peregrinos encantos de la poesía del Romancero, y que, con no tener *Ilíadas* ni *Eneidas*, como Grecia y Roma, se les antoja el país épico por antonomasia, la tierra clásica del espiritualismo cristiano y la verdadera cuna de toda la andante caballería. Léanse los hermosos artículos que el ilustre Pierre Suau —cito estos por citar lo último que de viajes por España he leído— publicó el año pasado en *Les Études*, y que si mal no recuerdo, andan ya por el mundo, coleccionados en un libro, y se verá cómo los escritores extranjeros que saben sentir se entusiasman con las ciudades españolas, extasiándose,

ora ante una vieja catedral, ora ante un vetusto y blasonado caserón, ora ante una muralla maltrecha y rota, atisbando por todas partes la huella legendaria de lo pasado y sorprendiendo nuestro espíritu inmortal, que parece dormir en letárgico sueño, pero que aún con suspiros ahogados alienta y con sordos latidos palpita.

No: el extranjero no desprecia a España; o la ignora y se calla, o la conoce y la respeta y la quiere. Cuando alguna vez murmura frases que nos producen escozores en el alma y que nos hieren como pinchazos en la piel, a poco que uno se fije y reflexione ve que aquellas frases no se dirigen a España, sino a su política, o por mejor decir, a sus políticos. Y nos escuecen y mortifican, no debiendo escocernos ni mortificarnos; porque nosotros en España decimos verdaderas atrocidades, todas muy dignas, por supuesto, de nuestros repúblicos, y lo mismo al que las dice que al que las oye, les parece lo más natural e inocente del mundo. Nos escuecen, sin duda, porque, fuera de la patria, la epidermis se afina y adelgaza, y creemos terribles alfilerazos lo que es en puridad una suave, afectuosa caricia.

He hablado con extranjeros, católicos, judíos y protestantes, aunque no mucho, lo suficiente para poder afirmar lo que vengo diciendo. Lo mismo en Francia que en Alemania nos estudian muy poco, ni una centésima parte de lo que nosotros estudiamos a franceses y alemanes; pero los que nos conocen, nos exaltan y nos admiran. Y el pueblo, lo que se llama el pueblo, que suele conser-

varse siempre sano, aunque no entienda jota de libros, tiene de nuestra tierra —y aquí me concreto a Alemania— una idea deslumbradora: desde el punto de vista étnico y moral, España es la tierra de los espíritus generosos, de los temperamentos de fuego, de las almas ardientes y apasionadas; y desde el punto de vista topográfico, la tierra del sol radiante, del cielo azul, de las olorosas flores y de los exquisitos frutos.

¡No me he regocijado yo poco viendo que hasta en cantos populares se nos celebra, como aquél dulcísimo que empieza: *Fern im Süd das schöne Spanien*, lejos, allá en el Sur, la hermosa España..., que, como dijo muy bien una escritora tudesca, Emma Pflaum lleva al corazón de los niños alemanes deseos vivísimos de conocer y visitar las encantadoras bellezas naturales que España encierra!

Nuestro arte pictórico ya no creo que sea glorificado en nación alguna con el entusiasmo con que se le glorifica en Alemania. Los nombres de Velázquez, de Murillo, de Zurbarán, de Ribera, suenan a música regalada en los oídos de todos los artistas germanos. A Lembach, el gran genio pictórico del siglo XIX se le llama el Velázquez alemán, y en todas las academias germánicas son los pintores de la Inmaculada y de las Meninas los modelos altísimos, cuyo estudio y cuya imitación más se recomienda y encarece. ¡Qué obras más magistrales y lujosas las que han dado a luz en Alemania sobre nuestros Velázquez y nuestros Murillos!

De nuestra cultura siempre se tuvo un concepto honroso, desde que Wieland y Herder que, juntamente con Lessing, son los que iniciaron el brillantísimo siglo de oro de la literatura alemana, sobre cuya más elevada cumbre tendió sus alas el Aguila de Weimar, dieron a conocer el *Quijote* y el *Romancero,* Wieland, escribiendo una imitación de nuestro Ingenioso Hidalgo, cifra y resumen de todos nuestros ideales caballerescos, y Herder, traduciendo una porción de nuestros romances, donde se cantan las hazañas de Rodrigo Díaz de Vivar. Sin embargo, cuando el concepto sobre la cultura española se pudo llamar verdaderamente magnífico, fué cuando los hermanos Schlegel (Guillermo y Federico) llegaron a hacer populares en Alemania a Cervantes, a Calderón y Lope de Vega, traduciéndolos e historiándolos, descubriendo en sus obras riquísimos tesoros de belleza, entusiasmándose con nuestro teatro hasta el punto de tenerle por el más valioso de todas las literaturas y poniendo al autor de *La Vida es sueño* por cima de los primeros tráficos del mundo, inclusos Sófocles y Shakespeare.

Desde entonces la gente culta alemana ha observado con atención nuestro movimiento intelectual, y hoy mismo, cuando, por confesión de uno de sus críticos, se siente por nuestra cultura excesiva indiferencia, aún tenemos autores que son aquí conocidos y gozan de general aplauso. A nuestro ático Valera todavía le dedican de cuando en cuando el grato recuerdo de alguna cita las revistas literarias. A Echegaray le ha dedi-

cado un largo estudio Grotus, que es uno de los más renombrados críticos de la actualidad, viniendo a deducir que debe ser contado entre los grandes genios creadores de la pasada centuria; de Palacio Valdés se han traducido varias novelas, que se leen con gusto y con admiración, y sobre la Pardo Bazán he leído un importante estudio biográfico-crítico en *Deutscher Hausschatz,* una bellísima revista católica, ilustrada, que actualmente está publicando, *Eine Hochzeitsreise, Un viaje de novios.* No digamos nada de Cajal, por saber ya todo el mundo que donde más se le estudia y aprecia y estima es en las academias científicas de Berlín. De quien no se sabe aquí una palabra es de los críticos superhumanos de Madrid—¡desgracia grande para las patrias letras!—que cuando lo del homenaje a Echegaray, por haber alcanzado el premio Nóbel, se empeñaban en poner en solfa al insigne dramaturgo—así paga el diablo a quien bien le sirve,—y que se conjuraron para guardar sepulcral silencio cuando la aparición de *Tristán o el Pesimismo*, novela sana y robusta de Palacio Valdés, que lava y purifica cuantos pecadillos pudiera haber en sus hermanas anteriores.

Repito, pues, que el extranjero, y sobre todo el alemán, no nos desdeña. Todo lo contrario: más bien siente por nosotros estima fervorosa. Yo estoy teniendo ocasión de advertirlo casi todos los días. Hace ya unos cuantos que en esta soberbia Universidad de Wirzburgo, suntuoso templo erigido a la verdad, *Veritati*, que en letras de dorado

bronce resplandece en el frontispicio, asisto a las conferencias que sobre la literatura francesa está dando el profesor de idiomas románicos D. Enrique Schneegans. Fuí a la primera por curiosidad, por ver cómo dicho señor se explicaba en el idioma de Racine y de Corneille, pues debo consignar que, aunque el conferenciante es alemán, las conferencias estas las pronuncia en francés. Pero tanto me satisfizo la conferencia —comenzaba a hablar aquel día del romanticismo—, que me decidí a asistir todos los días.

Como yo era un profano en la Universidad, pues no estoy matriculado en ella, era natural que recabase el consiguiente permiso del profesor. Uno de sus discípulos, un agustino joven, conocedor de varios idiomas y muy amante de la literatura, el P. Bernardo Mérker, me presentó a él al siguiente día, y huelga decir que el señor Schneegans estuvo fino y galante; no sólo era gustoso en permitirme asistir a clase, sino que tenía a mucha honra el contar a un español entre sus discípulos.

En la conferencia de este día ya el profesor dedicó un párrafo a nuestra patria, que le agradecí desde lo íntimo del corazón. Había hablado largamente de la poesía romántica, haciendo girar todo el romanticismo francés alrededor del nombre de Víctor Hugo. Había dicho que una de las notas más características de dicha poesía era la exaltación y el orgullo profundo de los poetas, que, consciente o inconscientemente, hacían resaltar en cada canto y en cada estrofa, y nos

había pintado el cenáculo donde celebraban sus asambleas literarias nocturnas como un centro de mutua glorificación, donde los poetas románticos se incensaban unos a otros con incienso de idolatría. Juntamente con esta nota característica, que venía a constituir casi el fondo sustancial del romanticismo, tenía éste otras, como la de empapar en color local novelas, poemas y dramas, yendo hasta la nimiedad en los pormenores del vestido, en todo lo que fuera exterior y pudiera ofrecer de modo más intenso la imagen plástica de los idealismos exagerados, que ellos se imaginaban escueta realidad, y la de rendir verdadero culto a todo lo que fuera extranjero, tendiendo al mismo tiempo a divinizar la pasión en contra del deber, haciendo de bandidos caballeros nobles y pundonorosos, y de cortesanas y rameras modelos de sentimientos generosos y de virtudes acrisoladas. El Oriente y España fueron las especiales musas inspiradoras de la poesía romántica; en las *orientales*, los poetas llegaban hasta a idealizar los serrallos, entonando eróticos trozos de versos fáciles y sonoros, y de expresión reciamente incitante y lasciva, que parecía una malla aprisionadora de perfumes y efluvios del harén; y en las leyendas y en los dramas, destacábase casi siempre algún personaje español, noble o plebeyo, caballero o bandido, con sus pasiones arrebatadas, con sus hidalgos sentimientos, con sus clásicas galanterías, haciendo infaliblemente del honor una especie de fervoroso culto que había teni-

do ya su apogeo en las llamadas comedias de capa y espada.

Y aquí es cuando el profesor Schneegans comenzó a entusiasmarse y, dirigiendo de cuando en cuando hacia mí sus ojos con intencionado disimulo, habló de España con benevolencia exquisita; más aún, con verdadero cariño, como si, olvidándose un instante de Alemania, se hubiese imaginado hijo de nuestra bendita tierra.

En las conferencias sucesivas nos describió la lucha encarnizada entre clásicos y románticos, contándonos el famoso incidente ocasionado en el teatro al representarse el *Otelo* de Shakespeare que había traducido Alfredo de Vigny, cuando los archi-parisienses se indignaron de que se osara llevar a las tablas una palabra de tan baja ralea como *le mouchoir*; nos hizo la crítica del *Cronwell* de Víctor Hugo y del célebre prefacio con que le había encabezado el autor, que era el manifiesto desembozado de las nuevas doctrinas que venían a revolucionar el campo pacífico y sereno de las letras; nos resumió los artículos acalorados que los bandos opuestos se disparaban unos a otros desde las columnas de la prensa, trocadas en reductos de artillería literaria. Y el profesor Schneegans se las componía siempre de modo que por fas o por nefas tuviese ocasión de dirigir un encomiástico párrafo a España, que a mí me parecía naturalmente el más inspirado, el más elocuente y el más sonoro. Pero nunca tan inspirado y tan elocuente como al contarnos el triunfo del romanticismo con la representación de *Hernani*, y más tar-

de con la de *Ruy-Blas,* dos dramas genuinamente españoles, llenos de abrumadoras gallardías literarias, y los cuales, a pesar de las implacables invectivas de los clásicos que, aunque rotos y maltrechos, todavía fogueaban con bala rasa contra el hierofante de la nueva escuela, fueron reconocidos por el público desapasionado como dos obras maestras de literatura y como dos áureas joyas del arte escénico.

Como el profesor hablaba tanto de España, quiso sincerarse ante sus discípulos diciendo que no tenía más remedio que hacerlo así, pues la victoria de la gran batalla entre clásicos y románticos la habían decidido en favor de los últimos, dos dramas magníficos que, aunque escritos en francés, respiraban por todas sus briosas escenas espíritu español. Y entonces añadió que no era extraño que Víctor Hugo se hubiese inspirado tanto en España; primero, porque el gran poeta, grande, grandísimo, en medio de sus muchísimos e innegables defectos, se había criado y formado en España, y era, por consiguiente, medio español; y segundo, porque nada como los caracteres españoles, que van desde las ternuras más delicadas hasta los volcánicos ardimientos de la pasión, para dar interés, insuflar alma y vida a una obra escénica y disimular mejor las deficiencias de arte, de factura, de *savoir-faire*, bajo el influjo de las fuertes impresiones dramáticas.

Por cierto que al presentarnos a los españoles como la musa más propicia para la inspiración del dramaturgo, pronunció una frase que no sé yo

todo el alcance que tendría en el pensamiento del ilustre profesor. "El carácter español —dijo poco más o menos— es como el clima de aquella hermosa tierra, que desde las temperaturas bajo cero de los países del Norte llega hasta las canículas insufribles de las regiones tropicales. El español no suele pararse nunca en el justo medio: los extremos ejercen sobre él una atracción magnética, fascinadora, y ya se le ve defender con tenacidad los radicalismos más exagerados que colindan con la misma anarquía, ya le impele la creencia católica tradicional hasta el clericalismos más intransigente, que evoca con honda nostalgia los tiempos sombríos de la Inquisición." El profesor Schneegans, aunque relativamente joven, es un hombre muy culto. Conoce las literaturas europeas, las de lenguas románicas casi a la perfección, pero... no es católico, es un protestante de ideas avanzadísimas. Vaya usted a medir lo lejos que iría su pensamiento al proferir aquellas palabras...

Sin embargo, hay que confesar que se ha comportado con fina delicadeza, omitiendo y esquivando cuanto pudiera herirnos. No ha suscitado siquiera ciertos dramas de Víctor Hugo que le hubiesen podido dar ocasión para hablar de nosotros en diapasón distinto del que venía hablando, por ejemplo: *Torquemada.* Todos saben lo que Víctor Hugo aumentó y falseó la verdadera historia, haciendo del célebre inquisidor un verdugo implacable de los hombres, un verdadero monstruo, porque eso tiene que ser un hombre sangui-

nario que se siente impulsado a serlo por su misma piedad, un *bourreau par pitié*, cebándose y complaciéndose satisfecho en los tormentos de sus víctimas; que eso resulta el engendro fantástico de Víctor Hugo.

Pues bien, de todo esto ni una palabra nos dijo el profesor. Muy de buen grado, por tanto, le debemos perdonar la frase aquella vaga, y a la vez harto insinuante. Aunque no fuese más que por lo galanamente que prosiguió hablando de España, ponderando su cielo, casi siempre sereno como las conciencias honradas, su tierra casi siempre cubierta de frutos y de flores, su historia casi siempre rayana en épica leyenda y sus hijos exaltados y un tanto orgullosos y soberbios, pero siempre nobles y dignos con aires y porte de antigua heredada grandeza.

En esto de tenernos por un tantico soberbios, no hay alemán que discrepe: nos colman de elogios, pero siempre sacan a relucir la cantinela de *glauben Sie es, glauben Sie es; die Spanier sind stolz, sehr stolz;* créalo usted, créalo usted, los españoles son muy altivos. Bien que no se trata de una altivez que deshonre, degenerando en vanidad y finchamiento: entra uno en explicaciones, y la altivez de que nos tildan resulta, más bien que soberbia, justa arrogancia y nativa dignidad.

Mas volvamos al profesor Schneegans, que, después de haber hablado tanto de Víctor Hugo y habernos dicho que la guerra emprendida por los románticos contra las tres consabidas unidades de los preceptistas a lo Boileau, unidad de acción,

de tiempo y de lugar, estaba inspirada en la frase del gran Lope de Vega: "cuando me pongo a hacer comedias, encierro los preceptos con seis llaves", pasa a estudiar otros poetas, reconstruyéndonos su vida y haciéndonosla sentir a nosotros, pintándonos, por ejemplo, la juventud tormentosa de Alfredo de Musset, sus apasionamientos amorosos por Jorge Sand y sus cóleras terribles cuando ésta le abandona; el pesimismo negro y hosco de Alfredo de Vigny, que nacía, más bien que de sufrimientos personales, de convicciones filosóficas que le forzaban a considerar la vida como un mal enorme, para el cual no podía haber alivio, ni de parte de la naturaleza, porque es insensible a nuestro dolor, ni de parte del cielo, porque en él no moraba nadie...

Tendría que dar límites desproporcionados a este artículo si intentara nada más que pasar revista a cuanto el profesor nos dice en sus elocuentes e instructivas lecciones. Lo que hace al caso son sus generosos sentimientos hacia España, y más o menos los manifiesta todos los días. Cierto que para ello le dan margen los mismos poetas. Musset, el cantor de *l'Spoir en Dieu*, además de un libro de cuentos de España y de Italia, ha escrito sobre asuntos españoles varias poesías. Gautier, el poeta colorista por excelencia, que quería convertir la poesía en pintura, nos ha dedicado un libro de viaje y una porción de composiciones poéticas en que, si no siempre lo español sale bien parado, como cuando describe las corridas de toros, en general, sentía fervoroso

entusiasmo por cuanto en nosotros había encontrado de bueno. El mismo Alfredo de Vigny tiene también un poema de asunto español: *Dolorida*, la hermosa desdeñada que envenena a su marido, joven seductor, para vengarse de sus desdenes. Lleva el sello pesimista, como todo lo que escribía. El envenenado, sintiéndose morir, acude a pedir perdón a su esposa; jura que la ha amado siempre en medio de sus delirios y disipaciones, un tanto dispensables si se atiende a la humanísima razón que él mismo aduce en aquel verso:

Je fus bien criminel;
mais hélas! j'ai vingt ans...

Dolorida apura entonces un brebaje y contesta al moribundo esposo que la pregunta qué es lo que toma: "Los restos del veneno que te dí a ti ayer..."

Pero veo que divago. Concluiré. Decía que los mismos poetas inducían al profesor a hablar de España. Y él se deja inducir admirablemente. Habla el francés no sólo con corrección, sino también con pulcritud y finura. Quien le oyese, sin saber que era alemán de nacimiento, juraría que era genuino compatriota de los poetas de quienes habla. Por las comparaciones que establece con las literaturas de otros países, revela poseer vastos y profundos conocimientos literarios. Ha publicado ya varios libros, entre ellos la *Historia de la sátira grotesca*, que es un estudio completo de Rabelais y de su tiempo; una Monografía sobre el

teatro de Molière y un estudio filológico sobre la formación de los dialectos sicilianos (1). Ahora supongo que tendrá entre manos algún trabajo crítico sobre la literatura francesa, a juzgar por las brillantes conferencias que viene pronunciando, trabajo que indudablemente acogerá con gratitud y amor la nación vecina.

Y bien, el profesor Schneegans, que sabe tanto de España y que parece sentir por ella especial predilección, como nosotros la sentimos también por todas las cosas de su país, ¿no se determinará a pronunciar, más adelante, una serie de conferencias sobre la literatura española, dando a conocer sus imponderables bellezas a los aficionados y aficionadas que acuden a oirle? ¡Cuánto se lo agradeceríamos todos los españoles..., aunque no hiciera completa justicia al Tribunal de la Inquisición!

# Divagaciones literarias

## I

El campo de las bellas letras en Alemania es inmenso; recorrerlo, medirlo y apreciarlo en toda su jugosidad y verdura, a la manera de un técnico agrónomo, sólo lo pueden hacer los críticos nacidos en el propio suelo y familiarizados desde los días de la infancia con esta literatura.

---

(1) *Geschichte der grotesken Satire.—Molière.—Laut und Lautwandel in den Sizilianischen Dialekten.*

Yo no haré más que asomarme a ese campo, aspirar una racha de su ambiente y fijarme bien en algunos de los principales personajes que lo roturan y labran, lo enriquecen y adornan. ¿Quién se atreve a hacer un estudio verdad de una literatura como la alemana, en la cual sólo con tomos de novelas, usados a guisa de ladrillos, podría construirse una torre de Babel no menos alta que la de los babilonios?

En Francia cada día se miran las novelas con más desdén. El ligero, ático cronista, Gómez Carrillo, en su libro, publicado no ha mucho tiempo, *Cómo se pasa la vida*, igual que todos los suyos, pagano y voluptuoso, tiene un capítulo que titula "La novela se muere". Y en él historia con mucho sentimiento la desbandada de los novelistas franceses hacia otros campos de actividad. Unos se refugian en la política, otros se pasan al teatro; pero todos se van de la novela: France, Bourget, Hervieu, Prevost... Y eso que la novela francesa lleva un siglo de imperio glorioso, imponiéndose a todo el mundo por sus gracias y sus encantos. "Mándame unas botas nuevas y una novela francesa", escribía Bismark a su mujer, cuando más engolfado estaba en los trabajos de la Guerra franco-prusiana.

Pero si en Francia decae la novela, en Alemania se cultiva con verdadero furor. Ponerse a leer las novelas que en los últimos treinta años brotaron de las prensas alemanas, es algo así como arrojarse en un *mare mágnum* sin fondo y sin orillas. Claro que habrá algunas perlas en su fondo, pero que

descansen en paz escondidas en su concha. Después de todo, no serán de mucho valor, cuando los mismos historiadores de la literatura, que tienen obligación de haberlo buceado bien, se quejan amargamente y dicen, o poco menos, que en Alemania no hay más novela que *Los Tormentos del Joven Werther*.

De igual modo que en Inglaterra y en los Estados Unidos, la novela en Alemania está hoy casi relegada a plumas femeninas, y en verdad que no deben hacerlo muy a satisfacción del público, y en prestigio del arte, cuando no han faltado ya críticos que se atrevieran a tratar la cuestión de si la novela actual tiene justificación artística en la vida contemporánea. En España ganaría el pleito la novela con sólo citar el nombre de dos novelistas, el de la angelical Fernán-Caballero y el de la Pardo Bazán. En Alemania tampoco faltan novelistas muy distinguidas como la condesa Ida Hahn-Hahn y la baronesa Fernanda de Brackel (1). Pero apesar de eso, en Alemania críticos ha habido que fallaron en contra. Por supuesto que la novela sigue y seguirá campando por sus respetos y riéndose a mandíbula batiente de tan ceñudos jueces municipales. La fiebre de escribir no-

(1) Ambas novelistas son católicas. La de Brackel es ya conocida en España por su grandiosa novela, *Die Tochter des Kunstreiters* de la cual ya he hablado un día. A Ida Hahn-Hahn no se la conoce; pero ambas son para mi tan dignas de ser conocidas como la distinguida bohemia, condesa de Kincky, Berta von Suttner que tanta celebridad ha adquirido, más que por sus obras, harto crudas, por haber sido honrada con el Premio Nóbel por su novela *Die Waffennieder, ¡Abajo las Armas!*

velas sigue en aumento y con esa fiebre, yo no sé adónde van a ir a parar los alemanes...

Hubo un tiempo en que el novelista no quería ser más que poeta, un gran poeta en prosa, como Cervantes, que pugnaba por enriquecer la vida con un nuevo y grandioso ideal. Mas hoy el novelista —o la novelista— lo quiere ser todo y ha invadido la historia, la moral, la filosofía, la religión, la sociología, y últimamente, con Rudyard Kipling, hasta la ciencia. Si prosigue la fiebre, es de temer que con el tiempo hasta las obras de texto de Institutos y Universidades se escriban en forma de novela. Para los estudiantes quizá significase un progreso: así quizá ojeasen los libros algo más que por el forro...

Una de las causas por que me parece que Alemania no tiene en la actualidad grandes novelistas, es porque éstos se dejan influir demasiado por el extranjerismo, sobre todo por lo francés. Y no es esta dolencia peculiar de la novela: casi toda la literatura alemana, si se exceptúa el período de oro —Schiller-Goethe—, está intensamente influída por el espíritu de sus simpáticos, aunque odiados, vecinos. Desde antes de Goethe vienen quejándose los historiadores de la literatura alemana de lo que pudiera llamarse el francesismo; y a pesar de esas quejas y clamores, el influjo persiste, y quizá nunca tan intenso como en la actualidad, en que teatro, lírica y novela no viven más que de prestado. ¡Tienen tan abiertas a todo el mundo alemán los judíos franceses las casas bancarias... de la literatura!

Zola influyó —y desgraciadamente todavía se nota bastante su influjo— de una manera desastrosa en la literatura alemana. Por teatro, lírica y novela giraron un tiempo rachas de *medanismo* acre y maloliente que hacían poner a los críticos menos ruborosos el grito en el cielo. Y lo que extraña es que quienes más escándalo levantaban eran los novelistas-hembras. Sin duda que mucha de la odiosidad que cayó sobre las novelas femeninas fué debida a escritoras que no eran alemanas, aunque escribían en alemán, como la célebre judía húngara Juliana Déry, que, en novelas, poesías y dramas, demostró excelentes dotes, echadas a perder por su libertinaje de ramería, que concluyó por arrastrarla hasta el suicidio, y como la austriaca María Janitschek, poetisa de inspiración robusta, pero malsana, y novelista fuerte, pero desenfrenada y licenciosa. No faltaban, sin embargo, alemanas genuinas y netas que se esforzaban por dejar brillantemente señalada en sus producciones la huella hedionda de la *bête humaine*.

Si comparamos la literatura moderna de Alemania con la nuestra no podremos menos de bendecir a Dios que nos ha dado Tamayos y Ayalas, Peredas y Alarcones, Zorrillas y Galanes que han sabido buscar el aqua pura de su inspiración ahondando en el suelo nativo de la patria y sondeando como expertos buzos las profundidades del alma española.

Del desdén que va teniendo la gente culta por la literatura en general, y por la novela en particular, tienen mucha culpa esos críticos anodinos

que escriben crítica por *sport*. En Alemania —y esta pestilencia también cunde por España y otros países— hay muchos escritores que actúan de críticos por matar el tiempo en algo; toman la faena como una receta contra el fastidio, y esta crítica *sportiva* tiene por necesidad que adolecer de superficialidad, de ligereza, de *dilettantismo*.

Yo no creo que baste que el crítico se entretenga a sí mismo y aún a los demás: el crítico debe saber a fondo lo que se trae entre manos, y más bien que divertir y entretener, debe enseñar, instruir y decir la verdad sobre un autor o sobre un libro. lisa, clara, inequívocamente. Para lo cual tiene antes que penetrarse muy bien del argumento de la obra, del motivo, de las tendencias y del modo de escribir: cosas todas que andan, sin duda, tan altas en las modernas críticas, que no llegan a cuajar en la inteligencia del lector que en vano se pregunta a sí mismo: qué es lo que ha leído, cuál es el fruto de sus lecturas y el juicio sintético que debe formarse del autor y de la obra. Cierto que, en general, pedir semejante cosa a un crítico, es pedir un imposible. Hay países, como Inglaterra, donde anualmente se publican cerca de dos millares de novelas: ¿Quién es capaz de leérselas todas? ¿Las mejores? ¿Y cuáles son las mejores? ¿Las que los libreros anuncian a bombo y platillos? Los libreros las anuncian así todas. Hoy las casas editoriales son especie de buhonerías: cada una de ellas pondera sus agujas.

¿La crítica? Esta también lo pondera casi todo. De puro bonachona derrítese a veces como un ca-

ramelo. Los elogios cuestan poco. Lo que cuesta es poner acertadamente los puntos sobre las íes. Los críticos padecen de negligencia, de pereza intelectual, y no profundizan, no se proponen profundizar el valor estético de ninguna obra. Se contentan con exhibir un rato su léxico multifloro y sus remilgos y refinamientos estílicos. Aseméjanse a esos señoritos perfumados y limpios que salen a dar un paseo por las tardes, caballeros "en un hijo del Betis", y tan finchados como el portugués del soneto calderoniano. ¿Qué sucede? Que bajo la dirección de tan escrupulosos mentores y estimulado por sus alabanzas y encomios, se pone uno a leer una, dos, tres novelas, y sufre una, dos, tres amargas decepciones, y concluye diciendo para su sayo: no volveré a leer más novelas. ¿Qué me importa que me llamen inculto en un círculo de *snobs,* donde *ad laudes et per horas* se habla, incensario en mano, de tal o cual producción novelesca que hará época en la literatura y que a mí me sea totalmente desconocida?

Otra de las grandes causas que contribuyeron a poner en descrédito la novela es el espíritu sectario que impera en casi todas ellas y que es el que mueve e inspira la pluma de casi todos los novelistas. Y esto reza con todos, alemanes o españoles, protestantes o católicos. Desde el punto de vista del arte, hase hablado siempre contra lo tendencioso en literatura; mas a pesar de las predicaciones críticas, —predicaciones sin unción y casi nunca acompañadas del ejemplo— la literatura, sobre todo, la novelesca y la dramática, cada

día se va haciendo más tendenciosa. Hoy el mejor vehículo de revoluciones y evangelios nuevos es la novela o el drama. No tenemos necesidad de recurrir a ejemplos extranjeros, que se podrían aducir muy elocuentes con sólo citar a Tolstoi, a Ibsen, a Hauptmann, a Fogazzaro... Basta con tender la vista por dentro de nuestra casa, y en seguida aparecerán Galdós, Dicenta, Benavente y otros insignes "malhechores de la pluma", como los caracterizó con frase gráfica D. Alejandro Pidal, devolviendo admirablemente la pelota a lo de *Los malhechores del bien* (1).

Abundan que es una bendición estos diablos metidos a predicadores y que siembran a tiempo y a destiempo ideas socialistas, inmorales, irreligiosas... Conocen el público para quien escriben. Saben que lo tendencioso es para la inmensa plebe social la rica sal y pimienta que le hace en el paladar sabrosas agujillas. ¿Qué les importa a los diablos lo que haya de decir luego la crítica? Además que ya saben muy bien ellos que la crítica está monopolizada por los de su jaez y que de condenar lo tendencioso, sólo lo condena en teoría. ¿No lo hemos visto y no lo vemos todos los días que sale a luz algún engendro de aquellos señores así sea tan monstruoso como *Casandra* o como *Daniel?*

En la práctica no se condenan ni atacan más tendencias que las de sanear y moralizar la socie-

(1) Véase su grandioso discurso, pronunciado en el Teatro Español, en la velada destinada a celebrar la memoria del insigne Pereda...

dad. He aquí lo único prohibido. ¿Qué les importa a los críticos ponerse en frente de la crítica? Lo que hoy priva y escala alturas es la inconsecuencia.

No están los artistas católicos, lo mismo aquí que en Alemania, libres de ese afán tendencioso, pero hay que hacerles justicia: pecan mucho menos por ese lado que los artistas impíos. Y es que creen con fe más viva en el poder avasallador del arte. Saben que la predicación en las novelas, debe brotar de la trama del asunto que en ellas se desarrolle y que la literatura de las novelas, en que de ese modo se predica, no puede llamarse tendenciosa. Novelas tendenciosas son aquéllas en que los personajes que han de llevar a cabo la acción, son como maniquíes que se mueven a capricho del autor de sus días, desempeñando el papel que éste les asigne, como autómatas, como figuras muertas, como fichas de ajedrez que, sean peones, alfiles o reinas, no se mueven por sí, porque carecen de vida, y por consiguiente, de corazón y de voluntad, dejándose regir a merced de la mano impulsora. No son así los personajes de Palacio Valdés y sobre todo los de Pereda. En las novelas de estos dos insignes maestros, la predicación, si la hay, brota del fondo, de la contemplación harmónica y varia de la vida que estos autores han acertado a reflejar maravillosamente en sus concepciones. No son más que artistas, no procuran más que contemplar, penetrar la vida y desarrollarla después en cuadros magníficos; pero sin propósitos preconcebidos de hacer de sus novelas púlpitos y tribunas a lo Galdós y lo Blasco

Ibáñez, confundiendo al artista con el sacerdote y lo que es peor, con el falso sacerdote.

Los que tildan a los autores católicos de tendenciosos porque en sus novelas y en sus dramas procuran que triunfe siempre la virtud sobre el vicio, y que los mejores caracteres sean siempre los más aferrados al sentimiento de la patria y a la fe heredada de sus mayores, no piensan que eso es lo hermoso, que eso es lo bello, porque es lo bueno, y lo bueno se convierte con lo verdadero y hermoso. Y es, además, lo noble, porque es lo que sanea y moraliza; lo que crea patria y patria valiente, ahidalgada y caballeresca, como la crearon y sintieron nuestros mayores. No hay que buscar caracteres en el vicio que sólo puede engendrar seres degenerados, enfermizos y entecos. Los caracteres sanos, robustos, indomables, sólo los puede formar la virtud. ¡Si los bravos montañeses que nos pinta Pereda, fuertes, sobrios, curtidos, efundiendo de sí lo que con frase realista llamaba Gabriel y Galán: "perfume de varón", no valdrán más que esos tipos licenciosos, revejidos, prematuramente gastados, de la moderna novelería, que no despiden de su refinada persona sino efluvios hediondos de hospital!

Y ya que me he puesto a hablar de lo tendencioso diré acerca de ello cuatro verdades más; ya que es la calamidad más grande de la acual literatura. No creo que perdamos el tiempo y además —la verdad— abandono el tema enojoso de la novela alemana, enojoso porque no leí el su-

ficiente número de ellas y no podría salirme bien el artículo.

Lo tendencioso trae siempre consigo un gran daño, tanto para el arte como para el artista. Sólo viven eternamente las obras maestras donde se pinta lo eternamente humano. Y la literatura tendenciosa se concreta a pintar caracteres, en general bastardeándolos, que sólo existen en determinada sociedad y que existen hoy, pero que no existirán mañana; pues no en vano pasa el progreso por las sociedades aventando con su soplo purificador ruindades y fanatismos. En torno de un artista tendencioso pueden formar un coro magnífico de alabanzas los contemporáneos que aclamarán el arte de su ídolo, como grande y vividor. Pero los contemporáneos pasan... Galdós es un gran novelista en este sentido, y su arte maravillosamente grande. ¿Pero ha creado, en sus novelas, algún personaje que haya de vivir eternamente, no ya en todas las latitudes como lo verdaderamente humano, pero ni siquiera en España? Barrunto que no. La obra novelesca de Galdós podrá ser un espléndido monumento histórico para reconstruir matices de la historia de España en ciertos momentos de su vida, pero nada más. No ya un Quijote: no nos lega ni un sólo Sancho. Y he aquí por qué he dicho que lo tendencioso daña mucho al arte y al artista.

El arte nunca llega a sus cúspides poéticas más que cuando vuela solo, y no lleva cargadas las alas con ideas y sentimientos que no tienen nada que ver con la poesía. El arte no quiere constituirse

en defensor de intereses de partido; y cuando se le constituye tal, se le abaten las alas y no sabe levantarse de las bajuras terrenas donde padece de asfixia. ¡Cuántas que parecen bellezas a los contemporáneos miradas por el prisma de color de los intereses de partido, habrán de parecer a los hijos del porvenir, sencillamente caricaturas y deformidades!

Claró está que cuando lo tendencioso es hacia el bien no es condenable ni mucho menos; porque sabido es que allá en las regiones ontológicas, el bien y la belleza —objeto del arte— se convierten. En este sentido lamenta Carlos Muth, quizá el crítico más perspicaz y sutil que hoy tiene Alemania, que los novelistas alemanes no escriban todos como el P. Coloma; pero también afirma que con sólo eso no se ha llegado a hacer perdurables obras artísticas; porque no basta escribir literatura que contente y satisfaga a su tiempo, sino literatura que, realizando esas satisfacciones temporales, las sobreviva satisfaciendo también las de tiempos ulteriores.

Con estos reparos a lo tendencioso, en el arte, no se entienda que excluya de sus dominios todo género de instrucción y de enseñanza. Lo primero es realizar la belleza, es expresar la vida o un retal de vida, en donde harmonizándose las discordancias aparentes de la realidad, resalte aquélla, espiritualizada, sobrenaturalizada, transformada en unidad harmónica, donde el hilo enlazador esté como tejido con resplandores de ideal. Haciendo esto, que ya es enseñar, que ya es ennoblecer, que

ya es infundir anhelos de mejoramiento y de superioridad, ya se puede instruir, ya se puede enseñar; pero sin que aparezca demasiado el afán de magisterio que absorbería el principal fin del arte. Los resplandores de la belleza obran ya por sí en el espíritu con santas influencias espirituales y moralizadoras. El fin supremo del arte debe ser algo así como romper el libro de los siete sellos de la vida, y revelar en forma sensible el orden, la belleza, la harmonía, que hay ocultos en él, poniéndolos al alcance de la contemplación humana, para que hasta los más tardos y perezosos de entendimiento sientan estímulos de amarla y de vivirla. Hacernos llevadera, si no encantadora, la vida, infundiendo aspiraciones y rastreamientos de otra mejor, he aquí el fin del arte en sus grados más supremos.

Quien al escribir una obra de arte se propone, más bien que la realización de la belleza, la consecución de otros fines accesorios, como, por ejemplo, enseñar historia, religión, ética, moral, es porque no cree en su arte, porque no tiene confianza en que la belleza artística actúe sobre el alma con espirituales influjos salvadores. Y entonces ¿cómo habrá de salir una obra de arte de sus manos? Sí que hay arte didáctico; pero es la menor cantidad posible de arte. En sociedades infantiles primitivas, se comprende. ¿Quién llama arte ni poesía a esas retahílas de versos en que resumen algunos manuales históricos la historia de un país?

Esto no es proclamar la independencia abso-

luta del arte ni decir que tenga el fin en sí mismo; porque la belleza, el ideal a cuya realización tiende el arte, es una irradiación de la Belleza absoluta a la cual se subordina aquélla, como participación de ella que es; y todo a ella ha de ir enderezado. El afán tendencioso que yo combato es el sectario, el que pretende constituirse en fin principal de la obra artística, el que lleva al campo sereno de la poesía y del arte los apasionamientos y belicosidades de la liza, el que ahuyenta, en fin, la verdadera inspiración que sólo desciende al alma cuando está totalmente enamorada y poseída de la belleza y goza pacífica, regaladamente, el disfrute de sus caricias arrobadoras. Son estados de calma, de serenidad, de éxtasis, de efusión mística, los que requiere la inteligencia para ser fecundada por la inspiración. *¡Inter arma silent musae!...*

Claro está que toda novela se propone enseñar algo, y que, por consiguiente, de todo libro artístico puede decirse que contiene una tesis bien o mal desarrollada, a la persuasión de la cual debe ir todo ordenado, acción, personajes, descripciones... Pero no es eso lo tendencioso: es algo más que todo eso. Yo creo haberlo aclarado ya suficientemente. Piénsese en alguna novela de Eugenio Sué, o si se quieren ejemplos españoles, en novelas de Galdós, *Gloria*... o de Blasco Ibáñez, *El Intruso*... Junto con el propósito de enseñar, ¿no hay algo más en estos autores y en estos libros? Medítese atentamente y se notará que por las obras aludidas pasan violentas ráfagas de fanatismo, de-

espíritu sectario, de enemiga religiosa, algo que tiende a oscurecer los ojos y a turbar la serenidad de la razón, afán demasiado de proselitismo, ansia desmedida de apostolización.

Mucho quisiera que los novelistas jóvenes de España se fijasen en lo que, respecto de lo tendencioso en el arte, llevo dicho: es un escollo donde naufragan muchos ingenios que hubiesen dado días de gloria al arte, si hubiesen tomado otras rutas. La obra esencialmente tendenciosa por casualidad resultará artística, generalmente y sólidamente artística. Ya lo hemos consignado: la obra tendenciosa tiene que agradar a cierto partido, a determinado grupo de gente, y, para agradar, tiene que recurrir por una parte a la exageración y por otra a la lisonja. Y la lisonja y la exageración son *a natura* antiartísticas. Verdad que las obras tendenciosas levantan tempestades de escándalo, meten ruido y, por de pronto, se venden; pero pasados aquel estado de alma en que se encuentran algunos pedazos de sociedad en determinados momentos históricos, el interés de la tendencia se desvanece, y las obras, con su sello marcadas, entran, como almas oscuras, en las regiones del olvido. Y es que el arte que en ellas pareció brillar un instante, era circunstancial y menguado, no estable y eterno; recogía los latidos de una corriente de opinión, no los del linaje humano, que son perennes e innatos en el corazón.

Las historia del arte recogerá muy poco de Galdós, y quizá aún menos de Blasco Ibáñez: acaso

sólo lo que es en ambos inconsciente, lo que, sin ellos darse cuenta, ha fulgurado de sus maravillosos ingenios, como luz pura, no empañada por turbulencias pseudo-evangelizadoras y exhalaciones de proselitismo sectario. El arte es un templo en cuyos altares sólo se debe rendir culto a la belleza. Las pasiones deben permanecer muy alejadas de ese templo. En sus púlpitos no se debe predicar más que la belleza. No está prohibido el perseguir al mismo tiempo fines éticos y efectos moralizadores; pero todo esto debe ser *per accidens*. La belleza no admite humo de incensarios en que se queme, por incienso, a la verdad y a la justicia. Son sus hermanas, algo de ella misma y lejos de verlas inmoladas, quiere que participen de sus homenajes y de su culto.

Alguien ha de sospechar que los tantas veces citados Galdós y Blasco Ibáñez deben ser para mí dos novelistas de perro chico, como quien dice. Y de veras que bravamente se equivoca, porque los tengo a los dos por grandes novelistas. Me he fijado con predilección en ellos para estudiar lo mucho que perjudica al arte y al artista el fanatismo sectario. Alguna que otra vez he hablado de sus producciones, y al par que censuré sus defectos, ponderé, como se merecían, sus méritos y su arte. Por mucho espíritu tendencioso que haya en una novela, esto no obsta para que haya también a veces positiva valía estética, y el crítico, que, cuando se propone criticar, debe hacer crítica real y objetiva, que valore bien el arte de que se trata, hará muy bien en reconocerlo así

por amor a la justicia y a la verdad. Este espíritu imparcial y justiciero avalora considerablemente los reproches que haga de pasada, protestando contra lo que debe protestar. El amor a la verdad no debe cegar a uno hasta el punto de que no quiera ver los resplandores del arte. Esto sería ultra-tendencioso.

## II

La literatura católica —hay que reconocerlo— ha estado hasta el presente en Alemania bastante decaída. El *Kulturkampf* más o menos perseguidor, ha existido aquí siempre, desde hace 400 años, y naturalmente, los católicos tenían que ocuparse en trabajar por intereses más altos que los meramente literarios y artísticos. Hasta ahora como la mayoría de los alemanes es protestante, se han condenado a injusto desdén cuantas producciones del campo católico viniesen, por muy ricas e impregnadas que estuviesen en aromas y frescura. Se trataba de un drama; pues se le cerraban porque sí las puertas de todos los teatros, cuyos empresarios eran y son siempre protestantes o judíos. Se trataba de una novela,... pero era católica y no se leía. Así que constituía un problema casi insoluble el que un escritor católico, por granado y peregrino que fuese, encontrase editores, cuyo dios será siempre Mercurio, a despecho de sus dos divinos hermanos Minerva y Apolo.

En tales circunstancias, imposible que la litera-

tura llegase entre los católicos al florecimiento que sería de desear. El arte poético no suele desenvolverse y llegar a su cumbre, sino bajo el amparo y la protección de algún Mecenas. Los mecenas antiguos eran los príncipes, los magnates, los aristócratas. A la gloria de Cervantes van unidos los linajudos nombres del Duque de Béjar y del Conde de Lemus; Calderón fue muy querido de Felipe IV, quien le instigaba a escribir, después que, ya sacerdote, el gran dramaturgo, por escrúpulos para él honrosos, quería romper para siempre con Talía. En Alemania el nombre de Goethe va emparejado con el de Carlos Augusto, duque de Weimar, y aun casi en nuestros tiempos, el mismo Wágner no hubiese llegado a ser el abrumador Wágner sin la protección eficacísima de Luis II de Baviera.

Hoy el *mecenato* —perdóneseme el germanismo— es muy difícil encontrarlo en aristocráticas mansiones: hoy se ha transformado en el público, en la masa leyente de un pueblo o de una nación. Este es el Mecenas de que hoy se ha menester. Y ¿por qué les falta a los escritores alemanes, sobre todo, hoy que los católicos se han ya organizado maravillosamente y cuentan con muy buenos novelistas y poetas? ¿Es que en Alemania no hay masa leyente entre los católicos?

Aquí debe de suceder lo que en España: el público católico está abrumado de prensa devota que paga y lee con gusto. Como en nuestra patria, hay una inundación de periódicos provincianos y de revistillas religiosas que viven y van tirando; por-

que satisfacen las necesidades que el pueblo siente. Pero esto no basta, no debe bastar: de ese modo es imposible que florezca la literatura católica. Hay que despertar ansias, deseos vehementes de competir en todo lo bueno con protestantes e impíos, y aun llevarles la palma. Y esas ansias y esos deseos todavía no se ha logrado hacerlos sentir con la debida intensidad. No se comprende que es honor magno para el catolicismo el que, a su sombra y bajo su égida, lleguen a excelsos grados de desarrollo las artes y la literatura.

De ahí que lo mismo en Alemania que en España, las publicaciones católicas descuiden la forma literaria hasta el punto de causar pena a los espíritus cultos y escogidos, y llegar algunos a desear que los señores Obispos influyeran de modo que se escribiese debidamente o no se escribiese; ya que la crítica impía no nos pone de oro y azul, porque nos desprecia y no nos lee, y la católica no se mete tampoco con nosotros por miedo a escandalizar y a que se tome por rechifla de lo que se dice, lo que sólo fuera burla sarcástica de la manera cómo se dice. En España está ciego el literato católico que no haya observado esto cien veces, y en Alemania yo he leído ya una porción de lamentaciones sobre lo mismo.

No es que se haya de lisonjear a las pasiones y escribir crudezas naturalistas que agraden al público: Zola era un bárbaro primitivo cuando afirmaba que *tout roman vrai doit empoisonner les lecteurs delicats*. Entonces, ¡malditas novelas y maldita li-

teratura! Ni hay que seguir la sentencia de Goethe cuando decía que, como poeta, era politeísta. El poeta y el escritor católicos, deben escribir siempre en católico; pero ser siempre escritores y poetas, y se puede escribir con mucha galanura y mucho primor, sin hozar en los muladares de las pasiones. Perfectamente que se escriba, dice Carlos Dománig, un insigne poeta y novelista alemán de los *nuestros*, siguiendo el consejo de San Agustín, es a saber, como si un ángel nos dictase y una virgen nos hubiese de leer; pero no estaría demás asociar al ángel y a la virgen un diablejo que nos echase en cara nuestras incorrecciones estílicas y nuestros pecados estéticos, y tan pronto como principiásemos a hacernos pesados, bostezase muy perceptiblemente en nuestros oídos.

Ahora bien, en España la mayoría de los escritores católicos no se inquietan para nada por ese diablejo. Con tal de escribir en conformidad con el catecismo, todo lo demás es pararse en cosas mínimas y rateras, que decía Sancho. ¡Cuidado que se caen de la mano, por lo tosca y desgarbadamente escritos, libros, revistas y periódicos católicos! Diríase que entre nosotros se cree a pie juntillas la paradoja de Beccaria: que todos los hombres podían ser oradores y poetas. Cualquiera se atreve a enristrar la pluma y a borrajear cuartillas y cuartillas, de donde resulta que anda perdido por ellas hasta el respeto a la Gramática, y el respeto a la Gramática es lo menos que se puede pedir. No soy de los idólatras de la forma, no creo con Flaubert que la forma sea "el

fin" en una obra literaria. Para mí la forma siempre será el medio, el vestido con que se exhibe ante el público la idea. Pero ¿cómo desconocer el mérito y el valor de los buenos vestidos? Rechazo los exagerados atildamientos de estilo, como la pulcritud ridícula de ciertas damiselas que, al andar, se desviven porque les caigan bien todos los pliegues de la ropa; creo que imitar a Pablo Adam, no concluyendo nunca un párrafo sin hallarlo satisfactorio, ni terminando jamás una cuartilla sin haber arrojado antes muchas al cesto, es convertir a la literatura en un potro torturador de espíritus y de cuerpos. Pero entre esto y escribir tan a la pata la llana, y salga lo que saliere, como muchos autores católicos que no tienen ni la idea más remota de lo que es el buen estilo...

Estas verdades de Perogrullo que quizás a alguien habrán de amargar, no las digo para alguien, sino para todos. Escribimos mal, muy mal en comparación de los modernos escritores impíos. Y yo quisiera que pudiésemos competir gananciosamente con ellos en el libro, en el periódico y en la revista; que se pudiese continuar la historia literaria de España sin hacer alto, y, como punto redondo, en el espíritu católico antiguo; que los escritores católicos fuésemos los mejores y a todos nos sucediese lo que a la Pardo Bazán, que todo cuanto toca con su pluma, lo convierte, como el rey Midas, en oro... de literatura. Quienes en España están atentísimos al diablejo de Dománig, son los escritores liberales e impíos. Sálgansenos

los colores al rostro; pero es la verdad, y quien dice la verdad ni peca ni miente. En el periodismo, verbi gratia, por cada incomparable Valentín Gómez o Eneas que los católicos pudiésemos presentar con orgullo, nos presentarían los liberales docenas de Bureles, Vicentis, Troyanos, Nogales y Azorines. De lírica, de novela, de teatro, es muy prudente callar...

Tenemos aquí la eterna cuestión de que los hijos de las tinieblas son más sagaces que los hijos de la luz. En nuestros seminarios y conventos está abandonadísima la cultura literaria. Se nos enseña un poco de retórica y poética allá de niños, cuando de ningún modo se puede apreciar lo que son las bellezas literarias y las emociones artísticas y... aquí paz y después gloria: durante su carrera eclesiástica, el discípulo apenas si vuelve a oir palabra de literatura. Y en España son tanto más de sentir este descuido y este abandono, cuanto que hasta los tiempos que corren, fué nuestra literatura casi exclusivamente católica. Todas nuestras obras clásicas, salvo rarísimas excepciones, están impregnadas, de la cruz a la fecha, en sentimiento religioso.

Nuestros mayores no descuidaban el culto de la verdad y del bien; pero incensaban al mismo tiempo a la belleza, procurando vaciar sus obras místicas o ascéticas, líricas o dramáticas, en moldes castizamento clásicos que les diesen la perennidad sagrada y augusta de mármoles griegos. Ahora los escritores católicos sólo nos curamos de escribir cosas buenas, cuando esto por el mero he-

cho de ser católicos, debía darse por descontado, y lo único en que debíamos poner todo nuestro ahinco, era en escribirlas con amenidad, con gracia y con perfección estílica. ¡Y cuán lejos estamos de Flaubert, que sentaba la consubstancialidad de la palabra y la idea, aspirando cuando escribía, a que no hubiese vocablo más hermoso y preciso para traslucir su pensamiento, pugnando por realizar lo que él llamaba *le terme sans synonime!...* De nosotros, de la gran mayoría de los escritores católicos, puede decirse con perfecta justicia lo que con harta exageración se dijo de Moliére, que *en pensant bien, il parle souvent mal...*

En Alemania han comenzado, hace ya tiempo, a inquietarse por escribir bien y por fomentar con empeño la literatura. Veinte años cuenta ya de existencia la revista *Dichterstimmen,* dedicada a hacer resurgir la poesía católica, y recientemente se ha fundado otra también exclusivamente literaria —*Der Gral*— enderezada a despertar el entusiasmo por las bellas letras, dando a conocer las obras de arte de los escritores católicos contemporáneos. Es prodigioso el número de suscriptores de esta revista. Está en el segundo año de su nacimiento y cuenta ya con 8.000 suscriptores. En el sexto número hacía ya constar la redacción que los suscriptores del *Gral* habían llegado al sexto millar. ¡Mil suscriptores más cada mes! En nuestra patria eso resultaría maravilla inverosímil. Una revista exclusivamente literaria y seis mil suscriptores, no ya adquiridos en el período de seis meses, sino en el de seis años, son cosas que en la tierra del

Cid se repelen y pugnan entre sí metafísicamente (1). Pero en la de Barbarroja no es lo mismo. Aquí se han persuadido ya del verdadero sentido de la frase de Leibnitz de que lo expresado poéticamente tiene más fuerza para conmover y persuadir, que lo que se dice con monótona regularidad. Poco a poco todo el mundo se va haciendo cargo de que, como decía Renán, la forma y el estilo son las tres cuartas partes del pensamiento.

En España algo se hace también: nos vamos convenciendo de que no es grano de anís la literatura, pero todavía estamos muy lejos de hacer lo que debíamos y podíamos. Urge recompensar mejor la labor estética. Sólo así podrán venir a nuestro campo los escritores impíos e impedir que los nuestros se pasen con armas y bagaje al adversario. ¿Quién no sabe de algunos escritores tránsfugas del sentido neto y puramente católico, sólo porque en las filas enemigas se les recompensan mejor sus trabajos? El caso de Alfonso Daudet se

---

(1) El fundador y el alma de esta revista es Francisco Eichert, que no es alemán, sino bohemio. Es un poeta de combate que tiene mucho de parecido con nuestro Núñez de Arce. Como éste es acerado y enérgico y le gusta pasear también su inspiración relampagueante por entre los ruidos sociales y los tumultos de la politíca. Eichert dice de sí mismo en el prólogo de la edición económica de *Wetterleuchten* (Relámpagos), que Dios le ha hecho el cantor de la espada: *Der die Herzen der Menschen lenkt, hat aus mir einen Sänger des Schwertes gemacht.* Hay, sin embargo, una gran diferencia entre ambos poetas, y es que el numen de Eichert siempre centellea y fulgura en pro de ideales buenos. Su musa, a veces casi socialista, es un acero siempre desenvainado y al servicio de la Cruz. Y sabe conservarse perfectamente cristiana aun cuando fustiga más despiadada el capitalismo tiránicamente explotador.

repite por desgracia harto a menudo: hay muchos escritores que necesitan comer de lo que escriben, y no pudiendo luchar, con éxito, por la vida en el campo católico, cambian de bandera y se pasan al enemigo. Son como los antiguos *condottieri* que servían al caudillo que mejor les pagaba.

Una de las primeras cosas que urge hacer en España, si se quiere ver la literatura próspera y boyante, es reconquistar el teatro, que es lo que ofrece más pingües rentas a los escritores. En Alemania se están haciendo supremos esfuerzos en este sentido. Los católicos de Munich han inaugurado no hace mucho tiempo un artístico teatro, al cual han bautizado con el nombre allí mucho más glorioso que en su patria, de Calderón. A este gran dramaturgo se le rinde en Alemania culto de admiración ya desde muy antiguo. Mucho antes de que Goethe y Schiller crearan la edad de oro de la literatura alemana, eran ya populares aquí *La vida es sueño* y *El Alcalde de Zalamea*. Calderón es tenido y venerado aquí, por los católicos a lo menos, como el más grande maestro dramático del mundo.

Aquí no se mira el teatro desde los bajos puntos de vista que se mira en España, donde el solo nombre de teatro causa a muchos horror: en el teatro real de Munich yo tuve el gusto de oir de labios de mi cicerone, un sacerdote inspector de escuelas, que me apuntaba con el brazo tendido hacia el palco regio: "el otro de al lado es el palco del señor Arzobispo." Y el proyecto del "Teatro de Calderón" es obra de un padre franciscano, a quien tuve el gusto de saludar, el P. Expedito Schmitt, que en

el discurso que pronunció el día de la inauguración ante público escogido y aristocrático, dijo entre otras admirables cosas, en nuestra España casi incomprensibles: "Queremos demostrar que el espíritu cristiano, por sí solo, es capaz, en lo presente y para lo por venir, de nuevas creaciones y perfeccionamientos en el arte teatral, inspirándonos para esto en que, en la Edad Media, todos los grandes teólogos de la Iglesia consideraban el *ars theatrica* como uno de los mejores vehículos de difusión de la verdad religiosa y moral."

Para muchos católicos españoles teatro es sinónimo de corrupción y liviandad. Se confunde lo que en general es el teatro hoy, en que por incuria nuestra ha pasado de manos de sacerdotes y frailes —Lope, Calderón, Fr. Gabriel Téllez... —a plumas mercenarias, que en vez de perseguir fines estéticos y realización de altos ideales, sólo buscan éxitos pecuniarios, valiéndose para ello del vil halago de las pasiones, con lo que debía ser el teatro, si sólo se representasen dramas dignos de ser representados que tendiesen a hacer a los hijos de Adán más buenos, más cultos, más civilizados. Yo bien sé que san Agustín en el libro tercero de sus *Confesiones* llama "miserable locura" a la pasión por los espectáculos escénicos que a él le arrebataban, porque estaban llenos de las imágenes de sus miserias y de las sugestiones de su carne —*et fomitibus ignis mei*—. Pero San Agustín hablaba del teatro de su tiempo que debía de ser tan del "género chico" como el que priva hoy, y que a él en sus mocedades le había cegado del todo, sumi-

nistrándole pábulo a su liviandad y echando haces de leña en el incendio de sus apetitos. Porque ya se sabe quién era San Agustín antes que le hubiesen inundado los raudales de la divina gracia, y lo perniciosamente que actúa la concupiscencia en el ánimo que la padece. Lo dijo él mismo con certera frase: porque tanto más agradan y deleitan las pasiones que en los dramas se desarrollan, cuanto uno se halla menos curado de ellas, *nam eo magis eis movetur quisque, quominus a talibus afectibus sanus est.*

Mas es forzoso reconocer que el teatro corrompido no es el teatro. ¡Ah si las obras dramáticas se escribiesen, como indicaba el gran Racine, cuando pisaba ya los umbrales de la muerte y estaba para sonar la hora de su eterna despedida! Era en el año 1677. Muchos egregios escritores de aquel tiempo habían iniciado una cruzada, a sangre y fuego, en contra del teatro. Vibraban de enojo aquellos varones ilustres al ver la inmoralidad que con los espectáculos escénicos se iba infiltrando poco a poco en las costumbres sociales. A Racine, postrado en la última enfermedad, la campaña antidramática le había puesto muy triste: quizá habían llegado a sus oídos las austeras palabras del inmortal Obispo de Meaux replicando a Luis XIV que se empeñaba en hacer la apología del teatro: *S'il y a de grands exemples pour les spectacles, il y a des raisons invincibles contre*, si hay grandes ejemplos en favor, hay razones invencibles en contra. Y el gran dramaturgo, cuyos ojos apenados, más bien que a esta vida, mira-

ban ya más allá de la tumba, escribía: "sería de desear que nuestras obras fuesen tan sólidas y estuviesen tan llenas de provechosas enseñanzas como las de aquellos poetas —referíase a los antiguos—; ese sería el medio de reconciliar la tragedia con el parecer de esa multitud de varones célebres por su piedad y por su doctrina." Si dramas y comedias se escribiesen así, a buen seguro que podrían ir al teatro todas las noches las personas honradamente cristianas y buenas, sin que nadie se atreviese a esparcir sobre su conducta la más leve sombra.

Bien se me pueden perdonar estas divagaciones en que a cada instante me pierdo. Sólo el amor a las cosas patrias las inspira y además me ayudan a salir del paso honroso en que me metí, proyectando hablar algo de la literatura alemana —paso honroso para mí harto más difícil que lo fué el suyo para el famoso caballero *D. Suero de Quiñones.*

Quería decir algo sobre la poesía lírica alemana, y los alemanes desde Heine acá apenas si tuvieron poesía lírica. Digo desde Heine acá porque el sugestivo cantor del *Romancero* y el *Libro de los Cantares*, como Rodrigo de Vivar prosiguió ganando victorias después de muerto. Hasta ayer como quien dice, toda la poesía lírica de esta nación fué heiniana. Casi toda Alemania aborrece a Heine, y casi toda Alemania fué su discípula. Lírica y Heine, como asegura Grothus, llegaron a ser una misma cosa para la gran mayoría del pueblo alemán. La influencia de este maravilloso poe-

ta judío no se sintió solamente en su patria: fué universal. Ya decía Carducci de los poetas de su tiempo que todos habían *pecado en Heine*. Los críticos trinaban contra la omnímoda influencia heiniana que impedía el surgimiento de nuevos poetas vigorosos y originales; pero ésta no desapareció hasta que vinieron unos cuantos jóvenes aguerridos que comenzaron a fustigar despiadadamente aquella inundación de "suspirillos germánicos", que dijo nuestro insigne Núñez de Arce, con frase dura, durísima, casi imperdonable, porque se refería con ella a nuestro dulcísimo Bécquer.

Uno de aquellos jóvenes fué Lilienkron, un poeta cazador y feudal que en derroche de seda, oro y mármol se parece bastante a Rubén Darío, como éste se parece a Barbey d'Aurevilly, que no podía prescindir de sus ínfulas aristocráticas, a pesar de vivir en una mísera buhardilla, cuya puerta abría él siempre a quien llamaba, quejándose —¡pobre poeta!— de que estuviesen de paseo *todos sus criados*. Pasa por el mejor lírico que ha tenido Alemania después de Uhland y Heine, aunque está muy por debajo de entrambos, especialmente del último que no tiene superior más que en Goethe. No es ningún joven, pues cruzó ya los sesenta años. Yo no he leído sus obras completas; pero sí buen número de sus poesías y baladas, desparramadas aquí y allá en periódicos y revistas. Es un poeta que me gusta, porque no es llorón. Se irrita contra el amor lánguido y corruptor de las urbes y suspira por los amores aldeanos fuertes y vírgenes. Ama con idolatría la

vida que es para él y debe ser para todos fuente inexhausta de inspiración. Siente sus encantos con fuerza y los describe y los pinta con pasión y arrebato. En el fondo es un vate naturalista cuya imaginación se ha nutrido y abrevado, harto más de lo justo, en las crudezas e impudicias de Zola.

Ha observado muy bien la naturaleza con cuya hermosura sueña, no pasándole desadvertidos cuando la canta ni el gorjeo de los verderones, ni el chirriar de los grillos, ni el temblar de las hojas de los árboles, ni el vapor azulino que se cierne como una sub-atmósfera sobre los bosques, ni el humo de las chimeneas aldeanas que en desvanecientes ensortijamientos asciende, pausado, a las nubes. A veces emplea frases demasiado fuertes, crudas, voluptuosas y hasta llega a lo tabernario y lupanaresco... Véase la siguiente estrofa, que parece escrita entre las exhalaciones alcohólicas de una cantina:

Die Feder am Sturmhut in Spiel und Gefahren
Halli,
nie lernt'ich im Leben zu fasten und sparen,
Hallo!
Der Dirne lass ich die Wege nicht frei;
wo Männer sich raufen, da bin ich dabei,
und wo sie saufen, da sauf ich für drei.
Halli und hallo!

Fué oficial del ejército prusiano y a juzgar por lo que él mismo dice, todo un valiente:

Mit Trommeln und Pfeifen bin ich of marchiert,
vor Trommeln und Pfeifen bin ich of avanciert
in den Feind, Hurra!

y en otra poesía (*Kleine Ballade*), dice:

Und lachend trockne ich mein Schwert
an meines Rosses schwarzer Mähne...

Canta la vida militar con exaltación; pero jamás concluye una poesía sin que salgan a relucir las *Mädel*, las *Jezabeles* que diría cierto amigo mío. De sus composiciones surge un aliento fresco que quizá huele demasiado a tierra, como el aura que besa los campos recién labrados, pero como ésta es vividor y confortante. En resumen, que Lilienkron es un buen poeta; aunque muy desenvuelto y naturalista; como que Zola suscribiría gustosamente muchos de sus partos.

Tras Lilienkron vinieron otros poetas que combatieron en parte el naturalismo crudo y descocado de la literatura; pero también dejándose influir como siempre por el *adorado* vecino, siendo todo lo que hay que ser: blasfemadores, simbolistas, macábricos y decadentes; pero los frutos fueron escasos como era natural, e insulsos aunque no faltos de interés... patológico. Y cuenta que entraron de lleno en las nuevas corrientes poetas como Ricardo Dehmel, a quien un coro de amigos se empeña en poner por cima del mismo Lilienkron, por más que está muy lejos de su talla, según el juicio de críticos sensatos.

Hoy, avergonzados de tanto extranjerismo, los ingenios alemanes han formado o tratan de formar una nueva escuela literaria, die *Heimatkunst*, el arte patrio. Quieren que se lleve al arte la vida y que se goce de ella en él de igual modo que en la realidad: una vida fuerte, vigorosa, sana y alegre. Nada de colorines y oropeles parnasianos que falsifiquen, queriendo embellecerlos, los placeres de la vida; pero nada tampoco

de antiparras pesimistas que hagan vislumbrar un mundo de negruras donde todo se resuelva en imperio de la muerte. Quieren que se odie profundamente al naturalismo por haber creído al hombre un producto mecánico de la educación y del medio ambiente forjando una raza humana estropeada y tullida; que se ame entrañablemente toda la literatura patria, a Goethe y a Schiller, que fueron y supieron crear en sus obras personalidades fuertes, robustas, vigorosamente humanas, y a Federico Hebbel, y a Otto Ludwig, y a José Eichendorff, que son los únicos grandes poetas genuinamente nacionales que ha engendrado el suelo alemán en todo el curso de la décimanona centuria, sobre todo Eichendorff, llamado con justicia "el último caballero del romanticismo", y que lo supo ser en verdad, guardando siempre en su labor poética, fidelidad inquebrantable a su patria y a su pueblo, al mismo tiempo que a su catolicismo y a su Dios.

Todo esto suena muy bien y parece muy hermoso; los críticos alemanes creen que con el cultivo del *arte patrio* se llegará a un pronto florecimiento literario que indemnice con creces a Alemania de la penuria y pobreza de poesía que desde Hebbel acá —más de medio siglo— viene padeciendo. Ojalá cuajen en regalados frutos esas esperanzas; pero hoy por hoy, la poesía que impera en Alemania todavía es la naturalista, la extranjera: la razón social Hauptmann-Sudermann.

# GERARDO HAUPTMANN

Quiero decir algo de este dramaturgo que es el que más vale y el que más impera en Alemania; aunque para muchos comparte con él Súdermann el imperio y la valía. En general casi siempre se los nombra juntos, sin duda, porque son los únicos llegados al pináculo de la gloria; bien que haya otros motivos para emparejarlos. Ambos son realistas extremosos, de los que, cuando bien les viene, se pasan con armas y bagajes al más crudo naturalismo. Aman el pormenor descriptivo: y son escenógrafos, directores de escena y poetas dramáticos todo en una pieza. La letra menuda, los paréntesis de advertencias y observaciones tienen mucha más lectura que la misma acción dramática. En su afán de dar del modo más exacto posible la impresión de la realidad descienden a minucias inverosímiles. Ambos son incrédulos. El orden sobrenatural es para ellos un mito. Virtud, moralidad, preciosos nombres, pero sin objetividad de ningún género. Súdermann tiende a ser doctrinario, pretende que sus dramas sean estudios profundos en que se desarrolle algún tema a lo Ibsen. Hauptmann no se las echa tanto de pensador: se contenta con ser socialista, y, de un modo o de otro, siempre encarrila sus dramas hacia el socialismo. Súdermann pugna por ser hombre de inteligencia,

Hauptmann por ser hombre de corazón; pero uno y otro sin alma, sin espíritu, sin vuelos superiores hacia celestes ideales. Hauptmann ha sido más adivinizado que Súdermann: muchos llegaron a llamarle "moderno Schiller —¡horrible profanación!—, y aun a suponerle genio superior a Goethe y aun al mismo Shakespeare; bien que hoy se rían de semejantes exageraciones, los mismos que las inventaron, y le desestimen y arrinconen quizá en demasía.

Los críticos no le perdonan el haber salido falsas las profecías que sobre él hicieron, al aparecer *Los Tejedores*. Si con una obra como aquélla se estrenaba, o poco menos. ¿Por dónde concluiría? Y se engañaron: Hauptmann no ascendió, como ellos creían, no hizo más que descender. Su aparición en la escena no había sido un sol de aurora, sino de ocaso. El genio del dramaturgo quedó agotado en aquella obra. El desdén en que se le iba teniendo, llegó a su colmo con su último engendro *Las Doncellas de Bischofsberg,* estrepitosamente silbado. Hasta los más ciegos entusiastas —si se exceptúa a von Bülow primero entre los primeros— sintieron caérseles de los ojos las telarañas que les hacían columbrar grandezas, donde no las había. Un hombre que no conoce él mismo que semejante obra es un esperpento y no la hace añicos, sino que se atreve a llevarla al teatro, ha dictado contra sí el más rudo fallo de ineptitud, se dirían.

Pero no nos anticipemos. Hauptmann conoció la miseria muy de cerca. Descendía de obreros

bohemios y aunque su padre llegó a tener una fonda en no sé qué balneario, dicha fonda concluyó por pasar a manos de acreedores. La riqueza de Hauptmann data de su casamiento, pues casó rico. Su abuelo era un tejedor silesiano, quizá uno de los que él nos pinta en su más renombrado drama, que puede decirse también fué el primero; pues si bien reclaman la primogenitura tres o cuatro piezas que antes escribió, éstas pasaron desadvertidas y el nombre de su autor no sonó hasta que vino *Die Weber-Los Tejedores,* drama terriblemente socialista en que se hace resaltar el contraste entre los ricos y los pobres, entre los patronos y los obreros. La fantasía de Hauptmann es una linterna mágica que agranda los cuadros de la miseria física y moral, arrojándolos en el drama con una fuerza admirable, si no fuera tan bruta. Ya antes en *Vor Sonnenaufgang. Antes de la Aurora* —título de uno de los capítulos de *Also sprach Zarathustra*—, dió instintivamente con este su fuerte de pintar a maravilla las miserias sociales. Nuestro Pío Baroja podría, si escribiese para la escena, ser tenido como discípulo de Hauptmann: es un Velázquez de la podredumbre social, de la embriaguez, de la miseria, de la liviandad lupanaria, y siente como nuestro novelista una compasión grande por sus predilectos tipos-víctimas, a quienes algunas veces endiosa.

A pintar con esa fuerza le impelen sus creencias de que la vida no tiene ningún fin sobrenatural, de que todo acaba aquí abajo, de donde proviene su pesimismo de que lo abundante en

el mundo es lo feo, lo asqueroso, lo horripilante, y de donde también la glorificación de la naturaleza, del libertinaje de los sentidos, de la emancipación de la carne, que predica el evangelio del amor libre. Su aspiración no es pintar al hombre, sino al animal en que no haya rastro siquiera de espíritu. ¡Como si no habiendo espíritu, pudiera haber conflictos de la voluntad y no habiendo esos conflictos, pudiera darse el drama!

Yo conocía *Los Tejedores*, por críticas varias que había hojeado, exageradas las unas, donde se llegaba a comparar al autor hasta con Jesucristo, diciendo que, como el Hijo de Nazaret tenía siempre los brazos abiertos para los pobres, el hijo de Silesia rebosaba siempre de amor hacia los desheredados, y que su obra era un himno entonado a la bondad y a la misericordia; y exageradas también las otras donde se deprimía y flagelaba despiadadamente al poeta, como corruptor de costumbres y provocador de subversiones y de motines, hasta llegar a decir con el ilustre benedictino Pöllmann que *Die Weber*, "no era ni siquiera un drama en el sentido convencional, sino una serie de cuadros de la vida de la miseria proyectados con imponderable fidelidad naturalista sobre las blanqueadas paredes de las cuevas de los tejedores (1). No me satisficieron ni unas ni otras, y quise conocer el drama por mí mis-

(1) Vid. *Rückständigkeiten.*—Von P. *Ansgar Pöllmann.*—Ravensburg, 1906.—P. 359.

mo, teniendo que preguntar no pocas cosas, por estar escrito mucho de él en dialecto silesiano, que se aparta bastante del alemán genuino.

*Die Weber* es un drama en cinco actos, que historia a gusto del consumidor, es decir, del poeta, la revolución de los tejedores silesianos en el año 1845. El hambre y la desnudez del trabajador contrastan en él con la hartura y el lujo del patrono. Los dos primeros actos son películas cinematográficas que representan con viveza asquerosa el vivir arrastrado de los tejedores. Hormiguean los hombres y mujeres extenuados, macilentos, sucios, rebaño de seres que diríase no pertenecen al género humano. Destácase el tugurio, verdadera cueva de animales, de las familias tejedoras: allí están las jóvenes tejiendo y enseñando los hombros desnudos y flacos sobre los cuales se yerguen los cuellos sin sangre y los rostros de pálida cera, con ojos desmayados y hundidos. La impresión es tanto de asco como de tristeza, y recrudécese y se intensifica al ver a la madre, una vieja, que a la roja luz del crepúsculo que le da en la cara, luce su esqueleto, cubierto de una piel surcada de arrugas. Es la familia de un viejo tejedor, Baumert, que se vió precisado a matar un perro que tenía, para asárselo y acallar las dentalladas de su estómago vacío. Un exsoldado que ha sido tejedor y que ahora se las echa hasta de sabio, porque aprendió algo en el ejército y porque tiene blanca y fuma en pipa, entra en escena con una botella de aguardiente en la mano, y recita en alta voz el *Canto de los*

*Tejedores*, himno revolucionario en que resaltan los tormentos que les hace sufrir el patrono, ayudado de sus esbirros, todos con bien ganada patente de archi-verdugos. Poco antes había entrado también el viejo Baumert, retorciéndose como un energúmeno porque el regalado bocado perruno se le había indigestado y a cada instante tenía necesidad de... en fin, lo que allí se dice, y aquí es imposible decir, sin proveerse antes de perfumes... No se puede pintar con colores más siniestros la estrechez y miseria de aquella mansión, donde se advierte el moverse de los telares y hasta se oye el castañeteo de cárcolas y lanzaderas. Es todo un maestro el autor en esto de pintar cuchitriles hediondos y ambientes insanos; bien que peque excesivamente de monótono y de maloliente. Se conoce que los berlineses que tanto le han aplaudido, tienen el olfato a prueba de... de Hauptmann.

En el tercer acto aparece la taberna. Tiene que suceder todo en antros por el estilo, para que el genio pictórico del poeta se halle en su fuerte. Por delante pasan los tejedores acompañando el cadáver de un pobre compañero que no pesaba 90 libras, y al regreso entran y comienzan a beber aguardiente entre maldiciones y conjuros. De improviso suenan multitud de voces que cantan fuera el *Canto de los Tejedores* y los jefes del motín entran a beber también y trámase la rebelión que un viejo tejedor apoya y defiende hasta con textos de la Biblia. Y todos se largan en manifestación tumultuaria de socialismo y aguar-

diente, que explica el éxito de la obra. Poesía no hay en ella; pero sí realidad, muy exagerada realidad.

El cuarto acto desarróllase en los salones de la casa del fabricante cuyo lujo y magnificencia describe Hauptmann con extrema minuciosidad. Allí se hallan a la mesa, como convidados del patrono, el pastor y la pastora y un candidato a predicador protestante. Se habla de los tejedores y el joven predicador se permite disentir del parecer del pastor y del fabricante, diciendo que tienen motivo para estar tan quejosos los pobres. El hombre quiere hablar el lenguaje de la razón; pero se le pone o poco menos de patitas en la calle. Y a tiempo que convidados y dueños de la casa se disponen a fumar y a tomar café, suenan los primeros gritos callejeros que repercuten amenazadores dentro del salón. Uno de los caucaudillos es Mauricio Jäger, famoso ex-soldado, a quien ya la policía requirió de varios modos para que depusiese su actitud; pero que si quieres. Y toca su vez al pastor que empieza por decirle: "Jäger, ¿no conoces al encargado de velar por tu alma? ¿El mismo que cuando estabas aún en mantillas te introdujo en la comunión de los Santos?"...

Todo esto resulta ultracómico y rayano en lo bufo. En la iglesia o en la pastoría aquello estaría en su sitio; pero en el período culminante de una revolución callejera, ¿qué iban a ocurrírsele tales dulcedumbres a un pastor de verdad? ¿Querría Hauptmann hacer un símbolo y en él

la caricatura del estado pastoral? ¿Quién se mete en interioridades de poeta? A un pastor que habla así, cuando se halla gozando con el explotador del sudor de los pobres, tenía que sobrevenirle lo que le sobrevino: una paliza como a los policías que intentaron llevar preso a Mauricio. Los tejedores se hacen dueños de la casa del fabricante, mientras éste y su mayordomo se escapan a la sordina y rompen y desbaratan como vándalos.

Y llega, por fin, el quinto acto. Estamos en la choza de un pobre tejedor donde él y su familia aparecen rezando la oración de la mañana. Este tejedor no ha tomado parte en la algarada; su nuera le increpa tratándole de santurrón, porque se resiste a aceptar una cuchara de plata que una nietecita ha encontrado en el arroyo, signo del saqueo llevado a cabo en la casa del fabricante. Algunos de los amotinados entran en escena y cuentan con sus pelos y señales cuanto han roto y destrozado. El viejo creyente les dice que la venganza pertenece a Dios, y que consideren el castigo que los espera. Ellos le desprecian como la hija política, y cuando el buen hombre se pone a trabajar en su telar, suena afuera la primera descarga contra los tumultuarios. El buen viejo se pone a orar para que Dios se apiade de sus hermanos. Suena la segunda descarga y nuestro hombre cae muerto de un balazo en el pecho. ¡Abuelito!— exclama la nietecita— y cae el telón...

Como se ve, el drama es verdaderamente satánico. Los capitalistas chupan, como sanguijuelas, la sangre del obrero; los representantes de Cristo

se ponen del lado de los capitalistas; la gendarmería del gobierno "cumple con su deber", y Dios impasible permite que el bueno de Hilfe caiga muerto orando junto a su telar. En resumen: que no hay justicia en la tierra, ni tampoco hay que esperarla del cielo. Hauptmann se ha esmerado en sublimar la piedad del buen viejo sólo con la mira de que fuese más espantoso el contraste con el pago que Dios le daba: una verdadera blasfemia, porque, si es verdad que muchas veces los inocentes se ven castigados, querer erigir esto en doctrina, en tesis, es legitimar la impiedad, es santificar la rebelión y es consagrar el socialismo revolucionario. ¡Y que se haya comparado a Hauptmann con Jesucristo por un drama como éste, que podrá tener todas las galanuras que se quiera, pero que es, en el fondo, lo que acabo de decir, un drama desgarrador, donde, con vivísimos colores, repugnantes por lo ultrarrealistas, se pinta la miseria sin más fin que el de excitar a los miserables a la desesperación, haciéndoles ver que no hay para ellos justicia ni en la tierra ni en el cielo!...

*Hanneles Himmelfahrt, La Asunción de Juanita*, es otro de los dramas de Hauptmann que hicieron ruído. La protagonista es una niña de catorce años, hijastra de un borracho que la maltrata como una fiera, mal dicho, mil veces peor, porque las fieras salvajes no tratan a sus cachorros como este salvaje trataba a su niña. Una noche del crudo invierno, loca de tanto sufrir, huye la pobre de casa. La niña encuentra un estanque de cuyas

aguas su fantasía desequilibrada oye surgir la voz de Jesús que la llama. y la niña se arroja en el fondo. Dos hombres que a la sazón pasan por allí la salvan y la llevan al asilo de pobres.

Huelga decir que ya está nuestro poeta en su elemento, mejor dicho, ya estaba; pues la acción comienza allí con los pordioseros acogidos, que demuestran no tener ni pizca de crianza, sobre todo después que, traída ya la niña y tendida en uno de aquellos jergones de paja, siguen alborotando como si tal cosa, amenazándose con utensilios de cocina, que, al caer en el suelo, sobresaltan a la niña, haciéndola temer que llega el bárbaro de su padre.

Allí asiste a nuestra criatura una diaconisa, que así se llama a las monjas protestantes. Esta la abandona un momento, cuando ya nuestra niña ha comenzado a delirar, y se imagina que ve a su padrastro borracho, con el cabello erizado y el rostro amenazador. Entonces se arroja del lecho, y cuando vuelve la hermana y la acuesta de nuevo, no hace más que preguntar asustada si su padre se ha ido ya. La hermana Marta la cerciora de que ha estado allí y la niña sueña con el cielo, con Jesús que le ha prometido llevarla al cielo, y suspira por salirse de este valle de lágrimas. Todo esto está muy propio y aun de perlas. Pero luego hay un tránsito brusco; bien que dura un instante no más, en que Hauptmann hace delirar a la niña de una manera absurda.

Debo advertir que uno de los hombres que la sacaron del estanque era el maestro de escuela;

pues bien, ahora la niña, en vez de seguir soñando con el paraíso, sueña con el maestro, y se siente de él enamorada. Todo en él lo halla hermoso, hasta las patillas, hasta el nombre de Enrique, y habla de cámara nupcial y de lecho de nevada pluma...

En una modistilla madrileña de las que, al dejar la diaria labor, revolotean un instante por las aceras de la calle de Alcalá como si fueran mariposas, sueños de esa índole estarían en su punto; pero en una infeliz lugareña, hijastra de un beodo que la maltrata, ni con cola... Se objetará que todo es posible en los sueños; pero, y aunque así sea, ¿todo lo que pasa en los sueños se puede revelar? ¿No hay mucho que está reñido con la decencia? Lo que allí nos dice la niña, ¿no es por lo menos inverosímil?

Luego se le aparece la madre que, hace seis semanas, se ha muerto, y la niña se le queja de que le arde el corazón. "Dios te lo refrescará con lirios y rosas" —le dice la madre— y desaparece, a pesar de las vivas instancias de la niña para que se quede allí, dándole antes una flor, que en Alemania lleva el poético nombre de llave del cielo —*Himmelschlüssel*—, y recomendándole que la conserve como prenda divina. Los ángeles revolotean en sus sueños, cantando celestes estrofas invitándola a dormir.

Todo esto es muy hermoso y está admirablemente descrito. La pérfida intención del poeta todavía no asoma. Si todo en la obra fuese así ¡qué deliciosa creación! Mas a partir de aquí comien-

za la segunda parte, y quizá nunca se pudo decir con más exactitud aquello de que nunca segundas partes fueron buenas. Al principio la niña se empeña en persuadir a la diaconisa de que allí estuvieron ángeles, verdaderos ángeles con alas largas. Pero en seguida los idilios de luz truécanse en elegías de muerte. Un ángel negro vibra una espada en la mano y de sus alas sopla un frío que corta. La niña tiembla de angustia. Una aparición vestida como la diaconisa, pero más joven y hermosa, le dice que aquel ángel es la muerte y comienza a vestirle un vestido nupcial con velo y corona. A lo lejos suenan los acordes de una marcha fúnebre. El ángel alza poco a poco su espada. La niña pide auxilio. Sus deseos de irse cuanto antes del mundo desaparecen. El maestro Gottwald entra entonces en escena con un ramillete de hermosas campanillas, cuatro niños traen el ataúd, la gente se queda arrobada ante el riente aspecto del cadáver y se irrita y enfurece contra el padre criminal, a tiempo que éste se aproxima cantando con voz ronca: "una conciencia tranquila es una deliciosa almohada."

De pronto aparece también un extranjero como de treinta años, parecido al maestro Gottwald, larga cabellera negra, pálido rostro y sandalias a los pies, el cual se dirige al cruel padrastro diciéndole en ruego humilde: "traigo los pies ensangrentados del camino, dame agua para lavarlos; el quemante sol ha desecado mi garganta, dame vino con que me refresque. Desde la mañana ni

un bocado de pan ha entrado en mi boca. Tengo hambre." El padrastro le rechaza.

Luego le ofrece su ayuda como médico de quien acaso necesita; el padrastro le rechaza. Le dice que es un mensajero del cielo; el padrastro le rechaza. Entonces trata de moverle a arrepentimiento. El padrastro dice que no tiene absolutamente nada de que arrepentirse. El extranjero insiste preguntando si no hay nada que le remuerda la conciencia respecto de la niña: "¿No ha caído nunca como muerta a tus pies, al golpe de tus puños?" Que me mate un rayo del cielo si soy reo de semejantes cosas —exclama—. Y en aquel momento empieza una tempestad a rugir. ¡Una tempestad en la plenitud del invierno! ¡Asesino, asesino, asesino, asesino!, gritan las mujeres. En las manos de Juanita se ostenta entonces la simbólica flor, la llave del cielo. La gente exclama: "¡Milagro, milagro!" El padrastro tiembla y brama diciendo que se va a colgar...

Este Judas borracho ante quien se estrella todo el poder de aquella aparición divina es una rechifla del Salvador. Y no para aquí: viene luego la parodia de la resurrección de la hija de Jairo. El extranjero repite las palabras divinas: No está muerte la niña. Duerme. ¡Juana, levántate! La niña abre los ojos, se incorpora y se arrodilla ante su resucitador. La gente huye espantada. Juanita y el extranjero quedan a solas. Suena una suave música de arpas. El extranjero canta a la Jerusalén celestial donde la paz y la alegría no tienen fin, donde las casas son de mármol y

los tejados de oro, donde las blancas calles están cubiertas de flores y los campanarios están siempre tañendo toques nupciales...

Todo esto, como ya el lector habrá comprendido, no es más que el sueño de Juanita puesto en escena. Ya es hora de que el delirio acabe. La decoración, cambia de súbito y aparece el angosto recinto donde tendida en pobre lecho yace Juanita. Allí no hay más que el doctor auscultando con su estetoscopio y la diaconisa que pregunta: ¿Muerta? —"Muerta"—responde el doctor.

Tan concisa interrogación y tan seca respuesta hieren al lector, y lo propio creo que suceda al espectador, como puñales envenenados. Cielo, religión, ángeles, milagros, bienaventuranza... todo era sueño. La única realidad está allí. "¿Muerta? —Muerta"

Cuando leí *El pájaro en la nieve* de nuestro excelso novelista Palacio Valdés, recuerdo que sufrí una impresión parecida; sin embargo, allí queda uno en dudas y aquí se ven venir desde lejos las pérfidas intenciones del enemigo de toda religión.

Hauptmann es aficionado a llevar al teatro las pesadillas y los sueños que, cuanto más disparatados, más *efectistas* se le antojan. Yo no puedo olvidar la lectura de *Elga*, una cosa también soñada, románticamente trágica, que allá hacia el desenlace, pone los pelos de punta. No sé qué ha intentado el dramaturgo con esta pieza.

Elga es una mujer divinamente hermosa que un magnate polaco de los grandes guerreros, ser-

vidores de Juan Sobieski, ha cogido del arroyo, como quien dice, elevándola hasta sí y uniéndose con ella en matrimonio. Starschenski, el aristócrata polaco, se siente feliz al lado de su esposa y le profesa un amor tan apasionado, que siente celos hasta de la mariposa que en primavera sube volando del jardín a posarse en el pecho de Elga, como si fuera en una flor.

El conde coge al pobre animalito y lo aplasta.—¿Qué haces?—le dice Elga—Nada: el puesto ese es mío, contesta él.—¡Tonto!—replica ella.

Calcúlese por este amor tan loco y apasionado lo que hará nuestro conde, cuando se cerciora de que su esposa le es infiel, de que sus amores y sus mimos son para otro hombre, de que la hija, la pequeñita Elga, no es suya, sino del adúltero infame que le ha arrebatado honra y felicidad. Un día sale a buscarle y le trae a su palacio, medio invitado, medio por fuerza. Tres días ha empleado en su labor. Por fin llega una noche con él y le hace quedarse en el fondo de la escalera. El conde sube llamando con voz de borracho a su *palomita.* Y ocurre una escena que hiela la sangre.

—Buenas noches, palomita mía, le dice a su esposa.

—Mucho has tardado, le responde ella.

—Sí, pero te he traído...

—¿Qué?

—Adivina.

—¿Las camisas de seda que te pedí?

—Sí, están abajo en el coche. Pero te he traído algo más.

—Yo nada más te pedí. No sé...

—¡Te he traído a tu primo Oginski!

Y le dice a éste que suba y nuestro conde le invita a tomar una copa de vino y luego comienza a contar un sueño terrible que el primo de Elga termina no sin que antes se retire ésta, miedosa de aquellos sueños y... de aquellas caras Entonces el conde le echa en rostro a Oginski el adulterio. "Yo he vivido", le dice el adúltero triunfante. Entonces el conde da tres golpes de espada sobre la mesa y a esta señal entra el administrador con gente armada. El conde les grita: "¡A realizar vuestra obra!" Y atan y agarrotan a Oginski arrastrándosele consigo hacia una torre, a un extremo del jardín...

Poco después Starschenski lleva por fuerza a su mujer a la fatídica torre donde aparecen el administrador y los esbirros. Detrás de una cortina hay un lecho rodeado de apagados hachones, en el cual yace Oginski degollado. En el momento de llegar el conde y la condesa, enciéndense como por ensalmo los cirios, y aparece el cadáver...

La impresión enorme de Elga no requiere comentarios. Como impelida por impulso misterioso, arrójase a abrazar al muerto. Y cuando el marido abrumado de dolor, al ver que, ni aun muerto, le abandona, la llama con acento suave y casi de súplica, ella se revuelve, rabiosa, como una loba que defiende a sus cachorros y exclama: *Ich jasse*

*dich. ¡Ich spei dich an!* ¡Yo te aborrezco! ¡Yo te escupo!

Y en aquel instante resuena el canto de los monjes en el coro; la luz indecisa del crepúsculo matutino penetra en la lóbrega estancia en cuyo fondo dibújase paulatinamente la silueta de un caballero y llaman a la puerta.—Ya es hora de que partamos, le dice el escudero a su señor. Y éste le da la bienvenida y clama por salir afuera, "al caballo, al caballo", porque ha tenido una pesadilla que le torturará por mucho tiempo recordándole la fatídica noche claustral. Ya ha dicho al principio que la acción dramática es soñada, soñada por un caballero que, temiendo tener que dormir a la intemperie, se acoge a una covacha cuyos muros abovedados demuestran que ha sido torre y que pertenece a un monasterio, fundado por el desesperado Starschenski, a raíz de haberse verificado la realidad del sueño de nuestro caballero. Aquel sueño era escrupulosa reproducción de la realidad.

¿Qué se propuso Hauptmann con este dramón macábrico que amedrenta y espeluzna? ¿Legitimar los amores adúlteros? ¿Hacer aborrecibles las fundaciones religiosas? Yo creo que ambas enormidades a la vez. No me explico de otro modo la divinización de Elga y el dar por cimientos a un monasterio los celos y la desesperación. Y que esto guste tanto a los berlineses que lo aplaudieron en las tablas, y en general, a los alemanes, que han agotado ya siete ediciones por lo

menos; ya que el ejemplar que yo poseo, pertenece a la séptima edición.

Creerá el lector que ya no se puede dar nada más sectario y que rezume tan inexorable rencor contra el cristianismo. Pues bien, todo lo apuntado no es más que, algo así, como un prefacio a la dogmática de Hauptmann. Donde ésta aparece expuesta sin rebozo ni tapujo de ningún género es en *La Campana sumergida-Die versunkene Glocke* (1). Voy a detenerme con predilección en esta obra porque a cierto nietzschiano español le ha dado la chifladura —perdóneme que así se lo diga en confianza— de traducirla a nuestro idioma. Su amor profundo a Nietzsche le seduce hasta el punto de creer genial todo lo que lleva el sello nietzschiano, y en *La Campana sumergida* resplandece la huella de Zarathustra como una estela luminosa. Hay escenas que parecen páginas arrancadas a Nietzsche y puestas en verso. No hay en este drama el odio personal a Jesús que hay, por ejemplo, en *Umwerthung aller Werthe;* pero el odio al cristianismo es igual en ambas obras; bien que a nuestro poeta le falte aquella fogosidad maldiciente que desbordaba impetuosa de la pluma relampagueante de Nietzsche.

En el drama de Hauptmann, Jesús no habla más que incidentalmente y el vate nos le quiere

---

(1) Tiene cinco actos, los cuales están divididos en escenas. Lo muy leída que es la obra lo prueban las muchas ediciones que de ella se han hecho. Esta que yo utilizo es la edición 49.—Berlín, 1900.

llevar a su campo, presentándonosle como uno de los hombres que más han luchado por libertar al espíritu de toda creencia de ultratumba... ¡Y dice que por eso sufrió muerte de cruz!...

¿Será posible que no haya nada de perfidia en esto, y que semejantes delirios sólo sean hijos de una supina ignorancia? ¿No habrá Hauptmann leído un libro de religión en su vida? ¿No se habrá tomado nunca esa molestia, sólo por el hecho de haberse imaginado ya desde la misma niñez, espíritu libre?

Pero sinteticemos el drama. Un fundidor de campanas goza de general aplauso, por haber fundido ya muchas que suenan magníficamente. Pero a él no le llenan sus campanas que están muy lejos de realizar su proyecto ideal. Y abandona pueblo, mujer e hijos, huyendo a una montaña a respirar el aire de las alturas. Quiere sentir la naturaleza y desposarse con ella, que sabrá fecundarle el espíritu y entonces si que forjará buenas campanas. Una aldehuela que surge a las orillas de un lago en cuyos cristales se mira, ha edificado en una montaña próxima una ermita y "el maestro Enrique" ha fundido para ella la campana. Mas ¡ay! que a tiempo de conducirla a la altura una rueda del carro se rompe, y la campana baja dando tumbos a sumergirse en el lago. El campanero se descorazona: era la mejor campana que había fundido. Sin embargo —piensa él— mi campana era aún mala e indigna de vibrar en la altura, haciendo resonar a los valles en dulces ecos. Y entonces cae en la cuenta de

que las campanas suenan en los valles, pero no en la altura; en los valles, donde las almas gimen bajo el yugo de las creencias, no en las alturas, donde moran los espíritus libres...

Como se ve, el sentido emblemático y simbólico comienza a transparentarse que es una maravilla. Nuestro hombre marcha, bosque arriba, y al llegar a una majada que hay en la cima del monte, se siente abatido y cae precisamente delante de la choza de una maga, la vieja Wittichen. Allí le encuentra luego la sílfide Rautendelein que se decide a enamorarle y retenerle consigo en la altura. Traza enrededor de él un círculo, pronunciando frases de hechizos y luego le trae musgo para ponérselo de almohada a la cabeza, y le conforta con leche de cabra. El campanero, presa de la fiebre, clava sus ojos en los de la sílfide, que son para él un espejo maravilloso, donde ve todas las cosas de modo muy distinto que antes las veía. Siéntese otro hombre. Ya la vida le encanta. En los ojos de la sílfide bebe la felicidad.

Luego llegan el Pastor, el maestro de escuela, y el barbero del lugar que han salido en busca de él para restituirle a su mujer y a su casa. La mujer que ignora los percances de su esposo, se deshace prodigándole todo género de cuidados. El le dice en simbolismo que no tiene más remedio que separarse de ella. Pero ella no le comprende y se desvive por calmarle, recordándole las muchas campanas que ha fundido y que sobre el monte y el llano anuncian la gloria del Señor.

Mas él no quiere permanecer más en el valle, quiere salir, montaña arriba, y "andar en la luz sobre el mar de tinieblas y hacer obras de la fuerza de las alturas".

...will bergwärts steigen
im Klaren über Nebelmeere wandeln
und Werke wirken aus der Kraft der Höhen.

La sílfide se cuela a visitarle vestida de criada de servir y le cura y le hace "nuevo y libre". Y entonces, como amante de ella, huye otra vez a la montaña. ¡Qué bien lo pasa allí con Rautendelein y la barbuda abuela de la floresta, de jeta hombruna y de cabellos blancos como la nieve! Era aquel vivir una delicia... ¿Que viene de nuevo el Pastor a buscarle y a recordarle que tiene mujer e hijos y a instigarle a que vuelva al pueblo y torne a ser cristiano? Que si quieres. De la abundancia de que él goza no podría hacer partícipe a su mujer. El vino que él bebe sería para ella hiel, vinagre, ponzoña. Además está construyendo un templo de mármol al cual pondrá unas campanas, como no las ha tenido jamás catedral ninguna, —campanas que ensordecerán los campanarios de todas las iglesias y anunciarán el nuevo nacimiento de la luz en el mundo. Y a aquel templo acudirán todos los espíritus libres, todos los amantes de la pura naturaleza. El sobrenaturalismo ha embotado y entumecido los espíritus; sus campanas los despertarán... Siempre jugando con pensamientos nietzschianos. ¡Oh la vida de la pura naturaleza! La que vivió en su cueva Zara-

thustra, la que vivió Nietzsche, en las colinas de Génova, de cara al mar. La que vive la sílfide en la montaña...

Hauptmann contrapone a cada instante el monte y la llanura. Allí la luz, el aire puro y refrigerante, los horizontes infinitos, el espíritu libre; aquí la lobreguez, la insalubridad, los encadenados de las creencias, los que llevan el yugo del cristianismo, en una palabra, el badajear insufrible de las *campanas sumergidas*.

Entre tanto, no todo le sale a pedir de boca a nuestro campanero. Primero se indispone con los geniecillos que sirven a Rautendelein, porque al fin y al cabo contemplan en él al hombre, y después porque, de buenas a primeras, le asaltan pesares y remordimientos: le parece escuchar el tañido de la campana sumergida. Quiere conjurar sus miedos y sus espantos y no lo consigue, antes al contrario, van en aumento. Busca refugio en Rautendelein y la ruega le distraiga con músicas. La maga hace que resuenen deleitosos conciertos por todas partes; pero en las músicas él percibe un sonido extraño que le conturba y abate, el sonido de la conciencia, de la campana sumergida. Y se imagina ver venir hacia él a sus dos hijos muertos, trayéndole en un jarrito las lágrimas que su madre ha derramado... La campana sumergida resuena cada vez más potente en sus oídos. Rautendelein está allí, pero sin ver ni oir nada. Ella tiene la conciencia libre y todos aquellos sobresaltos son patrimonio de las conciencias esclavas. El campanero no había llegado todavía

al hombre nuevo y libre. Latían en él aún despojos del cristianismo. Por eso en la plenitud de su pena llega hasta maldecir y escupir: *Ich hasse dich, ich spei dich an* ¡Yo te aborrezco, yo te escupo! *Fluch über dich, über mich, mein Werk und alles* ¡Maldición sobre ti, sobre mí, maldita mi obra y todo maldito... Esta desesperación no dura mucho. Logra rehacerse y desoir los gritos de la conciencia. Clama por Rautendelein a quien de modo tan áspero ha ofendido; pero quien viene es la vieja de jeta hombruna que le increpa y apostrofa, diciéndole que se ha hecho indigno de vivir la vida de las alturas y que para él todo ha concluído; que va a morir. "Bien; pues déjame morir en este lugar", —exclama el infeliz—. "Pero ¡ay! que se cumpla mi único deseo: ver otra vez a la sílfide, ver otra vez el paraíso perdido." La barbuda vieja se lo concede y se desarrolla una escena que es indudablemente de lo más hermoso del drama: la despedida de Rautendelein. El ya no volverá a vivir, porque ha sido infiel a la naturaleza; pero le queda un consuelo: "¡el sol viene!", le dice Rautendelein y el campanero repite: "el sol viene ¡Gracias!". La sílfide le da un beso y el infeliz moribundo murmura: "allá arriba el sonido de las campanas del sol... El sol... el sol viene. ¡La noche es larga!"

¡Simbolismo perverso! La noche larga es el cristianismo, el sol, la libertad de los espíritus y el tañido de las campanas solares, el canto de triunfo de la impiedad, celebrando la muerte de toda religión. ¡No hay más encantos que los de

esta vida y ni el espíritu ni el corazón deben apetecer ni rastrear más! El ansia innata del corazón humano que, según el Aguila de Hipona, no tendrá sosiego hasta que descanse en Dios, es un mito. El paraíso verdadero es esta vida. ¿Qué mejor paraíso que Rautendelein? Por eso la pinta tan arrobadora el poeta y la adorna con todos los atractivos que se pueden fantasear en una criatura.

He hecho un pequeño análisis de los tres o cuatro dramas de Hauptmann que más han sonado allende las fronteras. Las tendencias están vistas. Es un dramaturgo insano, revolucionario, corruptor. No niego sus primores literarios: con no ser alemán y pasárseme, por consiguiente, muchas bellezas desadvertidas, he hallado páginas tiernas, conmovedoras, intensamente dramáticas. Pero todo envenenado por el odio de secta. Como Nietzsche, aborrece el cristianismo con toda su alma. Podrían entresacarse de sus obras calcos materiales de Zarathustra. Lo raro es que, habiéndose empapado tanto en él, sea tan convencidamente socialista; porque sabido es que Nietzsche no tiene para el socialismo más que azotes y vapuleos. Todo lo que suene a pueblo le causa asco. A Sócrates le niega que fuese griego, sólo porque descendía de la clase popular.

Pero si en esto no le siguió, en lo de odiar toda moral y toda religión, es quizá su más pedísecuo discípulo. ¡No llega Rautendelein —la pura naturaleza, el ideal de religión nietzschiana— a increpar a cierta abeja que, un día, en que, a orillas

de una fuente, se hallaba peinándose, acercóse zumbadora a sus oídos, sólo porque fabrica la cera para los cirios de la misa!... ¡Pobre "pajarito de sol!", como la sílfide la llama. ¡Hasta dónde extienden sus odios sectarios los espíritus libres!

—Bien podría hacer ahora respecto de Súdermann, lo que hice respecto de Hauptmann, con sólo exponer el argumento de sus más conocidas obras dramáticas y novelescas como *Die Ehre, Stein unter Stinen* y *Frau Sorge.* Pero Súdermann no tiene ni mucho menos en Alemania la importancia que creen algunos de sus admiradores hispanos. Y además, para muestra basta un botón.

FIN DEL TOMO PRIMERO

# ÍNDICE

Págs.

# EL LIBRO DE LA MUJER ESPAÑOLA

## Juicios de parte de la Prensa.

**El Libro de la Mujer Española.**—Hacia un Feminismo cuasi dogmático, *por el* P. GRACIANO MARTÍNEZ, *Agustino. Precio, 8 pesetas.—Bruno del Amo, Toledo, 72, y principales Librerías de Madrid.* Esta obra le ha merecido a su autor la Bendición Apostólica de Su Santidad.

### FRAGMENTOS DE ALGUNAS CRITICAS

Si en la Compañía de Jesús el apellido Torres se ha hecho famoso de continuo en obras de ciencia y virtud, en la Orden agustiniana el patronímico Martínez parece tener actualmente buen agüero. El Obispo de Huesca, Fr. Zacarías, sabio biólogo, y el Director de *España y América*, Fr. Graciano, están poniendo muy alto el Martínez en estos primeros lustros del siglo XX.

El P. Graciano—de la provincia de Filipinas, como el P. Zacarías lo es de la de El Escorial— es un excelente poeta, un literato muy ilustre y un sabio en buen número de disciplinas del entendimiento. Buen teólogo y filósofo, ha sabido aplicar a los estudios de Sociología las bases de aquellas ciencias, y por eso sus producciones dan la sensación de hallarse cimentadas sobre la roca viva, perennes e inconmovibles.

Otra característica del P. Graciano es la modernidad. El compone versos sin olvidar que han pasado por la historia de la poesía poetas de tan elevada talla como Verlaine, Baudelaire, y en nuestros días, Pablo Claudel y Francis Jammes. Es, pues, un católico avanzado, como lo son los franceses que acabo de mentar, y representa en España esa corriente cristiana de vanguardia que, por ocupar los primeros puestos en la Literatura y el Arte, no deja de ser pura y esencialmente ortodoxa...

A sabio tan moderno como el P. Graciano tenía que tentarle el problema feminista. Fruto de sus lecturas y meditaciones es el libro intitulado como el epígrafe expresa. Consta de cerca de 400 páginas, y es de lo más ameno, instructivo y natural que puede imaginarse. Su estilo sencillo, amistoso, sin alharacas retóricas, ni terminología complicada, recuerda una frase de Mme. de Staël, la que establece una diferencia entre franceses y alemanes, diciendo que los primeros "llevan la conversación al libro" y los se-

gundos, "el libro a la conversación", con lo cual quedan los germanos señalados por pedantes, y los franceses, como buenos latinos, por espíritus amenos, en quienes la ciencia no daña a la sencillez de la expresión.

La obra del P. Graciano es una conversación llevada al libro; ello no quita para que sea una conversación sabia, que revela en su autor talento nada común, erudición copiosísima y estudio profundo del problema en todas sus fases y en toda su extensión.

Al decir que el P. Graciano tiene talento, se ha dicho ya que es feminista. No comprendo el antifeminismo, ni existe razón de buena ley que proclame la superioridad de un sexo sobre el otro. La organización social que reconoce al hombre más derechos que a la mujer, es producto de circunstancias históricas sin fundamento lógico, ya que la mayoría de ellas son resultado del egoísmo masculino, y la doctrina y la Iglesia católicas no aprueban ni han aprobado nunca la desigualdad humana. De aquí el subtítulo que da el P. Graciano a su producción: *Hacia un feminismo cuasi dogmático;* porque él demuestra con argumentos abundantísimos, sacados de la Escritura. los Concilios, las declaraciones de los Padres de la Iglesia, la Teología, la Filosofía, la Sociología, la Historia, y aun las ciencias antropológicas y biológicas, que la mujer es exactamente igual al hombre, y que, por tanto, debe tener los mismos derechos que su compañero, dentro de su condición cristiana; pues, como puede comprenderse, el P. Graciano no llega a las exageraciones del feminismo anticristiano, y si es cierto que condena, asistido de toda razón, el divorcio y el amor libre, los condena lo mismo para la mujer que para el hombre, ya que, a los ojos de la Iglesia, tanto peca el varón como la hembra en la infracción de los preceptos sexto y noveno del Decálogo...

Los sofismas que condenan el feminismo no se tienen en pie. Los abate una dosis pequeña de sentido común, que si se junta a un buen talento y a una cultura sólida y extensa, no deja ni rastro de los prejuicios contra la mujer. Por eso, el libro del P. Graciano convence desde las primeras páginas, y no es posible que prevalezcan contra él las pasiones y egoísmos masculinos, que hacen de la mujer una víctima.

La cruzada feminista que se basa en el libre pensamiento, en la emancipación de la mujer del seno de la Iglesia, la familia y el amor santificado por el matrimonio canónico, no puede ayudarla ni defenderla el P. Graciano. No se verá en este libro la apología de la pasión, del desorden, ni del libertinaje. Pero dentro de la moral cristiana, de la doctrina católica, ¡qué amplios horizontes descubre el autor donde ha de ejercerse la conquista de los legítimos derechos femeninos!

Las páginas que consagra el P. Graciano a los colegios de muchachas son sabrosísimas. Pueden calificarse de "el sentido común escrito". Acredita en este capítulo el autor sus felices disposiciones de pedagogo, sus conocimientos en materia educativa. ¡Ojalá todos los padres de familia y todos los ministros de Instrucción pública pensaran como él piensa!...

La Iglesia católica jamás ha mirado con malos ojos la instrucción y la cultura femeninas. Ni San Pablo, ni San Jerónimo, fueron antifeministas, por más que se afirme lo contrario. ¿Cómo iban a serlo, si la doctrina de la igualdad de los sexos y de la exaltación

de la mujer es algo esencialmente, primordialmente católico? El cristianismo, que marca una división fundamental en la historia humana, señala también la época del ennoblecimiento de la mujer...

*El libro de la mujer española* es, pues, un libro sano, vigoroso, escrito con gran dosis de sentido común, animado el autor de inmejorables intenciones, y conociendo el asunto a maravilla en todos y cada uno de sus aspectos...

La mujer española bien puede hacer de este libro su breviario feminista y saludar a su autor con las palabras de Dante a Virgilio:

*Tú duca, tú signor e tú maestro.*

Que así lo hace, acreditado el hecho de solicitar las damas de la Acción Católica para el P. Graciano un puesto en la Real Academia Española. Creo que la petición es de justicia, y aunque nada valgo y mi influencia con los académicos es nula, me asocio a la solicitud de esas señoras, cuyo agradecimiento al feminista insigne se manifiesta en ese deseo, que celebraré se lleve a la práctica en la primera ocasión.

LUIS ARAUJO-COSTA.

(De *Raza Española*, de Madrid.)

* * *

Es notable, por no decir notabilísimo (lo que sería más justo), el que se ha publicado hace poco con el título de *El libro de la mujer española* del ilustre literato P. Graciano Martínez, quien, a la verdad, parece incansable en su labor intelectual en favor de la Religión, de la sociedad y de la más alta poesía. Pues el que conozca la producción de este autor egregio, no podrá menos de admirarle como una de las primeras figuras del movimiento intelectual de nuestros tiempos.

En esta obra trata del feminismo bajo todos sus aspectos, cuestión de la que se habla tanto, y por lo general, con escaso juicio, debido a la falta de estudio y de reflexión...

Pero con apuntar esas ideas, apenas digo nada de lo que contiene la obra del sabio escritor; porque *El libro de la mujer española* está lleno de doctrina, es el único donde con hondura, ecuanimidad, método y copiosa erudición se estudia el feminismo.

Indudablemente es el libro mejor pensado y más completo que se ha escrito hasta nuestros días, con haberse publicado mucho sobre esa materia.

Cuando aparecieron los primeros capítulos de este libro en la excelente revista *España y América*, de la que es hábil director el P. Graciano, llamaron notablemente la atención del fundador de la *Acción Católica de la Mujer*, Emmo. Cardenal Primado Guisasola, quien felicitó con toda el alma al P. Graciano por la novedad del acierto con que discurría sobre esos temas, y le rogó que no dejara de continuar hasta formar un cuerpo completo de doctrina y hacer un libro, prometiéndole escribir el prólogo. El autor ya casi terminaba su labor a gusto del Cardenal, cuando éste dejaba de existir. Por manera que si no hubiera muerto el Cardenal Primado, hoy *El libro de la mujer española* llevaría, como garantía y premio, un prólogo de aprobación, alabanza y recomendación de la primera autoridad eclesiástica de España.

Pero, aunque de perlas el que el Cardenal Guisasola hubiera emitido de una manera pública su juicio favorable acerca de la obra del P. Graciano Martínez, garantizándola con su autorizada firma,

es lo cierto que el egregio publicista no necesita de nadie que garantice su labor intelectual, porque desde hace tiempo es conocido y elogiado en la república de las letras como uno de los autores contemporáneos más profundos, sinceros y cultos, y uno de los mejores hablistas de nuestra hermosa lengua, confirmando el pensamiento de aquel prócer de la cultura, D. Alejandro Pidal. Y esta su última producción, por sí sola se recomienda, el título sólo excita una curiosidad sin límites, y tendrá tantos panegiristas fervientes cuantos con espíritu sereno y hondo la lean y mediten.

Dadas las circunstancias de la vida actual, a todos interesa conocer *El libro de la mujer española*, pero principalmente a las mujeres, pues todo él está dedicado a esclarecer, justipreciar y defender los derechos que una rutina absurda les niega. Por esto toda mujer, y en especial, toda española, y con más razón la aficionada a la lectura debe tener esta obra, pues es, mientras no se haga justicia cabal a la mujer en nuestra legislación, el verdadero Código donde constan sus derechos, el cual puede servir de luz y guía a los futuros legisladores que quieran ser equitativos con la mitad de la humanidad considerada como perpetua menor, y a la vez la filosofía del derecho femenino. Porque en esta obra no se proclaman los derechos de la mujer porque sí, sino que se dan sus razones últimas. Por lo cual también deben adquirirla los que se tienen por *padres de la patria*, para que lo sean cumplidamente y lo manifiesten cual corresponde al celo por los grandes intereses de la nación.

Yo quisiera que las mujeres que son hoy en España la más alta representación de su sexo en cuanto a la cultura, entre otras, la eminente literata D.ª Emilia Pardo Bazán, esa gallega cultísima y de talento prepotente, y D.ª Blanca de los Ríos, cuyo saber y tino estético envidian muchos hombres que no tienen pelo de tontos, y la simpática Concha Espina, nacida para adivinar los más hondos misterios del corazón humano, y la misma María Echarri, tan bondadosa como sólidamente ilustrada y trabajadora, tomasen por su cuenta, como algo sagrado y necesario, la difusión de esta notabilísima obra donde la mujer aparece tan digna y tan fuerte como el hombre, sin menoscabo de los justos derechos del hombre. Y lo mismo digo a las presidentas y vicepresidentas, vocales, etc., de la *Acción Católica de la mujer*, de las distintas provincias de España y a las otras instituciones femeninas que se dedican a procurar el bien del bello sexo. El dar a conocer *El libro de la mujer española* es labor de regeneración inmensa, porque es facilitar los medios más aptos, es crear mayor y más sano ambiente de equidad, para que cuanto antes se haga justicia a la mujer, con lo que ganará la sociedad, como se está viendo palpablemente en los países donde las mujeres disfrutan ya de sus derechos.

D. Martínez-Vélez.

(De *La Ciudad de Dios,* de El Escorial.)

* * *

Hemos recibido del Rvdo. P. Graciano Martínez la magna obra que bajo el título *El libro de la mujer española*, consagra al pro-

blema del feminismo. "Hacia un feminismo cuasi dogmático", según reza el epígrafe que lo encabeza, orienta el ilustre agustino su labor. A la luz de la fe y de la razón analiza todos los aspectos de la cuestión feminista, su desenvolvimiento en la historia de los tiempos antiguos, su importancia innegable en los modernos. El autor, sin ser feminista exaltado, defiende todos los derechos morales y civiles de la mujer. Las mujeres españolas deben leer "su libro" para ilustrarse en ellos, y los hombres, amigos y enemigos del feminismo, para deleitarse en la vastísima erudición y amena literatura que llena sus páginas, y reconocer la justeza de sus afirmaciones en pro del problema femenino y feminista, que tanto se agita en la actualidad.

ESPERANZA G.ª TORRES DE LUCA DE TENA.

(De *A B C.*)

* * *

He aquí un libro "rara avis" entre los que se publican en España: un libro sabio y ameno. Su autor, erudito y poeta, posee el envidiable talismán literario de enseñar deleitando. Nutrido de lecturas bien asimiladas y de discretos juicios, expuestos con claridad, galanura y cierto gracioso desenfado, *El libro de la mujer española* es uno de los mejores trabajos que hemos leído sobre el candente problema feminista.

El P. Graciano Martínez no es un espíritu estrecho, un religioso ceñudo e intransigente, sino un escritor de amplio y humanísimo criterio que puede decir con Terencio: "Homo sum et nihil a me humanum alienum puto." No dogmatiza ni maldice al adversario, ni se espanta de atrevimientos mentales, ni cree indignos de sacramentos a los que no piensan como él. Hijo espiritual de aquel gigante que construyó la "Civitas Dei", todo lo pasa por el tamiz de su razón serena, y tiene muy presentes las bellas palabras del maestro, "en lo necesario, unidad; en las dudas, libertad y en todo, caridad." No sabe el docto agustino con cuánto gusto hemos leído su libro, aun no comulgando en algunas de sus afirmaciones. Y es que cuando vemos a través de las páginas de una obra algo más que un espíritu sectario o pedantesco, atento sólo a producir efectos retóricos o halagar menudas pasiones, nos sentimos dichosos con el hallazgo: creíamos habérnoslas con un literato o un histrión más, y hemos encontrado un pensador y un hombre. El feminismo que preconiza el P. Graciano, es el del buen sentido. porque tiene su raíz y asiento en la misma naturaleza, y su confirmación elocuente en la realidad.

.... .... .... .... .... .... .... .... .... .... .... .... .... .....

...Felicito muy cordialmente al P. Graciano.

Ha hecho un libro precioso, un libro mosaico, en el que hay de todo: erudición, pensamiento, humorismo y poesía. Los que no conozcan al sabio y donoso escritor, deben leer esta obra suya. Es un autorretrato espiritual. ¡Ojalá fueran tan sinceras algunas feministas, más o menos cultas, que siendo mujeres ponen todo su empeño en no parecerlo!

PASCUAL SANTACRUZ.

(De *Nuestro Tiempo,* de Madrid.)

* * *

Este insigne agustino ha publicado recientemente *El libro de la mujer española,* obra sólida y concienzuda en que se estudian ampliamente, y con el debido acierto y el indispensable sentido crítico, los problemas referentes al movimiento feminista en España. Ya en libros anteriores acreditó justamente el P. Graciano Martínez su cultura vastísima, su pensamiento elevado, su noble sinceridad y su gran espíritu de crítica y de ciencia. Reciente aún el triunfo conseguido con la publicación de la *Semblanza del primer superhombre o Nietzsche y el nietzschismo,* viene esta nueva obra a demostrar los sólidos prestigios culturales que posee el eminente Padre agustino y que tan sabiamente se reflejan en todos sus escritos, tan plenos siempre de imparcialidad, de sencillez y de argumentación. *El libro de la mujer española* es un amplio volumen en que trata, con la extensión que la importancia del problema requería, de los asuntos que surgen al paso de las modernas corrientes feministas. Clara, metódica y científicamente se estudia esta cuestión tan capital, y que tantas polémicas, discusiones y apasionamientos ha suscitado entre filósofos, políticos, sociólogos y feministas. Este admirable libro es fruto de conocimientos y estudios firmes y consistentes; sus páginas sinceras nacieron, según su mismo autor escribe, "por convicción, por plena convicción de que la mujer no ocupa el puesto honroso que debe ocupar en el mundo, ni como mujer, ni como esposa, ni como madre."

(De *Nuevo Mundo,* de Madrid.)

* * *

Ese sabio agustino que se llama en el siglo Graciano Martínez, ha escrito, al hacer *El libro de la mujer española,* el código del feminismo cristiano y racional, y el breviario enaltecedor de la madre. Difícilmente se hallará en parte alguna trabajo tan documentado, de miras tan excelsas, en que se haga la defensa ardiente y generosa de todo un sexo vilipendiado sin razón ni equidad. Y esfuerzo bien penoso costará encontrar otro en que se declare más paladinamente lo que la maternidad significa, la preparación que requiere, la necesidad de que sean concedidos a la mujer los mismos derechos civiles y políticos que al hombre, y que, como pidió el Congreso de Bruselas, sean suprimidas cuantas leyes la colocan fuera del derecho común. Es un libro educador y magno, en que se estudia a fondo la doctrina del feminismo, cuanto se ha escrito acerca de ella y cuanto puede interesar a los amantes de la ciencia, de los seres y de las cosas.

Y al final de este libro aparecen estas palabras: "Una nación es noble y honrada en tanto que en ella es la mujer honrada y estimada. Desde el instante en que un pueblo deja de honrar altamente a la mujer, deja de ser honrado el mismo pueblo."

No se crea por esto que el P. Graciano sostiene que la mujer no tiene otra función que la maternidad, que deifica el tipo de la mujer-insecto. "Sin la maternidad —escribe— no existiría el linaje humano. Es el sexo femenino el que mece la cuna del mundo; pero

la mujer tiene otra misión suprema individual, para ella más interesante que la misma sociológica: la de vivir la vida moral e intelectual, tendiendo siempre a las alturas de la perfección."

¡Bello libro en el cual se combaten con igual acierto los descaminos de un Moevius como los de un Stuart Mill; los de los que desean madres necias y los de los que preconizan masculinismos brutales y odiosos! En todo él resuena una voz espiritual, que es, como en la visión de Ezequiel, *quasi sonum sublimis Dei.*

ANTONIO ZOZAYA.

(De *Mundo Gráfico*, de Madrid.)

* * *

Hablando de *La semblanza del primer superhombre,* del P. Graciano Martínez, un cronista escribió:

"Parodiando la voz del Angel a San Agustín, yo también, lector benévolo, me atrevo a decirte: *Tolle, lege;* toma y lee."

Y yo, a mi vez, repitiendo la palabra del cronista, me dirijo a la mujer y, mostrándole ahora el nuevo libro del P. Graciano Martínez, titulado *El libro de la mujer española,* le digo: Toma y lee.

La obra del P. Graciano es de una oportunidad y de una trascendencia extraordinarias.

¡Se ha abusado tanto, en estos tiempos, del feminismo!

¡Se han involucrado tanto los términos del problema, y con ello se han producido tantos trastornos y desorientaciones, que era necesario que una voz autorizada, prudente y razonable fijara los términos de la cuestión!...

La mujer fué redimida y rehabilitada por el Evangelio; la mujer pasó de la condición de esclava —que era en el mundo antiguo— a la de señora y reina del hogar.

Todo cuanto es hoy la mujer en la vida moderna lo debe al Cristianismo; nadie puede disputar, por tanto, al Cristianismo el derecho a volver por los fueros de la mujer.

Sin adulaciones, sin exageraciones ni excesos, el Evangelio continuará su obra, defendiendo los legítimos derechos femeninos y condenando las extralimitaciones *superfeministas.*

Reflejo de este criterio es la obra del P. Graciano.

El sabio Agustino, con la competencia, la cultura y la prudencia que le caracterizan, estudia el problema profundamente y en todo su amplio alcance. Hace la historia del feminismo, aduciendo interesantes documentos; condena las exageraciones antifeministas; señala los legítimos derechos de la mujer, indicando su radio de acción y el campo que debe abarcar su cultura.

Estudia también los derechos políticos, fustiga las aberraciones y esclarece el carácter y significación del antifeminismo de la Iglesia

La exposición es clarísima; el estilo, irreprochable, y, sobre todo, la amenidad engalana con su gracia y su atractivo toda la obra voluminosa.

Llega a tiempo la obra de este insigne fraile pensador y austero. Llega oportunamente para deshacer errores, corregir abusos y poner la verdadera doctrina en su punto.

Que continúe el sabio y doctísimo Agustino su admirable labor, que, después de haber clavado en la picota aquella famosa

parodia de Anticristo en *La semblanza del primer superhombre,* realiza una obra tan meritoria como la de esclarecer el problema feminista.

Y reciba por todo ello mi homenaje de admiración, tan humilde como sincero.

LUIS LEÓN.

(De *El Pueblo Vasco,* de Bilbao.)

* * *

En esa brillante galería de mujeres ilustres que el P. Graciano Martínez hace desfilar por las áureas páginas de su último interesantísimo libro, la mujer española ocupa por su sensibilidad, virtud y talento, un puesto preeminente entre todas las mujeres del universo.

Nuestro ilustre paisano intitula su libro *El libro de la mujer española.*

En verdad que no ha podido ser más adecuado el título.

*El libro de la mujer española* es una vindicación del feminismo, sabiamente encauzada en el molde de las sanas doctrinas.

Muchos libros se han escrito hasta ahora sobre feminismo, pero ninguno con más clara visión de los problemas feministas de actualidad.

Es un error, de graves consecuencias, el rehuir, por anticuados prejuicios, el estudio afirmativo de aquellas cuestiones que la realidad ha planteado.

El P. Graciano, con trazo firme, con arrojo cristiano, que es verdad y es prudencia, afronta la crítica de los antifeministas, seguro de su victoria.

Todos cuantos aspectos ha llegado a adquirir el feminismo son abordados con exquisito tacto y notabilísima sagacidad por el preclaro escritor.

No pretendemos en estas breves líneas hacer un análisis minucioso de la obra admirable del P. Graciano. Ocasiones tendremos para recordarla, ya que es ella espejo de luminosas orientaciones, texto de consulta que necesariamente ha de tener en cuenta todo el que en lo sucesivo tenga que disertar sobre problemas feministas.

El autor de *Nietzsche y el nietzschismo, La objeción contemporánea contra la Cruz, Hacia una España genuina* y tantas otras obras que son orgullo de las letras patrias, ha coronado con *El libro de la mujer española* su obra ingente y verdaderamente prodigiosa.

GONZALO MERÁS.

(De *El Carbayón,* de Oviedo.)

* * *

Acaba de llegar a mis manos el hermosísimo e interesante libro del P. Graciano Martínez que se titula *El libro de la mujer española.*

Bien hace el ilustre hijo de San Agustín en titularle de ese modo, pues se le puede asegurar que, antes de muy corto tiem-

po, pocas han de ser las españolas que no lo tengan como al predilecto de sus libros.

En los pocos días que hace se ha dado a la publicidad, son ya numerosas las señoras que con el mayor entusiasmo hablan de esta completa historia del feminismo, que tan magistralmente nos va exponiendo el P. Graciano en la serie de artículos, coleccionados con el título ya mencionado.

Entre los muchos comentarios —siempre encomiásticos— por mí recogidos, quiero citaros uno principalmente de una amiga mía, la que entusiasmada con la lectura del libro, me decía: "Debería de ser nuestro agradecimiento al P. Graciano inmenso, viéndonos las mujeres —cosa no frecuente y sobre todo las españolas—, objeto de tan autorizados elogios, y de que tan ilustre escritor se haya dignado romper una lanza en pro de nuestra causa."

¡Y en qué forma! ¡De qué modo nos lleva con su decir seguro, documentado y probándolo hasta la evidencia; cómo va abriéndonos anchos caminos cimentados en sana doctrina y en toda verdad, hasta colocarnos en un puesto tan honroso como digno de toda mujer española!...

JOSEFINA.

(De *El Carbayón.*)

* * *

"Es honrar a las mujeres deuda a que obligados nacen todos los hombres de bien", y el P. Graciano Martínez acredítase de excelente pagador en su hermoso libro, impreso, con la perfección acostumbrada, por el Asilo de Huérfanos. En 390 páginas, más las 16 de portada, dedicatoria y prólogo y las cuatro del índice y otras 14 de algunos juicios sobre la obra del mismo Padre *Semblanza del primer superhombre,* hállase tanta y tan copiosa y tan amena doctrina, que sin exageración puede decirse que con las ocho pesetas a que se vende no se paga ni el papel.

En 13 capítulos divide el Padre su labor meritísima, y en grave aprieto me pondría el que me preguntase cuál sea el mejor. Brillan en unos la erudición, la crítica en otros, la galanura y el entusiasmo y la lógica en todos. El que titula "El amor y las aberraciones feministas" es un encanto...

MIGUEL DE MADRID.

(De *El Pensamiento Español,* de Madrid.)

* * *

Un movimiento unánime de admiración y de entusiasmo, no exento de la más ferviente gratitud, se ha producido en el campo femenino español con motivo de la publicación de *El libro de la mujer española.* Y la emoción de "todas" es muy natural, si se tiene en cuenta y se examina bien todo lo que dice el ilustre autor de obra tan grande en pro y en loor de la mujer española.

Desde el prólogo admirable, escrito con asombrosa sencillez, hasta el último capítulo de la obra, no hay página que no inte-

rese por su erudición, ni enseñanza que no resuelva algo práctico relativo a la complicadísima cuestión feminista, tan poco estudiada aún en nuestra Patria.

Todo cuanto el P. Graciano Martínez ha acumulado en ese libro escrito "para nosotras", con el fin de que obtengamos reivindicaciones justas, reformas de leyes, modificaciones de artículos de los Códigos civil y penal, y demás variantes que se imponen con arreglo al desenvolvimiento de la vida moderna, e igualando, en lo justamente posible, la personalidad del hombre con la de la mujer, lo razona el sabio agustino de manera inconcusa, con ese criterio amplio y clarísimo que ilumina siempre su labor literaria, tan profundamente cristiana como eminentemente social.

Yo espero que plumas valiosas —he leído dos bellas críticas de la obra, una en *Mundo Gráfico* y otra en *Nuevo Mundo*— analizarán muy pronto y con el interés que se merece este libro nuevo, que tan poderosa influencia puede ejercer en el feliz desenvolvimiento del feminismo en España, sobre todo si los grupos que lo forman —uno especialmente— se inspiran en las orientaciones del sabio agustino para hacer una fecunda y provechosísima labor social.

Yo confío en que así sucederá y creo, además, que no se limitarán tan sólo a seguir el luminoso sendero que ese notabilísimo libro señala, sino que se aprestarán también a recoger en el momento presente el latido fervoroso de casi toda la opinión femenina española, y sabrá demostrar al insigne P. Graciano la admiración a que es acreedor por sus indiscutibles méritos con un homenaje justo y valioso, digno de su talento y de nuestra noble gratitud; algo, en fin, que sea más enaltecedor que el agasajo de una hora...

ROSA DEL RÍO.

(De *El Universo*, de Madrid.)

* * *

*El libro de la mujer española.*—Tal es el título de la última obra del R. P. Graciano Martínez, obra tan hermosamente escrita, desde el punto de vista de la forma, como simpática por el asunto estudiado.

El contenido es copiosísimo, y el sentido dado a su importante labor, genuinamente cristiano; viéndose el entusiasmo justísimo del autor por la mujer española, tan digna de admiración por su fe cristiana y por sus demás virtudes, títulos de gloria que tan bien alcanzados tiene. Los asuntos estudiados son numerosos y de singular importancia: historia feminista, exageraciones feministas, revolución feminista, derechos naturales de la mujer, matiz especial de la cultura feminista, el feminismo y las diversas profesiones y carreras, la mujer y la cultura, la cultura y la mujer española, la mujer y los derechos civiles, los derechos políticos de la mujer, la mujer española y los derechos políticos, el amor y las grandes aberraciones feministas, y el antifeminismo de la Iglesia. No cabe dar programa más completo, y creo firmemente que obra tan copiosa como razonable, tan ricamente informada y tan

bellamente escrita, pertenece al exiguo número de las que despiertan el deseo de la repetición de su lectura.

EMILIO A. VILLELGA RODRÍGUEZ.

(De *El Diario de Galicia.*)

* * *

He aquí un libro precioso, fruto, sin duda, de muchísimo estudio, de asidua lectura de muchos libros feministas y antifeministas nacionales y extranjeros, de profunda meditación, que desearíamos lo leyesen concienzuda y detenidamente los católicos, entre los cuales hay no pocos que por el solo hecho de que el movimiento feminista contemporáneo haya partido del campo hostil a la Iglesia, atacan al feminismó sin tener en cuenta que el feminismo en cuanto a su substancia es un movimiento en favor del cual ha estado siempre la Iglesia, que lleva ya veinte siglos trabajando por levantar a la mujer a más alto nivel intelectual y por abatir el despotismo del hombre, siempre anheloso de someterla a sus pasiones y a sus egoísmos. Quisiéramos que lo leyesen los enemigos de la Iglesia, para que se penetrasen de la verdad de ese hecho palpitante y positivo de que la rehabilitación de la mujer es debida al cristianismo, como le son debidas las más bellas instituciones sociales, abolición de la esclavitud, reorganización de la familia, reintegración del niño, y, en una palabra, cuanto de bueno ha tenido y tiene la sociedad. Quisiéramos que lo leyesen muchas señoras católicas, cuya acción social en el campo de las modernas lides es incuestionable...

Creemos sinceramente que el P. Graciano Martínez, gloria de la Iglesia española, miembro meritísimo de la ínclita Orden de San Agustín, ha levantado con este libro un monumento de firme estabilidad en loor de la mujer española. Prevemos el triunfo y por él felicitamos al sabio Agustino, mientras recomendamos su obra muy calurosamente.

P. IRUARRIZACA, *O. F. M.*

(De *Apostolado Franciscano*, de Bilbao.)

* * *

*El libro de la mujer española* lleva este subtítulo: "Hacia un feminismo cuasi dogmático." Nótase en él una tacha: la deficiencia de método. Los capítulos que tiene han sido publicados previamente en una importantísima revista, y el autor se amoldó para escribirlos, antes que al plan de un volumen, a la actualidad vibrante. Así vuelve algunas veces sobre cuestiones que ha tocado ya, o bien para remacharlas con nueva argumentación, o bien para complementarlas con algún detalle nuevo de interés.

Mas fuera de esta tacha, todo es oro: la amenidad, el estilo, la compilación de datos, el caudal de reflexiones... El que se salió hace poco por las Manchas adelante en busca de venajes de belleza y aromas de poesía, ha vuelto a recogerse en este libro, en la meditación inquisidora, a la sombra y al calor del pensamiento.

"Tu ser todo es la pura variedad —ha dicho Salvador Rueda del autor—; orador, conferenciante, polemista, crítico, poeta, verbo sagrado, verbo familiar, verbo periodístico, con todos los signos de Proteo en tu obra total de hombre del siglo..." Y en este libro hay algo de oratoria, hay parte de conferencia, hay páginas de polémica, hay capítulos de crítica, y como vena de agua fulgurante, que canta entre la espesura, un ruido blando y mimoso de poesía latente...

Y he aquí otro paladín del feminismo a quien no causan pavor los escrúpulos, las bullas, las santiguadas de los necios. Los necios abundan tanto en nuestro pago católico, que ni se puede arar ni cosechar sin tropezarlos delante, y aun hay que agradecerles muchas veces que sea sólo necedad lo que los guía. Entre las pruebas mejores de la divinidad del Catolicismo es acaso la mejor la de que tales católicos no han conseguido terminar con él a lo largo de los tiempos. "El primer capítulo del Génesis —escribe el P. Graciano— es el baluarte de roca donde se estrellarán y quebrarán siempre todos los ataques antifeministas." Y piensa de esta cuestión que llama Mad. Gardet Fawer "una revolución sin r" que tomó su carácter propio el día en que la palabra de Jesús enseñó que se oraba de esta suerte:

—Padre nuestro, que estás en los cielos...

Y el día en que las mujeres comenzaron a decir esta oración, y en que por sostenerla frente a todo, con todos los derechos que implicaba, multitudes de mujeres comenzaron a morir en el martirio. La revolución sin r que en aquellos momentos se inició "tuvo el impulso silencioso e irresistible de la marea que sube"— como lo tiene la actual, según frase de Garret.—Y no tuvo su vigor, y no se infiltró como ésta en la entraña de las leyes, porque entonces no se pudo organizar; mas no por impedirlo la doctrina, sino por impedirlo la ocasión: faltaba preparación en la sociedad de entonces, que era a modo de niño pequeñuelo, de paso titubeante; y fuera cosa ridícula pretender de este niño pequeñuelo que caminara a paso de titán, como camina el titán de la sociedad de hogaño. El feminismo, sano y derechero, aspira a conseguir para la hembra la plenitud de la vida, y quien se opone a este fin no puede alardear de buen católico, ni rezar el Padre nuestro con verdadero sentido, porque a los ojos de un Padre que mide la estimación por el valor moral únicamente, el sexo no destruye la hermandad. Y cuanto más católico se sea, más feminista se es.

Más claro, que el feminismo se ha de entender con cordura, y tender a sublimar a la mujer y no a "desexualizarla". El feminismo católico envuelve a la mujer en armonías, en ternuras, en amores: el socialismo revolucionario la envuelve en podredumbres y miserias. No es la mujer lo que debiera ser, por su culpa y por culpa de los hombres: el feminismo católico se propone levantarla, y el feminismo revolucionario se propone hundirla más; el uno la eleva a reina y el otro la convierte en meretriz...El uno la coloca en el asilo repartiendo comidas a los pobres, en la cárcel cuidando de los presos, en el hospital besando a las criaturitas olvidadas, en el hogar esparciendo las lumbres del ejemplo y del amor... El otro la coloca en los mitines con arrebatos de arpía, en el tumulto con bombas, en la casa de placer practicando el amor

libre, en el hogar sembrando la discordia y desparramando el odio...

*El libro de la mujer española* del P. Graciano Martínez estudia serenamente el admirable programa del feminismo católico. Le he llamado libro de oro para todas las mujeres: he llamado al autor su paladín... El libro las enseña a conocer lo que deben reclamar y lo que hay que concederlos de derecho: corta la exageración en cualquiera de los campos y desbarata los contras y sutiliza los pros; analiza las causas del problema con clarividencia suma; expone francamente sus orígenes; presenta leyes como ésta, que prueban la necesidad de que se intensifique la instrucción de la mujer: "la instruibilidad de los hijos está siempre en razón directa con la cultura y educación de los padres", habla de las profesiones, se ocupa de las carreras, trata la cuestión legal, diserta acerca del voto...

Libro de oro para todas las mujeres, escrito a punta de lanza por un recio paladín de los altos ideales de justicia... ............

CONSTANTINO CABAL.

(Del *Diario de la Marina*, de la Habana.)

* * *

Hacer una nota bibliográfica de un libro como el que ha publicado con tanta oportunidad, acierto y éxito el ilustre P. Graciano Martínez, autor de tantas otras obras tan justamente afamadas; encerrar en un espacio que, bien a pesar nuestro, tiene que ser reducido, tanto como se dice en las páginas de *El libro de la mujer española,* es algo más difícil de lo que en principio parece.

Vamos, sin embargo, a tratar de llevar a buen fin nuestro cometido, procurando que en breves líneas se diga lo suficiente para que en síntesis se conozca la obra, que desde luego merece la gratitud profunda de las mujeres españolas, tan admirable y valientemente defendidas por el sabio agustino.

.... .... .... .... .... .... .... .... .... .... .... .... .... ....

Quisiéramos detenernos más en profundizar todo el libro del P. Graciano Martínez y encarecer toda la importancia de los capítulos VIII, en el que trata de "La cultura y las mujeres españolas"; IX, "La mujer y los derechos civiles"; el X, "Los derechos políticos de la mujer; el XI, "La mujer española y los derechos políticos"; el XII, "El amor y las grandes aberraciones feministas", y el XIII, "El antifeminismo de la Iglesia", cada uno de los cuales merecería un estudio detenido, pues en ellos se encuentran definiciones hermosas, exactas, una defensa razonada, una erudición nada común, que avaloran esta obra que por sí sola acreditaría, como se ha dicho, a su autor.

No nos es posible hacerlo en tan breve espacio, pero baste lo dicho para que nuestras asociadas comprendan el mérito del libro del Padre Graciano Martínez, a quien felicitamos de todo corazón por su labor tan meritoria.

*El libro de la mujer española* se titula, y, efectivamente, creemos que ninguna mujer que se preocupe de los problemas de la hora presente dejará de tenerlo como manual y guía que le conducirá por

camino seguro en medio de tantas aberraciones y sombras como se han esparcido sobre el feminismo.

(De *Acción Católica de la Mujer,* de Madrid.)

* * *

La aparición de un libro del P. Graciano es un acontecimientc para las letras españolas, y una delicia inefable para los amantes del mundo de la belleza espiritual, y del mundo de las ideas nobles y generosas. Por fortuna, estos casos no son raros, pues los que no ha mucho, saboreamos aquella crítica amenísima y profundísi· ma del *Superhombre,* podemos hoy gozarnos con la lectura de otr obra, en que no campean menos las cualidades del orador y de pensador. Y el que de la novela pasó a la poesía, y de poeta s hizo apologista, y después de apologista se entró en el campo de l filosofía alemana, pasa ahora desde las más altas especulacione filosóficas a los casos más concretos de los problemas sociales, la realidad cruda y desnuda de la vida. Y nadie vea en esta ex pansión pasmosa el más leve asomo de *dilettantismo* y superficia lidad, pues cada vez que el P. Graciano asienta su pluma sobre al guna materia, es porque realmente tiene algo que decir, algo d que ha de resultar nueva luz, porque sus palabras derraman hace de verdad y claridad. Esa expansión es natural a su espíritu obse vador y sintético, espíritu vigoroso y bastante amplio para abarca cuanto bulle, vive y se agita en torno suyo, sin que nada le dej indiferente. Quien a estas luces mire sus obras, no se extrañar de ver en ellas representadas todas las formas de la actividad i telectual, porque en todas ellas, hasta en la linda novelita *Si n hubiera cielo,* brilla la parte humana, práctica y actual, que las h inspirado y las une mutuamente como con un lazo común.

El mismo origen ha tenido seguramente *El libro de la mujer e pañola.* No diremos aquí nada de su contenido. En otra sección c esta revista habrán podido nuestros lectores ver paso a paso la ideas que el autor patrocina acerca de esta materia. Sí advertir mos, sin embargo, que a pesar de lo mucho que desde hace med siglo se viene discutiendo sobre el feminismo, a pesar de lo mucl que se ha perorado, y de los artículos innumerables que por una otra parte se vienen publicando en diarios y revistas, todavía r teníamos en España *el manual de la mujer,* el libro que condensa y aquilatase las razones que se presentan para solucionar los mú tiples problemas que encierra la palabra feminismo; el libro q tratase de la cultura de la mujer y de la acción social de la muje y tomase la defensa de la mujer obrera, y examinase la justicia la mujer en la reclamación de los derechos políticos, y todas est cosas las estudiase desde el punto de vista español, como qui escribe para mujeres españolas que tienen necesidades propias. *libro de la mujer española* viene a realizar eso que echábamos menos, y a realizarlo de una manera perfecta, que supera a tod nuestros deseos; porque en él encontramos cuantos requisitos e gía un libro semejante, según nuestro entender; grande amplit de criterio, que no arrincona a la mujer en el hogar, ni se da la ma con el fanatismo zonzo del lado opuesto, razones serias y madur

mucha cultura y conocimiento de lo más notable que se ha escrito sobre estas materias en el extranjero, y una exposición agradable que sirve como de lazo para traer las inteligencias hacia las ideas sanas en el problema feminista.

Y bien podemos decir, que si esta obra es admirable por las ideas, lo es mucho más por las formas. Cualquiera diría que tratándose de estas cuestiones, la discusión había de entorpecer la marcha del lenguaje, haciéndole pesado y fatigoso; pero el P. Graciano ha sabido evitar estos escollos; su prosa diáfana y elegante, formada con los mejores maestros, su ironía fina y delicada, tanto más eficaz cuanto más inocente parece; el arte con que sabe hacer revivir en estas páginas las mujeres más famosas de todos los siglos; y la manera verdaderamente mágica con que acierta a rodear de encantos la más rígida abstracción, convierten la lectura de estas páginas en un goce sereno e intensísimo del espíritu. Si el ser *buen escritor* consiste en decir buenas cosas y bien dichas, pocos de los que escriben en castellano podrán reclamar este título tan justamente como el ilustre agustino.

JUSTO PÉREZ, *Benedictino.*

(De *Revista Eclesiástica*, de Valladolid.)

* * *

*Un gran libro.*—Verdaderamente lo es el que con el título *El libro de la mujer española* acaba de publicar nuestro ilustre paisano el celebrado escritor, gloria de la Orden de San Agustín, P. Graciano Martínez.

Y conste que quien esto escribe leyó la obra del sabio agustino con una cierta prevención nada favorable al juicio laudatorio de la misma, porque si bien yo conocía al P. Graciano y le admiraba como pensador serio y profundo por sus libros *Hacia una España genuina*, *La objeción contemporánea*, y *Semblanza del primer superhombre*, pero no ha mucho que le conocí como poeta por su hermosísimo libro *Flores de un día*, y la verdad —será rareza, no digo que no—, pero ello es que el conocerle como poeta fué causa de que en un principio viera yo *El libro de la mujer española* con una cierta prevención... porque lo que yo pensaba: "¡Vaya! Otro poeta más diciendo cosas "bonitas de la mujer."

Pero con gusto veo que de medio a medio me equivoqué, no porque el P. Graciano haya dejado de ser poeta y literato, sino porque no ha dejado de seguir siendo el pensador que era, porque supo en este libro hermanar admirablemente las galas del arte y del buen decir con la justeza del buen razonar. Y así se explica que *El libro de la mujer española*, con ser un libro serio, de estudio, no canse, antes bien se lee con gusto y con creciente interés, y está llamado a producir verdaderos frutos, orientando a la mujer en el verdadero feminismo, haciéndola comprender cuáles son sus derechos, pero sin dejarle olvidar sus deberes... En fin, que ha tenido un verdadero acierto el P. Graciano al escribir esta obra, que de todas veras recomendamos a cuantas quieran orientarse en las cuestiones hoy tan debatidas sobre el feminismo; y no sólo acertado estuvo al escribirla, sino al titularla como la titula; porque

de verdad creo que ha de ser el libro en cuestión tal y como el título reza. *El libro de la mujer española* es el libro que ha de consultar la mujer que de veras quiera orientarse en el conocimiento y defensa de sus combatidos derechos y recordar a la vez sus deberes tan olvidados por aquellas feministas que aspiran a... masculinizarse.

Plácemes merece el P. Graciano y de enhorabuena están las mujeres que desean conocer y enterarse de cuestiones que tanto les atañen.

¡Que el libro se propague y que venga a ser como el título reza: *El libro de la mujer española.*

(De *Justicia y Caridad,* de Oviedo.)

* * *

El P. Graciano, sólo por ser fraile, dará en rostro a muchos, ¿qué digo? hay muchos que no le conocen, porque no leen revistas católicas, que suponen ñoñas y sectarias.

Un siglo entero que nos han estado metiendo miedo, como a niños, con el coco de los frailes; ¿qué extraño huyan de ellos y no lean sus revistas los más de los españoles cultos, y tengan miedo, vamos al decir, al P. Graciano?

Miedo, no; asco tienen algunos a los frailes, y esto es cerrilidad, señores míos. El P. Graciano Martínez es un hombre más culto que la mayoría de los que le tienen asco como a fraile; y es orador de gran facundia, y es poeta pomposo cuando se echan las campanas al vuelo, y delicado y fino cuando se trata de expresar intimidades y sentimientos del alma, y es más feminista que los más de los cultos españoles, y es hondo pensador y sabe alemán y otros idiomas, y es director de la revista de los Padres Agustinos *España y América.* Y no digamos más, porque creo que basta y sobra para que le tengamos por uno de los hombres que más honran hoy a la nación, a la Orden de los Padres Agustinos y al clero español.

Una revista dirigida por tal hombre no debe ser menospreciada por las personas cultas. Y con todo, muchos desconocen la revista *España y América* y no saben del P. Graciano. ¡Huy!, un fraile, una revista frailuna.

Repitamos otra vez que tan cerrilmente andan todavía las cosas en España. Dichosas banderías españolas. Los unos no leen ni se enteran para nada de lo que otros hacen y escriben.

Esta distinción la iba a poner igualmente entre las lectoras; pero las mujeres españolas no son tan cerriles como los hombres. Las que leen, leen cuanto les viene a la mano, y raras son las que sienten mal de los frailes. Ellas son las que han de desterrar esa cerrilidad de banderías y ese miedo, asco, horror, desprecio, o lo que sea, a los frailes.

Si tiempo y vagar tuviera, podría presentar aquí una galería de frailes tan cultos, tan avisados, de tan alto sentir y de tan honda erudición, todos modernos y españoles, que habría para abochornar a los más de los cultos españoles que sienten todavía mal de los frailes.

*El libro de la mujer española,* del P. Graciano Martínez, es el

que más cumplidamente trata del feminismo, de cuantos en España se han publicado.

El erudito agustino es decidido abogado de las mujeres sin adulaciones ni piropos, que sentarían mal en un escritor cualquiera, cuanto más en un fraile; pero con todo el fervor de quien conoce a fondo la secular injusticia con ellas cometida y la doctrina evangélica de Jesús, que fué quien en el mundo salió por ellas y las arrancó del gineceo pagano, las hizo personas, de trastos que eran entre los antiguos, y las igualó en todo y por todo con el hombre.

El P. Graciano está enterado de toda la literatura feminista, porque es hombre que cuando se pone a estudiar una cuestión se documenta por manera formidable y luego la pone al yunque y a la fragua, y no cesa de martillar hasta ponerla al rojo y más blanda y manuable que la cera. Su estudio admirable sobre Nietzsche, que se publicó poco ha, nos dejó a todos espantados, sencillamente. Amplísimo era allí su criterio; pero todavía lo es más en éste del feminismo...

Lean, pues, las mujeres españolas este libro, y léanlo los hombres más cultos, que a todos enseñará algo. Por lo menos, enseñará a muchos a dejar de tener por cocos y espantajos a los frailes y a guardarles más consideración, desterrando así la cerrilidad que todavía anda por España.

JULIO CEJADOR.

(De *La Tribuna*, de Madrid.)

* * *

En el dilatado campo de la actividad del P. Graciano faltaba aún esta fecunda parcela que cultivar y a fuer que promete cosecha espléndida de enseñanzas sanas y cristianas. Es indudable que el problema feminista, si muy antiguo, constituye hoy una actualidad. Al cabo de los siglos y de la rotación de sistemas y formas sociales de consideración de la mujer, aún sigue suscitando el problema aspectos y fases de sumo interés. Y es que por mucho que se avance por unos y se retroceda por otros, las realidades de la vida atemperan las exigencias de unos y la inercia de otros. En el libro del P. Graciano se encuentra un notable *idearium* de esta curiosísima cuestión. Como todos los buenos libros, sugiere infinidad de opiniones, problemas que se enlazan y entrelazan en complicadísima trama. Y no porque no sea diáfano el pensamiento del autor orientado—¿cómo no?— en un sentido rectamente cristiano, ni porque falte la documentación de que hace prodigioso alarde, tanto en lo religioso como en lo profano.

Está en el acoplamiento a las realidades sociales de hoy; en lo que está sometido al vaivén y constante fluir de la vida contemporánea que tiene en estado embrionario tantas cosas, que no se sabe bien dónde pueden ir a parar.

Como todos los libros que conozco del P. Graciano, es sugestivo y atrayente en grado extraordinario. Tiene la habilidad el P. Graciano de ingerir en el docto relato de la exposición doctrinal, las flores galanas de anécdotas, frases célebres y sucesos notables de que su erudición dispone a manos llenas, que, más que buscadas, parecen cai-

das, porque rebasan y así adornan sin perturbar al lector con digresiones, que, si como éstas, no afluyeran espontáneas y no fueran pertinentes, producirían honda molestia. Y, sin embargo, parecen a modo de relámpagos de conversación ingeniosa, de un doctísimo y amenísimo conversador, eso que en lenguaje galo llaman ***un causeur.***

Confieso ingenuamente que el problema feminista lo embrollan... las mujeres. En poco tiempo han arribado a nuestro humilde Ateneo provinciano varias mujeres, conspicuas por su inteligencia unas, por la pluma otras y por la acción social alguna. Mujeres tan *distintas* como María de Maeztu, Beatriz Galindo, María Echarri, Carmen Cuesta del Muro, han pisado la tribuna del Paraninfo, que misericordiosamente concede albergue a nuestro modestísimo Ateneo. Después de oir a estas mujeres, yo entiendo menos el problema feminista.

Dejemos esto y lo que yo debo decir, a fuer de sincero, es que ningún libro sobre el feminismo me ha perecido tan discreto, templado y sabio como el del P. Graciano. Hago la confesión porque así me lo dicta el convencimiento, al que procuro no traicionar jamás.

Divide el P. Graciano su libro en trece capítulos, subdivididos a su vez en sustanciosos párrafos, cuyo tema o motivo culminante se registra en el índice general del libro, en chocante y sugestiva variedad.

No sabríamos escoger qué capítulo es más interesante, lo son todos, pero de una manera especial reputamos la segunda mitad que podemos suponer en el libro, o sea desde el capítulo V hasta el final, y entre éstos de modo sobresaliente, aquéllos en que trata de la cultura y la mujer española, la mujer española y los derechos políticos, el amor y las grandes aberraciones feministas y el mal calificado por algunos, el antifeminismo de la Iglesia.

Lean todos, pero principalmente las mujeres españolas este libro y aprenderán no poco. Los hombres para saber todo lo que debemos a la mujer y a fiar de su cooperación sin rivalidades ni antagonismos, y la mujer a no perder ambiciosamente como el alano del libro del Infante D. Juan Manuel, el prestigio y elevación de su sexo y su reinado de amor en el hogar, en el espejismo engáñador de desatinadas pretensiones. Todos debemos meditar el enjundioso libro y a todos hará mucho bien y con esto hacemos su mayor elogio.

Y permítame el lector un reproche y un deseo. El P. Graciano, que publica un par de libros todos los años, libros que recibe la crítica en general con gran aplauso, ¿cómo no ha sido ya llamado por las doctas Academias, sobre todo por la de Ciencias Morales y Políticas? Creo que bien lo merece y mucho más que me callo..., porque no sería prudente ni propio de un hijo sumiso de la Iglesia. Así como así, la Providencia que es muy sabia, permite que el P. Graciano tenga vagar para regalarnos cada año un par de libros llenos de doctrina y con los galanos atavíos de una prosa que para sí la quisieran muchos inmortales de la Real Academia Española, que de otra suerte y embargado por altos y delicados menesteres no podría realizar.

Antonio García Boiza.

(De *La Basílica Teresiana.*)

DAL VATICANO, 3 Maggio 1921.

Revmo. Padre:

A mezzo della Nunziatura Apostolica di Madrid è pervenuto al Santo Padre l'esemplare del volume *El Libro de la Mujer Española* che la P. V. Revma. me ha umiliato riverentemente all'Augusto Suo Trono.

Questo devoto omaggio è tornato gradito a Sua Santità la Quale mi ha incaricato di porgere alla medesima P. V. l'alto suo incoraggiamento per il valido contributo che ella ha arrecato alla soluzione di uno degli importanti problemi sociali dell'ora presente, e di parteciparle la grazia dell'apostolica Benedizione a lei impartita di tutto cuore, pegno di particolare benevolenza e delle piu elette grazie del Cielo.

Frattanto la ringrazio dell'altro esemplare del libro stesso a me destinato e mi valgo volentieri dell'incontro per raffermarmi con sensi di distinta stima.

della P. V. Revma.
Affmo. nel Signore

P. CARD. GASPARRI.

Revmo. Padre Graziano Martinez, Agostiniano.

